MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

PQ2349
.B35
S6

1020026636

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas N
Núm. Autor M453E
Núm. Adq. 30517
Procedencia -8-
Precio
Fecha 6-9
Clasificó
Catalogó

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

1031-04. — Paris. Imprenta de la Vda de C. BOURET. — 10-04.

GUY DE MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

SANTIAGO ROMO-JARA

Ciento tres ilustraciones

DE

FERDINAND BAC

CAPILLA ALFONSINA UANL
85955®
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO
30517

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

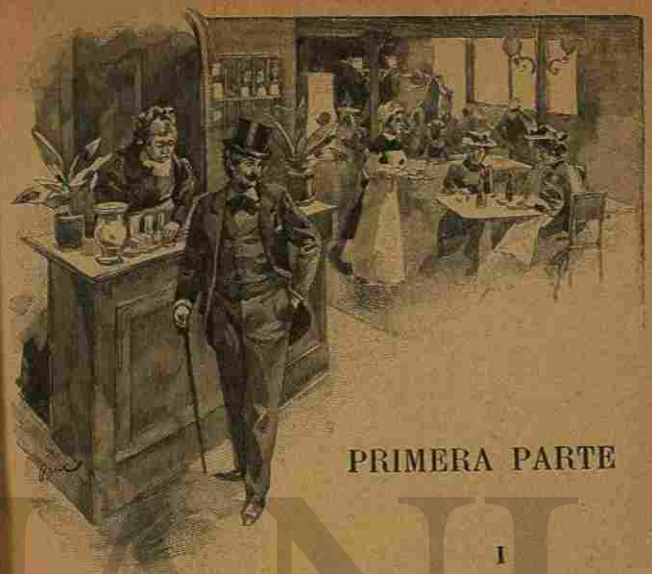
MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1905

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
M.
PQ2399
R35
M4

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



PRIMERA PARTE

I

Jorge Duroy salió del restaurant así que la cajera del establecimiento le devolvió el sobrante de la moneda de cinco francos.

Como tenía de suyo buena figura y además conservaba el aire marcial de su época de sargento, al ir á salir arqueó garbosamente el talle, se rizó las guías del bigote y echó sobre los comensales rezagados una mirada circular y rápida, de esas miradas de buen mozo que como la del gavilán abarcan de un solo golpe grandes espacios.

Las mujeres habían levantado hacia él la cabeza: tres obrerillas, una profesora de música entre dos edades, peinada y vestida con desaliño, con el sombrero cubierto siempre de polvo y el vestido siempre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de través; por último, dos burguesas que con sus maridos acostumbraban á comer diariamente en aquel figón á precio fijo.

Cuando Duroy se encontró en la calle, permaneció un instante indeciso preguntándose adónde iría. Le quedaban justamente en el bolsillo tres francos con cuarenta céntimos y estaba todavía á 28 de junio, debiendo concluir el mes con aquella suma, que le representaba, ni más ni menos, dos comidas sin almuerzo ó dos almuerzos sin comida; á elegir. Reflexionó que los almuerzos costaban un franco diez, en lugar de un franco cincuenta que era el precio de las comidas; así que, contentándose con los primeros, le quedaría un remanente de un franco veinte céntimos que podía dedicar á dos colaciones de pan y salchichón y á dos bocks en la terraza de un café del Bulevar. Este era su gasto mayor y el placer más codiciado de las noches, por lo cual se puso en camino de los grandes bulevares bajando la calle de Nuestra Señora de Loreto.

Su modo de andar recordaba el tiempo en que vestía el uniforme de húsares: el pecho abultado formando comba y las piernas un poco entreabiertas como si acabara de bajar del caballo. Al caminar avanzaba sin reparo por entre el gentío que llenaba las calles, tropezando con los hombros de todo el mundo y empujando á las gentes para no molestarse en cambiar de ruta. Por costumbre llevaba ligeramente inclinado sobre la oreja el sombrero de copa, ahora bastante deslucido, y con los tacones de las botas batía despiadadamente las aceras. Diríase al verle que iba desafiando á alguien, á los transeuntes, á las casas, á París entero sin más razón que la originalidad de un soldado guapo descendido á simple paisano.

Aunque vestido con un terno de sesenta francos, tenía una cierta elegancia escandalosa, un poco ordinaria si se quiere, pero con algo de elegancia verdadera. Alto, bien formado, rubio de un rubio castaño ligeramente bermejo, con un bigote levantado que parecía espuma sobre el labio, ojos claros y azules perforados por una pequeñísima pupila, el cabello naturalmente rizado y peinado con la raya en medio, se parecía mucho al personaje malo de las leyendas populares.

Era una de esas noches de verano en que el aire falta en París. La ciudad estaba caliente como una estufa y parecía sudar á través de aquella noche asfixiante. Los albañales soplaban por sus bocas de granito su pestífero aliento y las cocinas subterráneas arrojaban á la calle, por sus ventanas á flor de tierra, los miasmas infames de las aguas de fregar y de las salsas corrompidas.

Los porteros fumaban su pipa, á horcajadas sobre sillas de paja y en mangas de camisa; y las gentes caminaban abrumadas á paso lento, desnuda la frente y con el sombrero en la mano.

Cuando Jorge Duroy llegó al Bulevar, todavía se detuvo indeciso. De buena gana iría hasta los Campos Elíseos y á la Avenida del Bosque de Bolonia en busca de un poco de aire fresco bajo los árboles, pero un deseo le trabajaba, el de lanzarse á una aventura amorosa.

¿Cómo ésta debía presentarse? Lo ignoraba, pero ello es que desde tres meses venía esperándola día y noche. Alguna que otra vez, sin embargo, gracias á su buena figura y á su presencia de hombre galante, robaba aquí y allá un poco de amor, pero no era esto lo que él se prometía, pues lo esperaba siempre mejor y más abundante.

Exhausto el bolsillo é hirviente la sangre, se encendía de deseo al contacto de las mercenarias que en las esquinas solían decirle: « ¿No vienes á mi casa, buen mozo? » Y como no podía pagarlas no se permitía aceptar el ofrecimiento, aunque además esperaba otra cosa, besos diferentes de aquéllos, menos vulgares.

Esto no obstante le agradaban los lugares frecuentados por las mujeres públicas, sus bailes, sus cafés, sus calles; gustaba de codearse con ellas, hablarlas, tutearlas, aspirar sus perfumes violentos, sentirse cerca de ellas. Al fin eran mujeres y mujeres de amor. No las despreciaba con ese desprecio innato en los hombres amantes del hogar.

Tomó la dirección de la Magdalena y siguió la ola de gente que circulaba en igual sentido, sofocada por el calor de la noche. Los grandes cafés rebosando de gente se desbordaban por las aceras, mostrando su público de bebedores bajo la resplandeciente y desnuda luz de las vitrinas iluminadas, delante de las cuales y sobre mesitas ya redondas ya cuadradas veíanse vasos diversos conteniendo líquidos rojos, amarillos, verdes, oscuros, de todos matices, y en el interior de amplias botellas veíanse brillar gruesos y transparentes cilindros de hielo que refrescaban el agua clara y diáfana.

Duroy había retardado su marcha, y el deseo de beber le secaba la garganta.

Sentíase dominado por una sed cálida, sed de noche de estío y pensaba en la sensación deliciosa de las bebidas frescas esparciéndose por la boca. Pero con que solamente bebiese dos bocks en la noche, adiós la colación del día siguiente, y él conocía ya demasiado las horas de hambre en los últimos de mes.

Esto le hizo reflexionar: « Es necesario ver cómo puedo pasar hasta las diez y después tomaré mi bock en el *Americano*. Pero ¡voto al chápiro! el caso es que tengo una sed terrible ». Y mientras pensaba esto, miró á todos aquellos hombres que sentados al rededor de sus mesas podían beber cuanto les viniera en gana.

Así discurría por delante de los cafés, con aire de temerón y calavera, juzgando de una simple ojeada por la cara ó por el traje del consumidor el dinero que podía llevar en el bolsillo, y una ola de cólera le invadía contra aquellas gentes sentadas tan tranquilamente. Si se les registrasen los bolsillos se hallarían seguramente toda clase de monedas: oro, plata, perros grandes y chicos. Por término medio debía cada uno tener dos luises, es decir cuarenta francos, que multiplicados por cien individuos, que próximamente habría en el café, hacían un total de cuatro mil francos! ¡Ah cochinos! dijo para sí contoneándose con gracia. Como él pudiese coger á uno en la esquina de una calle, entre las sombras, a fe que le retuerce el cuello sin el menor

escrúpulo, lo mismo que hacía con las gallinas de los paisanos en los días de grandes maniobras militares.

Ante su memoria desfilaron los dos años de servicio en África y la manera como él desollaba á los árabes en los pequeños puestos del Sur. Y una sonrisa cruel y alegre apareció en sus labios al recuerdo de aquella fechoría que costara la vida á tres hombres de la tribu de los Ouled-Alane, valiéndole á él en cambio y á sus camaradas veinte gallinas, dos carneros, algún oro y sobre todo de qué reir por espacio de seis meses.

Nunca se dió con los culpables por más que, á decir verdad, nunca se los buscó mucho, pues el árabe está considerado en cierto modo como la presa natural del soldado.

En París era ya otra cosa. No se podía merodear lisa y llanamente con el sable á la cintura y el revólver en la mano, casi en completa libertad y lejos de la justicia civil. Y los instintos del sargento, á quien se deja en país conquistado, se apoderaron del corazón de Duroy. ¡Cómo echaba de menos ahora sus dos años del desierto! ¡Qué lástima no encontrarse allí! He aquí que al volver de allá había esperado mejorar y ahora... Sí, ahora ¡valiente embajada!

Y como si quisiera demostrar el estado de sequedad de su garganta, producía con la lengua un ligero crujido, dejándola deslizarse contra las paredes de la boca.

La muchedumbre le rodeaba extenuada y lenta y él seguía siempre pensando: «¡Atajo de animales! ¡todos estos imbéciles tienen dinero en el bolsillo!» en tanto que para consolarse daba empujones á la gente y silbaba canciones alegres. Los hombres á quienes empujaba, se volvían hacia él refunfuñando, y las mujeres protestaban diciendo: «¡Vaya un animal!»

Al pasar por delante de Vaudeville se detuvo en frente del *Café Americano*, preguntándose si no debería tomar el bock, tanto la sed le torturaba. Pero antes de decidirse miró la hora en los relojes luminosos instalados en medio de la calzada. Eran las nueve y cuarto nada más, y él se conocía; así que viese el vaso lleno de cerveza delante de él se lo bebía de un trago ¿y qué haría luego hasta las once?

Pasó, pues, de largo: «Iré hasta la Magdalena, se dijo, y después me volveré despacio.»

Cuando llegaba á la esquina de la plaza de la Ópera, se cruzó con un joven gordo cuya fisonomía recordaba vagamente haber visto en alguna parte. «¿Dónde he visto yo á este ciudadano?» repetía á media voz mientras detrás de él iba coordinando sus recuerdos.

Sin lograr acordarse escarbaba en su pensamiento, cuando de pronto, por un fenómeno singular de memoria, el mismo hombre se le representó menos grueso, más joven y vestido de un uniforme de húsar. «¡Calla! exclamó en voz alta, si es Forestier.» Y alargando el paso se acercó hasta tocarle en el hombro. El otro se volvió, le miró y le dijo:

— ¿Qué me quiere V., señor?

Duroy se echó á reir:

— ¿No me conoces?

— No.

— Jorge Duroy, del 6º de húsares.

Forestier le alargó las dos manos:

— ¡Amigo mío! ¿Cómo te va?

— Perfectamente, ¿y á ti?

— ¡Oh! á mí no muy bien que digamos; figúrate

que tengo un pecho de papel mascado; sobre doce meses del año seis me los paso tosiendo á consecuencia de un catarro que pesqué en Bougival el año de mi regreso á París, hace ahora cuatro.

— ¡Vaya! pues, sin embargo, tienes cara de buena salud.

Forestier tomó el brazo de su antiguo camarada, le habló de su enfermedad, le refirió las consultas, opiniones y consejos de los médicos y la dificultad de seguir éstos dada la posición en que se encontraba. Se le prescribía que pasara el invierno en el Mediodía; pero ¿acaso podía él hacerlo? Se había casado, era periodista y se encontraba en una buena situación.

— Dirijo la política en *La Vida Francesa*, hago el Senado en el periódico *Le Salut*, y de tiempo en tiempo crónicas literarias para *El Planeta*. Como ves, tengo hecho mi camino.

Duroy le miraba sorprendido. Le encontraba notablemente cambiado, veíase en él al hombre de peso. Sus modales, su actitud, su traje revelaban al hombre seguro de sí mismo, y el vientre denunciaba al hombre bien cuidado. En otro tiempo Forestier era delgado y flexible, algo aturdido, un rompeplatos, bullanguero y siempre dispuesto para cualquier cosa. París había hecho de él algo muy diferente, lo mismo de grueso que de hombre formal y serio; y á mayor abundamiento, aunque sólo tenía veintisiete años, las sienes acusaban ya algunas canas.

— ¿Adónde vas? preguntó Forestier.

— A ninguna parte, contestó Duroy. Sólo daba una vuelta para irme después á mi casa.

— Bueno. ¿Quieres acompañarme hasta *La Vida Francesa*, en donde tengo algunas pruebas que corregir, y luego nos vamos á tomar juntos un bock?

— Con mucho gusto.

Ambos se pusieron en camino, uno del brazo del otro, con esa familiaridad fácil que subsiste entre compañeros de colegio y camaradas de regimiento.

— ¿Qué haces en París? dijo Forestier

Duroy se encogió de hombros.

— Sencillamente, morirme de hambre. Quise venirme á París, una vez cumplido, en busca de..... fortuna ó más bien por vivir en París, y aquí me tienes hace seis meses empleado en la Compañía del Norte con mil quinientos francos al año, por junto.

— ¡Caramba! murmuró Forestier, con eso no hay para nada.

— Desde luego. Pero cómo quieres que yo me las componga solo, sin conocer á nadie, sin poderme hacer recomendar á nadie. No me falta voluntad sino los medios de hacer algo.

Su camarada le miró de los pies á la cabeza, como hombre práctico que juzga del primer golpe de vista, y con tono de convicción le dijo:

— ¿Ves, amigo mío? aquí todo depende de tener aplomo. Un hombre un poco avisado llega antes á ministro que á jefe de negociado. La cuestión es imponerse y no solicitar. ¿Pero cómo diablos no has encontrado tú cosa mejor que una plaza de empleado en el Norte?

— He buscado por todas partes, volvió á decir Duroy, y no he descubierto nada. Sin embargo, en estos momentos tengo una cosa en planta; se me ha ofrecido entrar como caballerizo en el picadero Pellerin. Ahí tendré cuando menos tres mil francos.

Forestier se paró de pronto.

— No hagas eso, le dijo; sería estúpido cuando tú puedes ganar diez mil francos. Te cierras el porvenir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de golpe. Al menos en tu oficina vives ignorado, nadie te conoce; si eres fuerte puedes mañana salir de ella y hacer tu carrera. Pero una vez caballerizo, se acabó todo. Es como si fueses mayordomo de un restaurant adonde va á comer el Todo-París. Cuando hayas dado lecciones de equitación á los hombres de la buena sociedad ó á sus hijos, jamás podrán acostumbrarse á ver en tí un igual.

Y después de reflexionar algunos segundos preguntó:

— ¿Eres bachiller?

— No. Dos veces he fracasado en los ejercicios.

— No importa, desde el momento que has hecho los estudios. Si se habla de Cicerón ó de Tiberio, ¿tú sabes aproximadamente lo que eso es?

— Sí, poco más ó menos.

— Bueno. Nadie sabe más, excepción hecha de una veintena de imbéciles que maldito si saben otra cosa en la vida. No es cosa difícil pasar por competente; la cuestión es no dejarse coger infraganti delito de ignorancia. Se sortean las dificultades y se los deja á los demás pegados por medio de un diccionario. Todos los hombres son necios como patos é ignorantes como carpas.

Forestier hablaba tranquilamente como hombre osado que conoce la vida y sonreía viendo pasar á la gente. Pero de pronto se puso á toser y se detuvo para dejar que el acceso desapareciese.

— ¿No es fastidioso, dijo después con desaliento, el no poder desterrar este maldito catarro? Y estamos en pleno verano. ¡Oh! lo que es este invierno me iré á Mentón, á curarme. Poco importa lo demás, la salud ante todo.

Así llegaron al Bulevar Poisonnière delante de una grande puerta vidriada detrás de la cual había pegado

un periódico abierto sobre las dos hojas. Tres personas se habían detenido á leerle.

Encima de la puerta se ostentaba, como un llamamiento á la gente, *La Vida Francesa* en grandes letras de fuego dibujadas por llamas de gas. Y al pasar bruscamente los paseantes por delante de la claridad que aquellas tres palabras resplandecientes arrojaban, aparecían de pronto en plena luz, visibles, claros y netos como en medio del día, é inmediatamente volvían á la sombra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Forestier empujó la puerta.

— Entra, le dijo á su amigo.

Duroy le siguió, subió una escalera lujosa y sucia que se veía toda desde la calle, llegó á una antesala en la cual había dos mozos de la redacción que saludaron á su camarada, y por último se detuvo en una especie de salón de espera polvoriento y deslucido, cubierto de falso terciopelo de un color verde urinoso, lleno de manchas y roído por algunos sitios, como si estuviese comido de los ratones.

— Siéntate, dijo Forestier, yo vuelvo en cinco minutos.

Y desapareció por una de las tres puertas que daban á dicho gabinete.

Un olor extraño, particular, inexplicable olor característico de las salas de redacción, flotaba en aquel lugar. Duroy permanecía inmóvil, un tanto intimidado, sobre todo sorprendido. De cuando en cuando pasaban por delante de él hombres corriendo que entraban por una puerta y salían por la otra antes de que él tuviese tiempo siquiera de mirarlos.

Tan pronto, eran jovencitos con aire de atareados y llevando en la mano una hoja de papel que temblaba con el viento producido por su carrera, como eran cajistas cuya blusa de tela de hilo manchada de tinta dejaba ver un cuello de camisa blanquísimo y un pantalón de corte elegante, parecido á los que usa la gente acomodada. Estos últimos llevaban con precaución bandas de papel recién impreso, pruebas frescas, húmedas todavía. Alguna vez entraba un señor bajito, vestido con elegancia demasiado visible y una levita exageradamente entallada, el pantalón estrechísimo moldeando la pierna, el pie encerrado en un zapato demasiado puntiagudo; era algún repórter de salones que llevaba los ecos de la noche.

Todavía llegaban otros señores de grave aspecto, importantes, cubiertos con sombreros de copa de alas planas, como si esta forma les hubiese distinguido del resto de los hombres.

Forestier reapareció llevando del brazo á un joven alto y delgado como de treinta á cuarenta años, vestido de frac y corbata blanca, muy moreno, y con las guías del bigote rematadas en puntas muy agudas. Dicho joven tenía el aire insolente y como contento de sí mismo.

Al despedirle Forestier le dijo:

— Adiós, querido maestro.

El otro le estrechó la mano:

— Hasta la vista, amigo mío, respondió; y bajó la escalera silbando y con el bastón bajo el brazo.

— ¿Quién es ése? preguntó Duroy.

— Ese es Jacobo Rival ¿sabes? el famoso cronista y espadachín que sale ahora de corregir sus pruebas. Garin, Montel y Rival son los tres primeros cronistas de esprit y de actualidad que tenemos en París. El último gana aquí treinta mil francos al año por dos artículos cada semana.

Ya cuando salían encontraron un hombre pequeño y gordo, de larga melena y de sucio aspecto que subía las escaleras silbando.

Forestier saludó en voz muy baja:

— Norberto de Varenne, le dijo; el poeta, autor de *Soles muertos*. Aquí tienes otro de los que se hacen pagar. Cada cuento que nos hace cuesta trescientos francos y los más largos no tienen doscientas líneas. Pero entremos en el *Napolitano*, comienzo á ahogarme de sed.

Apenas se sentaron á la mesa del café, Forestier pidió dos bocks; él se tomó el suyo de una vez, mientras que Duroy bebía la cerveza á sorbos lentos saboreándola y gustándola como una cosa preciosa y rara.

Forestier estaba callado y como si reflexionara. De pronto dijo á su amigo :

— ¿Por qué no ensayarías tú el periodismo?

El otro le miró sorprendido :

— El caso es que... jamás he escrito nada.

— ¡Bah! eso no le hace, se ensaya, se comienza. Yo podría emplearte para que me buscases ciertos informes y también para algunas gestiones y visitas. Al principio tendrías doscientos cincuenta francos y pagados los gastos de coche necesarios. ¿Quieres que hable al director?

— Desde luego que quiero.

— Entonces haz una cosa, ven á comer mañana á mi casa; reuno á cinco ó seis personas solamente : el propietario, Mr. Walter y su señora, Jacobo Rival y Norberto de Varenne, al cual acabas de ver, y además una amiga de mi mujer. ¿Está convenido?

Duroy vacilaba, se había puesto colorado, pero al fin murmuró :

— El caso es... que no tengo traje conveniente.

Forestier quedó estupefacto :

— ¡Cómo! ¿ No tienes frac? he ahí una cosa que es indispensable. En París, chico, es preferible no tener cama á carecer de frac.

Y dicho esto metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un poco de oro y tomando dos luises los puso delante de su antiguo camarada :

— Tú me devolverás esto cuando puedas, le dijo en tono cariñoso y familiar. Alquila ó compra á plazos, dando algo á cuenta, las prendas que necesites; en fin arréglate como quieras, pero ven á comer mañana á casa, á las siete y media, 17, rue Fontaine.

Duroy recogió desconcertado el dinero que su amigo le ofrecía :

— Eres demasiado amable, balbuceó; te lo agradezco mucho y puedes estar seguro de que jamás lo olvidaré.

— Corriente, interrumpió el otro. ¿ No te parece que tomemos otro bock? y gritó : ¡Mozo, dos bocks!

Después que los bebieron preguntó el periodista :

— ¿No te parece también que podíamos matar una hora de tiempo?

— Como quieras.

Y se pusieron en camino hacia la Magdalena.

— Yo no sé adónde iríamos, dijo Forestier. Se pretende que en París el que quiere callejear tiene siempre adonde ir. No es cierto. De mí sé decirte que cuando por la noche lo intento no sé nunca qué hacer. Una vuelta por el Bosque no distrae sino llevando una mujer, y no siempre se tiene una de que echar mano; los cafés-conciertos comprendo que distraigan á mi farmacéutico y á su esposa, pero lo que es á mí, maldito. ¿Qué hacer entonces? Nada. Aquí debiera haber un jardín de verano como el parque Monceau, abierto toda la noche, y en el cual se pudiese oir buena música bebiendo al mismo tiempo buenos refrescos bajo los árboles. No sería un sitio de placer, pero serviría para pasar el tiempo, y si la entrada se hacía pagar cara irían mujeres hermosas. Podría uno pasearse por las avenidas bien enarenadas y alumbradas con luz eléctrica, y sentarse cuando uno quisiera para escuchar la música de cerca ó de lejos. Algo parecido lo hemos tenido otras veces gracias á Musard, pero aquello

tenía un cierto gusto á baile público con tanta pieza bailable, y por lo demás no era lo bastante espacioso y se echaba de menos un poco de más sombra. Lo que se necesitaría es un jardín espacioso y elegante. Sería cosa divina. ¿Dónde quieres ir?

Duroy hallábase perplejo, sin saber qué decir.

Al fin se decidió:

— Yo no conozco Folies-Bergère, y de buena gana daría por allí una vuelta.

— ¡Caracoles! ¡Folies-Bergère! Nos vamos á asar, amigo mío. Pero vamos si quieres, siempre es agradable á pesar de eso.

Y volviendo sobre sus pasos se encaminaron á la calle del Faubourg-Montmartre.

La fachada del establecimiento espléndidamente iluminada, arrojaba sus rayos de luz sobre las cuatro calles que allí se juntan, y veíase por delante una larga fila de coches de punto que esperaban la salida. Como Forestier entraba sin detenerse en la taquilla, dijo Duroy:

— Oye, nos olvidamos de tomar billete.

— Conmigo no se paga, respondió Forestier con aire de importancia.

En efecto, cuando se acercó al vestíbulo, los tres contralores le saludaron y el de enmedio le alargó la mano.

— ¿Tiene V. un buen palco? preguntó el periodista.

— ¡Qué duda cabe! señor Forestier.

Éste tomó el cupón que se le ofrecía, empujó la mampara y los dos amigos se encontraron en la sala.

El vapor del tabaco velaba algún tanto, á modo de finísima niebla, los sitios lejanos, es decir, la escena y el otro lado del teatro, y la ligera bruma que en tenues

y blanquecinos filamentos se desprendía de todos los cigarros y cigarrillos que fumaban aquellas gentes, subía, subía sin cesar para acumularse luego en el techo y formar bajo la espaciosa cúpula, al rededor de la gran araña, por encima de la primera galería cuajada de espectadores, un cielo de humo compacto y opaco.

En el espacioso corredor de entrada que conduce al paseo circular por donde la tribu engalanada de mujeres alegres merodea mezclada con la muchedumbre masculina, un grupo de mujeres esperaba á los recién llegados delante de uno de los tres despachos de licores en que acicaladas y marchitas tenían su trono tres vendedoras de refrescos y de amor.

Detrás de ellas, los altos espejos reflejaban los semblantes de los que pasaban y las espaldas de las vendedoras, y Forestier se abría paso por entre los grupos avanzando de prisa como hombre que tiene derecho á la consideración.

Dirigiéndose á una de las acomodadoras la preguntó:

— ¿El palco diez y siete?

— Por aquí, caballero.

Y ambos amigos quedaron encerrados en una pequeña caja de madera, descubierta, tapizada de rojo y amueblada por cuatro sillas del mismo color, tan cerca una de la otra que apenas si se podía pasar entre ellas.

Forestier y Duroy se sentaron. Á derecha é izquierda una serie de jaulas parecidas formando largas líneas redondeadas que remataban en la escena, permitían ver á gentes como ellos sentadas y de las cuales sólo se descubría la cabeza y el pecho.

En aquel momento había en el escenario tres hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® GENERAL LIBRARY

bres jóvenes vestidos con trajes de punto propios de gimnastas. Los tres hacían alternativamente ejercicios sobre un trapecio. El de mayor estatura se adelantaba el primero á pasos cortos y rápidos, sonriendo, y saludaba con un movimiento de la mano como para enviar un beso.

Bajo la malla veíanse dibujarse los músculos de los brazos y de las piernas del gimnasta, el cual hinchaba el pecho para disimular su estómago demasiado saliente. Su figura recordaba la de un oficial de peluquero, con aquella raya tan cuidadosamente partida por enmedio que dividía justamente en dos partes iguales la cabellera del artista.

De un salto gracioso, éste se colgaba del trapecio y apoyado en las manos daba vueltas al rededor como si fuese una rueda lanzada á un movimiento vertiginoso; ó bien permanecía inmóvil con los brazos tiesos y el cuerpo recto, tendido horizontalmente en el vacío y apoyado solamente á la barra fija por la fuerza de las muñecas.

Terminado el ejercicio saltaba á tierra, saludaba de nuevo al público entre los aplausos del proscenio y se retiraba hasta pegarse á la decoración del escenario, cuidando de mostrar á cada paso que daba la musculatura de su pierna.

El que le seguía en estatura y más rechoncho se adelantaba á su vez y repetía el mismo ejercicio, el cual era efectuado después por el gimnasta más pequeño en medio del favor marcado del público.

Duroy apenas si se ocupaba del espectáculo y con la cabeza vuelta miraba sin cesar hacia el gran paseo cuajado de hombres y de prostitutas.

— Observa el proscenio, le dijo Forestier. No se ve

otra cosa que burgueses con sus mujeres y sus niños, buenas gentes un tanto estúpidas que vienen por ver solamente. En los palcos de los elegantes algunos artistas y unas cuantas *cocottes* no de primera precisamente; eso sí, detrás de nosotros la mezcla más extraña que pueda verse en París. Fíjate en los hombres. Hay de todo, de todas las profesiones y de todas las castas, pero la crápula domina. Ahí tienes empleados de la administración, empleados de casas de banca, dependientes de grandes almacenes, reporters, rufianes sostenidos por mujeres, militares en traje de paisano, gomosos de frac, unos acaban de comer en el colmado, otros salen de la Ópera antes de entrar en los Italianos, pero además hay un mundo de hombres sospechosos que desafían todo análisis. Por lo que hace á las mujeres hay una sola marca: la que cena en el *Americano*, una mujer, cuando más de dos luises, que acecha al extranjero que pueda darle cinco y previene á sus amigos de todas las noches cuándo está libre. Se las conoce á todas desde hace seis años; se las ve todas, todas las noches, en los mismos sitios, excepto cuando hacen una parada higiénica en San Lázaro ó en Lourcine.

Duroy no escuchaba ya. Una de aquellas mujeres se había puesto de codos sobre el palco y le miraba atentamente. Era una morena gruesa, de cutis blanqueado por la pasta, y ojos negros, rasgados, á los que por encima guarnecían enormes cejas aumentadas artificiosamente y por bajo una línea trazada con el colorete. Su robusto pecho mantenía lisa y tirante la oscura seda del corpiño, y sus labios, unos labios pintados, rojos como una llaga, le daban un algo de bestial, de ardiente, de furiosa, que encendía sin embargo el deseo.

La *cocotte* llamó con un signo de cabeza á una de sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amigas que pasaba, una rubia de cabellos rojos y también gruesa como ella, y en voz bastante alta para dejarse oir, la dijo :

— Aquí tienes un hombre guapo á quien yo no diría que no por diez luises.

Forestier volvió la cabeza y, sonriendo, tocó á Duroy en el muslo :

— Eso es por ti, querido. Tienes éxito. Te doy mi enhorabuena.

El antiguo sargento había cambiado de color y maquinalmente se llevaba la mano á las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco.

Bajado el telón, la orquesta ejecutaba ahora un vals.

— Si diéramos una vuelta por la galería.... dijo Duroy.

— Como quieras.

Los dos salieron del palco é inmediatamente fueron arrastrados en la corriente de paseantes.

Empujados, sacudidos, estrechados de nuevo, casi prensados á veces, seguían la dirección de la gente, con un verdadero pueblo de sombreros delante de los ojos.

Las mujeres pasaban de dos en dos por entre aquella multitud de hombres, la atravesaban fácilmente, se deslizaban por entre los codos y los pechos y las espaldas de igual modo que si estuviesen en su casa y á sus anchas, á la manera de los peces en el agua, allí en medio de aquella ola de machos.

Duroy se hallaba encantado, dejábase llevar y bebía con verdadera embriaguez aquel aire viciado por el tabaco, por el olor á cuerpos humanos y por los perfumes de las picaronas. Forestier, en cambio, sudaba á mares y ya sofocado comenzaba á toser.

— Vámonos al jardín, dijo.

Y girando á la izquierda penetraron en una especie de jardín cubierto al que refrescaban dos grandes fuentes de bastante mal gusto. Hombres y mujeres bebían al rededor de pequeñas mesas de zinc, bajo los tejos y tuyas que decoraban el sitio, injertos en elegantes cajas.

— ¿Un bock todavía? preguntó Forestier.

— No tengo inconveniente, dijo Duroy, y se sentaron mirando pasar á la gente.

De tiempo en tiempo alguna mujer se detenía y preguntaba con una sonrisa de mera fórmula : « ¿No me invita V. á tomar algo, caballero ? — Sí, un vaso de agua en la fuente, solía responder Forestier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Valiente hocicón!» murmuraba la mujer alejándose.

Pero la morena gorda, que poco antes se había puesto de codos sobre el palco de los dos camaradas, reapareció, paseando con arrogancia del brazo de la rubia, que, como también era gruesa, formaba con ella una pareja de mujeres verdaderamente suculentas.

Al percibir á Duroy sonrió como si los ojos de ambos se hubiesen dicho ya cosas íntimas y secretas, y tomando una silla se sentó tranquilamente en frente de él, hizo sentar á su amiga y con voz clara pronunció:

— ¡Mozo! Dos granadinas.

Forestier la miró sorprendido:

— ¡ Me gusta tu desenfado!... la dijo.

— Es tu amigo que me seduce. Verdaderamente es un hombre guapo y creo que me haría cometer locuras.

Tan aturdido estaba Duroy que no sabía qué decir, contentándose con retorcerse el bigote y sonreir con aire de bobo.

Cuando el mozo se presentó con los jarabes, las mujeres llenaron con agua los vasos y después de beberlos de un trago se levantaron.

La morena hizo un pequeño saludo amistoso con la cabeza y, dando á Duroy con el abanico un golpecito en el brazo, le dijo al marcharse:

— Gracias, querido. No eres muy fácil de palabra, que digamos.

Y se fueron balanceando las caderas.

Forestier se echó entonces á reir.

— Oye, chico, ¿sabes que tienes partido con las mujeres? Debes cultivarlo, amigo mío. ¡ Quién sabe hasta dónde eso te puede aprovechar!

Después de un segundo de silencio y con ese tono soñador de las gentes que piensan alto, volvió á decir:

— Y todavía por ellas se llega más de prisa.

Viendo que Duroy continuaba sonriendo sin responder una sola palabra: ¿Qué? ¿ Tú te quedas todavía? Yo me voy á casa, me canso de estar aquí.

— Sí, me quedo un poco más. No es tarde aún.

— Bueno, entonces adiós y hasta mañana. No te olvides: 17, calle de Fontaine, á las siete y media.

— Convenido, hasta mañana, y gracias.

Se dieron la mano y el periodista se marchó.

Así que éste hubo desaparecido, Duroy se sintió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

libre y palpó de nuevo con alegria las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco. Después se levantó y, recorriendo con la vista la multitud de paseantes, divisó á las dos mujeres, la morena y la rubia, que, siempre con su aire altanero de mendigas, viajaban á través de aquella baraúnda de hombres.

Se fué derecho á ella, y ya cuando estaba cerca se detuvo.

La morena le dirigió la palabra :

— ¿Y qué? ¿Has recobrado tu lengua?

— ¡Por vida de!... balbuceó, sin conseguir pronunciar otra palabra más.

— ¡ Vaya! ¿ Vienes á mi casa ? dijo ella de pronto.

Duroy estremecido de deseo respondió brutalmente :

— Sí, pero sólo tengo un luis en el bolsillo.

— Eso no importa, contestó ella sonriendo con indiferencia.

Y tomó el brazo de Duroy como en señal de posesión.

Cuando salían pensaba Duroy en que con los otros veinte francos le sería fácil alquilar los efectos que necesitaba para la *soirée* del día siguiente.

II

— ¿ El señor Forestier ? ¿ me hace V. el favor? preguntó Duroy en la portería de la casa de su amigo.

— Tercero izquierda.

El portero había respondido esto con un tono amable en el que se veía la consideración que le merecía el inquilino.

Jorge Duroy subió la escalera un tanto tímidamente, con cierto embarazo. Era la primera vez de su vida que llevaba frac y el conjunto de su traje le preocupaba,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

libre y palpó de nuevo con alegria las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco. Después se levantó y, recorriendo con la vista la multitud de paseantes, divisó á las dos mujeres, la morena y la rubia, que, siempre con su aire altanero de mendigas, viajaban á través de aquella baraúnda de hombres.

Se fué derecho á ella, y ya cuando estaba cerca se detuvo.

La morena le dirigió la palabra :

— ¿Y qué? ¿Has recobrado tu lengua?

— ¡Por vida de!... balbuceó, sin conseguir pronunciar otra palabra más.

— ¡ Vaya! ¿ Vienes á mi casa ? dijo ella de pronto.

Duroy estremecido de deseo respondió brutalmente :

— Sí, pero sólo tengo un luis en el bolsillo.

— Eso no importa, contestó ella sonriendo con indiferencia.

Y tomó el brazo de Duroy como en señal de posesión.

Cuando salían pensaba Duroy en que con los otros veinte francos le sería fácil alquilar los efectos que necesitaba para la *soirée* del día siguiente.

II

— ¿ El señor Forestier ? ¿ me hace V. el favor? preguntó Duroy en la portería de la casa de su amigo.

— Tercero izquierda.

El portero había respondido esto con un tono amable en el que se veía la consideración que le merecía el inquilino.

Jorge Duroy subió la escalera un tanto tímidamente, con cierto embarazo. Era la primera vez de su vida que llevaba frac y el conjunto de su traje le preocupaba,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

considerándolo defectuoso en todo. Las botas aunque bastante finas, porque él tenía la coquetería del pie, no eran de charol, la camisa era de cuatro francos cincuenta, comprada aquella misma mañana en el Louvre, y la pechera, que era demasiado delgada, iba ya arrugándose. Como las camisas con que contaba para todos los días tenían averías más ó menos graves, no había podido utilizar ninguna de ellas.

El pantalón resultaba ancho en exceso, dibujaba mal la pierna y parecía enrollarse al rededor de la pantorrilla; tenía ese aspecto ajado de los vestidos de ocasión sobre los miembros á que por casualidad tienen que adaptarse. Únicamente el frac no le iba mal, pues se había podido encontrar uno casi justo para él.

Lentamente iba ganando los escalones, con el corazón agitado y el espíritu ansioso, inquieto sobre todo por el temor de aparecer ridículo. De repente se encontró enfrente de él á un caballero, en traje también de frac, que le miraba, y tan cerca se hallaban el uno del otro que Duroy hizo un movimiento hacia atrás, quedándose después estupefacto. Era él mismo reflejado por un alto espejo que formaba sobre la meseta de la escalera una larga perspectiva de galería. Una sensación de júbilo le hizo estremecer, pues se encontró mucho mejor de lo que él había creído.

Como solamente disponía en su casa de un pequeño espejo para afeitarse, no había podido contemplarse enteramente, y como se veía bastante incompletamente los diferentes detalles de su improvisada *toilette*, las imperfecciones resultaban exageradas y la idea de aparecer grotesco le volvía loco.

Mas he aquí que al verse bruscamente en el inmenso espejo ni siquiera se había reconocido, tomándose á sí

mismo por otro, por un hombre del mundo elegante y á quien había encontrado muy bien, muy *chic*, al primer golpe de vista, y ahora mirándose con cuidado reconocía que, efectivamente, el conjunto era satisfactorio.

Del mismo modo que los actores hacen para aprenderse su papel, Duroy estudió la sonrisa, alargó la mano como para saludar, adoptó actitudes, expresó sentimientos: la extrañeza, el placer, la aprobación. Buscó los grados diversos de la sonrisa y las intenciones de la mirada para mostrarse galante con las mujeres y hacerlas comprender que se las admira y que se las desea.

En aquel momento se abrió una puerta en la escalera. Duroy tuvo miedo de que se le sorprendiese y comenzó á subir de prisa, con el temor de haber sido visto gesticulando de aquella suerte por alguno de los invitados de su amigo.

Al llegar al segundo piso se encontró con otro gran espejo y retardó entonces la marcha para mirarse de paso. Su continente le pareció verdaderamente elegante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su modo de andar era correcto, y una confianza inmoderada en sí mismo se apoderó de su alma. Sin duda que con aquella figura, su deseo de encumbrarse y la firme resolución que él se conocía, juntamente con un espíritu de independencia, llegaría adonde se había propuesto. Ahora sentía deseo de correr, de saltar los escalones mientras iba ya dominando el piso tercero, pero al hallarse delante de un tercer espejo todavía se detuvo, se rizó las guías del bigote con un movimiento que le era familiar, se quitó el sombrero para arreglarse el cabello y murmuró á media voz como lo tenía por costumbre : « He aquí una invención excelente. »

Después llevando la mano al timbre le hizo sonar.

La puerta se abrió casi inmediatamente y Duroy se encontró en presencia de un doméstico en traje de frac y recién afeitado, de continente grave y tan correcto en el vestir que Duroy se sintió turbado de nuevo sin darse cuenta del origen de aquella emoción vaga, producida acaso por la comparación inconsciente del corte de los dos vestidos, el del criado y el suyo.

Aquel lacayo con zapatos de charol preguntó á Duroy mientras le tomaba el sobretodo que llevaba al brazo por miedo de mostrar las manchas :

— ¿A quién debo anunciar ?

Y lanzó el nombre, por detrás de un cortinón levantado, en un salón al que el visitante debía pasar.

Pero Duroy, perdiendo de repente su aplomo, se sintió paralítico de terror y jadeante. Iba á dar su primer paso en aquella existencia esperada, soñada ciertamente. Sin embargo, se adelantó. Una señora joven y rubia le esperaba de pie, completamente sola en una gran pieza bien alumbrada y llena de arbustos como un invernadero.

Duroy se detuvo, completamente desconcertado.

¿Quién era aquella señora que le sonreía? Se acordó luego de que Forestier era casado, y el pensamiento de que aquella hermosa y elegante rubia debía ser la mujer de su amigo, le acabó de azorar.

— Señora, yo soy..., comenzó á tartamudear.

Ella le tendió la mano.

— Ya lo sé, caballero. Me ha contado Carlos el encuentro de Vds. ayer noche y me felicito de que haya tenido la buena inspiración de rogar á V. nos acompañe á comer hoy.

Duroy se puso encarnado hasta las orejas no sabiendo qué contestar ; se sentía examinado, inspeccionado de pies á cabeza, pesada su capacidad, juzgada su persona.

Tenía deseo de excusarse, de inventar una razón cualquiera para explicar el descuido de su traje, pero no encontró nada y no se permitió tocar asunto tan espinoso.

Se limitó á sentarse en la butaca que le designaba la señora de la casa, y cuando sintió plegarse bajo su peso el terciopelo elástico y suave del asiento, cuando se vió hundido, apoyado, abrazado por aquel mueble cariñoso, cuyo respaldo y cuyos brazos afelpados le sostenían delicadamente, le pareció que entraba en una vida nueva y llena de encantos, que se posesionaba de algo delicioso, que se convertía en alguien, que estaba salvado, y miró entonces á Mme Forestier cuyos ojos no le habían abandonado un solo instante.

Hallábase vestida con un traje de cachemir azul pálido que moldeaba perfectamente su talle esbelto y su seno robusto. La carne de los brazos y de la garganta salía de un musgo de encaje blanco de que estaban guarnecidos el corpiño y las cortas mangas, y los cabe-

llos levantados hacia la parte superior de la cabeza y un poco rizados sobre la nuca, producían el efecto de una ligera nube de vello rubio por encima del cuello.

Duroy cobraba alientos bajo la mirada de aquella señora que, sin saber por qué, le recordaba la mirada de la morena encontrada la noche antes en Folies-Bergère. La señora de Forestier tenía los ojos grises, de un gris azulado que hacía la expresión extraña, su nariz era delgada, fuertes los labios, la barbilla algo carnosa, una figura, en fin, irregular y seductora llena de bondad y de malicia. Era uno de esos semblantes de mujer en los que cada línea revela una gracia particular, parece tener una significación, uno de esos seres en los que cada movimiento parece decir ó disimular alguna cosa.

Después de un corto silencio le preguntó :

— ¿Hace mucho tiempo que está V. en París?

Duroy respondió tomando poco á poco dominio de sí :

— Sólo hace unos cuantos meses, señora. Tengo un destino en los caminos de hierro, pero Forestier me ha hecho confiar en que con su ayuda puedo ingresar en el periodismo.

Ella dejó entonces percibir una sonrisa más visible, de más benevolencia, y bajando la voz murmuró :

— Lo sé.

El timbre había sonado de nuevo y el criado anunció :

— La señora de Marelle.

Era una morena bajita, que entró con modales desenvueltos y como dibujada ó mejor moldeada de pies á cabeza en un traje oscuro y sencillo.

Prendida de su negra cabellera ll rosa una evaba encarnada que fijaba la atención de un modo violento

pareciendo como si marcara su fisonomía y acentuara su carácter especial, señalando la nota viva y brusca que la convenía.

Detrás de ella iba una niña en traje corto.

La señora Forestier salió á su encuentro :

— Buenas noches, Clotilde.

— Buenas noches, Magdalena.

La niña presentó la frente con el mismo aplomo de una persona mayor y dijo también :

— Buenas noches, madrina.

Mme Forestier la besó é hizo después las presentaciones consiguientes :

— Mr. Jorge Duroy, un buen camarada de Carlos.

— La Señora de Marelle, mi amiga y pariente.

Y después agregó :

— ¿Usted sabe? Aquí estamos sin ceremonia, sin cumplidos ni etiquetas. ¿Estamos de acuerdo, no es así?

El joven inclinó la cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La puerta se abrió de nuevo para dar paso á un señor bajito y grueso hasta parecer redondo, que daba el brazo á una señora alta y hermosa, mucho más alta y joven que él, de maneras distinguidas y grave presencia. Eran el Sr. Walter, diputado, bolsista, hombre de dinero y de negocios, judío y meridional, director de *La Vida Francesa*. La señora era su esposa, hija del banquero Basilio Ravalau.

Después llegaron sucesivamente Jacobo Rival, muy elegante, y Norberto de Varenne con el cuello del frac reluciente, embetunado por el roce de su larga cabellera que le caía hasta los hombros, sembrando por encima algunos granos de polvillo blanco que se parecía mucho á caspa desprendida de la cabeza.

En cuanto á su corbata bastaba juzgar por su aspecto para comprender que no era la primera vez que salía á la calle. Varenne se adelantó con gracioso ademán de viejo hermoso y tomando la mano de Mme Forestier, imprimió un beso sobre la muñeca, y en el movimiento que hizo al bajarse, su larga cabellera se esparció como agua sobre el desnudo brazo de la joven dama.

Forestier entró á su vez excusándose de llegar con retraso, pues á causa del asunto Morel, el periódico le había retenido. Mr. Morel, diputado radical, acababa de dirigir una pregunta al ministerio á propósito de una demanda de crédito relativa á la colonización de la Argelia.

El criado anunció :

— Señora, la mesa está dispuesta.

Todos pasaron al comedor.

Duroy había sido colocado entre Mme de Marelle y su niña. De nuevo empezó á sentirse turbado teniendo miedo de cometer alguna torpeza en el manejo convencional del tenedor, de la cuchara ó de los vasos, que por cierto eran cuatro y uno de ellos ligeramente teñido de azul. ¿ Á qué líquido estaría destinado este último?

No se habló una sola palabra mientras se comía la sopa. Después preguntó Norberto de Varenne :

— ¿ Han leído Vds. ese proceso Gauthier? ¡ Qué cosa más original !

Y se discutió sobre aquel caso de adulterio complicado de estafa. No se hablaba allí como ordinariamente se habla, en el seno de las familias, de los sucesos relatados en los periódicos, sino como pueden hablar los médicos de una enfermedad cualquiera ó los hortelanos de las hortalizas. Nadie se indignaba, ni los hechos producían la menor extrañeza; se buscaban las causas profundas, secretas con una curiosidad profesional y una absoluta indiferencia respecto del crimen en sí mismo. Cuidábase de explicar abiertamente los orígenes de las acciones, de determinar todos los fenómenos cerebrales en que había nacido el drama, resultado científico de un estado de espíritu particular.

Las señoras, por su parte, se apasionaban igualmente en aquella investigación, en aquel trabajo y también fueron examinados, discutidos, comentados bajo todos sus aspectos, pesados en su valor é importancia otros sucesos recientes con ese ojo práctico y esa manera especial de ver de los traficantes de la

noticia, de los proveedores de comedia humana á la línea, de la propia suerte que se examinan, se tornan y se pesan por los comerciantes los objetos que han de ponerse á la venta.

Se habló después de un duelo, y Jacobo Rival tomó la palabra. Ese asunto le pertenecía de derecho, ningún otro podría tratarle como él.

Duroy no se permitía siquiera una sola palabra, y alguna que otra vez miraba á su vecina cuya redonda garganta le seducía, llamándole la atención igualmente un diamante que prendido por un hilo de oro colgaba de la oreja, como una gota de agua que se deslizase sobre la carne.

De tiempo en tiempo la señora de Marelle hacía alguna observación que siempre despertaba una sonrisa en todos los labios, porque en realidad poseía un *esprit* original, inesperado y simpático, *esprit* de chicuela

experimentada que ve con despreocupación las cosas y las juzga con un escepticismo ligero y benévolo.

Inútilmente buscaba Duroy algún cumplido que hacerla y no encontrando nada, se ocupaba de la niña, llenándola los vasos, teniéndola los platos, sirviéndola con solicitud. Más severa que su madre, la niña daba las gracias con gravedad y hacía ligeros saludos con la cabeza :

— Es Vd. muy amable, caballero; y dicho esto, se ponía de nuevo á escuchar á las personas mayores con aire de persona reflexiva.

La comida era bastante buena y todos la celebraban. Mr. Walter comía como un ogro, no hablaba apenas y con mirada oblicua miraba bajo los lentes los platos que le eran presentados. Rivalizaba con él Norberto de Varenne, quien en ocasiones dejaba caer sobre la pechera de la camisa alguna que otra gota de salsa.

Sonriente y cuidadoso, Forestier estaba atento á todo y cambiaba con su señora miradas de inteligencia, á la manera de compadres que desempeñaran juntos una tarea difícil y marchase á maravilla.

Los semblantes iban ya colorándose y las voces de los comensales subían de tono, en tanto que el doméstico murmuraba á cada instante al oído de cada uno de ellos : « ¿ Cortón ? ¿ Chateau-Laroze ? »

Duroy había encontrado el Cortón muy de su gusto y se dejaba cada vez llenar el vaso. Una alegría deliciosa se apoderaba de él, una alegría cálida que le subía del vientre á la cabeza, recorría todos sus miembros y le penetraba enteramente. Se sentía invadido por un bienestar intenso de salud y de pensamiento, de cuerpo y de alma. Y le entraban ganas de hablar, de hacerse notar, de ser escuchado y apreciado como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellos hombres cuya menor frase era saboreada y celebrada.

Pero aquella charla que sin cesar iba saltando de uno á otro motivo, enlazándose unas con otras las ideas por una simple palabra, por cualquier cosa nimia, después de haber pasado revista á los sucesos del día y haber esbozado de paso mil cuestiones diversas, vino de nuevo á la gran interpelación de Mr. Morel acerca de la colonización de la Argelia.

Mr. Walter dijo, entre plato y plato, algunas bromas, pues tenía un *esprit* totalmente escéptico y craso. Forestier hizo referencia á su artículo del día siguiente; Jacobo Rival reclamó un gobierno militar, acordando concesiones de terrenos á todos los oficiales después de treinta años de servicio colonial.

— De esta manera, decía, crearéis una sociedad enérgica, que desde mucho tiempo habrá aprendido á conocer y amar el país, que sabrá su lengua y estará al corriente de todas estas graves cuestiones con que necesariamente tropieza el recién llegado.

— Sí..., interrumpió Norberto de Varenne, sabrán de todo, menos de agricultura. Hablarán el árabe pero ignorarán cómo se trasplanta la remolacha y cómo se siembra el trigo. Serán hasta diestros, si Vd. quiere, en esgrima, pero poco instruídos en materia de abonos. Por el contrario, lo que se necesitaría es abrir ampliamente este país nuevo á todo el mundo. Los hombres inteligentes se abrirán paso, los otros sucumbirán. Esto es una ley social.

Siguió á esta réplica un ligero silencio entre los comensales, que se limitaron á sonreir.

Jorge Duroy abrió la boca, y sorprendido del tono de su voz como si jamás la hubiese oído, habló de esta suerte:

Lo que más falta hace allí es la buena tierra. La propiedades verdaderamente fértiles cuestan tan cara como en Francia. Y las compran, como medio de colocar los capitales, parisienses muy ricos. Los verdaderos colonos, los pobres, aquellos que emigran por falta de pan, son arrojados al desierto en donde nada brota por falta de agua.

Todo el mundo le miraba y él se sentía enrojecer de emoción.

— ¿Vd. conoce la Argelia, caballero?

— Sí, señor, respondió Duroy. He pasado allí veintiocho meses y he residido en las tres provincias.

Norberto de Varenne le interrogó bruscamente, olvidando la cuestión Morel, respecto á un detalle de costumbres que le había sido comunicado por un oficial. Se trataba del Mzab, esa extraña y pequeña república árabe nacida en medio del Sahara en la parte más seca de aquella región abrasadora.

Duroy había visitado dos veces el Mzab y describió las costumbres de aquel país singular en donde las gotas de agua tienen el valor del oro y en donde todo habitante está obligado á desempeñar los servicios públicos, y la probidad comercial alcanza un nivel mayor que en los pueblos civilizados.

Habló con cierta locuaz verbosidad, excitado por los vinos y por el deseo de hacerse agradable; refirió anécdotas de regimiento, citó algunos rasgos de la vida árabe y relató aventuras de la guerra, hallando á veces colores y matices al describir aquellas amarillas y desnudas comarcas, asoladas interminablemente bajo la acción devorante del sol.

Todas las mujeres tenían fijos en él los ojos. Mme Walter murmuró con voz lenta que era en ella peculiar:

« Vd. haría con sus recuerdos una encantadora serie de artículos. » Walter, entonces, examinó al joven por encima de los lentes, según tenía por costumbre cuando quería ver bien los semblantes. Los platos los miraba por debajo.

Forestier aprovechó aquel momento :

— Mi querido jefe, he hablado á Vd. hace poco de Mr. Jorge Duroy, pidiéndole una plaza para él como auxiliar mío en el servicio de información política. Desde que Marambot nos dejó, no dispongo de nadie para tomar los informes urgentes y confidenciales, y el periódico sufre.

El viejo Walter adoptó una expresión seria y se colocó bien los lentes para mirar á Duroy de frente.

— Es cierto, dijo, que Mr. Duroy tiene un *esprit* particular. Si tiene la bondad de venir á verme mañana á las tres, arreglaremos eso.

Después de un silencio y volviéndose completamente hacia el joven, añadió :

— Pero, por de pronto, háganos Vd. en seguida una pequeña serie fantástica de artículos sobre la Argelia, refiriendo sus recuerdos personales y barajando con ellos la cuestión de colonización como hace un momento. Esto es de actualidad y estoy seguro que ha de agradar mucho á nuestros lectores. Pero no se descuide Vd. Necesito el primer artículo para mañana ó pasado, mientras el asunto se discute en la Cámara á fin de atraer la atención del público.

Mme Walter agregó con la gracia seria que ponía en todo y que comunicaba á sus palabras un aire de favor :

— Y hasta tiene Vd. para sus artículos un título precioso : *Recuerdos de un cazador de África*. ¿No es verdad, señor Varenne?

El viejo poeta llegado ya tarde á la fama, detestaba y temía á los principiantes.

— Perfectamente, con tal de que la serie se amolde á la nota, que es en lo que estriba la gran dificultad ; la nota justa, eso que en música se llama el tono.

Mme Forestier cubría con una mirada protectora y sonriente á Duroy, mirada de persona conocedora que parecía decir : « Tú llegarás. »

La señora de Marelle se había vuelto hacia Duroy varias veces y el diamante de su pendiente temblaba sin cesar como si la fina gota de agua fuese á desprenderse y á caer.

La niña permanecía inmóvil y grave con la cabeza inclinada sobre su plato.

Pero el doméstico daba la vuelta á la mesa vertiendo en los vasos azules vino de Johannisberg, y Forestier brindó saludando á Mr. Walter : « ¡Por la prosperidad de *La Vida Francesa!* »

Todo el mundo se inclinó hacia el propietario, que sonreía, y Duroy embriagado de triunfo bebió el vaso de un trago. En aquel momento le parecía que habría vaciado del mismo modo una pipa entera, como se hubiera comido un buey ó extrangulado un león. Sentía un vigor sobrehumano en los miembros, y en el espíritu una resolución invencible y una esperanza infinita. Allí, en medio de aquellas gentes, se encontraba ahora como en su propia casa ; acababa de tomar posición, de conquistar su plaza. Su mirada se posaba sobre los semblantes con otra seguridad que antes, y por la primera vez se permitió dirigir la palabra á su vecina :

— Tiene Vd., señora, los más bonitos pendientes que yo he visto nunca.

Mme de Marelle se volvió hacia él sonriente

—Es una idea que me ha dado de colgar así diamantes, sólo sujetos por un hilo. Parecen verdaderamente gotas de rocío, ¿no es cierto?

Confuso de su audacia y temiendo decir alguna necedad se limitó á decir en voz baja:

—Es una cosa encantadora... pero la oreja también hace valer la cosa.

La señora le agradeció la fineza con una de esas claras miradas de mujer que penetran hasta el corazón.

Y como en aquel momento volviese la cabeza, todavía se encontró con los ojos de Mme Forestier, benévolos siempre, pero creyó ver en ellos una alegría más viva, una malicia, un estímulo para que prosiguiera su campaña.

Todos los hombres hablaban ahora al mismo tiempo, con apasionamiento y con estrépito; discutíase el gran proyecto de camino de hierro metropolitano. El tema no quedó agotado sino al final de los postres, pues cada cual tenía un sinfín de cosas que decir sobre la lentitud de las comunicaciones, los inconvenientes de los tranvías, lo fastidioso de los ómnibus y la grosería de los cocheros de punto.

Después se abandonó el comedor y la gente pasó al salón para tomar el café. Duroy ofreció, por broma, el brazo á la niña, que le dió gravemente las gracias y se empinó sobre la punta de los pies á fin de posar la mano sobre el codo de su vecino.

Al entrar en el salón, Jorge Duroy experimentó de nuevo la sensación de que penetraba en un invernadero. En los cuatro ángulos de la pieza, cuatro grandes palmeras abrían sus hojas elegantes, subían hasta el techo y se ensanchaban después en surtidores de agua.

De ambos lados de la chimenea, dos cauchús redondos como columnas, ostentaban escalonadas una sobre otra sus largas hojas de un verde oscuro, y sobre el piano dos arbustos desconocidos, redondos y cubiertos de flores, el uno de color rosa y blanco el otro, presentaban todo el aspecto de plantas artificiales inverosímiles, demasiado hermosas para ser verdaderas.

El aire era fresco y penetrado de un vago y suave perfume que no se habría podido definir y del cual no se lograba dar con el nombre.

Más dueño de sí que cuando entró por primera vez, el joven examinó atentamente la estancia. No era grande, nada retenía la mirada, excepción hecha de los arbustos; ningún color vivo hería la vista, pero se sentía allí dentro algo de cómodo, de tranquilo, de reposado; aquello envolvía dulcemente, agradaba y sentíase en torno del cuerpo algo como una caricia.

Las paredes estaban tapizadas con una tela antigua de color violeta pasado, salpicada de florecillas de seda amarilla del tamaño de moscas

Sobre las puertas caían grandes cortinones de paño azul gris, paño de soldado, en los cuales había bordados algunos claveles de seda encarnada, y los asientos eran de todas formas y tamaños y desparramados al azar en el salón: chaises-longues y divanes, enormes ó minúsculas butacas, taburetes diversos, todas estas piezas cubiertas de seda Luis XVI ó de lindo terciopelo de Utrech, con fondo crema y dibujos granate.

—¿Toma Vd. café, señor Duroy? le decía la señora Forestier, mientras que con aquella sonrisa amiga que no abandonaba nunca sus labios, le presentaba una taza llena.

—Sí, señora, muchas gracias.

Duroy tomó la taza en la mano y al inclinarse para

30517
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
525 MONTERREY, MEXICO

coger con las pinzas de plata un terrón de azúcar del azucarero que llevaba la niña, la señora de su amigo le dijo á media voz :

— Haga Vd. la corte á Mme Walter.

Y se alejó antes de que él pudiese responder una palabra.

Duroy bebió primeramente su café por miedo de dejarlo caer sobre la alfombra, y después, libre el espíritu, buscó un medio de aproximarse á la señora de su nuevo director y entablar conversación.

De pronto se hizo cargo de que Mme Walter tenía en la mano la taza vacía sin saber dónde colocarla, pues se hallaba distante de una mesa, y esto le dió motivo para acercarse vivamente :

— Permítame usted, señora.

— Muchas gracias, caballero.

Así que hubo colocado la taza, volvió adonde ella estaba :

— ¡Si usted supiese, señora, qué agradables momentos me ha hecho pasar *La Vida Francesa* cuando me hallaba en el Desierto! Es verdaderamente el único periódico que fuera de Francia puede leerse, porque es más literario, más espiritual y menos monótono que todos los demás. En él se encuentra de todo.

La señora Walter sonrió con indiferencia amable y respondió gravemente :

— Mr. Walter no ha trabajado poco hasta crear este tipo de periódico que responde á una nueva necesidad del público.

Y la conversación se inició desde este momento.

Duroy tenía la palabra fácil y trivial, encanto en la voz, mucha gracia en la mirada y seducción irresistible en el bigote que se le sublevaba sobre el labio, crespo, rizado, bonito, de color rubio teñido ligeramente de rojo, y un matiz más pálido en los pelos erizados de las guías.

Hablaron de París, de los alrededores, de las orillas del Sena, de los balnearios, de los placeres del verano, de todas esas cosas corrientes sobre las que se puede discurrir indefinidamente sin fatigar el espíritu.

Después, como Duroy vió á Mr. Norberto de Varenne

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acercarse con un vaso de licor en la mano, se alejó por discreción.

Mme de Marelle, que acababa de hablar con la señora de Forestier, le llamó:

— ¿Según parece, caballero, usted desea ensayar el periodismo?

Duroy habló entonces de sus proyectos en términos vagos, y luego comenzó con ella la misma conversación que acababa de tener con Mme Walter, pero como ya poseía mejor el tema, se mostró superior, repitiendo como suyas cosas que acababa de oir. Y miraba incesantemente en los ojos á su vecina como para dar á lo que decía un sentido profundo.

Á su vez ella le refirió algunas anécdotas con esa animación fácil de mujer que sabe que es espiritual y que quiere ser original siempre; y, usando de cierta familiaridad, posaba su mano sobre el brazo del joven, bajaba la voz para decir cosas insignificantes que de aquella manera tomaban un carácter de intimidad. Duroy se complacía interiormente en interesar á aquella señora que se ocupaba de él y hubiera querido en aquel momento sacrificarse por ella, defenderla, mostrar lo que él valía; y la falta de puntualidad con que algunas veces respondía á observaciones de ella, indicaban las preocupaciones que embargaban su pensamiento.

Pero de pronto y sin razón aparente, Mme de Marelle llamó: « Laurina » y la niña se acercó.

— Siéntate, hija mia, que tendrás frío cerca de la ventana.

Duroy sintió un deseo loco de besar á la niña como si algo de aquel beso hubiera de volver á la madre, y de un tono paternal y galante la preguntó:

— ¿Me permite usted que la bese, señorita?

La niña levantó los ojos sobre él con aire de sorpresa, y la señora de Marelle dijo entonces riendo: « Contesta ».

— Consiento por hoy, caballero; pero sin que por esto haya de ser siempre así.

Duroy se sentó inmediatamente y colocó á Laurina sobre su rodilla; y después rozó con los labios la fina y ondulada cabellera de la niña.

La madre se extrañó:

— ¡Qué cosa más rara que no se haya escapado; es asombroso. De ordinario no se deja besar nada más que de las mujeres. Es usted irresistible, señor Duroy.

Él se puso encarnado, sin responder, en tanto que con un ligero movimiento balanceaba á la niña sobre la pierna.

La señora de Forestier se acercó y no pudo contener una exclamación de sorpresa:

— ¡Calla! Aquí tienen ustedes á Laurina amansada, ¡qué milagro!

Jacobo Rival se acercaba también con un cigarro en la boca, y Duroy se levantó para retirarse, ya por miedo de perder con alguna frase torpe lo ganado, esto es, su obra de conquista comenzada.

Saludó, tomó y estrechó suavemente la manecita que las mujeres le tendían y sacudió con fuerza la mano de los hombres, y notó que mientras la de Jacobo Rival estaba seca y cálida y respondía á la presión de la suya,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la de Norberto de Varenne, húmeda y fría, se escapaba deslizándose entre los dedos. La del viejo Walter fría y blanda, sin expresión ni energía; la de Forestier grasa y tibia. Su amigo le dijo en voz baja:

— Mañana á las tres, no lo olvides.

— ¡Oh no! descuida.

Al encontrarse en la escalera tuvo deseo de bajarla corriendo, tan vehemente era su alegría, y se lanzó á bajarla de dos en dos escalones, pero de pronto advirtió en el gran espejo del segundo piso que un señor muy apresurado le salía al encuentro dando brincos, y entonces se detuvo repentinamente avergonzado como si acabase de ser sorprendido en una falta.

Después se miró atentamente maravillado de resultar verdaderamente un buen mozo, sonrió complaciente y, por último, despidiéndose de su imagen se saludó muy bajito, con ceremonia, tal como se saluda á los grandes personajes.

III

Cuando Jorge Duroy se encontró en la calle no sabía qué dirección tomar.

Sentía la necesidad de correr, de soñar, de caminar delante de sí mismo pensando en el porvenir, respirando el suave ambiente de la noche; pero la serie de artículos que el Sr. Walter le había encomendado le preocupaba y esto le decidió á entrar en su casa lo antes posible para ponerse manos á la obra.

Á grandes pasos se encaminó, pues, á su casa y ganando el bulevar exterior, le siguió hasta la calle de Boursault en donde habitaba. Su casa, que constaba de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la de Norberto de Varenne, húmeda y fría, se escapaba deslizándose entre los dedos. La del viejo Walter fría y blanda, sin expresión ni energía; la de Forestier grasa y tibia. Su amigo le dijo en voz baja:

— Mañana á las tres, no lo olvides.

— ¡Oh no! descuida.

Al encontrarse en la escalera tuvo deseo de bajarla corriendo, tan vehemente era su alegría, y se lanzó á bajarla de dos en dos escalones, pero de pronto advirtió en el gran espejo del segundo piso que un señor muy apresurado le salía al encuentro dando brincos, y entonces se detuvo repentinamente avergonzado como si acabase de ser sorprendido en una falta.

Después se miró atentamente maravillado de resultar verdaderamente un buen mozo, sonrió complaciente y, por último, despidiéndose de su imagen se saludó muy bajito, con ceremonia, tal como se saluda á los grandes personajes.

III

Cuando Jorge Duroy se encontró en la calle no sabía qué dirección tomar.

Sentía la necesidad de correr, de soñar, de caminar delante de sí mismo pensando en el porvenir, respirando el suave ambiente de la noche; pero la serie de artículos que el Sr. Walter le había encomendado le preocupaba y esto le decidió á entrar en su casa lo antes posible para ponerse manos á la obra.

Á grandes pasos se encaminó, pues, á su casa y ganando el bulevar exterior, le siguió hasta la calle de Boursault en donde habitaba. Su casa, que constaba de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seis pisos, estaba poblada por veinte inquilinos de condición modesta, obreros con casa puesta los unos y los demás pequeños rentistas ó industriales. Duroy subió la escalera alumbrándose con cerillas y al contemplar los inmundos tramos en los que abundaban trozos de papel y puntas de cigarrillos juntamente con mondaduras de cocina, no pudo reprimir una sensación de repugnancia y de asco, y un deseo dominó en aquel momento su espíritu : salir de allí cuanto antes y vivir como viven los hombres ricos en habitaciones limpias y alfombradas. Habíasele subido al cerebro aquel olor pesado de cocina, mezclado con emanaciones de letrina y de cuerpos humanos, olor de muralla vieja y rancia, allí estancado y fijo aunque se empleasen para expulsarle todas las corrientes de aire.

La habitación del joven estaba en el quinto piso y daba, como sobre un profundo abismo, sobre la inmensa zanja que forma la línea férrea del Oeste, encima justamente de la salida del túnel junto á la estación de Batignolles. Duroy abrió la ventana y se puso de codos sobre la barandilla de hierro cubierta de orín.

Por bajo de él, en el fondo de la sombría zanja, destacábanse inmóviles y semejantes á grandes ojos de bestia tres señales rojas, un poquito más lejos se veían otras y por último más allá, otras tres luces todavía.

Á cada instante interrumpían el silencio de la noche los silbidos prolongados de los trenes; algunos de ellos sonaban muy próximos y otros apenas perceptibles, los que venían de allá abajo, de la parte de Asnières, los cuales expresaban modulaciones parecidas á gritos humanos. Particularmente uno, se aproximaba, siempre con su quejido lastimero, agrandado de segundo en segundo, hasta que al fin se resolvió en una

luz amarilla enorme que corría produciendo grande estrépito.

Duroy contempló aquel largo rosario de vagones, que fueron inmediatamente tragados por el túnel, y después se dijo : « Vamos á trabajar », colocando, en efecto, la lámpara de que disponía sobre la mesa. Mas al tiempo de ponerse á escribir cayó en la cuenta de que solamente había en su casa un cuadernillo de papel de cartas :

— Qué importa, pensó; lo utilizaré abriendo en todo su grandor los pliegos.

Introdujo, pues, la pluma en el tintero y con la mejor letra que pudo encabezó su escrito :

Recuerdos de un cazador de África.

Luego buscó el comienzo de la primera frase y con la frente apoyada en la mano y los ojos fijos sobre la blanca cuartilla, desplegada ante él, permaneció así por algún tiempo.

¿Pero qué es lo que iba á decir? Ahora no se le ocurría nada de cuanto poco antes había referido, ni una anécdota, ni siquiera un hecho. De repente pensó : « Debo comenzar por mi partida para la Argelia » y escribió : « Era en 1874, á mediados de mayo y en los momentos precisamente en que Francia, agotada por la crecida indemnización de guerra, comenzaba á reposar después de las catástrofes del año terrible... »

Al llegar aquí se detuvo no sabiendo cómo relacionar después su embarque, su viaje, sus primeras emociones; así es que, tras algunos minutos de reflexión, decidió dejar para el día siguiente la cuartilla preparatoria de sus artículos y hacer por el momento una descripción de Argel.

« Argel es una ciudad blanquísima... » escribió sobre

la cuartilla sin acertar después á decir cosa ninguna.

Aparecíasele en recuerdos la linda ciudad mora con sus blancas y sencillas casitas bajando á modo de cascada desde lo alto de la montaña hasta el mar, pero no encontraba una sola palabra para expresar lo que había visto y sentido.

Después de un gran esfuerzo continuó : « Está habitada en parte por los árabes... »

Y como la inspiración se presentaba siempre reacia, concluyó por arrojar la pluma sobre la mesa y levantarse de la silla.

Entonces vió sobre su modesto catre de hierro, en el que el peso de su cuerpo había llegado á marcar un hueco, las ropas de diario en desorden, cansadas, flojas, vacías; feas como los vestidos de la Morgue, y cerca de allí, sobre una silla de paja, vió también el sombrero de copa, único de que disponía, abierto como para recibir una limosna.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas por papel gris con ramilletes azules y tenían tantas manchas como flores, unas manchas antiguas y sospechosas de naturaleza indefinible, que así podían ser de insectos despachurrados como gotas de aceite, huellas de dedos grasientos de pomada, como espuma salpicada de la palangana al tiempo de lavarse. Aquello trascendía á miseria vergonzante, esa miseria de los hoteles pobres de París.

Y un movimiento de desesperación le sublevaba contra aquella pobreza. Era forzoso salir de allí en seguida, aquella existencia de menesteroso debía concluir desde el día siguiente.

Un verdadero ardor de trabajo se apoderó de él repentinamente y vuelto á la silla comenzó á buscar

frases para mejor describir la fisonomía encantadora y extraña de Argel, antecámara del África misteriosa y profunda, el África de los Árabes errantes y de los negros ignorados, el África inexplorada y tentadora que alguna vez se nos muestra en los jardines públicos; y quiso describir también los animales inverosímiles que parecen creados únicamente para los cuentos de hadas, y los avestruces, esas gallinas extravagantes, las gacelas, esas cabras divinas; las sorprendentes y grotescas girafas, los graves camellos, los hipopótamos monstruosos y los informes rinocerontes, los gorilas, esos hermanos horrorosos del hombre.

Sentía vagamente los pensamientos y acaso los hubiera dicho, pero no podía formularlos por escrito. Y su impotencia le ponía calenturiento hasta el punto de que se levantó de nuevo con las manos húmedas de sudor y la sangre agitándose en las sienes.

En esto sus ojos se fijaron sobre la cuenta de la lavandera, que la portera le había subido aquella misma noche, y bruscamente se sintió sobrecogido de una desesperación infinita. Toda su alegría desapareció en un segundo y con ella su confianza en sí mismo y su fe en el porvenir. Era asunto concluído, todo estaba terminado; ni haría nada, ni sería nada; se sentía vacío, incapaz, inútil, condenado.

Y de nuevo se volvió á la ventana en el momento justamente en que un tren salía del túnel con repentino y violento ruido. Un tren que se iba allá lejos á través de los campos y de las llanuras, hacia el mar, haciéndole recordar á Duroy la casa querida de sus padres. Aquel tren iba á pasar cerca de ellos, á unas leguas de distancia solamente de la casa paterna, que en aquel momento se le representó á su vista en lo alto de la

costa dominando á Rouen y al inmenso valle del Sena, á la entrada de la aldea llamada Canteleu.

Su padre y su madre tenían un pequeño establecimiento de bebidas, un ventorrillo donde los burgueses de los contornos venían á almorzar el domingo: *Venta de Buena Vista*.

Aquellos buenos viejos habían querido hacer de su hijo un señor y le habían mandado al colegio, y cuando concluídos sus estudios fracasó en los ejercicios del bachillerato, partió para el servicio militar con intención de llegar á oficial, á coronel, á general si podía. Pero disgustado del estado militar mucho antes de haber concluído sus cinco años, soñaba ya con hacer fortuna en París.

Así es que una vez el tiempo de su servicio terminado se había venido á París á pesar de los ruegos de su padre y de su madre que, ya que sus sueños no habían podido realizarse, querían tenerle á su lado. Él por su parte esperaba siempre un porvenir y entreveía el

triunfo en medio de acontecimientos confusos todavía en su espíritu, pero á los que seguramente él haría nacer secundándolos luego.

Ya en su vida de regimiento había tenido triunfos mientras estaba de guarnición, buenas conquistas en el mundo de mujeres fáciles y hasta algunas aventuras en un mundo más elevado, pues había seducido á la hija de un arrendatario de contribuciones que estaba dispuesta á dejar todo por seguirle, y á la mujer de un procurador, la cual llegó á quererse ahogar, desesperada de que él no la quería más. Sus camaradas decían de él: « ¡Vaya qué punto! Lo que es éste, sabrá siempre componérselas para salir adelante... » Y él se había prometido, en efecto, salir adelante.

Su conciencia nativa de normando desgastada por la práctica diaria de la vida de guarnición y distendida por los ejemplos de merodeo en África, los gages ilícitos y las supercherías sospechosas, se había convertido en una caja de triple fondo en la que había de todo, no pudiendo como no podía sustraerse á las ideas de honor comunes en el ejército y que influían en él juntamente con la vanagloria de clase y las bravatas del oficio y los sentimientos patrióticos, al propio tiempo que esa inclinación á lo grande que es moneda corriente en las historias que unos á otros se cuentan los sargentos.

Pero lo que más que nada dominaba en él era el deseo de ser algo.

Esta noche, sin darse cuenta, se había dejado llevar, como tantas otras, de su propensión al desvarío, y ya imaginaba una aventura de amor, magnífica, soberbia, que le llevaba de un golpe á la realización de sus sueños: ya se unía en matrimonio á la hija de un banquero ó de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un gran señor, encontrada por casualidad en la calle y conquistada de buenas á primeras.

El silbido estridente de una locomotora que salía sola del túnel, como un conejo de su madriguera, y que corriendo á todo vapor sobre los railes buscaba el abrigo de la estación donde debía reposar, le despertó de su sueño.

Reanimado entonces por la confusa y alegre esperanza que tan frecuentemente dominaba en su espíritu, envió un beso cariñoso á la noche, un beso de amor hacia la mujer esperada, un beso de pasión hacia la soñada fortuna.

« Bah, murmuró, cerrando la ventana y mientras comenzaba á desnudarse; mañana estaré mejor dispuesto. Esta noche no tengo libre el espíritu, y, además, acaso he bebido con exceso. En estas condiciones es imposible trabajar. »

Se metió en la cama, apagó la luz y casi inmediatamente se quedó dormido.

Al siguiente día se despertó temprano, como sucede siempre en los días de viva esperanza ó de preocupaciones del ánimo, y saltando de la cama abrió la ventana para tragarse una buena taza de aire fresco, como decía.

Las casas de la calle de Roma, situadas en frente de la suya, al lado opuesto de la ancha losa del camino de hierro, resplandecían á la luz del sol naciente y parecían pintadas de claridad blanca. Á la derecha y á lo lejos, descubríanse las colinas de Argenteuil, las alturas de Sannois y los molinos de Orgemont, todo ello entre una bruma azulada y ligera parecida á un pequeño velo que flotara transparente sobre el horizonte.

Duroy permaneció algunos minutos contemplando la lejana campiña y murmuró : « ¡Qué hermoso debe estar

todo aquello en un día como este! » Pensó después en que era preciso trabajar en seguida y enviar á su oficina al hijo de la portera, dándole cincuenta céntimos de gratificación y el encargo de decir que estaba enfermo.

Volvió como la noche antes á la mesa, mojó la pluma, apoyó en la mano izquierda la frente y buscó las ideas. Todo en vano, las ideas no venían.

Pero no se desalentó, sin embargo, y pensó : « Bah, es que no tengo costumbre todavía. Esto no es más que un oficio que se aprende como todos, y será necesario que me ayuden las primeras veces. Forestier mismo me arreglará el artículo en diez minutos. »

Y se vistió.

Cuando se encontró en la calle, reflexionó que era aún demasiado temprano para presentarse en casa de su amigo, el cual debía dormir hasta tarde. Se paseó, pues, haciendo tiempo bajo los árboles del bulevar exterior y, como todavía no eran las nueve, se llegó hasta el parque Monceau que con la humedad de los riegos estaba fresco y delicioso, y sentándose sobre uno de los bancos del jardín, se puso de nuevo á soñar. Delante de él iba y venía un joven muy elegante que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

por las trazas esperaba á una mujer, pues ésta apareció á los pocos momentos cubierta con un velo, se acercó á él con paso rápido, tomó su brazo y ambos se alejaron después de estrecharse brevemente la mano.

Una necesidad imperiosa de amor se apoderó de Duroy, necesidad de amores distinguidos, perfumados, finos. Se levantó de su asiento y, pensando en Forestier, se puso en camino. « ¡Este sí que era dichoso, Forestier! »

En el momento en que su amigo salía, llegaba Duroy delante de la puerta.

— ¡Tú por aquí á esta hora! ¿Qué me quieres?

Duroy se turbó al encontrarle en aquel momento en que ya se iba y balbuceó :

— Es que... es que... no puedo conseguir hacer mi artículo, ¿sabes? El artículo que me ha pedido Mr. Walter sobre Argelia. No tiene nada de particular puesto que no habiendo escrito nunca, me falta la práctica. Estoy seguro de adquirirla pronto, pero para comenzar no sé cómo componérmelas. Las ideas las tengo, pero no puedo expresarlas.

Al llegar aquí paró de hablar vacilando algún tanto. Forestier sonrió con malicia.

— Ya sé lo que es eso.

— Creo que eso le debe suceder á todo el mundo, volvió á decir Duroy. Pues bien yo venía... á pedirte que me ayudases un poco. Tú me arreglarías en diez minutos el artículo mostrándome el giro que debe darse á la frase, y con esto me dabas al mismo tiempo una buena lección de estilo. De otro modo no sé cómo voy á salir del apuro.

El otro seguía sonriendo siempre con aire jovial; por fin, tocándole familiarmente en el brazo le dijo :

— Sube á ver á mi mujer y ella te arreglará el artículo lo mismo que yo; la tengo amaestrada en este trabajo. Yo mismo lo haría con mucho gusto si no fuese porque no tengo tiempo ahora.

Duroy vacilaba, no se atrevía...

— ¿Pero, á esta hora, cómo quieres que yo la moleste?

— Nada de eso. Está ya levantada y la encontrarás seguramente en mi despacho ocupada en arreglar notas mías.

Duroy se negaba á subir.

— No... eso no puede ser, repetía.

Forestier le tomó entonces por los hombros, le hizo girar sobre los talones, y empujándole hacia la escalera le dijo :

— Pero, ¿no te digo que subas, majadero? No creo que me vas á obligar á subir mis tres pisos para presentarte y explicar el caso en que te encuentras.

Entonces decidióse Duroy á subir.

— Gracias, chico. La diré que tú, absolutamente tú, me has obligado á molestarla.

— Está bien. No te comerá por eso, puedes estar tranquilo. Sobre todo, no te olvides luego de estar á las tres en punto.

— ¡Oh! Pierde cuidado.

Forestier se fué con aire apresurado mientras Duroy subía lentamente la escalera, tramo á tramo, pensando en lo que iba á decir é inquieto de la acogida que obtendría.

El doméstico vino á abrirle la puerta, vestido con un delantal azul y con una escoba en la mano.

— El señor ha salido, dijo sin esperar la pregunta.

— Pregunte Vd. á Mme Forestier, insistió Duroy, si puede recibirme, advirtiéndola que vengo de parte de su esposo á quien he encontrado en la calle.

Y esperó.

El doméstico volvió con la respuesta :

— Puede Vd. pasar, la señora espera, dijo en voz más alta y al mismo tiempo que abría una puerta que se encontraba á la derecha de la entrada.

La señora de Forestier hallábase sentada en un sillón de la mesa-despacho en una pequeña pieza cuyas paredes estaban literalmente cubiertas de libros bien alineados sobre tablas de negra madera. Las encuadernaciones de diversos matices que allí había, rojas, amarillas, verdes, violetas, azules, daban una nota de color y de alegría en aquel monótono alineamiento de volúmenes.

Así que el joven entró, se volvió, sonriente siempre, hacia él. Aparecía elegantemente envuelta en un peinador blanco guarnecido de encaje, y al tenderle la mano mostró su brazo desnudo dentro de una manga ampliamente abierta.

— ¿ Ya? dijo la joven. No es un reproche sino una simple pregunta.

— Señora, yo no quería subir, dijo Duroy balbuceando, pero su marido de Vd., á quien he encontrado abajo, me ha obligado á ello. Tan confuso me tiene la ligereza cometida que no me atrevo siquiera á decirla el objeto que me trae.

Ella le mostró entonces un asiento :

— Siéntese Vd. y hable, le dijo mientras que entre dos dedos jugueteaba ágilmente con una pluma de ave.

Encima de la mesa veíase una gran cuartilla de papel escrita hasta la mitad solamente, pues la entrada de Duroy la había interrumpido en su trabajo.

Allí sentada y con el pupitre delante, Mme Forestier tenía el aire de estar tan á sus anchas como en su salón entregada á sus ocupaciones ordinarias.

Un ligero perfume se desprendía del peinador, el perfume todavía fresco de la *toilette*. Y Duroy trataba de adivinar, creía ver aquel cuerpo claro y joven, cálido y robusto suavemente envuelto en la blandísima tela.

Como no hablaba, ella volvió á preguntarle :

— ¿Y dice Vd. que es?...

Con vacilación contestó Duroy :

— Pues me ocurre... Pero verdaderamente... no me atrevo... Es que ayer noche trabajé hasta muy tarde y esta mañana me he levantado muy temprano... para hacer ese artículo sobre Argelia que me encargó Mr. Walter... y no consigo hacer nada que valga la pena; he roto todos mis ensayos. No tengo costumbre de hacer esta clase de trabajos y venía á pedir á Forestier que me ayudase... por una sola vez...

La señora le interrumpió riendo con toda su alma. Y feliz, alegre y lisonjeada se adelantó á decirle :

— ¿ Y le ha dicho á Vd. que venga á verme?... Esto es gracioso...

— Sí, señora. Me ha dicho que Vd. me sacaría del apuro mejor que él... Pero yo no me atrevía, ¡ vamos! no quería; ¿ Vd. comprende?

Ella se levantó :

— Realmente va á ser una cosa encantadora colaborar así. Me complace mucho la idea de Vd.

Y señalándole su propio sillón le dijo :

— Siéntese Vd. aquí en mi sitio, porque en el periódico conocen mi letra.

Duroy se sentó, tomó una pluma, colocó delante una cuartilla y esperó.

Mme Forestier, que permanecía de pie, le miraba mientras él hacía sus preparativos, luego tomó de encima de la chimenea un cigarrillo y le encendió :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Yo no puedo trabajar sin fumar. Vamos á ver: ¿qué es lo que quiere Vd. contar?

Duroy levantó la cabeza hacia ella con extrañeza.

— Pero si no lo sé, precisamente por eso he venido á ver á Vd.

— Bueno, yo le arreglaré á Vd. el artículo, es decir, yo se lo aderezaré, pero necesito el plato.

Él continuaba sin saber qué decir. Por último, aunque no sin vacilación, dijo alguna cosa:

— Yo quisiera referir mi viaje desde su principio...

La señora de Forestier se sentó entonces enfrente de él, del otro lado de la mesa, y mirándole en los ojos, le habló de esta suerte:

— Está bien. Refiéramelo Vd., á mí primero, para mí sola ¿usted comprende? punto por punto, sin olvidar nada, y yo después elegiré aquello que sea necesario decir.

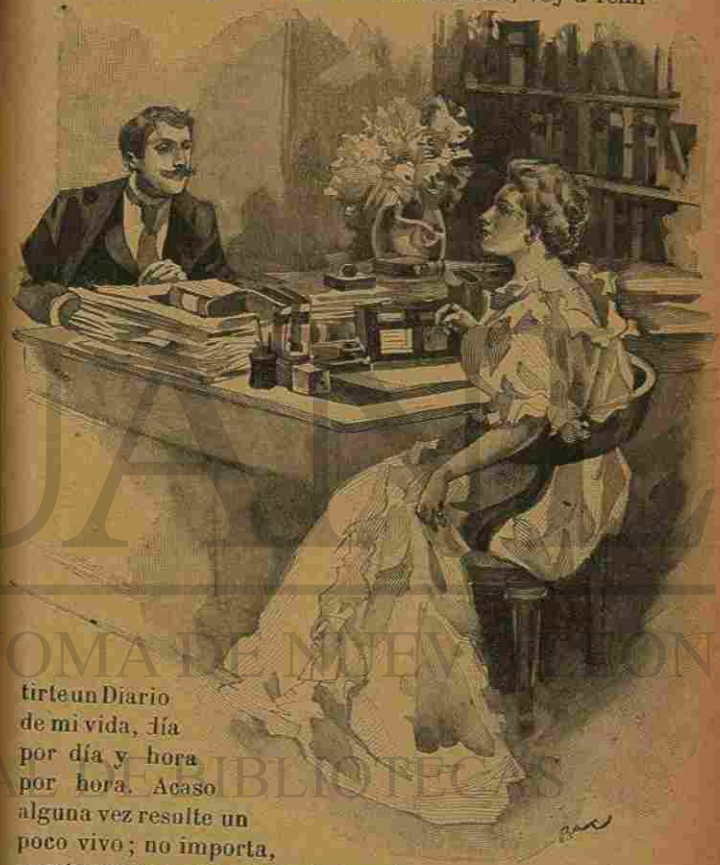
Pero como no sabía por dónde comenzar, ella se puso á preguntarle, del mismo modo que lo hubiera hecho un sacerdote en el confesonario, presentándole cuestiones precisas que le recordaban detalles olvidados, personajes que había visto, figuras simplemente advertidas durante su viaje.

Y cuando ya la joven le hubo escuchado por espacio de un cuarto de hora escaso, le interrumpió de repente:

— Ahora vamos á comenzar. Primeramente suponemos que Vd. envía sus impresiones á un amigo suyo, lo cual le permite á Vd. decir toda clase de tonterías y de hacer observaciones de todo género, así como también de ser llano y original cuanto cabe. Comience Vd.:

« Mi querido Enrique: Tú quieres saber lo que es la Argelia, ¿no es verdad? Pues vas á saberlo. Á ese fin

y no teniendo yo nada que hacer en la pequeña jaula de barro seco que me sirve de habitación, voy á remi-



tirte un Diario de mi vida, día por día y hora por hora. Acaso alguna vez resulte un poco vivo; no importa, puesto que no estás obligado precisamente á mostrarlo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las señoras de tu amistad ó de tu conocimiento..... »

Mme Forestier interrumpió la redacción un instante para encender de nuevo el cigarrillo, é inmediatamente cesó el rechinamiento ligero y chillón que la pluma de ave producía sobre el papel.

— Continuemos, dijo la joven.

« La Argelia es un gran país francés sobre la frontera de grandes países desconocidos, á los cuales se designa bajo el nombre de El Desierto, El Sahara, el África Central, etc., etc.

« Argel es la puerta, la puerta blanca y encantadora de este continente extraño.

« Pero es el caso que hay que venir aquí y eso no es de color de rosa para todo el mundo. Ya sabes que soy un excelente jinete, y la prueba es que tengo á mi cargo domar los caballos del coronel; sin embargo, se puede ser un buen jinete y no ser marino sino muy malo. Este es el caso mío.

« ¿Te acuerdas del médico mayor Simbretas, al cual llamábamos doctor Ipecacuana?

« Siempre que creíamos estar maduritos para pasar en la enfermería veinticuatro horas, no teníamos más que presentarnos en la visita.

« El médico estaba sentado en su silla, con sus piernazas abiertas dentro de aquel pantalón encarnado, sus manos sobre las rodillas, los brazos formando puente con los codos al aire.

« ¿Te acuerdas cómo nos miraba con aquella cara de pascuas mordiscándose el bigote cano?

« ¿Te acuerdas de su prescripción?

« Este soldado está enfermo de desarreglo del estómago. Désele el vomitivo nº 3 de mi fórmula, y con doce horas de reposo después, irá bien.

« Aquel vomitivo era soberano, irresistible. Se tomaba porque era preciso tomarlo, y luego, ya que se había pasado por la fórmula del doctor Ipecacuana, disfrutaba uno de doce horas de reposo bien ganado.

« Pues bien, amigo mío, para llegar al África es necesario sufrir por espacio de cuarenta horas otra especie de vomitivo irresistible, según la fórmula de la Compañía Transatlántica. »

La joven se frotaba las manos completamente satisfecha de su idea.

Después se levantó y se puso á pasear, encendió otro cigarrillo y siguió dictando, mientras soplaba las bocanadas del humo que, en filamentos, salía recto por un pequeño agujerillo abierto en medio de sus labios cerrados. Aquellos filamentos se ensanchaban luego y se evaporaban, dejando por ciertos sitios en el aire, á modo de líneas grises, una especie de bruma transparente, de vapor húmedo parecido á tela de araña. Alguna vez borraba con un movimiento de su mano, que la tenía abierta, las huellas ligeras y más persistentes del humo; otras veces se complacía en separarlas imprimiendo un movimiento cortante á su dedo índice, mirando luego con grave atención cómo desaparecían lentamente los dos trozos de vapor imperceptible.

Duroy seguía con los ojos dirigidos hacia ella todos los movimientos y actitudes de su cuerpo y de su semblante, ocupados entonces en aquel juego caprichoso que en nada dificultaba realmente á la labor de su pensamiento.

Por el contrario, ahora imaginaba ella las peripecias de la navegación, hacía el retrato de compañeros de viaje imaginarios y bosquejaba una aventura de amor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con la señora de un capitán de infantería que iba á unirse á su marido.

Sentada de nuevo en frente de Duroy, le pregunto acerca de la topografía de Argelia que ella ignoraba en absoluto, y en diez minutos supo tanto como él sabía, pudiendo por consiguiente dictarle un pequeño capítulo de geografía política y colonial para poner al lector al corriente y prepararle sobre las graves cuestiones que deberían ser tratadas en los artículos sucesivos.

Después continuó por una excursión en la provincia de Orán, una excursión fantástica en la que especialmente era cuestión de mujeres moriscas, judías ó españolas.

— No hay nada como esto, decía Mme Forestier, para interesar al público.

El trabajo terminaba por un día de permanencia en Saïda, al pie de las altas mesetas, y por una hermosa intriga de amor entre el sargento Jorge Duroy y una obrera española empleada en la manufactura de alfa de Aïn-el-Hadjar, intriga en la cual se referían las citas nocturnas allá en la desnuda y pedregosa montaña, mientras los chacales, las hienas y los perros árabes clamaban, ladraban ó aullaban en medio de las rocas.

— (Continuará), dijo Madama Forestier alegremente.

Y volviéndose á levantar le dijo á Duroy:

— Ahí tiene Vd., amigo mío, cómo se escribe un artículo. Fírmelo.

— Pero..., observó Duroy indeciso.

— ¡Qué duda cabe! Fírmelo Vd.

Duroy se echó á reir entonces y escribió: « Jorge Duroy. »

Mientras ella seguía fumando y dando paseitos, él la

miraba con fijeza sin acertar á decir nada que indicase su agradecimiento, dichoso como estaba de hallarse allí cerca de ella, penetrado de gratitud profunda y de delicia sensual con aquella intimidad naciente. Pareciale que todo cuanto la rodeaba formaba parte de su persona, hasta las paredes cubiertas de libros. Los asientos, los muebles, el aire, en el que flotaba el olor del tabaco, tenían algo de particular, de bueno, de suave, de delicioso que venía de su mismo ser.

— ¿Qué piensa Vd. de mi amiga la señora de Marelle? le preguntó bruscamente la joven.

Duroy quedó sorprendido de aquella pregunta.

— Pues la encuentro... la encuentro seductora.

— ¿No es verdad que lo es?

— Ciertamente que sí, dijo Duroy. De buena gana hubiera añadido: Aunque no tanto como Vd.

— ¡Y si Vd. supiera, continuó la joven, cómo es original é inteligente! Es, si Vd. quiere, una bohemia, una verdadera bohemia. Por esto apenas si su marido la quiere. Ve solamente los defectos y no aprecia las buenas cualidades.

Duroy quedó estupefacto de saber que la señora de Marelle estaba casada, y sin embargo era bastante natural que lo estuviese.

— ¿Conque..... es casada? ¿Y qué hace su marido? preguntó.

Mme Forestier se encogió suavemente de hombros y frunció ligeramente el entrecejo con un solo movimiento lleno de significaciones incomprensibles.

— Es inspector de la línea del Norte. Pasa en París ocho días del mes, lo que su mujer llama « el servicio obligatorio » ó « la semana santa ». Cuando Vd. la conozca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejor, verá qué delicada y qué simpática es. Vaya Vd. á verla un día de estos.

Duroy no pensaba ya en marcharse, le parecía que iba á estarse allí siempre, que estaba en su casa. Pero en aquel momento la puerta se abrió sin ruido, y un señor alto, al cual no se le había anunciado, se adelantó hacia ellos.

Al ver un hombre se detuvo. Mme Forestier apareció como turbada un segundo, pero después dijo con voz natural aunque colorándose de un ligero rubor que la subió desde los hombros al semblante:

— Pero entre Vd., amigo mío. Le presento á un buen amigo de Carlos, el señor Jorge Duroy, futuro periodista.

Después y en tono diferente añadió:

— El conde de Vaudrec, el mejor y más íntimo de nuestros amigos.

Los dos hombres se saludaron mirándose al fondo de los ojos, y Duroy se retiró inmediatamente.

Nada se le dijo para retenerle. Balbuceó algunas frases de reconocimiento, estrechó la mano que la joven le tendía, se inclinó todavía ante el recién llegado que conservaba un semblante frío y serio de hombre de mundo, y salió completamente turbado, lo mismo que si acabara de incurrir en una enorme necedad.

Al encontrarse en la calle se sintió triste, incómodo, obsesionado por la confusa sensación de un dolor oculto. Caminaba delante de sí, preguntándose la razón de aquella súbita melancolía, y, aunque no la encontraba, la figura severa del conde de Vaudrec se le aparecía incesantemente en su recuerdo, con aquel semblante ya algo viejo, el cabello comenzando á blanquear, y un aire tranquilo é insolente de señor muy rico y seguro de sí mismo.

Y se le apareció entonces la llegada de aquel caballero desconocido interrumpiendo una conversación encantadora, á la que se acostumbraba ya, y produciendo en su alma esa sensación de frío y de desaliento que una simple palabra, una pena entrevista, la cosa más nimia nos causan á veces.

Sin adivinar porqué, le parecía también que aquel hombre habíase contrariado de encontrarle allí.

Duroy no tenía nada que hacer hasta las tres, y como aun no era mediodía y quedábanle en el bolsillo seis francos cincuenta, se dirigió á un restaurant Duval para almorzar. Luego, y con objeto de hacer tiempo, dió una vuelta por el Bulevar, y, así que dieron las tres, subió la escalera-reclamo de *La Vida Francesa*.

Los ordenanzas de la redacción reposaban sobre una banqueta con los brazos cruzados, mientras que un ujier clasificaba la correspondencia que acababa de llegar, sentado detrás de un pequeño bufete. La decoración era de lo mejor que podía imaginarse para imponer al visitante. Todo el mundo estaba vestido allí con elegancia, tenía maneras, revelaba una cierta dignidad, tal como convenía á la antecámara de un gran periódico.

— ¿Mr. Walter? preguntó Duroy.

— El Sr. Director está ocupado en este momento, respondió el ujier. Si Vd. tiene la bondad de esperar un poco...

Y le indicó el salón de espera lleno ya de gente.

Veíanse allí hombres graves, condecorados, importantes, y también hombres desaliñados, cuya ropa blanca resultaba invisible á causa de llevar abrochada hasta el cuello la mugrienta levita, que en algunos de ellos recordaba las separaciones de continentes y mares

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"Alfonso Reyes"

de las cartas geográficas por los dibujos que las manchas formaban en el pecho. Entre toda aquella gente había tres mujeres. Una de ellas, bastante bonita y compuesta, sonreía siempre y tenía un aire de *cocota*: su vecina, una mujer de trágico semblante, arrugada y también compuesta aunque de modo más serio, llevaba en sí ese algo de ajado y de artificioso que en general se nota en las antiguas actrices, una especie de juventud falsa y aventada, algo así como un perfume de amor enranciado por el tiempo.

La tercera mujer estaba vestida de luto y se mantenía apartada en un rincón con aire de viuda desolada. Duroy pensó en si iría á pedir una limosna.

Pero el tiempo pasaba y, á pesar de haber transcurrido más de veinte minutos, no se daba entrada á nadie.

Duroy tuvo una idea, y volviendo adonde el ujier se encontraba, le dijo :

— Mr. Walter me ha dado cita para las tres. Vea Vd., en todo caso, si mi amigo el señor Forestier está en la redacción.

Se le hizo entonces pasar por un largo pasillo que le condujo á una gran sala en donde habia cuatro señores escribiendo alrededor de una gran mesa verde.

Forestier se hallaba de pie delante de la chimenea y fumaba un cigarrillo jugando al boliche, juego en el que era muy diestro, y todas las veces daba con la enorme bola de boj amarillo en el palillo de madera. En este momento contaba :

— Veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco.

— Veintiséis, pronunció Duroy.

Su amigo levantó los ojos sin detener el movimiento regular de su brazo :

— ¡Hola! ¡ya estás aquí! Ayer hice cincuenta y siete

tantos seguidos. No hay aquí más que Saint-Potin que me gane á este juego. ¿ Has visto al director? No hay nada más original que ver jugar al boliche á este viejo de Norberto. Cuando tira abre una boca que parece que quiere tragarse la bola.

Uno de los redactores volvió la cabeza hacia Forestier.

— Oye, yo sé de un boliche en venta, soberbio, de madera de las Islas. Ha pertenecido á la reina de España, según se dice, y piden por él sesenta francos. No es caro.

— ¿ Dónde se encuentra ?

Como en aquel momento erraba el tanto treinta y siete, abrió un armario en el cual Duroy pudo ver unos veinte boliches soberbios, numerados y clasificados como los objetos de bisutería de una colección. Después que hubo colocado el instrumento en su sitio correspondiente, volvió á preguntar :

— ¿ Y dónde está esa alhaja ?

— En casa de un revendedor de billetes del Vaudeville, respondió el periodista. Mañana mismo te traeré la cosa, si quieres.

— Corriente. Si es verdaderamente bonito le compro. Nunca tiene uno demasiados boliches.

Volvióse luego hacia Duroy y le dijo :

— Ven conmigo, voy á introducirte en el despacho del director ; de otro modo te pudrirías aquí hasta las siete.

Y atravesaron de nuevo el salón de espera en donde todavía permanecían las mismas personas y en el mismo orden.

Así que Forestier apareció, la señora joven y la vieja actriz se levantaron presurosas y se dirigieron á él, y las llevó primero á una y después á otra al alféizar de la ventana. Por más que en la conversación cui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dasen lo mismo él que ellas de hablar en voz baja, Duroy observó que Forestier tuteaba á las dos.

Una vez concluída su conferencia con las mujeres, Forestier empujó sucesivamente dos puertas acolchadas, y seguido de Duroy, penetró en la habitación del director.

La conferencia que éste tenía desde hacía más de una hora, quedaba reducida á una partida de ecarté con algunos de aquellos señores de sombreros de copa con alas aplanadas que Duroy había visto la víspera.

Mr. Walter tenía las cartas y jugaba con una atención concentrada y movimientos cautelosos, mientras que su adversario abatía, levantaba, manejaba los ligeros y colorados cartones con una delicadeza, una maestría y una gracia de jugador ejercitado.

Norberto de Varenne escribía un artículo sentado en el sillón del director mientras que Jacobo Rival, tendido á lo largo en un diván y con los ojos cerrados, fumaba un cigarro.

Sentíase allí dentro un olor particular, olor á cuarto cerrado, al cuero de los muebles, olor á tabaco y á imprenta; en una palabra, un olor característico de sala de redacción que conocen todos los periodistas.

Sobre la mesa de madera negra con incrustaciones de cobre yacía un montón inverosímil de papeles revueltos: cartas, tarjetas, periódicos, revistas, notas de proveedores, impresos de todo género.

Forestier estrechó las manos de los que de pie y detrás de los jugadores apostaban sobre los lances del juego, y sin decir una palabra contempló la partida. Después y así que el viejo Walter ganó, dijo presentándole:

— Aquí está mi amigo Duroy.

El director se encaró bruscamente con el joven, deslizando por encima de los lentes un rápido golpe de vista, y en seguida le preguntó:

— ¿Me trae Vd. mi artículo? Precisamente encaja bien hoy al mismo tiempo que la discusión Morel.

Duroy sacó del bolsillo las cuartillas de papel plegadas en cuarto:

— Sí, señor, aquí las tiene Vd.

El director pareció encantado, y sonriente le dijo:

— Muy bien, muy bien. Veo que es Vd. hombre de palabra. Hay que ver esto, Forestier.

Pero Forestier se apresuró á contestar:

— No hay necesidad, Mr. Walter, yo he trabajado con él para enseñarle el oficio. Ha resultado una buena crónica.

Y el director que en este momento recibía las cartas de un señor alto y delgado, un diputado del centro izquierdo, añadió con indiferencia:

— Perfectamente entonces.

Forestier no le dejo comenzar su nueva partida, é inclinándose le dijo al oído:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Vd. sabe que me ha prometido admitir á Duroy en reemplazo de Marambot. ¿Quiere Vd. que yo le posesione en iguales condiciones?

— Sí, perfectamente.

El periodista tomó entonces el brazo de su amigo y se le llevó mientras que Mr. Walter se ponía á jugar de nuevo.

Norberto de Varenne no había lavantado la cabeza y parecía no haber visto ó reconocido á Duroy. Jacobo Rival, en cambio, le había estrechado la mano con una energía insinuante y cariñosa de buen camarada, con el cual se puede siempre contar en cualquier lance.

Forestier y Duroy atravesaron una vez más el salón de espera, y cuando todo el mundo levantó la vista, Forestier dijo á la más joven de las mujeres en tono bastante alto para ser oido de los demás pacientes :

— El director va á recibirla á Vd. en seguida. En este instante tiene una conferencia con dos miembros de la comisión de presupuestos.

Después pasó rápidamente con aire de hombre importante y apresurado, cual si en aquel instante hubiese de redactar un despacho de una gravedad extrema.

Una vez en la sala de redacción, Forestier volvió á tomar en seguida su boliche, y comenzando á jugar de nuevo y cortando sus frases para contar los tantos, dijo á Duroy:

— Es cosa hecha. Vendrás aquí todos los días á las tres y te diré las visitas y diligencias que es preciso hacer en el día, ya por la noche, ya por la mañana temprano. — Uno. — Voy á darte primero una carta de introducción para el jefe del primer negociado de la prefectura, — dos, — que te pondrá en relación con uno de sus subalternos y tú te arreglas con él para todas las noticias importantes — tres, — del servicio de la prefectura, las noticias oficiales, bien entendido, y las casi

oficiales. Para todo detalle que necesites te dirigirás á Saint-Potin que está al corriente, — cuatro, — ya le verás ahora ó mañana. Convendrá sobre todo que te acostumbres á sacar partido de ciertas personas que yo te indicaré á fin de que suelten la sin hueso, — cinco, — y también á penetrar en todas partes, aunque estén las puertas cerradas, — seis. Por este servicio tendrás doscientos francos al mes fijos, más diez céntimos por línea de todos los ecos interesantes que sean de tu cosecha, — siete, — y otros diez céntimos por línea, igualmente, en todos aquellos artículos que se te encarguen sobre asuntos diversos, — ocho.

Desde este momento ya no prestó atención sino á su juego y continuó contando despacio, — nueve, diez, once, doce, trece. El catorce le falló y le arrancó un juramento.

¡Voto á... con el número trece! siempre trae la mala sombra este número del diablo. Yo moriré ciertamente en un día trece.

Un redactor bajito que tenía el aire de niño siquiera contara treinta y cinco años de edad, así que concluyó su tarea tomó un boliche del armario. Después de él fueron entrando otros varios periodistas, que sucesivamente se iban derechos al armario y tomaban el juguete que les pertenecía.

Pronto llegaron á juntarse seis, uno al lado del otro, colocados en hilera de espaldas á la pared. Con movimiento idéntico y regular lanzaban al aire las bolas, encarnadas, amarillas ó negras, según la clase de madera, y ya establecida una partida seria, los dos redactores que todavía trabajaban se levantaron para llevar los tantos.

Forestier ganó por once puntos. Entonces el hombre pequeñito de aire infantil que había perdido, tocó al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timbre y pidió : « Nueve bocks, » y se pusieron de nuevo á jugar esperando que llegasen los refrescos.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros y preguntó luego á su amigo :

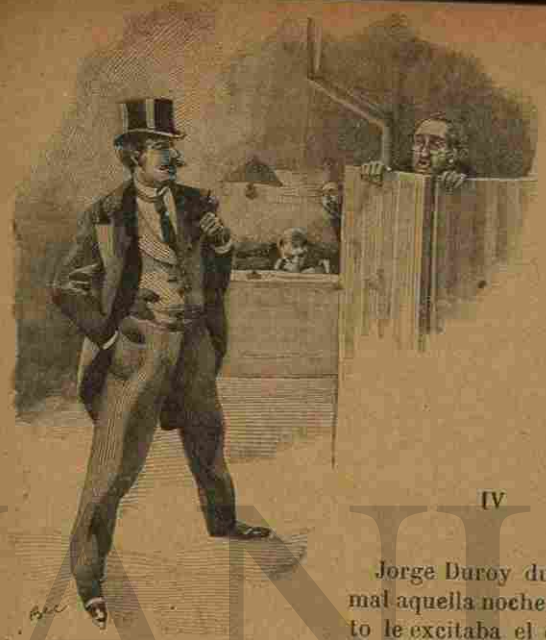
— ¿Qué es preciso que yo haga?

— Hoy no tengo nada para ti. Puedes marcharte si quieres.

— ¿Y... nuestro... nuestro artículo... va esta noche á la imprenta?

— Sí, pero no te ocupes de él; yo corregiré las pruebas. Haz para mañana la continuación y ven aquí á las tres como hoy.

Duroy, después de haber estrechado las manos de todos, sin siquiera saber el nombre de ninguno de ellos, bajó de nuevo la hermosa escalera con el corazón lleno de júbilo y el espíritu alegre y satisfecho.



IV

Jorge Duroy durmió mal aquella noche, tanto le excitaba el deseo de ver impreso su artículo. Al almanecer del día siguiente, se echó de la cama, se vistió, y mucho antes de la hora en que los repartidores de los périódicos suelen llevarlos á los puestos, corriendo de uno á otro kiosco, ya recorría Duroy las calles de París.

Primeramente se dirigió á la estación de San Lázaro sabiendo de sobra que antes que á su barrio había de llegar allí *La Vida Francesa*, pero como todavía era demasiado temprano, se decidió á esperar paseando por la acera, hasta que vió llegar á la vendedora y abrir su tienda. En seguida divisó un hombre que llevaba sobre su cabeza un montón de grandes y amplios paquetes de periódicos plegados, y se precipitó para verlos. Eran el *Figaro*, el *Gil Blas*, el *Gaulois*, y dos ó tres más de la mañana : la *Vida Francesa* no estaba entre ellos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timbre y pidió : « Nueve bocks, » y se pusieron de nuevo á jugar esperando que llegasen los refrescos.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros y preguntó luego á su amigo :

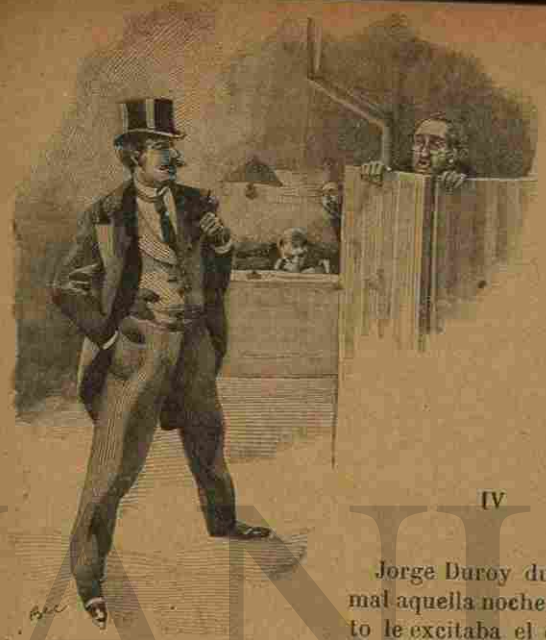
— ¿Qué es preciso que yo haga?

— Hoy no tengo nada para ti. Puedes marcharte si quieres.

— ¿Y... nuestro... nuestro artículo... va esta noche á la imprenta?

— Sí, pero no te ocupes de él; yo corregiré las pruebas. Haz para mañana la continuación y ven aquí á las tres como hoy.

Duroy, después de haber estrechado las manos de todos, sin siquiera saber el nombre de ninguno de ellos, bajó de nuevo la hermosa escalera con el corazón lleno de júbilo y el espíritu alegre y satisfecho.



IV

Jorge Duroy durmió mal aquella noche, tanto le excitaba el deseo de ver impreso su artículo. Al almanecer del día siguiente, se echó de la cama, se vistió, y mucho antes de la hora en que los repartidores de los périódicos suelen llevarlos á los puestos, corriendo de uno á otro kiosco, ya recorría Duroy las calles de París.

Primeramente se dirigió á la estación de San Lázaro sabiendo de sobra que antes que á su barrio había de llegar allí *La Vida Francesa*, pero como todavía era demasiado temprano, se decidió á esperar paseando por la acera, hasta que vió llegar á la vendedora y abrir su tienda. En seguida divisó un hombre que llevaba sobre su cabeza un montón de grandes y amplios paquetes de periódicos plegados, y se precipitó para verlos. Eran el *Figaro*, el *Gil Blas*, el *Gaulois*, y dos ó tres más de la mañana : la *Vida Francesa* no estaba entre ellos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un temor le asaltó entonces.

¿Es que habría sido aplazada la publicación de *Recuerdos de un Cazador de África* para el día siguiente? ¿Ó es que, por casualidad, la cosa no había agradado al viejo Walter á última hora?

Al pasar otra vez por delante del kiosco observó que se vendía ya el periódico sin que él lo hubiese visto llevar. Se precipitó nuevamente y, después de dar los quince céntimos, lo desplegó con presteza recorriendo los títulos de la primera plana. — Nada. — Y su corazón empezó á latir bruscamente. Abrió para ver las otras planas y entonces experimentó una fuerte emoción al leer por bajo de una columna « Jorge Duroy » en letras gordas. ¡Allí estaba! ¡Qué alegría!

Sin pensar ya en nada se puso en marcha con el diario en la mano y el sombrero inclinado sobre el lado derecho. De buena gana hubiese detenido á los que pasaban para decirles : « Compre Vd. este periódico ; trae un artículo mío ». Hubiese querido poder gritar con todos sus pulmones lo mismo que por la noche hacen algunos hombres en los grandes bulevares : « *La Vida Francesa* con el artículo de Jorge Duroy : *Los recuerdos de un Cazador de África.* »

Y de repente sintió el deseo de leer él mismo este artículo, de leerle en un sitio público, en un café de los más concurridos ; pero como le era necesario caminar algún tiempo todavía, se sentó por fin en la terraza de una tienda de vinos en donde había ya instalados varios consumidores y pidió : « Un ron » lo mismo que hubiera pedido « Un ajenjo » sin reparar en la hora. Después llamó : « Mozo, déme *La Vida Francesa.* »

Un hombre con delantal blanco se acercó en seguida :

— Caballero, no la tenemos ; sólo recibimos el *Rappel*, el *Siglo*, la *Linterna* y el *Petit Parisien.*

Duroy se manifestó furioso é indignado : « ¿Qué casa es esta entonces? Cómpremela Vd. si no la tienen. » El mozo se la trajo corriendo y Duroy se puso á leer su artículo diciendo varias veces en voz alta : *¡Muy bien, muy bien!* á fin de llamar la atención de los demás consumidores é inspirarles el deseo de saber lo que había en aquel periódico.

Después la dejó sobre la mesa y se marchaba ya, cuando el amo, al notarlo, le llamó.

— Caballero, caballero, se olvida Vd. de tomar su periódico.

— Se lo dejo á Vd., respondió Duroy, ya le he leído. Además, tiene hoy una cosa muy interesante.

Duroy no designó la cosa, pero cuando se marchaba, vió á uno de sus vecinos tomar *La Vida Francesa* del sitio en que la había dejado.

Ya en camino, se dijo : « ¿Y ahora, qué voy á hacer? » Y resolvió dirigirse á su oficina para cobrar su mensualidad y presentar la dimisión.

De antemano se estremecía de placer á la sola idea de la cara que iban á poner su jefe y sus colegas, pero lo que más júbilo le causaba era el asombro que en el jefe iba á producir.

Con objeto de no llegar antes de las nueve y media, pues la caja no se abría hasta las diez, emprendió el camino despacito.

Su oficina era una gran pieza oscura, en donde era necesario tener el gas encendido casi todo el día en invierno, y daba sobre un estrecho patio en frente de otras oficinas semejantes. Los empleados con quienes Duroy trabajaba eran ocho, más un subjefe oculto detrás de un biombo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que primeramente hizo fué reclamar del habilitado sus ciento dieciocho francos veinticinco céntimos que el empleado tenía ya envueltos, en un sobre amarillo y depositados en un cajón de la mesa, y después entró con aire victorioso en la espaciosa sala de trabajo donde tantos días había pasado.

Apenas el subjefe, Sr. Potel, le vió entrar, le llamó:

— ¡Ah! ¿Es Vd., señor Duroy? El jefe ha preguntado ya varias veces. Usted sabe que no admite que se este enfermo dos días seguidos sin certificación facultativa.

Duroy que permanecía de pie en medio del despacho, preparando el efecto que se proponía, respondió en voz alta:

— Una de las cosas que me tienen sin cuidado.

Entre los empleados hubo un movimiento de estupefacción, y la cara de Mr. Potel apareció asombrada por encima del biombo que como una caja le tenía encerrado.

El subjefe había tomado aquello como barricada por miedo á las corrientes de aire, pues era muy propenso á los resfriados y había solamente abierto en el cartón dos agujeros para vigilar á sus empleados.

Se sentía el ruido de una mosca.

Por fin, aunque con alguna vacilación, pregunto Mr. Potel:

— ¿Qué es lo que ha dicho Vd.?

— He dicho que todo eso me tenia sin cuidado. He venido hoy solamente para presentar mi dimisión, pues pertenezco á la redacción de *La Vida Francesa* con quinientos francos al mes y además las líneas. Precisamente he comenzado en el número de hoy.

Se había prometido, sin embargo, hacer su gozo más prolongado, pero no pudo resistir al deseo de decirlo todo de una vez.

El efecto, por lo demás, fué completo. Nadie respiraba.

— Voy á prevenir á Mr. Perthuis, añadió Duroy, después entraré á decirles á Vds. adiós.

Y salió para presentarse al jefe, quien apenas le vió le dirigió la palabra ásperamente:

— ¡Ya ha venido Vd.! Usted sabe que no quiero...

— No vale la pena que Vd. grite de ese modo..., respondió el empleado interrumpiéndole.

Mr. Perthuis, que era un hombre gordiflón y colocado como la cresta de un gallo, se congestionó instantáneamente al oir aquella respuesta:

— Estoy harto ya de su tienda, continuó Duroy. Desde hoy mismo pertenezco al periodismo en el cual entro con una buena posición. Tengo la satisfacción de participárselo á Vd. y de ponerme á sus órdenes.

Y salió. Estaba vengado.

Tal como había prometido, entró á saludar á sus antiguos compañeros que apenas si se atrevían á hablarle por temor de comprometerse, pues habían oído la conversación de Duroy con el jefe por haber quedado la puerta abierta.

Ya en la calle y con su mensualidad en el bolsillo, se regaló con un almuerzo suculento en un buen restaurant á precio módico que él conocía, en donde también dejó sobre la mesa otro número que había comprado de *La Vida Francesa*. Luego penetró en diferentes comercios en donde compraba objetos menudos nada más que por hacérselos dirigir á su casa y dar su nombre — Jorge Duroy.

Yo soy el redactor de *La Vida Francesa*, agregaba después, y al indicar la calle y el número tenía cuidado de advertir: « Que lo entreguen en la portería. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como todavía tenía tiempo, entró en una litografía que fabricaba tarjetas al minuto á la vista del público y mandó hacer inmediatamente un ciento que llevaban impresa bajo su nombre su nueva cualidad.

Después se dirigió al periódico. Forestier le recibió con aire de superioridad:

— ¡Hola! estás aquí. Muy bien. Justamente tengo varias cosas para ti. Espérame diez minutos; primero voy á concluir lo que estoy haciendo.

Y continuó una carta que tenía comenzada.

Al otro extremo de la gran mesa escribía un hombrecillo muy pálido y grueso como hinchado, calvo, con un cráneo completamente blanco y reluciente. Á causa de su excesiva miopía tenía la nariz junto al papel.

— ¿Dí, Saint-Potin, á qué hora vas á conferenciar con nuestros hombres?

— Á las cuatro.

— Irá contigo el joven Duroy, aquí presente ¿sabes? á fin de que le descubras los secretos del oficio.

— Perfectamente.

Y volviéndose luego hacia su amigo, preguntó Forestier:

— ¿Has traído la continuación sobre Argelia? El artículo de esta mañana ha tenido mucho éxito.

— Duroy se quedó cortado y balbuceó:

— No, había creído que en la tarde tendría tiempo de hacerlo y, como he tenido un sin fin de cosas que hacer, no he podido...

El otro se encogió de hombros con aire de descontento:

— Si no eres más exacto, te expones á perder tu porvenir, te lo advierto. El director contaba con tu original. Voy á decirle que irá mañana. Si crees que te van á pagar por no hacer nada, te equivocas.

Y luego añadió después de una pausa:

— ¡Qué diablo! Hay que batir el hierro cuando está caliente.

Saint-Potin se levantó:

— Ya estoy listo, dijo.

Forestier entonces se echó hacia atrás en la silla, tomó una postura solemne para dar sus instrucciones y volviéndose hacia Duroy, dijo:

— Vamos á ver. Desde hace dos días tenemos en París al general chino Li-Theng-Fao, y al rajá Taposahib Ramaderao Pali; el primero está hospedado en el Continental y el segundo en el Hotel Bristol. Es preciso que hablèis con ellos. Tú no olvides, dijo volviéndose hacia Saint-Potin, los puntos principales que te he indicado. Pregúntales lo mismo al general que al rajá su opinión sobre los manejos de Inglaterra en el Extremo Oriente, sus ideas sobre su sistema de colonización y dominación y sus esperanzas relativamente á la intervención de Europa, y en particular de Francia, en sus asuntos.

Se calló un momento y después agregó dando valor á sus palabras:

— Ha de ser interesante, á más no poder, para nuestros lectores saber al mismo tiempo lo que se piensa en China y en las Indias acerca de estas cuestiones que tanto apasionan la opinión pública en este momento.

Dirigiéndose luego á Duroy, añadió:

— Observa como Saint-Potin se las arregla, es un repórter excelente, y procura aprender de él la manera de vaciar á un hombre en cinco minutos.

Dicho esto, se puso de nuevo á escribir con gravedad, desde luego que con la intención, bien evidente, de establecer distancias, de tener á raya en su verdadera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plaza á su antiguo camarada y nuevo compañero.

Una vez que hubieron franqueado la puerta, Saint-Potin se echó á reir y le dijo á Duroy:

— ¡Ha visto Vd. qué farsante! ¡Qué nos viene á contar á nosotros! Ni que nos tomara por sus lectores..

Después bajaron al bulevar y el repórter preguntó á Duroy:

— ¿Quiere Vd. que bebamos algo?

— Con mucho gusto. Hace bastante calor.

Y entrando en un café, se hicieron servir dos refrescos.

Saint-Potin tomó en seguida la palabra y habló de todo el mundo y del periódico con una profusión de detalles sorprendente.

— ¿Y el director? Un judío verdadero, y Vd. sabe que los judíos son siempre los mismos. ¡Qué raza!

El repórter citó algunos rasgos curiosos de avaricia, de esa avaricia peculiar de los hijos de Israel, como la economía de los diez céntimos, regateos de cocinera, vergonzosas rebajas solicitadas y obtenidas, todo cuanto caracteriza al usurero, al prestamista.

— Y agregue Vd. á todo esto un ciudadano que no cree en nada y que avasalla á todo el mundo. Su periódico que es oficioso, católico, liberal, republicano, orleanista, un pastel á la crema, no ha sido fundado sino para sostener sus operaciones de bolsa y sus empresas de todo género. En esto es muy competente y gana millones por medio de sociedades que no tienen veinte céntimos de capital...

« Sí, querido amigo, decía siempre Saint-Potin al nombrar á Duroy.

« Y luego tiene frases á lo Balzac, este avaro. Figúrese Vd. que el otro día me encontraba yo en su despacho con esa antigualla de Norberto y ese Quijote de Rival cuando llega Montelin, nuestro administrador, con su cartapacio de tafilete bajo el brazo, un cartapacio que conoce todo París. Pues bien, Walter levanta la nariz y pregunta:

— ¿Qué hay de nuevo?

— Que acabo de pagar al fabricante de papel los diez y seis mil francos que le debíamos, responde cándidamente Montelin.

Walter puso una cara de asombro:

— ¿Qué dice usted?...

— Que acabo de pagar á Mr. Privas.

— ¿Pero está Vd. loco?

— ¿Por qué?

— Porqué... porqué... porqué...

Entonces se quitó los lentes y los enjugó con el pañuelo, después sonrió pero con una sonrisa original que se corre al rededor de sus carrillos siempre que va á decir alguna cosa de pillín ó de hombre competente, y en un tono de broma y de convicción á la vez, continuó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Por qué? Porque hubiéramos podido obtener una rebaja de cuatro á cinco mil francos.

— Pero, señor director, objetó Montelin sorprendido. Si todas las cuentas están perfectamente comprobadas por mí y con el visto bueno de Vd...

« El propietario entonces adoptó una expresión de seriedad y contestó:

— No se debe ser inocente como Vd. lo es. Sepa Vd., señor Montelin, que uno debe siempre acumular sus deudas para luego transigir. »

Y Saint-Potin añadió moviendo la cabeza como hombre conocedor:

— ¿Qué le parece á Vd.? ¿No es una frase á lo Balzac?

Duroy no había leído á Balzac, pero respondió en tono convencido:

— ¡Caramba si lo es!

El repórter habló á continuación de Mme Walter, una solemne pava; de Norberto de Varenne, un viejo desairado de la gloria; de Rival, un émulo de Fervacques. Por último vino á Forestier:

— En cuanto á éste, su suerte consiste en haberse casado con la mujer que tiene.

— ¿Qué clase de mujer es?

Saint-Potin se frotó las manos:

— ¡Oh! una maulona muy lista. Es la querida de un viejo *boulevardier* llamado Vaudrec, el conde de Vaudrec, el cual la ha dotado y la ha casado...

Duroy sintió bruscamente una sensación de frío, una especie de crispación nerviosa, hasta necesidad de injuriar y abofetear á aquel hablador, pero simplemente le interrumpió para preguntarle:

— ¿El nombre de Vd. es Saint-Potin, no?

El otro respondió con sencillez:

— No, mi nombre es Tomás. Es en el periódico donde me han puesto Saint-Potin.

Duroy pagó el servicio y dijo:

— Pero me parece que es tarde y que tenemos que visitar á dos caballerotes.

Saint-Potin se echó á reir:

— Veo que Vd. es todavía inocente. ¿Usted cree entonces que yo voy á ir á preguntar á ese chino y á ese indio lo que piensan acerca de Inglaterra? ¡Como si yo no supiera mejor que ellos lo que deben pensar para los lectores de *La Vida Francesa!* Yo he conferenciado ya con quinientos de estos chinos y persas, con naturales del Indostán, con chilenos, japoneses, etc. Todos responden la misma cosa, es decir, yo les hago decir lo mismo. No tengo otra cosa que hacer que consultar mi artículo sobre el último que ha llegado y copiarle palabra por palabra. Lo que cambia, por ejemplo, es su cara, su nombre, sus títulos, su edad y la comitiva que les acompaña. ¡Oh! en esto es preciso no equivocarse porque me cogerían el gazapo el *Figaro* ó el *Gaulois*, pero sobre esto me informan en cinco minutos el conserje del Hotel Bristol y el del Continental. Nos iremos á pie hasta allá fumando un cigarro. Total: cinco francos de coche que reclamar luego en el periódico. Aquí tiene Vd., amigo mío, cómo uno se ingenia cuando es práctico en estas cosas.

— Seguramente, observó Duroy, que en estas condiciones debe producir bastante ser repórter.

— Sí, respondió el periodista con misterio, pero nada produce tanto como los ecos á causa de los reclamos que pueden disimularse.

Ya se habían puesto de pie y seguían el bulevar en

dirección de la Magdalena; de pronto le dijo Saint-Potin á su compañero.

— Oiga Vd., si tiene alguna cosa que hacer yo no tengo necesidad de Vd.

Duroy le estrechó la mano y se fué.

La idea del artículo que tenía que escribir por la noche le tenía preocupado, y se puso á pensar. Almacenó ideas, reflexiones, juicios, anécdotas, todo mientras caminaba y así subió hasta la avenida de los Campos Elíseos, en donde encontró muy poca gente paseando, pues en aquellos días de calor París se había desocupado.

Después de comer en una tienda de vinos cerca del Arco de triunfo de la Estrella, se fué despacito á pie hasta su casa, por los bulevares exteriores, y se sentó delante de la mesa para trabajar.

Pero desde el momento en que tuvo delante de los ojos la gran cuartilla de papel blanco, todo cuanto había almacenado de materiales desapareció de su espíritu como si su cerebro se hubiera evaporado. Intentaba coger de nuevo fragmentos de recuerdos y fijarlos, más á medida que los recogía se le escapaban otra vez ó se precipitaban sin orden ni concierto, y no sabía cómo presentarlos y vestirlos, ni tampoco por cuál de ellos comenzar.

Después de una hora de esfuerzos y de emborronar cinco cuartillas con frases de comienzo que nunca podía continuar, se dijo: « Decididamente no estoy todavía ducho en el oficio. Es preciso que tome una segunda lección. » Y la perspectiva de otra mañanita de trabajo con Mme Forestier se le presentó en seguida, y la esperanza de otro *tête à tête* íntimo, cordial y tan agradable como el primero le hizo estremecer de deseo.

Así es que se acostó de prisa, teniendo casi miedo ahora de ponerse al trabajo y acertar del primer tirón.

Á la mañana siguiente se levantó un poco tarde alejando y saboreando de antemano el placer de la visita que se proponía.

Ya eran las diez pasadas cuando llamó en casa de su amigo.

— El señor está ocupado, respondió el doméstico.

Duroy no había siquiera pensado en que el marido podía estar allí. Sin embargo insistió.

— Dígale Vd. que soy yo para un asunto urgente.

Después de hacerle esperar cinco minutos, se le invitó á que pasara al gabinete en donde tan buena mañana había pasado.

Forestier estaba sentado en el mismo sitio ocupado por él dos días antes y escribía envuelto en una bata, la cabeza cubierta por una pequeña gorra inglesa y con los pies dentro de pantuflas, mientras que su mujer, de codos sobre la chimenea y vestida con el mismo peinador blanco, dictaba fumando un cigarrillo.

Duroy se detuvo á la entrada:

— Les pido á Vds. mil perdones ¿vengo á molestarles?

Su amigo volvió la cabeza y con cara furiosa dijo refunfuñando:

— ¿Qué te ocurre todavía? Despáchate, porque estamos de prisa.

El otro respondió, cortado y balbuceando:

— No, nada, dispensen Vds.

Pero Forestier incomodado volvió á decir:

— ¡Vaya! Acabemos y no pierdas tiempo; tú no has forzado mi puerta por el solo gusto de decirnos « buenos días ».

Duroy entonces, aunque turbado, se decidió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Aquí tienes... es que... no consigo todavía hacer mi artículo... y tú has sido... ustedes han sido tan... tan... buenos el otro día que... que yo esperaba... y me he permitido venir...

Forestier le cortó la palabra :

— Pero á la postre, tú te pones el mundo por montera, te imaginas que voy á hacer tu oficio y que al fin del mes no tendrás otra cosa que hacer que pasar á la caja. No, ni mucho menos. ¡Está bueno esto!

La joven continuaba fumando sin decir una palabra y sonriendo siempre con aquella vaga sonrisa que parecía un disfraz amable sobre la ironía de su pensamiento.

Rojo de vergüenza Duroy tartamudeaba :

— Excúsenme Vds., yo había creído... pensé que...

Pero bruscamente y con voz clara dijo luego :

— Mil veces pido á Vd. perdón, señora, al expresarla de nuevo mi más vivo reconocimiento por la deliciosa crónica que Vd. me hizo ayer.

Saludó después á Carlos :

— Á las tres estaré en el periódico, le dijo; y salió.

Se volvió á su casa muy de prisa y por el camino se decía refunfuñando :

— Está bien; esta crónica la voy á hacer yo solo. Ellos verán.....

Apenas entró, se puso á escribir excitado por la cólera.

Continuó la aventura comenzada por Mme Forestier acumulando detalles de folletín, peripecias sorprendentes y descripciones ampulosas, con una torpeza de colegial y un estilo de sargento. En una hora terminó su crónica que más parecía un caos de locuras y la llevó con aplomo á *La Vida Francesa*.

La primera persona á quien encontró fué á Saint-Potin, quien estrechándole la mano con una energía de cómplice, le preguntó :

— Ha leído Vd. mi conversación con el chino y con el del Indostán. ¿No resulta original? Ha divertido á todo París y no los he visto siquiera la punta de la nariz.

Duroy, que no había leído nada, tomó inmediatamente el periódico y recorrió de prisa un largo artículo titulado : « La India y la China, » mientras que el repórter le indicaba los pasajes más interesantes llamándole sobre ellos la atención.

En esto llegaba Forestier muy de prisa, jadeante y con el aire de atareado.

— Me alegro encontraros. Os necesito á los dos.

Y les indicó una serie de informaciones políticas que deberían procurarse para aquella misma noche.

Duroy le alargó su artículo.

— He aquí la continuación sobre la Argelia.

— Está bien, dámela; voy á llevársela al director.

Esto fué todo.

Saint-Potin cogió del brazo á su nuevo compañero y así que estuvieron en el pasillo le dijo :

— ¿Ha pasado Vd. á la caja?

— No. ¿Para qué?

— ¿Para qué? Para hacerse pagar. Conviene tomar siempre un mes adelantado. No sabe uno lo que puede ocurrir.

— Pues... lo que es yo no me opongo.

— Venga Vd. que voy á presentarle al cajero. No opondrá dificultad ninguna. Aquí se paga bien.

Y Duroy fué á cobrar sus doscientos francos, más los veintiocho por su artículo de la víspera que juntamente con lo que le quedaba de su paga de ferrocarriles le hacían trescientos cuarenta francos en el bolsillo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jamás se había encontrado con cantidad semejante y se consideró rico por tiempo indefinido.

Saint-Potin se le llevó luego á charlar á las redacciones de cuatro ó cinco periódicos rivales, confiado en que las noticias que le habían encargado que adquiriese las tendrían ya los otros y que él podría soplárselas, gracias á la abundancia y astucia de su conversación.

Llegada la noche, Duroy, que no tenía nada que hacer, pensó en que podría volver á Folies-Bergère y, en efecto, una vez allí, se acercó osadamente al despacho.

— Yo me llamo Jorge Duroy, redactor de *La Vida Francesa*. El otro día vine con Mr Forestier que me había prometido pedir mis entradas. Ignoro si lo ha hecho.

Se consultó un registro y no aparecía inscrito el nombre de Duroy.

Sin embargo, el contralor era hombre muy afable y le dijo:

— Pase Vd. á pesar de eso, caballero, y haga Vd. mismo su petición al director que seguramente le complacerá.

Duroy entró y casi inmediatamente se encontró á Raquel, la morena de noches antes, la cual se acercó á él.

— Buenas noches, gatito mío. ¿Cómo te va?

— Muy bien, ¿y á ti?

— No mal. ¿Tú sabes? He soñado dos veces contigo desde la otra noche.

Duroy sonrió engreído:

— ¿Y eso qué prueba?

— Pues prueba que tú me agradas, tontito, y que volveremos á comenzar cuando á ti te acomode.

— Hoy mismo si tú quieres.

— Vaya si quiero.

— Bueno; pero... escucha... (Duroy vacilaba, como avergonzándose de lo que iba á hacer.)

— Es el caso que esta vez no tengo un céntimo: vengo del Círculo y todo lo he perdido.

Ella le miraba fijamente al fondo de los ojos, adivinando la mentira con su instinto y su práctica de mujer pública habituada á las trubanerías y regateos de los hombres.

— ¡Mentiroso! No está bien que conmigo hagas eso.

Duroy sonrió, algún tanto turbado:

— Si quieres diez francos es todo lo que me queda.

— Lo que te plazca, querido mío, murmuró la joven con desinterés de cortesana que se paga un capricho; lo que más quiero eres tú.

Y levantando hacia el joven sus ojos enamorados le tomó del brazo y se apoyó en él amorosamente:

— Vamos primero á beber una granadina y luego daremos juntos una vuelta. Yo quisiera ir así contigo hasta la Ópera para mostrarte; después nos retiraremos temprano, ¿quieres?

. . . . . .

Era bastante tarde cuando se quedó dormido. Á la mañana siguiente dejó la casa de Raquel bien entrado el día, y la primera cosa que hizo, ya en la calle, fué comprar *La Vida Francesa*, y abrir con mano calenturienta el periódico. Su crónica no estaba, y sin embargo él permaneció de pie sobre la acera recorriendo ansiosamente con la vista las columnas impresas, con la esperanza de encontrar al fin lo que buscaba.

Un peso abrumador atormentó de pronto su espíritu y es que tras la fatiga subsiguiente á una noche de amor, aquella contrariedad cayó con la fuerza de un verdadero desastre sobre su organismo descoyuntado.

Dirigióse á su casa y vestido se durmió sobre la cama.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al entrar algunas horas más tarde en las oficinas de la redacción, se presentó á M. Walter:

— Me ha sorprendido, señor director, no ver esta mañana mi segundo artículo sobre Argelia.

El director levantó la cabeza y respondió secamente:

— Se lo entregué á su amigo Forestier con encargo de que lo leyera y no lo ha encontrado suficientemente bueno. Será necesario hacer otro.

Duroy salió furioso sin responder una sola palabra y penetró bruscamente en el despacho de su amigo:

— ¿Cómo no has hecho publicar mi crónica en el número de hoy?

El periodista fumaba un cigarrillo, apoyada la espalda en el fondo del sillón y con los pies sobre la mesa, de tal manera que ensuciaba con los talones un artículo comenzado. Tranquilamente y con un sonido de voz que expresaba fastidio y parecía un eco lejano, cual si saliese del fondo de un agujero, contestó:

— El director lo ha encontrado malo y me ha encargado que te lo devuelva para que hagas otro. Ahí lo tienes, tómalo, añadió señalando con el índice unas cuartillas desplegadas bajo un prensa-papeles.

Duroy confundido no encontró nada que decir y mientras que guardaba su prosa en el bolsillo, Forestier habló nuevamente:

— Hoy vas á ir primeramente á la prefectura...

Y le indicó una serie de encargos que desempeñar y de noticias que recoger. Duroy se fué sin haber podido descubrir la frase incisiva que buscaba.

Al día siguiente llevó su artículo reformado, y de nuevo se le devolvieron. Todavía le rehizo una tercera vez pero fué igualmente rechazado, y esto le dió á comprender que había ido demasiado de prisa y que la mano

de Forestier era la única que podía ayudarle en su camino.

Ya no habló más de *Recuerdos de un Cazador de África* prometiéndose ser sutil y astuto, puesto que era preciso, y desempeñar con celo su oficio de repórter hasta que se presentara otra cosa mejor.

Conoció, por tanto, los entre-bastidores del teatro y de la política, los pasillos de la Cámara de diputados, las porterías de los hombres políticos importantes y empezaron á serle familiares las secretarías particulares de los ministros y las caras enfurruñadas de los ujieres dormidos.

Pronto llegó á estar en relación continua con ministros, conserjes, generales, agentes de policía, príncipes, rufianes, cortesanas, embajadores, obispos, celestinas, caballeros de industria, hombres de mundo, tahures, cocheros de punto, camareros de café y con otras muchas gentes, siendo el amigo interesado é indiferente de todos, confundiéndolos en igual estima, midiéndolos con igual rasero, juzgándolos lo mismo, á fuerza de verlos todos los días, á cualquier hora, sin transiciones del espíritu y á fuerza de hablar con todos ellos de los mismos asuntos concernientes á su oficio de repórter. Él mismo se comparaba á un hombre que una tras otra gustase muestras de todos los vinos y llegase en seguida á no distinguir ya el Chateau-Margaux del Argenteuil.

En muy poco tiempo concluyó por hacerse un repórter notable, seguro de sus informes, astuto, sutil, diligente, un verdadero valor para el periódico, como decía el viejo Walter, que era conocedor en materia de redactores.

Sin embargo, como sólo percibía diez céntimos por línea, más sus doscientos francos de sueldo fijo, y como la vida de bulevar, la vida de café, la vida de restaurant

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le costaba cara, jamás tenía un céntimo y se desolaba con sus escaseces.

« Me falta dar con la clave », pensaba al ver algunos camaradas de reporterismo con los bolsillos llenos de oro, y nunca llegaba á explicarse qué medios secretos podían emplear para procurarse aquella vida holgada.

Movido de la envidia, sospechaba procedimientos desconocidos y poco lícitos, servicios de cierta índole, todo un contrabando aceptado y consentido. Pues bien, era preciso penetrar en el misterio, entrar en la asociación tácita, imponerse á sus camaradas que venían repartiéndose el negocio sin contar con él.

Y muchas noches, mirando desde su ventana pasar los trenes, meditaba sobre los procedimientos que debería emplear para conseguirlo.

V

Habían transcurrido dos meses; el mes de septiembre iba á comenzar ya, y la rápida fortuna que Duroy se había prometido le parecía bastante reacia en llegar. Sobre todo se inquietaba de su situación moral mediocre y no veía el camino por donde podría escalar las posiciones en que se encuentran la consideración social, la influencia y el dinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le costaba cara, jamás tenía un céntimo y se desolaba con sus escaseces.

« Me falta dar con la clave », pensaba al ver algunos camaradas de reporterismo con los bolsillos llenos de oro, y nunca llegaba á explicarse qué medios secretos podían emplear para procurarse aquella vida holgada.

Movido de la envidia, sospechaba procedimientos desconocidos y poco lícitos, servicios de cierta índole, todo un contrabando aceptado y consentido. Pues bien, era preciso penetrar en el misterio, entrar en la asociación tácita, imponerse á sus camaradas que venían repartiéndose el negocio sin contar con él.

Y muchas noches, mirando desde su ventana pasar los trenes, meditaba sobre los procedimientos que debería emplear para conseguirlo.

V

Habían transcurrido dos meses; el mes de septiembre iba á comenzar ya, y la rápida fortuna que Duroy se había prometido le parecía bastante reacia en llegar. Sobre todo se inquietaba de su situación moral mediocre y no veía el camino por donde podría escalar las posiciones en que se encuentran la consideración social, la influencia y el dinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se consideraba encerrado en aquel oficio mediocre de repórter y como metido dentro de cuatro paredes, sin posibilidad de salir de allí. Se le apreciaba pero se le estimaba según su rango. El mismo Forestier, y eso que le prestaba mil servicios, no le invitaba ya á comer, le trataba como á un inferior por más que le tutease como amigo.

Es cierto que de tiempo en tiempo y utilizando una ocasión á propósito, Duroy lograba colocar un trozo de artículo. Y como con sus ecos había llegado á conseguir una elegancia de frase y un tacto de que carecía cuando escribió su segunda crónica sobre Argelia, ahora no corría ningún riesgo de ver rechazadas sus « actualidades ». Pero de esto á redactar crónicas dejando correr á la fantasía, ó juzgar con criterio propio las cuestiones políticas, había tanta distancia como de guiar en las avenidas del Bosque como cochero á guiar como dueño. Lo que más le humillaba sobre todo era encontrarse cerradas las puertas del mundo elegante, no tener relaciones á las que tratar como igual, no entrar en la intimidad de las mujeres, siquiera algunas actrices conocidas le hubiesen acogido alguna vez con familiaridad insinuante.

Por lo demás sabía por experiencia que despertaba en las mujeres, fuesen mundanas ó comediantas, una simpatía instantánea y singular, pero con impaciencia de caballo maneado sentía no dar con aquella que debía influir en su porvenir.

Muchas veces había pensado en hacer una visita á Mme Forestier; pero el recuerdo de su último encuentro le detenía, le humillaba y por otra parte él esperaba ser llevado allí por el marido. La idea le ocurrió entonces de visitar á Mme de Marelle y, acordándose de

que ella misma le había rogado que fuese á verla, una tarde que no tenía nada que hacer, se presentó en su casa.

« Hasta las tres, le había dicho ella, estoy siempre en mi casa. »

Á las dos y media llamaba á su puerta.

La señora de Marelle habitaba un cuarto piso de la calle de Verneuil. Apenas el timbre sonó, abrió la puerta una joven sirvienta, despeinada en aquel momento, y mientras se ataba la cofia, respondió á Duroy :

— La señora está en casa pero no sé si estará levantada.

La doméstica empujó la puerta del salón que no estaba cerrada y Duroy entró en una pieza bastante grande, amueblada escasamente y de aspecto descuidado. Las butacas deslucidas y viejas estaban alineadas á lo largo de las paredes según el gusto de la criada, pues en nada se adivinaba allí ese esmero elegante de una mujer que ama el interior de su casa. Cuatro cuadros insignificantes que representaban el uno una barca sobre un río, y los demás respectivamente un navío en el mar, un molino en la llanura y un leñador en un bosque, colgaban de las cuatro paredes de la estancia y pendientes de cordones desiguales ; los cuatro estaban enganchados al través. Adivinábase que aquellos cuadros estaban desde hacía mucho tiempo colgados de aquella manera bajo la mirada descuidada de una persona indiferente.

Duroy se sentó y esperó bastante tiempo. Al fin se abrió una puerta y apareció Mme de Marelle que entraba corriendo vestida con un peinador japonés de seda color de rosa, en el cual había bordados en oro algunos paisajes, flores azules y pájaros blancos.

— Figúrese Vd., exclamó al verle, que todavía estaba acostada. ¡ Qué amable es Vd. viniendo á visitarme! Había llegado á creer que me tenía Vd. olvidada.

La señora le tendió sus dos manos como encantada de la visita, y Duroy, á quien el aspecto mediocre de la casa le daba alientos, tomó las dos manos y besó una, tal como había visto hacer á Norberto de Varenne.

Ella le rogó que se sentara, y mirándole después de los pies á la cabeza :

— ¡Cómo ha cambiado Vd. ! le dijo. Ha ganado Vd. mucho y se ve que París le prueba bien. Vamos, cuénteme Vd. lo que haya.

Ambos se pusieron á charlar en seguida como si se conociesen de mucho tiempo, sintiendo mutuamente nacer en ellos una familiaridad instantánea y establecerse una de esas corrientes de confianza, de intimidad y de cariño que hacen amigos en cinco minutos á dos seres del mismo carácter y de la misma raza.

La joven se interrumpió de pronto y dijo extrañándose :

— Es original cómo hablo con Vd. Me parece que le conozco desde hace diez años. Llegaremos á ser, sin duda, dos buenos camaradas ¿quiere usted ?

— Eso no hay que decirlo, respondió Duroy con una sonrisa que significaba algo más.

La encontraba tentadora completamente, envuelta en su peinador brillante y suave, algo menos fina que la otra en su peinador blanco, menos gata, menos delicada pero más excitante, con más pimienta.

Cuando sentía cerca de sí á Mme Forestier con su inmóvil y graciosa sonrisa que atraía y detenía á un mismo tiempo, que parecía decir : « Usted me gusta » y también « Mucho cuidado », una sonrisa cuyo verdadero

sentido no se comprendía jamás, experimentaba más bien el deseo de arrojarse á sus pies ó de besar el fino encaje de su corpiño y de aspirar lentamente el aire cálido y perfumado que debía salir de allí, deslizándose por entre los senos.

Junto á Mme de Marelle la sensación era otra, el deseo que sentía era más brutal, más preciso, un deseo que palpitaba en sus manos ante los contornos levantados de la ligera seda.

Ella era la que hablaba siempre salpicando cada frase con aquel *esprit* fácil que le era familiar y con la misma habilidad que un obrero diestro da con el detalle que falta para terminar un trabajo tenido por difícil, causando extrañeza en los que lo presencian.

Él la escuchaba atentamente : « Qué interesante es todo esto que dice, pensaba. Podrían escribirse crónicas parisienses encantadoras haciéndola charlar sobre los sucesos del día. »

Pero en aquel momento tocaron suavemente, muy suavemente á la puerta por donde antes había entrado la señora.

— Puedes entrar, monina, dijo Mme de Marelle.

La niña apareció entonces, se fué derecha á Duroy y le tendió la mano.

La madre se manifestó sorprendida y murmuró : « Pero es una verdadera conquista, yo la desconozco. »

El joven besó á la niña, la hizo sentarse á su lado y con tono serio le hizo preguntas amables sobre lo que había hecho desde que no se veían. Con su vocecita de flauta y sus maneras de persona mayor, la niña respondió á todas las preguntas.

En el reloj de la chimenea sonaron las tres y el periodista se levantó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

— Venga Vd. á verme con frecuencia, dijo Mme de Marelle, y charlaremos como hoy. Será para mí siempre muy agradable. Pero ¿cómo es que no se le ha visto más en casa de los Forestier?

— ¡Oh! Es que he tenido mucho que hacer. Espero que nos encontraremos allí cualquiera de estos días.

Duroy salió de la casa con el corazón lleno de esperanza sin saber porqué.

No dijo una palabra de esta visita á Forestier, pero conservó de ella el recuerdo, y más que recuerdo una especie de sensación de la presencia sólo imaginaria pero persistente de aquella mujer.

Parecíale que formaba parte de él algo que pertenecía á ella; habíale quedado en la retina la imagen de su cuerpo y en el corazón el sabor de su ser moral; y tal como sucede alguna vez cuando se han pasado horas deliciosas cerca de una persona querida, Duroy continuaba bajo la obsesión de aquella imagen. Diríase que en casos semejantes se sufre una posesión extraña, íntima y confusa que perturba, exquisita por lo mismo que es misteriosa.

Pasados algunos días hizo una segunda visita.

La criada le introdujo en el salón é inmediatamente se presentó Laurina. Esta vez no le tendió la mano sino que le presentó la frente diciéndole:

— Mamá me ha encargado rogar á Vd. que la espere. Tiene todavía para un cuarto de hora porque no está vestida. Yo le haré compañía.

Duroy, á quien divertían realmente las maneras ceremoniosas de la niña, respondió:

— Perfectamente, señorita; me produce verdadero encanto pasar un cuarto de hora en compañía de Vd., pero la prevengo que yo no soy serio ni mucho menos

y todo el día me lo paso jugando. Por consiguiente, me permitirá Vd. que le proponga una partida al « gato, que te cojo ».

La chiquilla se mostró sorprendida al principio, luego sonrió como lo habría hecho una mujer de aquella idea que la chocaba un poco y objetó:

— Las casas no se han hecho para jugar.

— Me importa poco eso, respondió Duroy. Yo juego lo mismo, dondequiera que me encuentro. Vamos, á ver si me coge Vd.

Y se puso á dar vueltas alrededor de la mesa excitándola á que le persiguiera, en tanto que ella venía tras él, sonriendo siempre con una especie de condescendencia amable y extendiendo alguna vez la mano para tocarle, pero sin llegar nunca á correr.

Él se paraba, se bajaba y, así que ella se iba acercando con su pasito vacilante, saltaba en el aire lo mismo que los diablillos encerrados en cajas y luego de un brinco por encima de la mesa se iba al otro lado del salón. La niña encontró aquello original, concluyendo por reir, y animándose comenzaba á correr tras él, con ligeros gritos alegres y tímidos cuando creía que ya le tenía cogido. Duroy echaba mano de las sillas oponiéndoselas como obstáculo y obligándola á dar vueltas al rededor, durante un minuto, concluyendo por dejar aquella silla y tomar otra.

Laurina corría ya, se abandonaba completamente al placer de aquel nuevo juego y toda encarnada y con arranques de alegría infantil se precipitaba sobre Duroy á cada huída, á cada movimiento, á cada artimaña empleada por él.

Bruscamente y cuando ella se imaginaba ya tenerle

cogido, él la tomó en sus brazos y elevándola hasta el techo gritó:

— ¡ Gato cogido !

La niña agitaba encantada las piernas para escapar y reía que no podía más.

En aquel momento entró la señora de Marelle.

— ¡ Cómo ! exclamó estupefacta. ¿ Laurina... Laurina jugando? Usted es un brujo, señor mío.

Duroy dejó á la niña en el suelo, besó la mano de la mamá y se sentaron los tres, la niña en medio. Quisieron hablar el joven y la mamá pero Laurina, que de ordinario era tan callada, hablaba ahora todo el tiempo, rebosando de alegría, y fué necesario enviarla á su habitación.

La niña obedeció sin responder pero con lágrimas en los ojos.

Una vez que estuvieron solos, dijo la señora de Marelle bajando la voz:

— ¿ Usted sabe? Tengo un gran proyecto y he pensado en Vd. Puesto que como todas las semanas con los Forestier, les devuelvo su atención de tiempo en tiempo invitándoles á comer en un restaurant. No me gusta recibir en casa, no la tengo organizada para eso, y por otra parte no me hable Vd. de ocuparme de las cosas de la casa, ni de intervenir en la cocina, en nada absolutamente. Me agrada más vivir un poco á mis anchas. Por eso los recibo de tiempo en tiempo en el restaurant, pero la cosa no resulta divertida cuando somos los tres solos, y mis relaciones apenas si conocen á los Forestier. Le digo esto para explicarle una invitación un tanto irregular. Mi deseo, como Vd. ha comprendido seguramente, es que sea Vd. de nuestros sábados en el café Riche, á las siete y media. Conoce Vd. la casa, ¿ no es verdad?

Duroy se consideró dichoso de la invitación y aceptó

— Solamente seremos los cuatro, continuó ella Como ve Vd., una verdadera partida de amigos. Á la mujeres nos divierten mucho estas pequeñas fiestas por lo mismo que no estamos habituadas.

Mme de Marelle estaba vestida con un traje color marrón oscuro que moldeaba el talle, las caderas y la garganta de una manera coquetona y provocativa. Duroy experimentaba una extrañeza vaga y confusa, una sensación de molestia casi, por más que no pudiese claramente explicarse la causa, al reparar en el desacuerdo de aquella elegancia esmerada que tocaba en el refinamiento y la visible despreocupación que presidía á lo demás de la casa.

Todo lo que vestía su cuerpo, todo lo que íntima y directamente tocaba su carne era fino y delicado; lo demás que la rodeaba no tenía para ella la menor importancia.

Lo mismo que la otra vez, Duroy conservó de su entrevista con Mme de Marelle, la sensación persistente y continua de su presencia, merced á una especie de alucinación de los sentidos, y con impaciencia, que se hacía mayor á medida que más cercano se presentaba el momento de volverla á ver, esperó el día de la comida.

Como sus medios no le consentían todavía comprarse un traje de etiqueta, por segunda vez alquiló un frac negro, y algunos minutos antes de la hora se presentó en el lugar de la cita.

Se le hizo subir al segundo piso y se le introdujo en un saloncillo de restaurant, tapizado de rojo y con un solo balcón que daba sobre el bulevar.

Una mesa cuadrada y servida para cuatro cubiertos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ostentaba su mantel blanco y reluciente, tan reluciente que parecía barnizado.

Los vasos, el escalfador y la plata toda del servicio brillaban alegremente bajo la llama de doce bujías sostenidas por dos grandes candelabros, y el efecto que venía de la parte del balcón, la gran mancha de verde claro que producían las hojas de uno de los árboles, iluminadas por la luz viva y brillante de los gabinetes particulares, completaba el cuadro encantador de la pequeña estancia.

Duroy se sentó en un canapé muy bajo, de color encarnado como lo eran las colgaduras del gabinete, y con los muelles tan flojos y fatigados que al hundirse en él experimentó la misma sensación que si cayera en un hoyo. En toda la extensa zona comprendida por el establecimiento percibíase un rumor confuso, ese zumbido característico de los grandes restaurants producido por el chocar de la vajilla y de la plata y por el paso rápido de los camareros, mitigado con la alfombra de los pasillos. Cada vez que las puertas de los estrechos gabinetes permanecían un instante abiertas, percibíase igualmente el murmullo producido por las conversaciones de la gente allí reunida y encerrada para comer.

Forestier entró y estrechó á Duroy la mano con una familiaridad cordial que jamás empleaba en la redacción de *La Vida Francesa*.

— Las dos señoras vienen juntas, dijo. Ya verás qué agradables son estas comidas.

Miró después la mesa, hizo apagar uno de los mecheros de gas que ardía como si fuese una lamparilla, cerró una de las hojas del balcón para sustraerse á la corriente de aire y eligió su sitio mientras decía :

— Es necesario que ponga en esto gran cuidado;

hacía ya un mes que me encontraba mejor y heme aquí otra vez fastidiado desde hace unos días. Sin duda es que he cogido frío el martes al salir del teatro.

Abrióse la puerta y aparecieron, precediendo á uno de los mayordomos del restaurant, las dos señoras, cubiertas con velos, disimuladas, discretas, con el aire de misterio encantador que toman siempre las mujeres en los sitios donde cualquier encuentro, la simple aproximación resultan sospechosos.

Al saludar Duroy á Madama Forestier, ésta le regañó severamente por no haber vuelto más á visitarla, y, volviéndose luego con una sonrisa hacia su amiga, añadió :

— Eso es, usted prefiere ver á Mme de Marelle, para ella sí que tiene Vd. tiempo.

Ya sentados todos y al ver que el mayordomo pre-

sentaba á Forestier la lista de los vinos, Mme de Marelle se apresuró á decir :

— Á estos señores sírvales Vd. la clase de vino que quieran, pero á nosotras dénos champagne helado del mejor, esto es, un champagne suave, ningún otro vino.

Y así que el hombre hubo salido, dijo con risa que retrataba un estado de excitación particular :

— Esta noche quiero alegrarme; vamos á divertirnos pero á divertirnos de veras.

Forestier que parecía no haberlo entendido preguntó:

— ¿ Á ustedes no les importa que se cierre el balcón? Porque tengo el pecho delicado desde hace unos días.

— No, puede usted cerrarle.

Forestier se levantó para cerrar la hoja que había quedado entreabierta y volvió luego á sentarse, ya con semblante más tranquilo y sereno.

Su esposa no decía una sola palabra; con los ojos fijos hacia la mesa estaba como abstraída y sonreía á los vasos con la eterna y vaga sonrisa que parecía prometer siempre para no cumplir nunca.

Se sirvió á los comensales ostras de Ostende gordas y magníficas, unas ostras que parecían orejitas encerradas en conchas y que al posarse entre el paladar y la lengua se deshacían lo mismo que bombones.

Después de la sopa fué presentada una trucha rosada como el cutis de una solterita, y á partir de aquel momento la conversación comenzó franca y animada.

Primeramente se habló del chisme del día : una señora de la buena sociedad había sido sorprendida por un amigo de su esposo en ocasión en que acompañada de un príncipe extranjero cenaba en gabinete particular.

Forestier reía mucho con motivo de la aventura, y las dos señoras afirmaban que el hablador indiscreto que había comprometido á la señora, no dejaba de ser un granuja y un cobarde. Duroy fué de esta opinión y proclamó abiertamente que todo hombre está obligado en casos semejantes, lo mismo si es actor que si es confidente ó testigo, á guardar silencio sepulcral, y agregó :

— La vida estaría llena de cosas encantadoras si los unos pudiéramos contar con la discreción de los otros. Lo que detiene con frecuencia, con mucha frecuencia, por no decir casi siempre, á las mujeres es el miedo á que el secreto se descubra. ¿ Es, ó no es, cierto lo que digo? añadió sonriendo. ¡ Cuántas hay que se abandonarían á un deseo instantáneo, á un capricho brusco y violento de una hora, á una fantasía de amor si no temiesen pagar con irremediable escándalo y con lágrimas dolorosas un placer leve y pasajero!

Duroy hablaba con una convicción contagiosa, como si defendiese una causa, su propia causa y cual si quisiera decir :

— Conmigo, esos temores no tendrían razón de ser. Ensayadlo y veréis.

Las dos mujeres le contemplaban aprobando sus palabras con la vista, encontrando que hablaba bien y discurría con exactitud, confesando en una palabra, con su silencio amigo, que su moral inflexible de parisienses no resistiría mucho tiempo ante la certeza de que el secreto no sería violado.

Casi acostado en el canapé, con una pierna replegada bajo su cuerpo y la servilleta extendida sobre el chaleco á fin de no manchar el frac, Forestier exclamó con sonrisa de escéptico convencido :

— ¡ Canastos con las mujeres! Vaya si se regalarían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como estuviesen seguras del silencio. ¡ Pobres maridos !

Y se abordó el tema del amor.

Sin admitirlo á perpetuidad, Duroy se lo explicaba duradero, creando un vínculo, una amistad tierna, una confianza. La unión de los sentidos era únicamente un sello con que se afirmaba la unión de los corazones. Pero se indignaba de los celos importunos y de los dramas, de los escándalos y escenas desagradables que casi siempre acompañan á las rupturas.

Cuando Duroy dejó de hablar, agregó Madama de Marelle suspirando :

— Efectivamente, es la sola cosa buena que la vida ofrece y nosotras la echamos á perder con exigencias imposibles.

La señora de Forestier, que entretanto jugaba con un cuchillo, añadió por su parte :

— ¡ Oh, sí ! qué bueno es ser amada.....

Y al hablar así parecía como si llevara más lejos su ensueño, como si pensara en cosas que absolutamente no se atrevía á decir.

Como el primer plato fuerte tardaba en llegar, todos bebían de cuando en cuando un sorbo de champagne y pellizcaban de los redondos panecillos la corteza más cocida.

En todos ellos iba entrando lenta é invasora la idea del amor y embriagaba poco á poco su alma, del mismo modo que el claro vino al caer gota á gota en su garganta les caldeaba la sangre y perturbaba el espíritu.

Al fin se presentó el camarero con unas chuletas de cordero, tiernas, ligeras, acostadas sobre espeso y menudo lecho de puntas de espárragos.

— ¡ Soberbia cosa lo que nos traen ! dijo al verlas Forestier.

Todos comían despacio saboreando la fina carne y la untuosa hortaliza, lo mismo que si fuese una crema.

— Lo que es yo, prosiguió Duroy, cuando amo á una mujer, todo desaparece para mí del mundo, menos ella.

El joven decía esto con un acento de convicción verdadera, y en el bienestar perfecto con que entonces gustaba el placer de la mesa, se exaltaba soñando con los del amor.

— Nada puede compararse, murmuró Mme Forestier siempre con aquel aire que imponía respeto, ni hay dicha que iguale al primer apretón de manos cuando la una pregunta ¿ me ama usted ? y responde la otra « sí, te amo ».

— Pues yo, por mi parte, declaro que soy menos platónica, dijo alegremente la señora de Marelle, dejando sobre la mesa una nueva copa de champagne que acababa de vaciar de un trago.

Todos se echaron á reir celebrando la ocurrencia en tanto que mostraban en la mirada la excitación producida por la frase.

Forestier se tendió completamente sobre el canapé, apoyó los brazos abiertos sobre los cojines y, dirigiéndose á Mme de Marelle, declaró seriamente :

— La franqueza con que Vd. se expresa la honra y demuestra que es Vd. una mujer práctica. Pero ¿podríamos saber qué opinión tiene Mr. de Marelle acerca del particular ?

La joven entonces se encogió de hombros, pero de un modo lento, como para expresar un desdén infinito, prolongado, y después respondió con voz clara y neta :

— El señor de Marelle no tiene opinión en esta materia. Sólo tiene... abstenciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y la conversación descendió de las altas teorías acerca de la ternura para entrar en el jardín florido de las tunanterías distinguidas.

Este fué el momento de los sobreentendidos hábiles y de los velos descorridos con una simple frase, lo mismo que se levantan las enaguas; el momento de los artificios de lenguaje, de las audacias hábiles y disfrazadas, de todas las hipocresías impúdicas, de la frase que muestra las imágenes desnudas con expresiones vestidas, que hace pasar por delante de la retina y del espíritu la visión rápida de todo aquello que no puede decirse y permite á las personas del gran mundo una especie de amor sutil y misterioso, una especie de contacto impuro de los pensamientos por la evocación simultánea, perturbadora, sensual como un abrazo, de todas las cosas secretas, vergonzosas y deseadas del acto carnal.

El camarero había servido el asado, y en un mismo plato, perdices y codornices; á este plato siguió otro con guisantes y por último una cazoleta de hígados de pato juntamente con una gran ensalada de hojas dentelladas que llenaban como de verde musgo la ensaladera de forma de palangana.

De todas estas cosas habían comido sin saborearlas, sin darse cuenta, preocupados únicamente de lo que decían, sumergidos en un baño de amor.

Las mujeres, especialmente, lanzaban frases atrevidas: Mme de Marelle con una audacia natural que parecía una provocación; Mme Forestier con una reserva encantadora, y un pudor en el tono, en la voz, en la sonrisa, en todas sus maneras, que teniendo el aire de atenuarlas, daba mayor relieve á las frases salidas de su boca.

Forestier reía á más y mejor, echado boca abajo

sobre los cojines, y bebía y comía sin cesar; y alguna vez pronunciaba una palabra de tal modo atrevida ó cruda que las mujeres un poco alarmadas de la forma y en obsequio á la forma, tomaban un ligero aire de incomodidad que duraba dos ó tres segundos.

Pero él no se arredraba por eso, por el contrario, á continuación de alguna tunantada de bulto solía decir:

— La cosa no va mal, hijos míos; como sigáis así vais á concluir por hacer alguna tontería.

Llegaron los postres, luego el café, y los licores derramaron en los espíritus ya excitados un desorden mayor, más cálido y más pesado.

Tal como lo había prometido al sentarse á la mesa, Mme de Marelle se encontraba en verdadero estado de embriaguez; ella misma lo reconocía con una gracia alegre y habladora de mujer que se propusiera acentuar la borrachera real que sentía para divertir á sus invitados.

La señora de Forestier estaba ahora silenciosa, acaso por prudencia, y Duroy, que se sentía demasiado en peligro de comprometerse, guardaba una reserva hábil.

Apenas se encendieron los cigarrillos, Forestier se puso á toser. El acceso fué tan terrible, que le desgarraba la garganta; la faz se le volvió amoratada, se le inundó de sudor la frente y parecía como si en uno de los golpes de tos hubiera de quedar ahogado. Así que la crisis se calmó un tanto, refunfuñó Forestier con tono furioso:

— Estas fiestas maldito lo que me convienen. Es estúpido que yo tome parte.

Todo su buen humor había desaparecido ante el terror que le inspiraba el mal que sufría.

— Vámonos á casa, dijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mme de Marelle tocó al timbre y pidió la cuenta al camarero. Cuando éste se presentó con ella que fué inmediatamente, la señora intentó leerla, pero como los guarismos daban vueltas ante sus ojos, le pasó el papel á Duroy:

— Tenga Vd., pague por mí, porque yo no veo; estoy demasiado chispa.

Y le arrojó al mismo tiempo su portamonedas en las manos.

El total ascendía á ciento treinta francos. Duroy examinó y comprobó la cuenta, dió al camarero dos billetes y se hizo cargo de la vuelta, preguntando á media voz:

— ¿Cuánto se le da al mozo?

— Lo que Vd. quiera, yo no sé.

Duroy dejó cinco francos en el plato y devolvió á la señora su bolsillo diciéndola al mismo tiempo:

— ¿Quiere Vd. que yo la acompañe hasta su casa?

— ¡Qué duda cabe! Me encuentro incapaz de dar con ella esta noche.

Después de estrechar la mano á los Forestier, Duroy y Mme de Marelle se encontraron solos en un coche.

Duroy la sentía cerca de sí, encerrada con él en aquella caja negra que bruscamente y por un instante iluminaban los mecheros de gas de las aceras; sentía á través de su manga el calor de su hombro, y sin embargo no encontraba nada, absolutamente nada que decirla, paralizado como tenía el espíritu por el deseo imperioso de cogerla entre los brazos.

«Si yo me atreviese, ¿qué haría ella?» pensaba entretanto. Y el recuerdo de todas las picardías cuchicheadas durante la comida le enardecía, pero le retenía al mismo tiempo el miedo al escándalo.

La joven no respiraba, inmóvil, hundida en el rincón del coche, hasta el punto de que él la hubiera creído dormida, si cada vez que un rayo de luz penetraba en el interior del coche no hubiese visto el brillo de sus ojos.

«¿En qué pensaba ella?» Bien comprendía Duroy que era necesario no decir una palabra, ni una sola palabra que, rompiendo el silencio, pudiese destruir las probabilidades; pero le faltaba la audacia, la audacia de la acción brusca y brutal.

De pronto sintió que su pie se movía. Ella se había movido con un movimiento seco, nervioso, de impaciencia, tal vez de supremo deseo, y aquel movi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento, casi imperceptible, produjo en Duroy un gran estremecimiento de los pies á la cabeza, y volviéndose prontamente se arrojó sobre ella, buscando la boca con sus labios y las desnudas carnes con sus manos.

La señora lanzó un grito, un grito ligero, quiso levantarse, defenderse, rechazarle; después cedió como si la fuerza le faltase para resistir más tiempo.

Pero como el coche se detenía á los pocos momentos delante de la casa habitada por ella, Duroy, sorprendido, no tuvo tiempo de buscar frases apasionadas con que expresarle su amor reconocido y bendecirla. Sin embargo, ella no se levantaba, ni se removía siquiera aturdida por lo que acababa de pasar, y temeroso Duroy de que en el ánimo del cochero surgiesen dudas, se bajó el primero para dar la mano á la señora, la cual salió del coche tambaleándose y sin pronunciar una palabra. Duroy llamó á la puerta y en el momento en que ésta se abría, preguntó temblando :

— ¿Cuándo volveré á ver á Vd. ?

En voz muy baja, tan baja que apenas si Duroy oyó lo que le decía, respondió la joven :

— Venga Vd. á almorzar mañana conmigo.

Y desapareció en la sombra del vestíbulo rechazando la pesada hoja de la puerta que sonó como un cañonazo.

Duroy dió cinco francos al cochero y, radiante el corazón de alegría, comenzó á caminar con paso rápido y triunfante.

¡Al fin tenía una! ¡una mujer casada! ¡del mundo elegante, del verdadero mundo, del mundo parisiense! ¡Y qué fácil é inesperado había sido aquel triunfo!

Hasta entonces se había imaginado que para abordar y conquistar una de esas criaturas tan deseadas, eran

precisos cuidados infinitos, esperas interminables, un sitio en toda regla formado por galanterías y frases de amor, por suspiros y regalos.

Y he aquí que de un golpe, al menor ataque, la primera con la que había tropezado, se le rendía y de modo tan fácil que él estaba estupefacto.

« Acaso porque estaba chispa, pensaba; mañana será otra cosa y me responderá con lágrimas. » Esta idea le inquietó un instante, pero en seguida se dijo : « Poco me importa, ahora que la tengo, sabré bien guardarla. »

Y en el confuso espejismo en que se revolvían sus esperanzas, esperanzas de grandeza, de triunfos, de renombre, de fortuna y de amor, vislumbró de repente y parecida á esas guirnaldas de figurantas que se desenrollan en el cielo de las apoteosis, una procesión de mujeres elegantes, ricas, poderosas que pasaban sonriendo para desaparecer una tras otra en el fondo de la dorada nebulosa de sus ensueños.

Cuando tras una noche pasada entre visiones las más agradables, subía al día siguiente la escalera de Mme de Marelle, una cierta emoción embargaba el ánimo de Duroy. ¿Cómo le recibiría? Es más; ¿querría recibirle? ¿No habría dado orden de que le negasen la entrada? ¡Si ella refiriese!... Pero no, ella no podía decir nada sin dejar adivinar todo lo que había pasado. Por lo tanto, él era dueño de la situación.

La misma criadita de la otra vez abrió la puerta y como su semblante no ofrecía nada de extraño, Duroy se tranquilizó como si hubiese esperado que la doméstica le mostrase un semblante alterado.

— ¿La señora está bien? preguntó.

— Sí, señor, como siempre; respondió la joven.

Y le introdujo en el salón. Duroy se fué derecho á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chimenea para ver en el espejo si estaba peinado y mientras contemplaba el aspecto de su traje y se ajustaba la corbata, vió en el espejo mismo á la joven que de pie y en el umbral de la habitación le estaba mirando.

Él hizo como si no la viera y en el fondo del espejo se contemplaron algunos segundos, observándose, espiándose el uno al otro antes de encontrarse cara á cara, hasta que al fin él se volvió y al verla inmóvil, como si esperase aquel momento, Duroy se lanzó hacia ella balbuceando:

— ¡Cómo la amo! ¡Cómo la amo!

La joven abrió los brazos y apoyó la cabeza en el pecho de Duroy; un instante después levantó la vista hacia él y ambos se besaron largo tiempo.

« Esto es más fácil de lo que yo hubiera creído, » dijo él para sí, y así que sus labios dejaron de besarse, la contempló sonriente, sin decir una palabra y cuidando de imprimir á su mirada una expresión de amor infinito.

También ella sonreía con esa sonrisa que las mujeres tienen para ofrecer su deseo, su consentimiento, su voluntad de entregarse, y en seguida murmuró:

— Estamos solos, he enviado á Laurina á almorzar con una amiguita.

Duroy suspiró una frase de amor mientras la besaba las muñecas:

— Gracias, la dijo, la adoro á Vd.

La joven le tomó del brazo, como si fuese su marido, y le llevó hasta el canapé en donde se sentaron juntitos.

Duroy buscaba un comienzo de conversación hábil y discreto para interesarla, pero viendo que no le venía á las mientes balbuceó:

—¿No me guarda Vd. rencor? ¿Verdad?

Ella le puso una mano en la boca.

— ¡Cállate!

Un instante permanecieron silenciosos, confundida la mirada del uno con la del otro y entrelazados y abrasando los dedos de ambos.

— ¡Cómo la deseaba! dijo Duroy.

— ¡Cállate! volvió á decir ella.

Oíase á la criada remover los platos en el comedor, separado del salón por un tabique.

— No quiero permanecer tan cerca, dijo Duroy levantándose. Perdería la cabeza.

La puerta se abrió y apareció la criada:

— Señora, la mesa está puesta.

Duroy ofreció el brazo á la señora, y la acompañó gravemente hasta el comedor.

Sentados uno enfrente de otro, no dejaron de mirarse y sonreirse todo el tiempo del almuerzo, ocupados únicamente de sí y envueltos por el suave encanto de una ternura que comienza. Comían, comían, pero sin darse cuenta. Duroy sintió un pie, un piececito que vagaba errante por debajo de la mesa y le aprisionó entre los suyos guardándole y estrechándole con toda su fuerza.

La criada, entretanto, iba y venía, llevaba ó recogía los platos con aire negligente sin parecer que notase la menor cosa.

Una vez concluído el almuerzo, volvieron al salón y ocuparon en el canapé su asiento de antes uno al lado del otro.

Poco á poco Duroy se estrechaba contra ella ensayando abrazarla. Pero ella le rechazaba con calma:

— Tenga Vd. cuidado, que pueden entrar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Cuándo, murmuró él, podré verla á solas para decirla lo mucho que la amo?

La joven se inclinó hacia él y casi al oído le dijo en voz baja :

— Yo iré á visitarle á su casa uno de estos días.

Duroy se sintió enrojecer de vergüenza :

— ¡Oh! es que... mi casa... es muy modesta.

— Eso qué importa, respondió ella sonriendo. Yo voy á verle á Vd., no su casa.

Él la instó á que dijera cuándo iría, y como la joven fijase un día lejano de la semana siguiente, Duroy la suplicó que adelantase el momento, manoséandola y oprimiéndola las manos, descompuesto ya el semblante, febril, ardiendo de deseo, de ese deseo impetuoso que sigue á toda comida hecha en compañía de una mujer á quien se galantea.

Ella se complacía en verle implorar con tanto ardor y poco á poco iba cediendo un día, pero él repetía :

— Mañana, ... dígame Vd. que mañana.

— Bueno, consintió ella al fin. Mañana á las cinco.

Duroy dió un suspiro prolongado de alegría y á partir de este momento hablaron casi tranquilamente y con cierto aire de intimidad como si se hubiesen conocido desde veinte años antes.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y movidos por igual estremecimiento ambos se separaron á distancia conveniente en el canapé.

— Debe de ser Laurina, murmuró ella.

La niña apareció, en efecto, quedándose como cohibida al principio, pero así que vió á Duroy se precipitó hacia él batiendo las manos y transportada de gozo gritó :

— ¡Oh! ¡el Buen Mozo!

Mme de Marelle se echó á reir.

— ¡Calla! Laurina le ha bautizado á Vd. ¡Buen Mozo! Un bonito nombre de amistad para designar á Vd. Yo también le llamaré así.

Duroy había tomado sobre sus rodillas á la niña y tuvo que jugar con ella á todos los juegos que la había enseñado.

Á las tres menos veinte se levantó para irse á la redacción, y cuando se despedía en la escalera, por la puerta entreabierta, aún repitió en voz muy baja, sin mover apenas los labios :

— Mañana á las cinco.

— Sí, respondió la joven sonriendo, y desapareció.

En seguida que concluyó su trabajo de periodista, Duroy pensó en la manera como arreglaría su habitación para recibir dignamente á su querida y disimular en lo posible la pobreza del local. Se le ocurrió desde luego la idea de clavar en las paredes algunos menudos objetos de arte japonés y por cinco francos compró toda una colección de crespones, de pequeños abanicos y pantallas, con lo cual cubrió las manchas, demasiado visibles del papel. Aplicó á los cristales de la ventana imágenes transparentes que representaban barquichuelos flotando sobre los ríos, vuelos de pájaros á través de cielos encarnados, damas multicolores que se ostentaban á los balcones y procesiones de hombrecillos negros en planicies cubiertas de nieve.

Su cuarto, que justamente tenía las dimensiones necesarias para poder dormir y sentarse, tomó en seguida el aspecto de un interior de linterna, hecha con papel pintado. Duroy juzgó que el efecto era ya suficiente y pasó algunas horas de la noche ocupado en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pegar en el techo pájaros recortados de algunos pliegos de papel japonés que le quedaban.

Después se acostó como siempre arrullado por el silbido de las locomotoras.

Al siguiente día cuidó de entrar á hora conveniente en su casa no sin haber comprado en la tienda de comestibles inmediata un paquete de pastas y una botella de Madera, pero tuvo todavía que salir para procurarse dos platos y dos vasos, con todo lo cual dispuso la pequeña colación sobre su mesalavabo, cuya sucia madera cubrió previamente con una servilleta después de haber disimulado bajo el modesto mueble la palangana y el jarrón del agua.

Duroy no tenia ya sino esperar á la señora, la cual llegó hacia las cinco y cuarto. Apenas entró se manifestó agradablemente sorprendida por lo churrigueresco de aquellos dibujos y gritó :

— ¡ Vaya si tiene Vd. la casa bonita! Pero cuánta gente hay en la escalera....

Él la habia ya tomado en sus brazos y con verdader

transporte la besaba los cabellos por entre la frente y el sombrero, á través del velo.

Hora y media después Duroy la acompañó hasta la parada de coches de la calle de Roma, y cuando la vió instalada dentro de uno, la dijo en voz baja :

— El martes á la misma hora.

— Á la misma hora el martes, dijo ella. Y como la noche comenzaba á cerrar, acercó á sí la cabeza del joven y le besó en los labios. Luego, y así que el cochero castigó al caballo para que arrancase, gritó :

— Adiós, Buen Mozo, y el viejo cupé partió al paso fatigado del caballo blanco que tiraba.

Duroy siguió recibiendo así, por espacio de tres semanas, á Mme de Marelle; que le visitaba cada dos ó tres días ya por la mañana, ya por la tarde. Una de éstas en que la esperaba, Duroy sintió un gran ruido en la escalera y se puso á escuchar. Un chiquillo daba alaridos mientras una voz furiosa de hombre preguntaba :

— ¿Pero qué es lo que quiere este marica todavía?

La voz chillona y desesperada de una mujer respondió :

— ¿Qué ha de ser? Que esa cochina cocota, que viene á ver al periodista del sotabanco, ha derribado á Nicolás en el descansillo de la escalera. Como si hubiera que consentir á esas carcomas que no tengan siquiera cuidado con los niños en las escaleras.

Duroy retrocedió desatinado, pues al mismo tiempo, percibía un rápido crujido de faldas y un paso precipitado que trepaba ya hacia el piso, que precedía al suyo.

Bien pronto llamaron á su puerta que él acababa de cerrar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era Mme de Marelle que así que Duroy abrió se precipitó en el cuarto sofocada, loca de ira.

— ¿Has oído? balbuceó.

— No, ¿qué es ello? dijo él como si no supiera nada.

— ¿De la manera que me han insultado?

— ¿Quién?

— Los miserables que habitan abajo.

— Pero no sé nada: ¿qué es lo que hay? dímelo.

Ella se puso á sollozar sin poder pronunciar una sola palabra.

Y tuvo que quitarla el sombrero, deshacerla los lazos, echarla sobre la cama, aplicarla fomentos en las sienes con un paño mojado en agua fría, pues se sofocaba de llorar. Después que su emoción se hubo calmado un tanto, la joven descargó toda su cólera indignada. Quería que él bajase en seguida, que se batiese con ellos y los matase.

— Pero si son obreros, gente palurda, repetía Duroy. Piensa en que habría que andar entre justicia, que tú podrías ser reconocida, detenida, y eso te perdería. Con gente tal no puede uno medirse.

Ella abandonó esa idea:

— ¿Cómo nos arreglaremos ahora? Porque yo no puedo entrar aquí más.

— Es muy sencillo, respondió él, voy á mudarme de casa.

— Sí, murmuró ella; pero eso será muy largo.

— Después la ocurrió de pronto una combinación y serenándose bruscamente, dijo:

— No, escucha y déjame obrar; he encontrado el medio. No te ocupes de nada. Mañana te enviaré un « pequeño azul ». Así llamaba ella á los telegramas

cerrados que circulan en París por los tubos neumáticos.

Ahora sonreía encantada de su idea, que no quería revelarle á Duroy, en tanto que se entregaba á mil locuras de amor. Sin embargo, cuando luego bajó la escalera sentía los efectos de una gran emoción, hasta el punto de tenerse que apoyar con toda su fuerza en el brazo de su amante, tanto sentía flaquear sus piernas. No encontraron á nadie en la escalera.

Como él se levantaba tarde, todavía estaba en la cama cuando hacia las once del día siguiente, le presentó el ordenanza de Telégrafos el « pequeño azul» prometido.

Duroy le abrió y leyó: « Nos veremos á las cinco, calle de Constantinopla, nº 127. Haz que te abran el piso alquilado por Mme Duroy.

« Clo te abraza.

Á las cinco en punto, Duroy entraba en la habitación del portero de una gran casa de cuartos amueblados:

— ¿Es aquí donde Mme Duroy ha alquilado un cuarto?

— Sí, señor.

— ¿Quiere Vd. indicarme cuál es?

El hombre que sin duda estaba habituado á situaciones delicadas en que la mayor prudencia es necesaria, no dejaba de mirar á Duroy fijamente, y entretanto que buscaba una entre un gran manojo de llaves, le preguntó mirándole siempre atentamente.

— ¿Es Vd. el señor Duroy?

— Sí, señor, no lo dude Vd.

El portero abrió entonces un pequeño cuarto compuesto de dos piezas y situado en el piso bajo, enfrente precisamente de su propia habitación.

El salón estaba empapelado con papel á ramos, fresco todavía, y el mobiliario lo constituían unos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuantos muebles de caoba, cubiertos por un reps verdoso con dibujos amarillos, completándolo una alfombra á flores tan delgada que al pisar dejábase sentir la madera del pavimento.

La alcoba era tan pequeña que la cama por sí sola ocupaba tres cuartas partes, en el fondo de la habitación desde una á otra de las paredes laterales. Dicho mueble era una de esas grandes camas de las casas que se alquilan amuebladas, colgada de un pesado cortinaje de reps azul en forma de pabellón y cubierta por un edredón de seda encarnada en el que podían observarse algunas manchas sospechosas.

Duroy pensaba inquieto y descontento :

— Esto me va á costar un sentido. Va á ser necesario que tome todavía dinero prestado. Es verdaderamente idiota esto que ella hace.

La puerta se abrió y apareció Clotilde que se precipitó hacia él como un rayo y con los brazos abiertos, haciendo gran ruido con la falda :

— ¿ No es verdad que es muy bonito, dí ? ¡ Y luego no hay que subir escalera, con una ventana corrida á la calle, un piso bajo ! Ya ves, se puede entrar y salir por la ventana sin que el portero lo vea. ¡Cómo vamos á amarnos aquí dentro!

Él la besaba con frialdad, no atreviéndose á formular la pregunta que le venía á los labios.

Ella al entrar había colocado sobre un velador, instalado en medio de la estancia, un grueso paquete. Lo desenvolvió ahora sacando una pastilla de jabón, una botella de Agua de Lubin, una esponja, una caja de horquillas, un abotonador y un hierro de rizar que la serviría para arreglarse los rizos de la frente que se la deshacían todas las veces.

Alegremente se entretenía en colocar cada cosa en su sitio más á propósito, y al abrir los cajones de la cómoda pensó en que era necesario llevar alguna ropa blanca para cambiarla cuando fuese preciso.

— Verás qué cómodo es esto, decía. Si por casualidad me coge un chaparrón en la calle, vendré á secarme aquí. Cada uno tendremos nuestra llave aparte de la que tenga el portero para el caso de que alguna vez olvidemos las nuestras. He alquilado esto por tres meses, á tu nombre, por supuesto, toda vez que yo no podía dar el mío.

— Tú me dirás cuándo hay que pagar, insinuó él entonces.

— ¡ Pero, querido mío ! si está pagado, respondió ella sencillamente.

— Bueno, pues será á ti á quien lo deba.

— No, gatito mío ; esto no es cosa tuya, soy yo quien quiere permitirse esta pequeña locura.

Él tomó el aire de persona que se incomoda :

— ¡ Ah ! lo que es eso no lo consentiré absolutamente.

Ella se acercó á él suplicante y, posando las manos sobre sus hombros, insistió :

— Yo te lo ruego, Jorge mío, ¡ me causará tanto placer que sea mío, nada más que mío, nuestro nido ! Eso no puede molestarte en nada. Yo quisiera aportar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esto á nuestro amor. Díme que quieres, Jorgito mio, dímelo...

E imploraba con la mirada, con los labios, con todo su ser.

Duroy se hizo rogar, rehusando con semblante irritado varias veces; por último cedió encontrando justo en el fondo lo que la joven quería. Y cuando ella partió, murmuró, frotándose las manos y sin buscar en los repliegues de su corazón de dónde le venía el cambio de opinión que en él se operaba :

— Después de todo es encantadora.

Algunos días después recibió otro « pequeño azul » que le decía : « Mi marido llega esta noche después de seis semanas de inspección. Tendremos, pues, que renunciar á vernos por ocho días. ¡ Qué esclavitud, querido mío !

« Tu Clo. »

Duroy quedó estupefacto. Realmente se había olvidado de que estaba casada. He ahí un hombre á quien hubiera querido ver la cara, nada más que una vez, por conocerle.

Esperó, sin embargo, con paciencia la partida del marido, por más que dos noches se fué á Folies-Bergère terminándolas luego en casa de Raquel.

Una mañana recibió nuevo telegrama : « Hoy á las cinco. — Clo. »

Los dos llegaron antes de la hora á la cita. Ella se arrojó en sus brazos con amoroso transporte besándole apasionadamente en ambos lados de la cara.

— Si tú quieres, le dijo, después que nos hayamos querido mucho, iremos á comer á cualquier parte. Me he declarado libre.

Precisamente era un comienzo de mes, y si bien Duroy tenía desde mucho tiempo antes percibido su sueldo adelantado y venía viviendo al día con dinero recogido de todas partes, se encontraba por casualidad en fondos, y se alegraba de la ocasión de poder gastar con ella alguna cosa.

— Con mucho gusto, querida mía, iremos donde tú quieras.

Serían las siete cuando dejaron el cuarto de la calle de Constantinopla, y mientras ganaban el bulevar exterior, ella se apoyaba en él con fuerza y le decía al oído :

— ¡ Si supieras qué contenta estoy de ir cogida de tu brazo y cómo me gusta sentirte contra mí !

— ¿ Quieres que vayamos al restaurant Lathuille ? preguntó Duroy.

— ¡ Oh, no ! Es demasiado rumboso. Yo quisiera algo así de ordinario, de figón, un restaurant, por ejemplo, donde vayan los empleados y los obreros. ¡ Tú no sabes cómo me encantan las partidas en ventorrillo ! ¡ Si hubiéramos podido irnos al campo !

Como Duroy no conocía en el barrio ningún establecimiento de ese género, vagaron á lo largo del bulevar hasta que dieron con una taberna donde daban de comer en sala aparte. Ella había visto á través de las vidrieras de la sala dos jovenzuelas sin nada en la cabeza que estaban sentadas frente á frente de dos militares.

En el fondo de la estrecha y larga pieza comían tres cocheros de punto, y tirado en una silla, con las piernas á lo largo, las manos metidas por entre la cintura de su pantalón y echada la cabeza para atrás por encima del respaldo, fumaba su pipa un otro perso-

naje á quien hubiera sido imposible clasificar en profesión alguna.

Llevaba un chaquet que parecía un museo de manchas y por los bolsillos, abultados como vientres, asomaban el gollete de una botella, un trozo de pan, un paquete envuelto por un periódico y un cabo de bramante colgando.

Tenía aquel individuo un pelo espeso, crespo, revuelto, que parecía gris de tan sucio como estaba, y junto á él yacía la gorra por el suelo, debajo de la silla.

La entrada de Clotilde produjo sensación por la elegancia de su tocado. Las dos parejas dejaron de cuchichear, los tres cocheros de discutir, y el particular que fumaba se quitó la pipa de la boca, escupió hacia adelante y volvió un poco la cabeza para mirar.

— ¡ Cómo me gusta esto ! murmuró Mme de Marelle. Verás qué bien vamos á estar. Otra vez me visto de obrera.

Y se sentó sin reparos y sin la menor repugnancia delante de aquella mesa de madera, barnizada con la grasa de los guisos y lavada con las bebidas que se derramaban, á la cual pasó el dependiente una rodilla mientras les preguntaba lo que iban á comer. Duroy buscaba un tanto molestado y hasta con algo de vergüenza, una percha donde colgar su sombrero de copa, y como no la encontraba, concluyó por dejarle encima de una silla.

Los dos amantes comieron guisado de carnero, un trozo de rosbif y una ensalada :

— No puedes figurarte cómo adoro yo esto, tengo gustos canallas. Más me divierto aquí que en el café Inglés.

Y un poco después añadió :

— Si quieres darme gusto completamente, iremos luego á un baile público. Yo conozco uno muy gracioso y precisamente cerca de aquí, que se llama la Reina Blanca.

Duroy preguntó sorprendido :

— ¿ Quién te ha llevado á ese sitio ?

Y mientras la miraba la veía enrojecer un tanto turbada como si aquella pregunta brusca hubiese despertado en ella un recuerdo delicado. Después de una de esas vacilaciones femeninas, tan cortas que es preciso adivinarlas, respondió :

— Un amigo... (agregando después de una ligera pausa) que ya murió.

Y bajó los ojos con tristeza, bien natural por cierto.

Duroy pensó por la primera vez en todo cuanto absolutamente desconocía del pasado de aquella mujer, y soñó. Seguramente que había tenido amantes, pero ¿ de qué clase ? ¿ á qué mundo pertenecían ? Una sensación de celos, una especie de enemistad se despertaba en él contra ella, una enemistad contra todo aquello que ignoraba, contra todo lo que no le había pertenecido de aquel corazón y de aquella existencia. El joven la miraba irritado contra el misterio que se encerraba en aquella hermosa y muda cabecita que tal vez en aquel mismo instante pensaba con amarga pena en el otro, en los otros amantes. ¡ Cómo hubiera querido poder mirar en aquel recuerdo, sondearlo, saber todo, conocer todo !

Ella reiteró su ruego :

— ¿ Quieres llevarme á la Reina Blanca ? La fiesta sería completa entonces.

« Bah, pensó Duroy ; ¡ qué me importa lo pasado !

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No soy poco tonto de atormentarme con esto. » Y respondió sonriendo :

— Con mil amores, querida.

Apenas se encontraron en la calle, la joven reanudó la conversación con ese tono bajo y misterioso con que se hacen las confidencias :

— Hasta hoy, dijo, no me había atrevido á pedirte esto, pero no puedes imaginarte cuánto me gustan estas escapadas de muchacho á todos estos sitios adonde no van las señoras. Para el carnaval me disfrazaré de colegial.

Cuando penetraban en la sala del baile se estrechó contra él entre medrosa y contenta, mirando como encantada á las prostitutas y á los rufianes. Alguna vez, como si quisiera tranquilizarse ante un peligro posible, decía al distinguir un municipal grave é inmóvil : « Mira qué agente ese, tiene trazas de ser hombre de puños », pero al cabo de un cuarto de hora se cansó de aquello y Duroy la condujo hasta su casa.

Desde entonces comenzó una serie de excursiones á todos los sitios de mala fama donde la gente del pueblo se divierte, y Duroy descubrió en su querida un gusto apasionado por aquella vida de estudiante juerguista.

Llegaba al sitio acostumbrado de la cita vestida con un traje de hilo y cubierta con un gorro de doncella, pero de doncella de opereta, y á pesar de la sencillez elegante y buscada de su tocado, conservaba siempre sus sortijas, sus pulseras y sus pendientes de brillantes, dando como única razón cuando Duroy la suplicaba que se las quitase :

— ¡Bah! se creerá que son chinitas del Rin.

Se consideraba admirablemente disfrazada, y siquiera lo estuviera, realmente, á la manera de los avestruces, no por eso dejaba de entrar en las tabernas peor afamadas.

Hubiera también querido que Duroy se vistiese de obrero, pero él resistió siempre y conservó su correcta apariencia de *boulevardier*, sin querer siquiera cambiar el sombrero de copa por otro blando de fieltro.

La joven se consolaba de la obstinación de Duroy con este razonamiento :

« Creerán que soy una doncella de servicio que ha tenido la fortuna de enamorar á un joven de la buena sociedad. »

Y encontraba deliciosa aquella comedia. Así penetraban en los figones más humildes del pueblo, entrando hasta el fondo del ahumado chiribitil, donde se sentaban en sillas desvencijadas ó cojas y delante de una mugrienta mesa de madera.

Una densa nube de humo acre, en el que quedaba todavía el olor á pescado frito de la comida, llenaba el local; algunos hombres en blusa conversaban gritando mientras que sorbo á sorbo apuraban sus respectivas copas de licores diversos y el mozo del establecimiento examinaba sorprendido á la extraña pareja, mientras les servía dos copas de cerezas en aguardiente.

Temblorosa de miedo por más que también contentísima del medio en que se encontraba, Clotilde bebía á poquitos el rojo zumo de la fruta, y miraba en torno suyo con mirada inquieta y alerta. Cada cereza que tragaba producía en ella la sensación de una falta cometida, cada gota del ardiente y pimentado líquido la procuraba al descender por su garganta un placer acre, la satisfacción de un goce criminal y prohibido.

Cuando quería marcharse decía á media voz : « Vámonos » y partían. Ella desfilaba prestamente con la

cabeza baja y á paso menudito y rápido, como una actriz al retirarse del escenario, y pasaba por entre las mesas de los consumidores con aire de desconfianza y de disgusto, mas una vez franqueada la puerta, lanzaba un gran suspiro de satisfacción como si acabara de escapar á un grave peligro.

Alguna vez le preguntaba á Duroy estremecida:

—Díme, si en alguno de estos sitios me injuriasen ¿qué harías tú?

—¿Qué había de hacer? Defenderte, ¡vive Dios! respondía Duroy con aire resuelto de hombre calavera.

Y ella, todo dichosa, le estrechaba el brazo, con deseo tal vez confuso de ser injuriada y defendida, con deseo de ver á los hombres, así fuesen hombres como aquellos, batirse por ella con su bien amado.

Mas aquellas excursiones que se repetían dos ó tres veces por semana, comenzaban á fatigar á Duroy, quien, por otra parte, se veía y se deseaba desde hacía algún tiempo para procurarse los diez francos que necesitaba para pagar el coche y el consumo que hacían visitando aquellos sitios.

Ahora vivía con gran embarazo, con mucha más dificultad que cuando era empleado de la compañía del Norte, porque habiendo gastado sin freno ni medida durante sus primeros meses de periodismo, con la esperanza siempre de ganar crecidas sumas al día siguiente, había agotado todos sus recursos y todos los medios de procurarse dinero.

El procedimiento bastante sencillo de pedir prestado en la caja lo había llegado á gastar bien pronto y debía al periódico cuatro mensualidades de su sueldo, más seiscientos francos adelantados sobre el importe de sus líneas. Por otra parte, debía cien francos á Forestier, trescientos á Jacobo Rival, que tenía su bolsa pronta; en suma, se veía roído por una multitud de pequeñas

deudas de esas que no se declaran, deudas de veinte francos y hasta de cinco.

Saint-Potin, á quien había consultado sobre los métodos que podían emplearse para obtener cien francos, no llegó á descubrir ninguna fórmula aun siendo como era un hombre de inventiva, y Duroy se desesperaba

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MONTERREY, MEXICO

ante aquella miseria, pues era para él más sensible ahora que otras veces por lo mismo que tenía más necesidades. Así es que iba incubándose en él una cólera sorda contra todo el mundo, una irritación incesante que se manifestaba con cualquier motivo, en todo momento, por las cosas más fútiles.

Alguna vez se preguntaba cómo había hecho para gastar por término medio mil francos al mes sin ningún exceso y sin permitirse ninguna fantasía costosa, y pensando en ello se hacía cargo de que adicionando á un almuerzo de ocho francos una comida de doce en cualquiera de los grandes cafés del bulevar, sumaba en seguida un luis, que junto con diez francos como dinero del bolsillo, de ese dinero que se va sin que se sepa cómo, formaba un total de treinta francos. Ahora bien, treinta francos al día hacen novecientos al fin del mes, y luego tenía que contar todos los demás gastos de sastre, calzado, ropa blanca, planchadora, etc.

Ese día en que se entregaba á estas reflexiones era el 14 de diciembre, se encontraba sin un céntimo en el bolsillo y por más que torturaba el espíritu no daba con el medio de obtener algún dinero. Tuvo, pues, que resignarse á no almorzar, como con frecuencia le había ocurrido en otro tiempo, y pasó la tarde en el periódico ocupado en trabajar, rabioso y preocupado.

Hacia las cuatro recibió un « pequeño azul » de su querida que le decía :

— « ¿ Quieres que comamos juntos y haremos en seguida una escapada? »

Él respondió en seguida :

« Imposible comer juntos. » Pero reflexionando que sería bien tonto de privarse de los momentos agradables que ella podía proporcionarle, añadió : « Sin embargo, te esperaré á las nueve en nuestra habitación. »

Envió á uno de los ordenanzas con estas cuatro letras á fin de economizar el importe del telegrama y entretanto se puso á reflexionar cómo se las compondría para poder hacer la comida de la tarde.

Eran ya las siete y aún no había inventado nada en tanto que un hambre terrible se iba apoderando de su estómago. Entonces le ocurrió una estratagema de desesperado. Dejó partir á todos sus compañeros uno después de otro, y así que se vió solo, tocó el timbre vivamente. El ujier del director que se quedaba siempre para cuidar de las oficinas, se presentó. De pie y nervioso Duroy figuraba escarbar en sus bolsillos, hasta que, viendo al ujier, le dijo bruscamente :

— Oiga, Foucart, me he dejado olvidado el portamonedas en mi casa y he de ir á comer al Luxemburgo. Déme Vd. dos francos cincuenta para pagar el coche.

El hombre sacó del chaleco tres francos y al dárselos preguntó :

— ¿Quiere más el señor Duroy ?

— No, con esto me basta, muchas gracias. Y después de tomar las tres monedas de plata bajó corriendo la escalera. Luego se fué á comer á un figón donde solía caer en los días de miseria, y á las nueve esperaba á su querida calentándose á la chimenea del saloncito de la calle de Constantinopla.

No tardó en llegar ella muy animada y alegre, azotada por el aire frío de la calle :

— Si tú quieres, daremos primeramente una vuelta y después nos volvemos aquí. El tiempo está admirable para pasearse.

— ¿ Por qué salir ? respondió él en tono gruñón. Estamos muy bien aquí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin quitarse el sombrero insistió ella :

— Si supieras, hace una luna espléndida. Es una verdadera felicidad poder pasear esta noche.

— Es posible, pero yo no tengo gusto de pasearme.

Esto lo dijo con un aire furioso que resintió á Mme de Marelle :

— ¿Qué es lo que tienes? le preguntó. ¿Por qué empleas esas maneras? Yo tengo deseos de dar una vuelta y no veo por qué eso te puede incomodar.

— No es que eso me incomode. Es que me fastidia. Ahí lo tienes.

Mme de Marelle era una de esas mujeres á quienes la resistencia irrita y la descortesía exaspera.

— Yo no estoy habituada á que se me hable de ese modo, dijo con desdén y con fría cólera. Me iré entonces sola. ¡Adiós!

Él comprendió la gravedad de la cosa y lanzándose vivamente hacia ella la tomó las manos, las besó y balbuceando la dijo :

— Perdóname, querida mía, perdóname ; esta noche estoy muy nervioso, cualquier cosa me irrita. Es que me ocurren contrariedades, disgustos, ¿sabes? asuntos del oficio.

Aunque un poco menos dura, pero no calmada, replicó ella :

— Eso no me interesa y no quiero soportar yo de rechazo los motivos que Vd. tenga para su mal humor.

Duroy la tomó entre sus brazos y la llevó hacia el canapé.

— Escucha, Clotilde mía, yo no he querido molestarte y no he pensado siquiera en lo que decía.

Y después de obligarla á que se sentara, se arrodilló delante de ella :

— ¿Me perdonas? Díme que me perdonas.

La joven murmuró friamente :

— Sea, pero no vuelvas á comenzar. Ahora vamos á dar una vuelta, añadió levantándose.

Él había permanecido de rodillas y ahora la retenía rodeándola por las caderas :

— Te lo ruego, balbuceó; quedémonos aquí. Te lo suplico, concédemelo. Me agradaría tanto tenerte aquí esta noche para mí solo, aquí cerca del fuego. Díme que sí, te lo suplico, dí que sí.

— No, replicó ella franca y duramente. Yo tengo gusto en salir y no cederé á tus caprichos.

Él insistió de nuevo :

— Oye, te lo suplico, tengo una razón, una razón seria.

— No, replicó ella de nuevo. Y si no quieres salir conmigo me voy. ¡Adiós!

De una sacudida se había desprendido de él y ganaba ya la puerta. Duroy corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos :

— Escucha, Clo, mi querida Clo, escucha y concédeme esto...

La joven decía que no con la cabeza sin responder, evitando sus besos y tratando de desprenderse para salir.

Duroy tartamudeaba :

— Clo, mi querida Clo, tengo una razón.

Entonces ella se detuvo mirándole de frente :

— Mientes, ¿cuál es? Y viendo que él se ponía encarnado sin saber qué decir, añadió : ¿Lo ves cómo mientes... rocín... Clotilde hizo un movimiento de rabia y con las lágrimas en los ojos escapó de sus brazos.

Todavía la volvió él á coger por los hombros y desolado, presto á declarar ya todo para evitar la ruptura, dijo con acento desesperado :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— La razón es que no tengo ni un céntimo... He ahí todo.

La querida se encaró otra vez con él y mirándole al fondo de los ojos para leer la verdad:

— ¿Qué has dicho?...

Duroy se había puesto rojo hasta los cabellos:

— He dicho que no tengo un cuarto. ¿Comprendes ahora? Pero ni un franco, ni cincuenta céntimos con que pagar un refresco de grosella en el café donde entremos. Tú me obligas á confesar cosas vergonzosas; sin embargo, yo no podía salir contigo y así que nos hubiéramos sentado, con dos vasos, encima de la mesa, contarte entonces tranquilamente que no podía pagarlos...

Y como ella le miraba siempre fijamente:

— ¿Conque es efectivamente cierto?...

En un segundo Duroy volvió hacia fuera todos sus bolsillos, los del chaleco, los del chaquet y murmuró:

— Vamos... ¿estás contenta... ahora?

La joven entonces abrió bruscamente los brazos y con un transporte de pasión le saltó al cuello exclamando con frase entrecortada:

— ¡Oh! queridito mío... mi pobre queridito...! ¡Si yo hubiera sabido! ¿Pero cómo te ha ocurrido eso?

Le hizo que se sentara, ella misma se sentó en sus rodillas y tomándole después por el cuello y besándole á cada instante en el bigote, en la boca, en los ojos, le obligó á que la contase cómo le había venido aquel infortunio.

Él inventó entonces una historia enternecedora. Había tenido que acudir en ayuda de su padre que se encontraba en apuro, y no solamente le había dado todas sus economías, sino que había contraído deudas de consideración.

— Tengo para lo menos seis meses de morirme de hambre, porque he agotado todos mis recursos. No importa, son momentos de crisis que la vida ofrece. Después de todo el dinero no merece la pena que uno se preocupe.

— Yo te prestaré, ¿quieres? le sopló ella en el oído.

Él respondió con dignidad:

— Tú eres muy buena, Clotilde mía, pero no hablemos de eso, te lo ruego. Llegarías á herirme.

Ella se calló un momento, pero, estrechándole después entre sus brazos, murmuró:

— Tú no sabrás nunca cuánto te amo.

Aquella fué una de sus mejores noches de amor.

Cuando estaba á punto de partir, le dijo Clotilde sonriendo:

— ¡Eh! Cuando uno está en la situación que tú ahora, qué agradable es encontrarse dinero olvidado en el bolsillo, una moneda escondida entre los forros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Ah! seguramente que sí, respondió Duroy.

Bajo pretexto de que la luna estaba admirable, la joven quiso volverse á pie á su casa y por el camino se extasiaba contemplando el astro de la noche en aquella noche fría y serena de comienzos de invierno. Las gentes, sin embargo, andaban de prisa, y lo mismo los carruajes, á través de aquella claridad helada, y sobre las aceras percibíase el ruido que causaban los tacones de los transeuntes :

Al separarse preguntó ella :

— ¿Quieres que nos veamos pasado mañana?

— Ciertamente que sí.

— ¿Á la misma hora?

— Á la misma hora.

— Adiós, queridito mío.

Y se besaron tiernamente.

Él se volvió hacia su casa pensando en lo que inventaría al día siguiente para salir de sus apuros.

Pero, al abrir la puerta de su habitación, registró el bolsillo del chaleco en busca de cerillas con que encender su quinqué, y cuál no fué su asombro al encontrarse con una moneda que daba vueltas entre sus dedos.

Así que encendió la cerilla, tomó la pieza para examinarla. ¡Era un luis de veinte francos!

Aquel encuentro le volvía loco.

Tocaba y retocaba la moneda preguntándose por qué milagro aquel dinero se encontraba allí. Sin embargo, no podía haberle caído del cielo... De pronto adivinó, y con indignada cólera se le metió en el bolsillo. Su querida habíale hablado, en efecto, de monedas deslizadas por entre el forro y que aparecían en los momentos de escasez. Ella era quien le había hecho aquella limosna. ¡Qué vergüenza!

Y juró diciendo :

— ¡Oh! lo que es pasado mañana la voy á recibir bien... ¡Va á pasar un cuarto de hora bueno!

Se metió, en fin, en la cama con el corazón agitado de humillación y de rabia. Á la mañana siguiente se despertó tarde, y, como tenía hambre, intentó volverse á dormir para no levantarse hasta las dos...

— Pero el caso es, se dijo, que esto no me resuelve nada, es necesario que encuentre al fin dinero.

Y concluyó por echarse á la calle esperando que se le presentaría una idea salvadora. Mas esta no le venía y cada vez que pasaba por delante de un restaurant, un hambre canina le devoraba llenándole de saliva la boca. Como era ya mediodía y aún no había imaginado nada, se decidió bruscamente :

— ¡Bah! almorzaré de los veinte francos de Clotilde; esto no impide que mañana se los devuelva.

Almorzó, pues, en una cervecería por dos francos cincuenta, y, todavía al entrar en la redacción, devolvió al ujier los tres francos.

— Tenga Vd. Foucart, los tres francos que ayer me prestó para el coche.

Aquel día trabajó hasta las siete y luego se fué á comer de nuevo por tres francos, que, juntamente con el importe de dos bocks que tomó por la noche, hacía un total de nueve francos treinta céntimos gastados en el día á cuenta del luis de Clotilde.

Como no podía hacerse con nuevo crédito ni volverse á crear recursos en veinticuatro horas, tomó todavía al día siguiente seis francos cincuenta sobre los veinte que la noche misma debía devolver, de suerte que cuando llegó á la cita sólo tenía en el bolsillo cuatro francos veinte céntimos.

Así es que con un humor de todos los diablos se prometió abordar francamente la situación con su querida.

No tenía más que decirla :

— « He hallado los veinte francos que el otro día me pusiste en el bolsillo, pero ¿ sabes? no te los devuelvo hoy porque mi posición no ha cambiado y no he tenido tiempo de ocuparme de la cuestión de dinero. Ya te los daré á la próxima vez que nos veamos. »

Clotilde llegó tierna y solícita, influída de temores. ¿Cómo la recibiría ? Para evitar una explicación en los primeros momentos, le besaba con insistencia en tanto que él por su parte se decía :

— No es cosa de abordar la cuestión en seguida, buscaré una coyuntura.

Pero como la coyuntura no se presentaba, no dijo una sola palabra, retrocediendo siempre ante las primeras palabras con que debía abordar aquel delicado asunto.

Ella no habló para nada de salir y estuvo con él encantadora de todas las maneras.

Después de convenir en que no se verían hasta el miércoles de la semana siguiente, pues Mme de Marelle estaba invitada á comer varios días seguidos, se separaron á cosa de media noche.

Cuando al siguiente día Duroy buscaba para pagar el almuerzo las cuatro monedas que debían quedarle, vió que tenía cinco y una de ellas de oro. En el primer momento pensó que el día anterior se la habrían dado por equivocación al cambiarle una moneda de dos ó de cinco francos, pero comprendió en seguida lo que era y, humillado de aquella limosna perseverante, sintió que el corazón le palpitaba violentamente.

¡Cómo se arrepentía de no haber dicho nada ! Si

hubiese hablado con energía, aquello no habría ocurrido.

Durante cuatro días hizo gestiones y esfuerzos tan repetidos como inútiles, para procurarse cinco luises teniendo al fin que comerse el segundo de Clotilde.

Por más que la había dicho en tono furioso :

— ¿Sabes? que no te vuelva á ocurrir la misma broma de las otras noches, porque me incomodaría.

Clotilde encontró medio de deslizar todavía veinte francos en la faltriquera del pantalón la primera vez que se vieron.

Apenas Duroy los descubrió no pudo tampoco esta vez contenerse :

— ¡ Voto á!... se dijo jurando con rabia, si bien para tener el luis más á la mano, porque se hallaba sin un céntimo, se lo metió en el bolsillo del chaleco.

Y su conciencia se tranquilizaba con este razonamiento : « Le devolveré todo de una vez. En suma no es sino un dinero que me presta. »

Por último, el cajero del periódico, cediendo á sus ruegos reiterados, consintió en darle cinco francos por día. Lo justo para poder comer, pero no para restituir los sesenta francos.

Clotilde había vuelto á su furor de antes por las excursiones nocturnas á todos los lugares sospechosos de Paris, y Duroy concluyó por no irritarse desmedidamente cuando se encontraba una moneda amarilla en uno de sus bolsillos. Un día era una botina la que lo recibía después de aquellos paseos de aventuras, y hasta llegó á encontrárselo en la caja de su reloj.

Puesto que ella tenía deseos que no podía satisfacer en el momento, ¿no era natural que ella los pagara antes que privarse de la satisfacción que le producían?

Por lo demás Duroy llevaba cuenta exacta de todo lo

que recibía de aquella manera para restituírselo en su día.

— ¿ Creerás, le dijo ella una noche, que nunca he entrado en Folies-Bergère? ¿ Quieres llevarme?

Duroy vacilaba temeroso de encontrarse con Raquel.

Pero luego pensó : « ¡ Bah! después de todo yo no soy casado. Si la otra me ve comprenderá la situación y no me hablará ; además, tomaremos un palco y se evita todo. »

Hubo también otra razón que le decidió. Le agradaba aquella ocasión de ofrecer á Mme de Marelle palco en un teatro sin pagar nada. Era una especie de compensación.

Dejó, pues, á Clotilde en el coche y se adelantó á tomar la localidad con objeto de que ella no viese que se la daban gratis, y ya con el talón en la mano recogió á Clotilde y juntos entraron saludados por los contralores del teatro.

El paseo rebosaba de gente y les fué difícil pasar á través de aquel maremágnum de hombres y de cocotas. Por fin llegaron á su palco y se instalaron encerrados entre la inmóvil orquesta y los remolinos de gente de la galería.

Pero Mme de Marelle apenas si miraba al escenario preocupada únicamente de las mujeres que circulaban detrás de ella, volviéndose, sin cesar, para verlas con deseo de tocarlas, de palpar en su corpiño, en sus mejillas, en sus cabellos, por saber qué clase de seres eran aquéllos.

De pronto le dijo á Duroy :

— Hay una morena gruesa que no deja de mirarnos, y hace un momento he creído que nos iba á hablar. ¿ No la has visto?

— No, respondió él. Debes de estar equivocada.

Pero hacía ya tiempo que Duroy había visto á Raquel que rondaba al rededor de ellos con la cólera pintada en los ojos y como si las palabrotas pugnaran por salir de sus labios.

Duroy había pasado poco antes rozando con ella al atravesar aquel gentío. « Buenas noches, » le había ella dicho muy bajito, acompañando el saludo con un guiño como diciendo « comprendo ». Pero él no había respondido á la cortesía de la cocota por miedo de que su querida lo viese y había pasado friamente con altanería y con desdén en los labios.

La cocota á quien aguijoneaban ya celos inconscientes, volvió sobre sus pasos, le rozó de nuevo, y con voz más fuerte pronunció : « Buenas noches, Jorge ».

Como tampoco esta vez respondió Duroy, Raquel se obstinó entonces en ser reconocida, saludada y sin cesar iba y venía al rededor del palco esperando un momento favorable.

Apenas vió que Mme de Marelle la miraba, tocó á Duroy ligeramente en el hombro :

— Buenas noches, ¿ cómo te va?

Él no se volvió.

— ¿ Pero qué? volvió á decir. Te has vuelto sordo desde el jueves.

Tampoco esta vez respondió Duroy afectando un aire de desprecio que le impedía comprometerse, siquiera fuese por una sola palabra, con aquella desvergonzada.

Ella se echó á reir pero con una risa de rabia :

— Vamos se ve que estás mudo. Tal vez es que esta señora te ha mordido la lengua.

Duroy entonces se volvió hacia ella furiosamente :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Quién ha dado á Vd. permiso para hablar? Váyase ó hago que la detengan.

Ante la contestación de Duroy, la cocota se irguió rabiosa y, echando chispas por los ojos, hinchada la garganta, comenzó á gritar :

— ¡ Eso es ! ¡ Anda de ahí, hocicón! Cuando se pasa la noche con una mujer se la saluda al menos. No es una razón el que vayas hoy con otra para no reconocerme. Si solamente me hubieras hecho señas cuando hace poco he pasado junto á ti, te habría dejado tranquilo. ¡ Pero has querido presumir! ¡ Espera que yo te sirva otra vez! Ni siquiera me dices buenas noches cuando te encuentro.

Todavía habría gritado mucho tiempo más si Mme de Marelle no hubiese abierto la puerta del palco escapándose á través de la gente y buscando desolada la salida del teatro.

Duroy se había lanzado detrás de ella y se esforzaba por alcanzarla.

Raquel al verlos huir aulló triunfante.

— Detenedla, detenedla, que me ha robado mi querido.

Todo el público se echó á reir y hasta hubo dos señores que por bromear tomaron á la fugitiva de los hombros y trataron de llevársela y de besarla, pero Duroy que ya la había alcanzado, se la arrebató violentamente y la arrastró hacia la calle.

Ella se metió inmediatamente en un coche que encontró vacío á la puerta del establecimiento y él saltó también detrás de ella, y como el cochero preguntase :

— ¿Adónde, señorito? respondió Duroy :

— Adonde Vd. quiera.

El coche se puso en marcha lentamente, sacudido por el empedrado de la calle. Clotilde se hallaba en una especie de crisis nerviosa y con la cara entre las manos se ahogaba de sofoco. Duroy no sabía qué decir ni qué hacer.

Después y al oir que lloraba, trató de disculparse y tartamudeó :

— ¡Oye, Clo, mi querida Clo, déjame explicarte todo! No es culpa mía... Yo he conocido á esta mujer mucho antes de ahora... en los primeros tiempos.

La joven se encaró con él bruscamente y con rabia de mujer amorosa que se ve traicionada, una rabia furiosa que la devolvió la palabra, balbuceó con frase rápida, entrecortada, jadeante :

— ¡Ah!... miserable... miserable... qué mendigo que haces... ¡Es posible! ¡qué vergüenza!... ¡Dios mío, qué vergüenza!...

Y exaltándose cada vez más á medida que las ideas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se aclaraban en ella y que los argumentos se le presentaban :

— ¿Y todavía era con mi dinero con lo que la pagabas, ¿no es eso? Y yo le daba el dinero... para esa... perdida... ¡Oh, miserable!...

Por espacio de algunos segundos pareció como si buscase otra palabra más fuerte que no concluía de llegar, pero de pronto expectoró con el mismo gesto que se emplea para escupir un esputo :

— ¡Oh gran cochino... cochino... cochino!... ¡La pagabas con mi dinero... cochino... cochino!...

No encontraba otra cosa que decirle y repetía :

— Cochino..., cochino...

Repentinamente sacó la cabeza por la ventana y tirando al cochero de la manga le ordenó :

— ¡Párese! y abriendo la portezuela se bajó del carruaje.

Jorge quiso seguirla, pero ella gritó :

— Te prohibo que bajes. Y lo dijo en voz tan fuerte que la gente que pasaba se reunió en torno de ella.

Duroy no respiraba siquiera por miedo al escándalo. Clotilde sacó de su bolsillo el portamonedas, buscó á la luz de la linterna dos francos cincuenta y, al mismo tiempo que se los ponía al cochero en la mano, dijo en tono vibrante :

— Ahí tiene Vd. el importe de una hora... Soy yo quien paga... Ahora conduzca Vd. á este puerco á la calle de Boursault, á Batignolles.

Entre el grupo que la rodeaba se produjo una carcajada general. Un señor aplaudió :

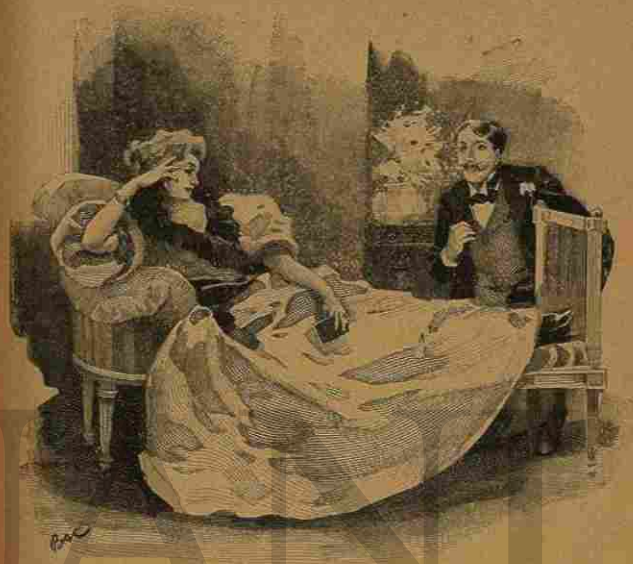
— ¡Bravo por la pequeña! y un granujilla que estaba precisamente entre las ruedas del carruaje, metió la

cabeza por la portezuela abierta y con acento chillón gritó :

— Buenas noches, Bibí.

El vehículo arrancó de nuevo perseguido por las cuchufletas de toda aquella gente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI

Jorge Duroy tuvo un despertar triste al siguiente día. Se vistió lentamente, se sentó al pie de la ventana y se puso á reflexionar. En todo su cuerpo sentía una especie de lasitud de los miembros del mismo modo que si la víspera hubiera recibido una paliza.

Pero la necesidad de encontrar dinero le aguijoneó y salió en busca de Forestier.

Su amigo le recibió sentado á la chimenea de su gabinete, calentándose los pies.

— ¿Qué te ha hecho levantarte tan temprano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Un asunto muy grave. Tengo una deuda de honor.

— ¿De juego?

Duroy vaciló un instante.

— Sí, de juego, respondió.

— ¿Y es importante?

— Quinientos francos.

Sólo debía en realidad doscientos ochenta.

Forestier, escéptico como siempre, preguntó :

— ¿Á quién debes eso?

Duroy no pudo responder en seguida.

— ...Pues á... á... á un señor de Carleville.

— ¡Ah! ¿Y dónde vive?

— Calle... calle...

Forestier se echó á reir :

— Calle del libro de las cuarenta hojas ¿no es así? Amigo mío, yo le conozco al sujeto de quien me hablas. Si quieres veinte francos los tengo todavía á tu disposición, pero ni un cuarto más.

Duroy aceptó la moneda de oro. Luego se fué de puerta en puerta á casa de cuantas personas conocía y hacia las cinco de la tarde había reunido ochenta francos.

Como le era preciso encontrar todavía doscientos, tomó resueltamente un partido : el de guardarse lo que había recogido.

— ¡Váyase al cuerno! murmuró. No es cosa de que yo vaya á tragar bilis por esa zorruela. La pagaré cuando pueda.

Por espacio de quince días vivió con economía, arreglado y casto, y lleno el espíritu de resoluciones enérgicas, pero pasado ese tiempo un vivo deseo de amor se apoderó de él por completo. Parecíale que habian

transcurrido muchos años desde que no había tenido una mujer en sus brazos, y lo mismo que el marinero se vuelve loco al saltar en tierra, á Duroy le hacían estremecer todas las faldas que se encontraba.

Una noche volvió á Folies-Bergère con la esperanza de encontrar allí á Raquel, y la encontró en efecto, así que franqueó la entrada, pues apenas si dejaba ninguna noche de concurrir al establecimiento.

Duroy se dirigió hacia ella sonriente y con la mano alargada, pero la cocota le midió de los pies á la cabeza :

— ¿Qué me quiere Vd.? le dijo.

— Vamos, respondió Duroy tratando de reir. No quieras ahora ponerte moños.

— Se equivoca Vd. Yo no frecuento lacayos, dijo Raquel volviéndole la espalda.

Había buscado la injuria más grosera. Duroy sintió que la sangre le enrojecía el rostro y se volvió solo á su casa.

Forestier seguía siempre enfermo, debilitado, tosiendo continuamente y en el periódico extremaba su acritud contra Duroy haciéndole una existencia penosa y como si pusiese á contribución su espíritu para imponerle humillaciones insoportables. Un día precisamente, en un momento de irritación nerviosa causada por un acceso de tos prolongada y sofocante, como Duroy no le llevase un informe que le tenía pedido, refunfuñó :

— ¡Canario! eres más bestia de lo que yo hubiera creído.

En poco estuvo que Duroy no le abofetease, pero se contuvo y se marchó murmurando : « Déjalo, yo te cogeré. » Un pensamiento rápido cruzó entonces su imaginación :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡No tengas cuidado, pobrecito! te voy á hacer cornudo. Y frotándose las manos de gusto por aquel proyecto que se le había ocurrido, se fué.

Desde el día siguiente quiso empezar ya la ejecución, y con objeto de explorar el terreno, hizo una visita á Mme Forestier.

La encontró leyendo un libro tendida á lo largo en un canapé.

La señora de su amigo le alargó la mano, sin otra demostración, y volviendo únicamente la cabeza le saludó diciéndole:

— Buenos días, Buen Mozo.

Duroy experimentó la sensación de una bofetada.

— ¿Por qué me llama Vd. así?

Mme Forestier respondió sonriendo:

— Es que he visto la semana pasada á Mme de Marelle y he sabido cómo le habían bautizado á Vd. en su casa.

El tono amable de la joven le tranquilizó. Por lo demás, ¿habría podido temer nada?

La señora de Forestier volvió á decirle:

— ¡Usted sigue mimándola! En cuanto á mí se me viene á ver cuando por casualidad se piensa en ello, es decir, el treinta y seis del mes ó poco menos.

Duroy se había sentado cerca de ella y la contemplaba con una curiosidad nueva, una curiosidad de aficionado que examina juguetes.

Rubia como era, con aquel rubio claro y cálido, la joven resultaba, por su conjunto, encantadora, hecha para la caricia, y Duroy pensó: « Seguramente, esto vale más que lo otro. »

No tenía la menor duda del éxito y le parecía que con alargar la mano podría tomarla lo mismo que se coge un fruto.

Así es que resueltamente se atrevió á contestar:

— No he venido antes á verla á Vd. porque valía más que no viniera.

Sin comprenderle, preguntó Mme Forestier:

— ¿Cómo? ¿Por qué?

— ¿Por qué? ¿Es que Vd. no lo adivina?

— No, absolutamente.

— Pues porque estoy enamorado de Vd... un poco... nada más que un poco... y no quiero enamorarme completamente.

La joven no manifestó extrañeza ni se mostró sorprendida ni lisonjeada; continuaba sonriendo indiferente, y con tranquilidad respondió:

— ¡Oh! Puede Vd. venir á pesar de eso. De mí no está nadie enamorado mucho tiempo.

Duroy se sorprendió más todavía que de aquellas palabras, del tono con que eran pronunciadas.

— ¿Por qué? preguntó.

— Porque es inútil y porque yo lo hago comprender en seguida. Si antes me hubiera Vd. dicho sus temores le habría tranquilizado y le habria comprometido por el contrario á que viniese lo más posible.

Duroy exclamó con tono patético:

— ¡Como que así se puede dictar órdenes á los sentimientos!

Mme Forestier se volvió hacia él:

— Amigo mio, para mí un hombre enamorado es un ser aparte del número de los seres vivientes. Se vuelve idiota, pero no ya idiota solamente, sino un idiota peligroso. Yo ceso toda relación íntima con las personas que me aman de amor ó que lo pretenden, porque empiezan primero por fastidiarme y después porque me resultan sospechosos como un perro rabioso que puede

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrir una crisis. Por lo tanto los pongo en cuarentena moral hasta que su enfermedad pasa. No lo olvide Vd. Yo bien sé que en ustedes el amor no es otra cosa que una especie de apetito, mientras que en mí sería por el contrario una especie de... de... de comunión de las almas que no entra en la religión de los hombres. Ustedes comprenden la letra Pero... míreme Vd. bien de frente...

Ahora no sonreía. Su semblante aparecía frío y tranquilo.

— Yo no seré jamás, jamás, la querida de Vd., le dijo recalcando cada palabra. ¿Vd. lo entiende? Es, pues, absolutamente inútil y hasta sería un mal para Vd. insistir en ese deseo... Y ahora que... la operación está concluída, ¿quiere Vd. que seamos amigos, buenos amigos, pero amigos de verdad sin segunda intención?...

Él había comprendido que toda tentativa resultaría estéril ante aquella sentencia sin recurso de alzada. Tomó, pues, en seguida y francamente su partido, y entusiasmado de poderse hacer con aquella aliada en la existencia, le alargó las dos manos:

— Estoy á su disposición, señora, como mejor la plazca.

Ella vió la sinceridad del pensamiento en la voz y le tendió sus dos manos.

Duroy las besó, una después de otra, y luego dijo sencillamente levantando la cabeza:

— ¡Cielos! ¡Si yo hubiera encontrado una mujer como Vd. qué feliz habría sido haciéndola mi esposa!

Mme Forestier se sintió esta vez enternecida, acariciada por aquella frase, como se sienten todas las mujeres cuando se les dirige algún cumplido que les llega al alma, y recompensó á Duroy con una de esas miradas rápidas y agradecidas que nos hacen esclavos suyos.

Luego, como Duroy no encontraba transición á propósito para conversar de nuevo, Mme Forestier le dijo en tono amistoso y posando un dedo sobre el brazo del joven:

— Ahora mismo voy á comenzar mi oficio de amiga. Es Vd. torpe, amigo mío...

Entonces vaciló un momento:

— ¿Puedo hablar libremente? preguntó.

— Sí, dijo Duroy.

— ¿En absoluto?

— En absoluto.

— Pues bien; vaya á visitar á Mme Walter que le aprecia mucho y trate Vd. de agradarla. Encontrará Vd. medio de colocar sus cumplidos por más que sea honrada, entiéndalo bien, honrada de veras. ¡Oh! No abrigue Vd. tampoco esperanza de... de... entrar á saco. Lo que conseguirá Vd. es mejorar haciéndose ver. Yo sé que en el periódico ocupa Vd. todavía un lugar secundario, pero no tema Vd. nada, allí reciben á todos los redactores con la misma benevolencia. Créame Vd. y vaya.

— Gracias, muchas gracias, dijo Duroy sonriente. Es Vd. un ángel... un ángel de la guarda.

Luego hablaron de distintas cosas.

Aquel día prolongó bastante su visita queriendo probarle el gusto que tenía de estar cerca de ella, y todavía al dejarla volvió á decir:

— ¿Conque está convenido? ¿Somos amigos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Convenido.

Y como poco antes Duroy notara el efecto que su cumplido produjo, lo repitió todavía y agregó :

— Y por si algún día quedase Vd. viuda, desde ahora me inscribo.

Dicho esto, se marchó de prisa á fin de no darle tiempo á incomodarse.

Hacer una visita á Mme Walter era cosa que á Duroy le intimidaba un poco, pues no había sido autorizado á presentarse en su casa y no quería pecar de indiscreto. El propietario del periódico le demostraba realmente benevolencia, apreciaba sus servicios y le prefería á los demás siempre que se trataba de alguna información difícil, ¿por qué no se aprovecharía de aquel favor para penetrar en la casa?

Así que un día se levantó temprano, fuése al mercado central en el momento de las ventas y por unos diez francos se procuró una veintena de peras magníficas, las hizo colocar y atar con esmero dentro de una cestita para hacer creer que venían de lejos y las entregó en la portería de la casa de su director, acompañando su tarjeta en la cual había escrito :

JORGE DUROY

Ruega respetuosamente á Mme Walter acepte unas cuantas frutas recibidas esta mañana de Normandía.

Cuando al día siguiente fué Duroy al periódico, encontró en su apartado de cartas, la tarjeta de Mme Walter *que agradecía muy vivamente su atención á M. Jorge Duroy y le anunciaba que todos los sábados se quedaba en casa.*

El sábado siguiente se presentó Duroy.

M. Walter habitaba en el bulevar Malesherbes una casa de dos cuerpos de edificio de la cual era propietario, y siguiendo el procedimiento de la gente práctica,

uno de los dos cuerpos de casa lo tenía alquilado.

Un solo portero instalado entre las dos puertas cocheras tiraba del cordón para el propietario y para el inquilino, y con su gallarda presencia de suizo de catedral, sus gruesas pantorrillas embutidas en blancas medias y su traje de ceremonia con botones de oro y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reversos de escarlata, daba á las dos entradas de la casa un aspecto de hoteles ricos y elegantes.

Los salones de recepción estaban en el primer piso y los precedía una antecámara cubierta de colgaduras y encerrada por gruesos cortinajes. Dos ayudas de cámara dormitaban. Al llegar Duroy, uno de ellos le tomó el gabán y el otro se apoderó del bastón, abrió una puerta, se adelantó algunos pasos al visitante, le cedió después el paso y anunció su nombre en un apartamento vacío.

El joven miraba con embarazo por todas partes, hasta que en un espejo divisó algunas personas sentadas que parecían hallarse á gran distancia. Primero se equivocó de dirección, pues el espejo habíale inducido á error, luego atravesó dos salones hasta llegar á una especie de saloncillo tapizado de seda azul con botones de oro y en donde cuatro señoras hablaban á media voz en derredor de una mesa redonda sobre la cual había tazas de te.

Á pesar del aplomo y seguridad que había adquirido en su existencia parisiense y sobre todo en su oficio de repórter que le ponía constantemente en relación con personas de coturno, Duroy se sentía un poco intimidado á causa de los preliminares de la entrada y de la travesía que tuvo que hacer por aquellos salones desiertos.

— Señora, me he permitido... dijo balbuceando mientras buscaba con la mirada á la dueña de la casa.

Mme Walter le alargó la mano que él tomó inclinándose :

— Es Vd. muy amable, caballero, al venir á verme.

Y le mostró un asiento en el que al sentarse se dejó caer, pues le había creído mucho más alto.

Al entrar Duroy había cesado la conversación. Una de las señoras la inició de nuevo. El tema era el frío que se presentaba violento aunque no lo bastante para contener la epidemia de fiebre tifoidea ni permitir que se patinara. Cada una de ellas dió su opinión acerca de aquella entrada en escena de los hielos en París, expresando luego sus preferencias por esta ó la otra estación con todas las trivialidades que en semejantes casos flotan sobre los espíritus, como el polvo sobre las habitaciones.

Un ruido ligero de puerta hizo á Duroy volver la cabeza y á través de dos lunas de espejo sin azogue vió á una señora gruesa que se acercaba. Apenas entró en el saloncillo, una de las señoras se levantó, estrechó la mano á las otras y salió. El joven siguió con la mirada, á través de los otros salones, su negro dorso en el que brillaban perlas de azabache.

Una vez que la agitación producida con aquel cambio de personas se calmó, la conversación se reanudó espontáneamente y sin transición á propósito de la cuestión de Marruecos y de la guerra en Oriente, así como también de las dificultades con que tropezaba Inglaterra en el extremo de África.

Aquellas señoras discutían todas estas cosas de memoria, como si hubiesen recitado una comedia mundana ensayada con mucha frecuencia.

Entró luego una nueva visitante, una rubita con el pelo rizado, que determinó la salida de una señora alta y seca entre dos edades.

Se habló de las probabilidades que tenía Mr. Linet de entrar en la Academia. La recién llegada creía firmemente que sería derrotado por Mr. Cabanon-Lebas el autor de la hermosa adaptación de *Don Quijote* al teatro, en verso francés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿ Ustedes no saben que será representada el invierno próximo en el Odeón?

— ¡ Ah! seguramente, y yo iré á ver esa tentativa, literaria en sumo grado.

Mme Walter respondía graciosamente con calma é indiferencia, sin vacilar jamás sobre aquello que debía decir y expresando siempre su opinión de antemano.

Pero como iba siendo ya de noche llamó para que encendieran las luces, no sin escuchar la conversación que se deslizaba como anodino arroyuelo de malvavisco, por más que recordara haberse olvidado de pasar por casa del grabador con motivo de las esquelas de invitación para la próxima comida.

La señora de Walter, aunque hermosa todavía, comenzaba á ponerse bastante gruesa, y estaba en esa edad peligrosa en que el desastre amenaza presentarse. Á fuerza de cuidados, de precauciones, de higiene y de potingues para el cutis se conservaba sin embargo interesante. Parecía prudente en todo, moderada, razonable, una de esas mujeres en las cuales el espíritu resulta alineado como un jardín francés.

Por esos espíritus se circula sin sorpresa, pero se encuentra cierto encanto al recorrerlos.

Mme Walter era una mujer dotada de razón fina, discreta y segura, con la cual reemplazaba á la fantasía, y además tenía bondad, abnegación y sobre todo una benevolencia tranquila y amplia para todo el mundo y para todo.

Como Duroy no había dicho nada, ni se le había hablado, la pareció que se encontraba encogido, y como aquellas señoras no habían salido de su tema de la Academia, un tema que siempre las retenía por largo tiempo, creyó del caso preguntarle :

— ¿ Y usted, señor Duroy, que mejor que nadie debe estar informado, por cuál tiene Vd. preferencia?

Duroy respondió sin vacilar :

— En una cuestión como esta, señora, yo no me detendría nunca en examinar el mérito siempre discutible de los candidatos sino su edad y el estado de su salud, ni les preguntaría por sus títulos sino la clase de enfermedad que padecen. No indagaría si han hecho una traducción rimada de *Lope de Vega*, pero sí tendría buen cuidado de informarme del estado del hígado, de los riñones, del corazón, de la médula espinal. Para mí una buena hipertrofia, una buena albuminuria y sobre todo un buen comienzo de ataxia locomotriz valdrían cien veces más que cuarenta volúmenes de digresiones sobre la idea de patria en la poesía berberisca.

Un silencio de extrañeza siguió á la opinión de Duroy.

Mme Walter preguntó, sonriendo :

— ¿ Pero por qué?

— Porque yo no busco jamás sino el placer que una cosa puede producir á las mujeres. Ahora bien, señora, la Academia no tiene realmente para ustedes interés sino cuando algún académico muere. Cuantos más sean los que mueran más felices deben ser ustedes. Pero para que mueran pronto hay que nombrarlos viejos y enfermos.

Y como todavía se manifestaba un poco de sorpresa en las señoras, Duroy agregó :

— Por lo demás, yo soy como ustedes y me gusta mucho leer en los ecos de los periódicos la muerte de un académico. En seguida me pregunto : « ¿ Quién le va á reemplazar? » y hago mi lista. Es un juego, un juego

muy bonito al que se juega en todos los salones parisienses cada vez que un inmortal muere : « El juego de la muerte y de los cuarenta ancianos. »

Aquellas señoras un poco desconcertadas todavía comenzaban sin embargo á reir, tan exacta era la observación hecha por Duroy.

Por último, y levantándose ya, dijo :

— Ustedes son, señoras, las que los nombran y no los nombran ustedes sino para verlos morir. Elíjanlos, pues, viejos, muy viejos, lo más viejos posible y no se ocupen de lo demás.

Luego se despidió y salió con gracia.

Así que partió, dijo una de las señoras :

— Es original este muchacho. ¿Quién es?

— Uno de nuestros redactores que todavía no hace más que el trabajo menudo del periódico, pero no tengo duda de que llegará pronto á situaciones mejores.

Duroy bajaba alegremente el bulevar Malesherbes á grandes pasos, satisfecho del final de su visita y murmurando : « Buena salida. »

Aquella noche se reconcilió con Raquel.

La siguiente semana le aportó dos éxitos. Fué nombrado jefe de los Ecos del periódico é invitado á comer en casa de Mme Walter, y Duroy vió en seguida una relación entre ambas noticias.

La Vida Francesa era ante todo un periódico de dinero, el propietario era un hombre acaudalado á quien la prensa y la diputación habían servido de palancas. Haciendo de la bonachonería un arma, había maniobrado siempre bajo el sonriente disfraz de buen hombre, pero jamás empleaba para sus trabajos, cualesquiera que ellos fuesen, sino á personas á quienes él hubiera tanteado, experimentado, olfateado, á personas

por él reconocidas como socarronas, audaces y sutiles. Duroy como jefe de los Ecos le parecía un mozo excelente.

Hasta entonces había sido servida dicha plaza por el secretario de la redacción, Mr. Boisrenard, un antiguo periodista correcto y puntual y meticuloso como un empleado. Desde hacía treinta años había sido secretario de redacción en once distintos periódicos sin modificar en nada su manera de hacer y de ver. Había pasado de una redacción á otra como se cambia de restaurant, sin apenas enterarse de que la cocina no tenía absolutamente el mismo gusto. Las opiniones políticas y religiosas eran para él completamente indiferentes. Cualquiera que fuese el periódico donde se encontrase, él se consagraba con abnegación á las funciones de su cargo, era entendido en el trabajo y precioso por su experiencia. Trabajaba como un ciego que no ve nada, como un sordo que nada oye, como un mudo que jamás habla. Tenía, sin embargo, una gran lealtad profesional, y jamás se prestó á una cosa que no considerase honrada, leal y correcta desde el punto de vista especial de su oficio.

Aunque Mr. Walter le estimaba, había deseado con frecuencia otro hombre á quien confiar los Ecos que son, decía, la médula del periódico. Por medio de ellos se lanzan las noticias, se hacen correr los rumores, se influye sobre el público y sobre la renta.

Entre dos sueltos sobre saraos mundanos, es necesario saber deslizar, como si no se hiciera nada, la cosa importante, insinuada más bien que dicha, hay que dejar adivinar, empleando ciertas reservas, aquello que se quiere desmentir de manera que el rumor se afirme ó afirmar de tal manera que nadie crea en lo que se

afirma. Es preciso que en los ecos encuentre todo el mundo y todos los días, una línea cuando menos que le interese, á fin de que eso le lleve á leerlos. Se necesita pensar en todo y en todos, en todas las clases y en todas las profesiones, en París como en la provincia, en el ejército y en los artistas, en el clero y en la Universidad, en los magistrados y en las cortesanas.

El hombre que los dirija y tenga bajo sus órdenes al batallón de repórters, debe estar siempre alerta y siempre en guardia, debe ser desconfiado, previsor, astuto, despierto y sutil, estar armado de todas las astucias y dotado de un olfato infalible para descubrir la falsa noticia á primera vista, para juzgar de aquello que conviene decir como de lo que debe ocultarse, para adivinar aquello que más impresione al público, y debe saberlo presentar de tal modo que el efecto resulte multiplicado.

Mr. Boisrenard, en quien reconocía una larga práctica, carecía de maestría y de elegancia, y sobre todo le faltaba la picardía necesaria para presentir diariamente las ideas secretas del amo.

Duroy debía de hacer á la perfección aquel trabajo y completaba admirablemente la Redacción de aquel diario que, según expresión de Norberto de Varenne, « navegaba sobre los fondos del Estado y sobre las hondonadas de la política. »

Los inspiradores y redactores verdaderos de *La Vida Francesa* eran una media docena de diputados interesados en todas las especulaciones que lanzaba ó sostenía el director. Se les llamaba en la Cámara « el bando de Walter » y se les envidiaba porque debían ganar dinero con él y por él.

Forestier, redactor político, no era otra cosa que el

testaferro de aquellos hombres de negocios, el ejecutor de sus intenciones. Ellos le inspiraban al oído sus artículos de fondo que luego él escribía en su casa, según decía para estar tranquilo.

Pero á fin de dar al periódico aspecto literario y parisiense, Mr. Walter habíase procurado la colaboración de dos escritores célebres cada uno en su género, Jacobo Rival, cronista de actualidades, y Norberto de Varenne, poeta y cronista fantástico, ó mejor, cuentista según la nueva escuela. Además había obtenido la colaboración á precio módico de críticos de arte, de pintura, de música, de teatros, un redactor criminalista y un redactor hípico entre la gran tribu mercenaria de escritores para todo. Dos mujeres de sociedad « Dominó rosa » y « Pata Blanca » enviaban variedades mundanas, abordaban las cuestiones de moda, de vida elegante, de etiqueta, de trato social y cometían indiscreciones acerca de las señoras del gran mundo.

La Vida Francesa navegaba sobre los fondos y hondonadas, maniobrando bajo el impulso de tanta mano diferente.

Duroy saboreaba con delicia su nombramiento de jefe de los Ecos cuando recibió una elegante tarjeta que en caracteres grabados contenía la siguiente invitación : « Los señores Walter ruegan al señor Jorge Duroy les proporcione el placer de comer con ellos en su casa el jueves 20 de Enero. »

Aquel nuevo honor que caía precisamente sobre el otro recibido poco antes, produjo en Duroy una alegría tal que besó la invitación como si fuese una carta de amor. Después se fué en busca del cajero para tratar la espinosa cuestión de fondos.

Un jefe de los Ecos tiene generalmente su presupuesto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

del cual paga sus repórters y las noticias buenas ó medianas traídas por el uno ó por el otro, como traen los jardineros sus frutas tempranas al que comercia con ellas.

Para comenzar se le había señalado á Duroy un presupuesto de mil doscientos francos mensuales, suma de la cual se prometía reservarse una buena parte.

El cajero concluyó por anticiparle cuatrocientos francos cediendo á las razones de urgencia invocadas por Duroy. En el primer momento tuvo intención formal de remitir á Mme de Marelle los doscientos ochenta francos que le debía, pero casi inmediatamente reflexionó que no le quedarían más que ciento veinte francos, cantidad desde luego insuficiente para hacer marchar de un modo conveniente su nuevo servicio, y relegó aquella restitución á tiempos mejores.

Durante dos días se ocupó de su instalación, pues heredaba una mesa expresamente para él y un estante de oficina en la extensa pieza común á toda la redacción. Se instaló en un extremo de dicha pieza, y Boisrenard, cuyos cabellos de un negro de ébano, á pesar de su edad, estaban siempre inclinados sobre una cuartilla de papel, ocupó el otro extremo.

La larga mesa del centro pertenecía á los redactores volantes. Generalmente servía de banco para sentarse, ya con las piernas colgando á lo largo de los bordes, ya á la turca en el medio de la mesa.

Alguna vez se juntaban cinco ó seis redactores sentados en cuclillas y jugaban entusiasmados al boliche en una postura de monotes chinos.

También Duroy había concluído por tomarle gusto á aquella distracción y comenzaba á ser ya un maestro bajo la dirección y consejo de Saint-Potin.

Forestier, que de día en día estaba peor, le había confiado su hermoso boliche de madera de las Islas, el último que compró, pues lo encontraba algo pesado, y Duroy manejaba con brazo vigoroso la gruesa bola negra al extremo de su cuerda, contando en voz baja: « Uno — dos — tres — cuatro — cinco — seis. »

Justamente el día mismo que había de comer en casa de Mme Walter, consiguió por primera vez hacer veinte tantos seguidos. « Buena jornada, pensó, tengo éxito en todo. » Porque la destreza al boliche confería verdaderamente una especie de superioridad en la redacción de *La Vida Francesa*.

Aquel día dejo temprano el periódico para tener tiempo de vestirse, y subía la calle de Londres, cuando vió que delante de él caminaba de prisa una señora pequeña, que tenía el mismo talante de Mme de Marelle. Duroy sintió subir fuego á su rostro, su corazón empezó á palpitar y, á fin de mirarla de perfil, atravesó la calle.

También ella se detuvo para atravesar, y el joven respiró al ver que se había equivocado.

Muchas veces se preguntaba de qué modo debería conducirse si se la encontrase cara á cara. ¿La saludaría ó, haciendo como si no la viese, pasaría de largo?

« No la veré, » pensó.

Hacía frío, los arroyos conservaban empastamientos de hielo, las aceras estaban secas y parecían de color gris á la luz de las farolas.

Cuando el joven entró en su domicilio pensó:

« Es preciso que cambie de casa. Esto no me basta ahora. » Se sentía nervioso y alegre, capaz de correr sobre los tejados, y en voz alta repetía: ¡Es la fortuna que llega! ¡es la fortuna! Será necesario que yo escriba á papá.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Jorge Duroy escribía de tiempo en tiempo á su padre y la carta llevaba siempre una viva alegría á la pequeña venta normanda situada al borde de la carretera, en lo alto de la gran cuesta desde donde se domina Ruan y el extenso valle del Sena.

También él recibía de tiempo en tiempo un sobre azul en el que la dirección estaba escrita con gruesas letras hechas con mano poco ejercitada, é infaliblemente leía siempre las mismas líneas al comienzo de la carta de su padre :

« Mi querido hijo : La presente es para decirte que estamos bien, tu madre y yo. No ocurre gran cosa de nuevo en el país. Te diré sin embargo... »

Duroy guardaba en el corazón interés por las cosas de la aldea, por las noticias que le llegaban acerca de los vecinos, y por el estado de las tierras y de las cosechas.

Y al anudarse ahora la corbata blanca delante del espejo, repetía : Es preciso que desde mañana escriba á papá. ¡Si me viera esta noche en la casa adonde voy á comer, ¡qué asombrado quedaría el pobre viejo! Pues no digo nada la comida que haré dentro de un rato, ¡una comida que jamás él ha hecho!

Bruscamente se le representó la negra cocina de su casa, detrás de la sala del café vacío, las cacerolas proyectando sus amarillos resplandores á lo largo de las paredes, el gato al pie de la chimenea y metiendo la nariz en el fuego y con aquella postura de Quimera en cuclillas, la mesa de madera, grasienta ya por la acción del tiempo y de los líquidos derramados sobre ella, una humeante sopera en medio y un candil encendido entre los dos asientos. Y también divisó en su imaginación al hombre y á la mujer, al padre y á la

madre, á los dos campesinos comiendo con tardos movimientos y á pequeñas porciones la sopa del país. Distinguía los menores pliegues de sus viejos rostros, los menores movimientos de sus brazos y de su cabeza, y hasta sabía lo que se decían todas las noches al cenar enfrente el uno del otro.

Todavía pensó más : « Será necesario que yo vaya á verlos. » Pero como ya había terminado de vestirse, apagó la luz y bajó.

Á lo largo del bulevar exterior le abordaron las mujeres de vida libre :

— « Déjeme Vd. en paz, » respondía desprendiéndose de ellas y con violento desdén, como si le hubiesen insultado, desconocido... ¿Por quien le habían tomado? Aquellas mercenarias ambulantes no sabían distinguir á los hombres. La sensación que le causaba verse aquella noche vestido de frac negro para comer en una casa de gentes riquísimas, conocidas, importantes, engendró en Duroy el sentimiento de una personalidad nueva, la conciencia de que se convertía en otro hombre, un hombre de mundo, del verdadero mundo elegante.

Entró con aplomo en la antecámara iluminada por los altos candelabros de bronce, y con naturalidad entregó su bastón y su sobretodo á los dos domésticos que se habían acercado á él.

Todos los salones estaban iluminados. La señora de Walter recibía en el segundo, que era el más grande, y acogió á Duroy con una sonrisa encantadora. Por su parte, estrechó la mano de los dos caballeros que habían llegado antes que él, los señores Firmin y Laroche-Mathieu, diputados y redactores anónimos de *La Vida Francesa*, el último de los cuales tenía en el

periódico una autoridad especial debida á su gran influencia en la Cámara. Nadie dudaba de verle un día ministro.

Luego llegaron los Forestier, ella vestida de rosa y encantadora. Duroy quedó estupefacto al ver la intimidad que la mujer de su amigo tenía con los dos representantes del país, pues más de cinco minutos permaneció hablando en voz baja con Mr. Laroche-Mathieu en un rincón de la chimenea. Carlos parecía extenuado, había enflaquecido mucho en un mes y repetía sin cesar : « Yo debiera decidirme á concluir el invierno en el Mediodía. »

Norberto de Varenne y Jacobo Rival se presentaron juntos, y á poco abrióse en el fondo de la habitación una puerta, apareciendo Mr. Walter con dos jóvenes altas, de dieciséis á dieciocho años, una fea y otra bonita.

Duroy sabía que el propietario era padre de familia, pero quedó sorprendido al ver á las hijas de su director, pues jamás había pensado en ellas sino como se sueña con países lejanos que no han de verse jamás. Además se las había figurado pequeñitas todavía y se encontraba con mujeres. En aquel momento experimentaba esa ligera perturbación moral que un cambio de punto de vista produce.

Las dos jóvenes, una después de otra, le tendieron la mano una vez que les fué presentado, y después fueron á sentarse á una pequeña mesa que sin duda les estaba reservada y en donde se pusieron á remover una porción de carretes de seda en una canastilla.

Se esperaba todavía á alguien y todo el mundo permanecía silencioso con esa especie de embarazo que precede á las comidas entre gentes que no se encuen-

tran en un mismo estado de espíritu después de las ocupaciones diversas que cada cual ha tenido durante el día.

Como Duroy hubiese levantado la vista hacia las paredes, por no saber otra cosa que hacer, Mr. Walter le habló desde lejos con deseo manifiesto de hacer valer aquello que le pertenecía : « ¿ Mira usted *mis* cuadros, verdad ? » Aquel *mis* sonó á hombre satisfecho y rico. « Voy á enseñárselos ». Y tomó un quinqué á fin de que pudieran distinguirse todos los detalles.

— Aquí están los paisajes, dijo.

En el centro de la pared veíase un gran lienzo de Guillemet, una playa de Normandía bajo un cielo tempestuoso. Por bajo un bosque de Harpignies, después una llanura de Argelia, por Guillaumet, con un camello

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

á lo lejos, un enorme camello que sobre sus altas patas parecía un monumento.

Mr. Walter pasó á la pared inmediata y en tono serio, como un maestro de ceremonias, anunció :

— La gran pintura.

Eran cuatro lienzos : « Una visita de hospital », por Gervex ; « Una Segadora », por Bastien-Lepage ; « Una Viuda », por Bouguereau, y « Una ejecución », por Juan Pablo Laurens. Este último lienzo representaba un sacerdote vendeano fusilado contra el muro de su iglesia por un destacamento de soldados republicanos.

Por el semblante del propietario cruzó una sonrisa al indicar los cuadros del otro muro :

— Aquí los cuadros de fantasía.

Veíase primeramente un pequeño lienzo de Juan Béraud, titulado : « Altos y bajos ». Era una hermosa parisiense subiendo la escalera de un tranvía en marcha, su cabeza aparecía al nivel de la imperial y mientras los señores sentados arriba descubrían con satisfacción codiciosa la cara joven que se aproximaba hacia ellos, los que abajo iban de pie en la plataforma examinaban las piernas de la joven con una expresión diferente de despecho y de codicia.

Mr. Walter alumbraba con el quinqué subiéndole cuanto era posible, y repetía, con risa de tunante :

— ¿ No es verdad que es original ? ¿ eh ?

Siguió alumbrando é indicó otro cuadro : « Un Salvamento », por Lambert.

En medio de una mesa de la que se había levantado ya el servicio, un gatito examinaba con extrañeza y perplejidad, sentado sobre su parte trasera, á una mosca que se ahogaba en un vaso de agua. El pequeño felino tenía una de las manos levantada y parecía

presto á coger al insecto mediante un movimiento rápido, pero no se decidía, vacilaba. ¿ qué haría ?

Luego mostró Mr. Walter un Detaille : « La Lección. » Representaba á un soldado en el cuartel enseñando á tocar el tambor á un perro de aguas :

— ¡ Aquí hay *esprit !* ¿ no es verdad ?

Duroy reía en señal de aprobación y se extasiaba :

— Encantador, encantador, encan...

Y se detuvo, pues acababa de oir detrás de él la voz de Mme de Marelle que acababa de entrar.

El amo de la casa continuaba iluminando los lienzos y explicándolos.

Ahora mostraba una acuarela de Mauricio Leloir : « El Obstáculo ». Era una silla de manos detenida en la calle á causa de una riña entre dos hombres del pueblo, dos mancebos que luchaban como dos hércules, y veíase asomar por la ventana de la silla una cara encantadora de mujer que miraba... que miraba... pero sin impaciencia, sin miedo y hasta con cierta admiración, el combate de aquellos dos brutos.

Mr. Walter repetía de cuando en cuando :

— Tengo todavía otros en las demás habitaciones, pero son de artistas menos conocidos, menos juzgados. Este es mi salón predilecto. En este momento compro cuadros de gente joven, muy joven, y los pongo en reserva en los apartamentos íntimos esperando el momento en que los autores sean célebres, y en voz baja dijo á Duroy : « Este es el momento de comprar cuadros. Los pintores se mueren de hambre, no tienen un cuarto... »

Pero Duroy no veía nada, oía sin comprender. Mme de Marelle estaba allí, detrás de él. ¿ Qué debería hacer ? Si la saludaba ¿ no sería capaz ella de volverle

la espalda ó arrojarle alguna insolencia? Y si no se acercaba ¿qué se pensaría?

Y se dijo: Ganemos tiempo.

Estaba emocionado de tal manera que tuvo por un momento la idea de simular una indisposición repentina que le permitiera retirarse.

Había concluído la visita á los cuadros. M. Walter fué á dejar el quinqué y á saludar á la señora recién llegada, mientras que Duroy comenzaba de nuevo el examen de los lienzos como si no se hubiese cansado de admirarlos.

Tenía el espíritu trastornado. ¿Qué debía hacer? Oía la voz, y distinguía la conversación.

La señora de Forestier le llamó:

— Diga usted, señor Duroy.

Éste corrió hacia ella. La llamada era para recomendarle una amiga que daba una fiesta y deseaba se la mencionase en los Ecos de *La Vida Francesa*.

Duroy balbuceó:

— Sin inconveniente, señora, sin inconveniente...

Como Mme de Marelle se encontraba en aquel momento cerquita de él no se atrevía á volverse para irse de allí.

De pronto, Duroy creyó volverse loco, Mme de Marelle dijo en alta voz:

— Buen Mozo, buenas noches. ¿Es que no me reconoce Vd. ya?

Duroy giró rápidamente sobre sus talones y se la encontró de pie, frente á él, sonriente y con la alegría y la afección en la mirada. El joven tomó temblando la mano que ella le tendía, temeroso aún de alguna astucia ó de alguna perfidia.

— ¿Qué se hace usted? agregó ella en seguida con serenidad. No se le ve á Vd. más.

Duroy tartamudeaba sin poder recobrar su sangre fría:

— Pues que he tenido mucho que hacer, señora, mucho, mucho que hacer. Mr. Walter me ha confiado un nuevo servicio que me ocupa enormemente.

— Ya lo sé, respondió ella mirándole siempre de frente sin que él pudiese descubrir en la mirada otra cosa que benevolencia. Pero eso no es una razón para olvidar así á los amigos.

En aquel instante fueron separados por una señora gruesa que entraba, una señora obesa muy escotada, con las mejillas y los brazos muy encarnados, vestida y peinada con pretensiones, y caminando tan pesada que se sentía al verla marchar el peso y la gordura de sus muslos.

Como se la trataba al parecer con grandes miramientos, Duroy preguntó á Mme Forestier:

— ¿Quién es esta señora?

— La Vizcondesa de Percemur, que firma: « Pata Blanca. »

Duroy se sorprendió al conocer á la que se ocultaba bajo aquel pseudónimo y sintió vivo deseo de reir:

— ¡Pata Blanca! ¡Pata Blanca! Y yo que veía en mi pensamiento una joven como usted. Está bueno ¡Pata Blanca! ¡Soberbia está Pata Blanca!

Un doméstico se presentó en la puerta:

— Señora, la mesa está servida.

El tiempo pasó vulgar y alegremente, fué una de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esas comidas en que se habla de todo sin decir nada. Duroy se encontraba colocado entre Mme de Marelle y la señorita Rosa Walter, la hija fea del banquero. El tener como vecina á Mme de Marelle molestaba un poco al periodista, siquiera ella mostrase hallarse allí perfectamente y hablase con su *esprit* de siempre. El joven se turbó al principio como si estuviese encogido, vacilante, lo mismo que un músico que ha perdido el tono. Poco á poco, sin embargo, fué tranquilizándose, y sus ojos se encontraban sin cesar con los de Clotilde y los unos á los otros se interrogaban, y mezclaban sus miradas de una manera íntima y casi sensual como otras veces.

De pronto sintió Jorge algo que bajo la mesa rozaba su pie, adelantó suavemente la pierna y encontró la de su vecina que no retrocedía ante aquel contacto. En este momento no hablaban el uno ni el otro vueltos ambos hacia los demás vecinos.

Duroy á quien el corazón le palpitaba fuertemente, aumentó un poco la presión de su rodilla y vió que le respondía también una presión ligera. Entonces comprendió que sus amores comenzaban de nuevo.

¿Qué hablaron luego? Apenas nada, pero sus labios se estremecían cada vez que las miradas se cruzaban.

Sin embargo, como el joven trataba de ser amable con la hija de su director, de tiempo en tiempo le dirigía alguna frase galante, á la que ella respondía como hubiera podido hacerlo su madre sin vacilar jamás sobre lo que debía contestar.

Á la derecha de Mr. Walter la vizcondesa de Percemur adoptaba actitudes de princesa, y Duroy que se complacía en mirarla, preguntó por lo bajo á Mme de Marelle:

— ¿Vd. conoce á la otra, á la que firma «Dominó rosa?»

— Perfectamente, ¿á la baronesa de Livar?

— ¿Y es del mismo género?

— No, pero también es original. Una mujer altísima, seca, de sesenta años, con falsos rizos, dientes á la inglesa, un esprit del tiempo de la Restauración y compuesta como en aquella época.

— ¿Pero dónde han desenterrado fenómenos semejantes?

— Los escombros de la nobleza los recogen siempre los burgueses que se encumbran.

— ¿Sin más razón que eso?

— Ninguna otra.

Luego comenzó una discusión política entre el amo de la casa, los dos diputados, Norberto de Varenne y Jacobo Rival, discusión que duró hasta los postres.

Cuando la gente volvió al salón, Duroy se acercó de nuevo á Mme de Marelle y, mirándola fijamente, la dijo:

— ¿Quiere Vd. que la acompañe esta noche hasta su casa?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque Mr. Laroche-Mathieu, que es vecino mío, me deja á la puerta siempre que como aquí.

— ¿Cuándo la veré á V.?

— Vaya mañana á almorzar conmigo.

Y se separaron sin decirse nada más.

Duroy no permaneció mucho tiempo allí, pues encontraba monótono el sarao, y al bajar la escalera se encontró á Norberto de Varenne que acababa de partir. El viejo poeta le tomó el brazo. Como no tenía ya para qué temer rivalidades en el periódico, toda vez que la colaboración de ambos era esencialmente distinta,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ahora se complacía en demostrar al joven una benevolencia de abuelo.

— ¡Vaya! acompáñeme Vd. un poco.

— Con mucho placer, querido maestro, respondió Duroy.

Y se pusieron en marcha despacito bajando el bulevar Malesherbes.

París estaba casi desierto aquella noche, una de esas noches frías que diríase más largas que las otras y en que las estrellas aparecen más altas, y el aire parece aportarnos en sus soplos helados algo venido de mucho más lejos que los astros.

Los dos hombres no hablaron una sola palabra en los primeros momentos, hasta que al fin Duroy, por decir algo, insinuó:

— Este señor Laroche-Mathieu parece muy inteligente é instruído.

— ¡Ah! ¿Vd. lo cree? murmuró el viejo poeta.

Duroy sorprendido vacilaba...

— Eso me parece, por lo demás pasa por ser uno de los hombres más capaces de la Cámara.

— Es posible. En tierra de ciegos el tuerto es rey. ¿Usted ve? todas estas gentes son medianías, porque tienen encerrado el espíritu entre dos muros: el dinero y la política. Son sencillamente unos pedantes, querido, con los cuales es imposible hablar de nada, de nada cuanto nosotros amamos. Su inteligencia está encenagada ó mejor hundida en un estercolero como el río Sena en Asnières. ¡Ah! Qué difícil es encontrarse con un hombre que tenga espacio en el cerebro, que le procure á Vd. la sensación de esos grandes alientos que se respiran á orillas del mar. Yo he conocido algunos pero han muerto ya.

Norberto de Varenne hablaba con una voz clara, aunque contenida, que habría resonado en el silencio de la noche si la hubiera dejado escapar. Parecía sobreexcitado y triste por una de esas tristezas que alguna vez caen sobre las almas y las hacen vibrantes como la tierra bajo la helada.

— ¡Qué importa, por lo demás, continuó, un poco más ó un poco menos de genio, puesto que todo ha de concluir!

Y se calló. Duroy, que aquella noche se sentía con el corazón alegre, respondió sonriente:

— Hoy lo ve Vd. todo negro, querido maestro

— Yo lo veo siempre así, hijo mío, repuso el poeta, y dentro de unos cuantos años Vd. lo verá lo mismo que yo. La vida es una cuesta: cuando se sube se mira á la cima y se contempla uno dichoso, pero una vez que se llega á lo alto, se ve de un golpe la bajada y el fin que es la muerte. Á la edad de Vd. se es feliz ¡espera uno tantas cosas que, por otra parte, no llegan nunca! Á mi edad no se espera ya nada..... sino la muerte.

Duroy se echó á reir:

— ¡Canario! se me enfría el cuerpo con lo que Vd. me dice.

— No, continuó Norberto de Varenne. Vd. no me comprende hoy, pero ya se acordará más tarde de lo que en este momento le digo. Llega un día, y para muchos llega en buen hora, en que se ha concluído de reir porque todo lo que detrás se ve no es otra cosa que muerte.

¡Oh! Vd. ni siquiera comprende esa palabra, la muerte. Á la edad de Vd. no significa nada, á la mía, en cambio, es terrible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sí, se comprende todo de un golpe, no se sabe por qué ni á título de qué, y entonces todo cambia de aspecto en la vida. Por lo que á mí toca, hace quince años que la siento cómo me trabaja cual si llevase dentro de mí un roedor. Poco á poco la he sentido, mes por mes, hora por hora, deteriorarme lo mismo que una casa se desmorona. Me ha desfigurado tan completamente que ni siquiera me reconozco. No hay ya nada en mí de aquel hombre radiante, fresco y fuerte que era yo á los treinta años. La he visto teñirme de blanco mis cabellos negros ¡y con qué lentitud sabia y maligna! Se ha apoderado de mi piel antes tan tersa, de mis músculos, de mis dientes, de todo mi cuerpo de otras veces, no dejándome otra cosa que un alma desesperada que también se llevará pronto.

Sí, me ha reducido á migajas, la avara, y suave y terriblemente ha cumplido la lenta destrucción de mi ser, segundo por segundo. Y ahora me siento morir en todo aquello que hago. Cada paso que doy me acerca á ella, cada movimiento, cada soplo precipita su odiosa obra. Respirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, todo lo que hacemos es morir. En fin, ¡vivir es morir! ¡Oh! esto ya lo sabrá Vd. y si solamente reflexiona un cuarto de hora, Vd. mismo la verá.

¿Qué espera Vd.? ¿amor? Con unos cuantos besos que dé será Vd. impotente.

¿Qué? ¿dinero? ¿Para qué? ¿para pagarse mujeres? ¡Valiente felicidad! ¿Para comer mucho, y hacerse obeso y gritar noches enteras mordido por la gota?

Y después ¿qué? ¿La gloria? De qué sirve cuando no se la puede recoger bajo la forma de amor?

Y todavía ¿qué? Siempre la muerte para concluir.

Yo la veo ahora tan de cerca que muchas veces siento deseos de extender los brazos para rechazarla. Ella cubre la tierra y llena el espacio, por todas partes la descubro. Los animalillos espachurrados en las carreteras, la hoja que cae, la cana sorprendida en la barba de un amigo, me devastan el corazón y me gritan : ¡ahí la tienes! ¡La muerte me echa á perder todo lo que hago, todo lo que veo, lo que como y lo que bebo, lo que amo, los claros de luna, la salida del sol, el anchuroso mar, los hermosos ríos, el aire de las noches de estío, tan agradable como es de respirar!

Varenne caminaba lentamente, un poco jadeante, soñando alto, olvidando casi que se le escuchaba.

— Y luego, prosiguió, jamás un solo ser de los que se fueron vuelve..... se conserva su recuerdo en las estatuas, y también los moldes de éstas que sirven para hacer en todo tiempo objetos parecidos, pero mi cuerpo, mi semblante, mis pensamientos, mis deseos no reaparecerán jamás. Y sin embargo, nacerán millones, millares de millones de seres que en unos cuantos centímetros cuadrados tendrán, como yo, nariz, ojos, una frente, mejillas, una boca y también un alma lo mismo que yo, sin que jamás yo vuelva, sin que ni la menor cosa reconocible como mía reaparezca en esas innumerables criaturas tan diversas é indefinidamente diferentes aunque muy parecidas.

¿Á qué puerto acogerse entonces? ¿Hacia quién elevar gritos de angustia? ¿En qué podemos creer?

Todas las religiones son estúpidas con su moral pueril y sus promesas egoístas, monstruosamente imbéciles.

Lo único cierto es la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viejo poeta se detuvo, cogió á Duroy de las dos solapas del sobretodo y con voz lenta le habló de esta suerte :

— Joven, piense Vd. en todo esto, piense por espacio de días, de meses y de años y verá la existencia de otra manera distinta. Trate de desprenderse de todo cuanto le rodea, haga Vd. el esfuerzo sobrehumano de abstraerse de tal modo que, sin dejar de vivir, salga de su propio cuerpo, de sus intereses, de sus pensamientos, del seno de la humanidad entera, mirando por lados diversos, y comprenderá Vd. qué poca importancia tienen las querellas entre románticos y naturalistas, ni siquiera la discusión del presupuesto.

Y echó á andar con paso más rápido.

— Pero también sentirá Vd. la espantosa angustia de los desesperados. Se revolverá Vd. desatinado y loco, ahogado en las incertidumbres y gritará : « ¡Socorro! » á un lado y otro y nadie le responderá; tenderá Vd. los brazos, llamará para ser socorrido, amado, consolado, salvado... Nadie acudirá.

¿Por qué sufrimos de esta suerte? Sin duda es porque fuimos nacidos para vivir más según la materia y menos según el espíritu; pero á fuerza de pensar se estableció una desproporción entre el estado de nuestra inteligencia agrandada y las condiciones inmutables de nuestra vida.

Observe Vd. á las gentes mediocres; á menos que sobre ellos caigan grandes desastres, se encuentran satisfechos sin sufrir de la desgracia común. Tampoco los animales la sienten.

Varenne se detuvo todavía, meditó unos cuantos segundos y luego añadió con tono de cansancio y de resignación :

— Yo soy un ser perdido. No tengo ni padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni mujer, ni hijos, ni Dios.

Y después de una pausa, dijo :

— Sólo tengo la rima.

Luego levantó la cabeza hacia el firmamento, en el cual lucía su pálida faz una luna llena, y declamó :

Et je cherche le mot de cet obscur problème
Dans le ciel noir et vide où flotte un astre blême [1].

Llegaron al puente de la Concordia, le pasaron en silencio y, después de bordear el Palacio de Borbón, Norberto de Varenne habló de nuevo :

— Cásese, amigo mío; no sabe Vd. lo que es vivir solo á una edad como la mía. La soledad me llena hoy de angustia horrible, la soledad en el hogar, cerca del

1. Y yo busco la clave de este problema oscuro
En el cielo negro y vacío donde flota un astro descolorido.
N. del T.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

fuego, por la noche. Me parece en esos momentos que estoy solo en la tierra, espantosamente solo pero rodeado de peligros vagos, de cosas desconocidas y terribles, y el tabique que me separa del vecino á quien no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que diviso por la ventana. Una especie de fiebre me invade, fiebre de dolor y de miedo y el silencio de las paredes me espanta. Es tan profundo y tan triste el silencio de la alcoba cuando se vive solo, y es que no es un silencio solamente al rededor del cuerpo sino un silencio al rededor del alma, y cuando un mueble cruje, se estremece hasta el corazón de uno, porque en ese hogar triste no se espera el menor ruido.

Todavía se calló por unos momentos y agregó luego :

— Cuando se es viejo al menos sería bueno tener hijos.

Habían llegado hacia la mitad de la calle de Borgoña. Varenne se detuvo delante de una casa bastante alta, llamó y estrechó la mano de Duroy :

— Joven, le dijo, olvide Vd. todo este sermoneo de viejo machacón y viva según á su edad conviene, ¡adiós!

Y desapareció por el negro corredor.

Duroy se puso en camino, con el corazón oprimido. Parecíale como si acabaran de mostrarle una gran fosa llena de osamenta, una fosa inevitable en la que le sería forzoso caer un día :

— ¡Caracoles! murmuró, lo que es su casa no debe estar muy alegre, que digamos. Por nada del mundo aceptaría yo una butaca de balcón para presenciar el desfile de las ideas que se le ocurren. ¡Dios me libre!

Pero en aquel momento tuvo que detenerse para dejar pasar á una señora perfumada que bajaba del coche y

entraba en su casa, y Duroy aspiró con avara delicia el olor de verbena y de iris que flotaba en el aire. Sus pulmones y su corazón palpitaron bruscamente de esperanza y de alegria, y el recuerdo de Mme de Marelle á quien vería al día siguiente, le invadió de los pies á la cabeza.

Todo le sonreía, la vida le acogía con ternura. ¡Qué hermoso era el realizar las esperanzas!

Aquella noche se durmió en la embriaguez y al siguiente día se levantó temprano para dar un paseo á pie por la avenida del Bosque de Bolonia antes de acudir á la cita de Clotilde.

El viento había cambiado, el tiempo se había dulcificado durante la noche, y se disfrutaba de una temperatura tibia y de un sol de abril. Todos cuantos tenían costumbre de concurrir al Bosque habían salido aquella mañana respondiendo al llamamiento del cielo claro y suave.

Duroy marchaba lentamente, bebiendo aquella ligera brisa, exquisita como una golosina de primavera.

Pasó el Arco de Triunfo de la Estrella y ganó la gran avenida por el lado opuesto al de los jinetes, contemplando á éstos, hombres y mujeres, cómo trotaban ó galopaban, y, aun siendo como eran los ricos del mundo, apenas si Duroy los envidiaba entonces. Conocía á casi todos de nombre, sabía la cifra de su fortuna y la historia secreta de su vida, pues sus funciones de repórter habían hecho de él una especie de almanaque de las celebridades y de los escándalos parisienses.

Las amazonas pasaban, esbeltas y moldeadas en el oscuro paño de su talle, con ese algo de altivo é inabordable que tienen muchas mujeres á caballo, y Duroy se complacía en recitar á media voz, como se recitan las

letanías en una iglesia, los nombres, títulos y cualidades de los amantes que habían tenido ó que se les atribuía, y hasta alguna vez en lugar de decir :

Barón de Tanquelet,

Príncipe de la Tour-Enguerrand, murmuraba : del lado de Lesbos.

Luisa Michot, del Vaudeville.

Rosa Marquetín, de la Ópera.

Aquel juego le divertía mucho, como si mediante él hubiera comprobado, bajo las severas apariencias, la eterna y profunda infamia del hombre, y como si aquello le hubiese regocijado, excitado, consolado.

Luego pronunció en alta voz : ¡Hato de hipócritas! y con la vista buscó entre los jinetes á aquellos sobre los que corrían historias las más estupendas.

Vió pasar á muchos de quienes se sospechaba que hacían trampas en el juego.

Los círculos eran para ellos el gran recurso, el único recurso, sospechoso á más no poder.

Otros, muy célebres, vivían únicamente de la renta de sus mujeres, aquello se sabía, y otros había que vivían de las rentas de sus queridas, esto se decía y afirmaba.

Muchos habían pagado sus deudas (acto muy honrado) sin que jamás se adivinara de dónde les había venido el dinero necesario (misterio bastante equívoco). Vió pasar á hombres de negocios cuya inmensa fortuna tenía como origen un robo y se les recibía en todas partes, en las más nobles casas, y después á hombres tan respetados que los pequeños burgueses se descubrían á su paso, pero cuyos vergonzosos chanchullos en las grandes empresas nacionales no eran un secreto para ninguno de los que conocían las interioridades de aquel mundo enriquecido

Todos pasaban con aire altanero, orgulloso el gesto, insolente la mirada, los que llevaban patillas como los que llevaban bigote. Duroy reía contemplando aquello y repetía : « Está bien eso ; ¡hato de truhanes! ¡hato de crápulas! »

Pero en aquel momento pasó una berlina descubierta, bajita, muy mona, arrastrada al gran trote por dos esbeltos caballitos blancos cuyas crines y colas se agitaban graciosamente. Iba conducida por una jovencita rubia, cortesana muy conocida, y detrás de ella iban sentados dos *grooms*. Duroy se detuvo con deseo de saludar y aplaudir á aquella advenediza del amor que con tanto atrevimiento ostentaba en aquel paseo y á la hora preferida por la aristocracia hipócrita el lujo ganado sobre sus sábanas. Acaso Duroy sentía vagamente que alguna cosa había de común entre los dos, algo como un vínculo de naturaleza, de raza, de alma, y tal vez pensó que los éxitos de aquella mujer serían debidos á procedimientos audaces del mismo orden que los suyos. Duroy volvió sobre sus pasos y caminando despacito, caldeado de satisfacción el espíritu, llegó un poco antes de la hora á la puerta de la casa de su antigua querida. Ella le recibió con los brazos abiertos, como si no hubiera existido ruptura ninguna y hasta olvidó por algunos instantes la prudente reserva que se imponía en su propia casa en punto á caricias.

— Tú no sabes, le dijo besándole las rizadas guías del bigote, qué noticia tan fastidiosa me llega... Yo que esperaba una buena luna de miel y cátate á mi marido que se me cae encima nada menos que por seis semanas ; ha pedido licencia. Pero yo no quiero estar seis semanas sin verte, sobre todo después de nuestro

ligero disgusto, y verás de qué modo he arreglado las cosas. Tú vendrás á comer el lunes, ya le he hablado de ti y te presentaré.

Duroy vacilaba un poco perplejo, pues jamás se había encontrado frente á frente de un hombre con cuya mujer tuviera relaciones. Temía que le traicionase cualquier cosa, un poco de embarazo, una mirada, un simple gesto :

— No, balbuceaba, prefiero no hacer conocimiento con tu marido.

Ella insistió muy sorprendida, de pie delante de él, y abriendo cándidamente los ojos :

— ¿Pero por qué? ¡Vaya una cosa original! Eso ocurre todos los días. No te suponía tan pacato.

Aquello lastimó un poco á Duroy :

— Pues bien, sea. Vendré á comer el lunes.

Mme de Marelle añadió :

— Y para que la cosa parezca perfectamente natural, invitaré á los Forestier, por más que no me divierte nada recibir en mi casa.

Hasta que llegó el lunes, Duroy no volvió á pensar apenas en aquella entrevista, pero cuando el día de la

comida subía la escalera de Mme de Marelle, se sintió extrañamente turbado, no porque le repugnase tomar la mano de aquel marido, ni beber su vino, ni comer su pan, sino porque tenía miedo de alguna cosa, sin saber por qué.

Se le hizo entrar en el salón y como siempre esperó. Á poco se abrió la puerta de la habitación y vió aparecer á un hombre con la barba blanca, condecorado, grave y correcto que venía hacia él con minuciosa cortesía :

— Mi mujer me ha hablado de Vd. con frecuencia, caballero, y estoy encantado de conocerle.

Duroy se adelantó cuidando de imprimir á su fisonomía una expresión de cordialidad insinuante y estrechó con fuerza la mano que se le tendía. Luego y ya sentados ambos, Duroy no encontró qué decir.

Mr. de Marelle atizó un poco la chimenea y añadió un trozo de leña :

— ¿Hace mucho tiempo que se ocupa Vd. de periodismo ?

— Desde algunos meses solamente, respondió Duroy.

— Pues ha caminado Vd. de prisa.

— Sí, bastante de prisa.

Duroy entró en materia, hablando al azar, sin pensar demasiado en lo que decía, empleando todas esas trivialidades en uso corrientes entre personas que no se conocen, pero poco á poco iba serenándose y comenzaba á encontrar la situación divertida. Al contemplar la figura seria y respetable de Mr. de Marelle, retozábale en los labios la risa y pensaba para sus adentros : « Yo te hago cornudo, amigo mío, ten paciencia. »

De él se iba apoderando una satisfacción íntima, viciosa, una alegría como la que experimenta el ladrón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al ver que ni siquiera se hace sospechoso, una alegría de hombre trapacero, deliciosa. Sentía deseos, de pronto, de hacer de aquel hombre un gran amigo, de ganar su confianza, de referirle las cosas secretas de su vida.

Mme de Marelle entró bruscamente, y cubriendo á ambos con una mirada rápida, sonriente é impenetrable, se fué hacia Duroy que no se atrevió delante del marido á besarle la mano como siempre hacía.

Clotilde se mostraba alegre y tranquila como persona acostumbrada á todo, que encontraba aquella entrevista sencilla y natural en su tunantería nativa y franca. Laurina apareció y, más prudentemente que de costumbre, se acercó á Duroy presentándole la frente. La presencia de su papá la intimidaba :

— ¡ Cómo ! ¿ Hoy no le dices Buen Mozo ? La niña se ruborizó lo mismo que si se acabara de cometer una indiscreción enorme, revelando una cosa que no debía decirse, descubriendo un secreto íntimo y un tanto culpable de su corazón.

Cuando llegaron los Forestier, todos se mostraron asustados del mal estado de Carlos. Había enflaquecido espantosamente en una semana, estaba muy pálido y tosía sin cesar. Forestier anunció que el jueves siguiente partirían para Cannes por orden formal de su médico.

El matrimonio se retiró temprano y, así que habían salido, Duroy dijo meneando la cabeza :

— Yo creo que Forestier no tiene para mucho tiempo.

— ¡ Oh ! está perdido, dijo serenamente Mme de Marelle. Vea Vd. uno que había tenido la fortuna de encontrar una mujer como hay pocas.

— ¿ Le ayuda mucho ? preguntó Duroy.

— ¿ Que si le ayuda ? Con decirle á Vd. que hace

todo. Ella está al corriente de todo, conoce á todo el mundo sin parecer que ve á nadie; obtiene lo que se propone, cómo quiere y cuándo quiere. ¡Oh ! Es fina, diestra, intrigante. Un verdadero tesoro para un hombre que quiere llegar.

— Seguramente que no tardará en casarse, dijo Duroy.

— Desde luego, respondió Mme de Marelle, y hasta no me extrañaría que hubiese pensado ya en alguno... un diputado... á menos que... que él no quisiera... porque... porque... tal vez hubiera graves obstáculos... morales... En fin, yo no sé nada.

Mr. de Marelle refunfuñó con lenta impaciencia :

— Tú dejas siempre sospechar una porción de cosas que á mí no me gustan. No nos mezclemos en asuntos de nadie, nos basta con gobernar nuestra conciencia. Eso debiera ser una regla para todo el mundo.

Duroy se retiró con el corazón perturbado y con el espíritu lleno de vagas combinaciones.

Al día siguiente fué á visitar á los Forestier y los encontró terminando de arreglar las maletas. Carlos se hallaba tendido en un canapé y repetía exagerando la fatiga de su respiración :

— Hace un mes que yo debería haber partido.

Luego hizo á Duroy una serie de recomendaciones á propósito del periódico, por más que todo hubiese quedado arreglado y convenido con Mr. Walter.

Al despedirse Jorge estrechó con fuerza las manos de su camarada :

— Conque, querido, hasta muy pronto.

Y como Mme Forestier le acompañaba hasta la puerta, vivamente la dijo :

— Supongo que no ha olvidado Vd. nuestro pacto;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

somos amigos y aliados. Por lo tanto si tiene Vid. necesidad de mí, sea para lo que quiera, no vacile. Un telegrama ó una carta y obedeceré.

— Gracias, murmuró ella. Lo tendré presente.

Y su mirada le dijo también « Gracias » de una manera más dulce y profunda.

Cuando Duroy bajaba la escalera se encontró, subiéndola á pasos lentos, á M. de Vaudrec, al cual conocía de una vez que le vió en casa de Mme Forestier. El conde parecía triste. ¿Tal vez á causa de aquel viaje?

Queriendo mostrarse hombre de sociedad, el periodista saludó con apresuramiento. El otro le devolvió el saludo con cortesía pero de una manera en la cual se veía un poco de orgullo.

El matrimonio Forestier partió el jueves por la noche.

VII

La desaparición de Carlos dió á Duroy una importancia más grande en la redacción de *La Vida Francesa*. Firmó algunos artículos de fondo sin dejar por eso de firmar los ecos, pues el director quería que cada cual guardase la responsabilidad de sus escritos. Mantuvo algunas polémicas de las que salió airoso y sus constantes relaciones con los hombres de Estado iban poco á poco haciendo de él un redactor político perspicaz y hábil.

Un solo punto negro veía en su horizonte. Ese punto negro era un periodiquito maldiciente que constantemente le atacaba, ó mejor aún, atacaba en él al jefe de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

somos amigos y aliados. Por lo tanto si tiene Vid. necesidad de mí, sea para lo que quiera, no vacile. Un telegrama ó una carta y obedeceré.

— Gracias, murmuró ella. Lo tendré presente.

Y su mirada le dijo también « Gracias » de una manera más dulce y profunda.

Cuando Duroy bajaba la escalera se encontró, subiéndola á pasos lentos, á M. de Vaudrec, al cual conocía de una vez que le vió en casa de Mme Forestier. El conde parecía triste. ¿Tal vez á causa de aquel viaje?

Queriendo mostrarse hombre de sociedad, el periodista saludó con apresuramiento. El otro le devolvió el saludo con cortesía pero de una manera en la cual se veía un poco de orgullo.

El matrimonio Forestier partió el jueves por la noche.

VII

La desaparición de Carlos dió á Duroy una importancia más grande en la redacción de *La Vida Francesa*. Firmó algunos artículos de fondo sin dejar por eso de firmar los ecos, pues el director quería que cada cual guardase la responsabilidad de sus escritos. Mantuvo algunas polémicas de las que salió airoso y sus constantes relaciones con los hombres de Estado iban poco á poco haciendo de él un redactor político perspicaz y hábil.

Un solo punto negro veía en su horizonte. Ese punto negro era un periodiquito maldiciente que constantemente le atacaba, ó mejor aún, atacaba en él al jefe de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los ecos de *La Vida Francesa*, « el jefe de los ecos de sorpresa de M. Walter, » decía el redactor anónimo de aquella publicación que se llamaba *La Pluma*.

Era aquello de no pasar día sin que deslizase, cuándo alguna perfidia, cuándo una pincelada mordaz, insinuaciones, en fin, de todo género.

Jacobo Rival le dijo un día á Duroy :

— Tiene Vd. demasiada paciencia.

— ¿ Qué quiere Vd. ? balbuceó el otro, no hay nunca ataque directo.

Una tarde, en ocasión en que Duroy entraba en la sala de redacción, Boisrenard le presentó el número de *La Pluma*.

— Tenga, todavía hay una nota desagradable para Vd.

— ¡ Ah ! ¿ Y á propósito de qué ?

— Á propósito de nada, con motivo de la detención de una señora Aubert por un agente del ramo de Higiene.

Jorge tomó el periódico que se le mostraba y leyó, bajo el epígrafe : *Duroy se divierte :*

« El ilustre repórter de *La Vida Francesa* nos dice que la señora Aubert, de cuya detención por un agente de la odiosa brigada de Higiene nos hemos ocupado, sólo existe en nuestra imaginación. Ahora bien, la persona á quien nos referimos vive en la calle del Ecureuil, nº 18, en Montmartre. Demasiado comprendemos qué interés ó qué intereses pueden influir en los agentes de la casa de banca Walter para defender del modo que lo hacen á los agentes del prefecto de policía que tolera su comercio. En cuanto al repórter de que se trata, mejor haría suministrándonos una de esas noticias de sensación de las cuales posee el secreto : por ejemplo, noticias de fallecimientos que al siguiente día se desmienten, ó de batallas que no se han librado, ó de palabras graves pronunciadas por soberanos que no han dicho « esta boca es mía, » todas las informaciones, en fin, que constituyen los « Beneficios Walter, » ó siquiera una de esas pequeñas indiscreciones sobre saraos de mujeres en busca de « notoriedad, » ó sobre la excelencia de ciertos productos que son de un gran *recurso* para algunos de nuestros colegas. »

Más que irritado Duroy permanecía sobrecogido con la lectura de aquello, comprendiendo solamente que había allí algo de muy desagradable para él.

— ¿ Quién le ha dado á Vd. ese eco ? dijo Boisrenard.

Duroy se esforzaba por recordar, hasta que de pronto cayó en la cuenta.

— ¡ Ah ! Saint-Potin me le ha dado.

De nuevo volvió á leer el suelto de *La Pluma* y bruscamente se puso rojo de cólera, sublevándose ante la acusación de venalidad que se le lanzaba.

— ¡ Cómo ! se pretende que yo soy pagado por...

Boisrenard le interrumpió :

— Sí, seguramente, y lo fastidioso para Vd. es que el director está siempre sobre ojo con ese motivo. Pudiera ocurrir con tanta frecuencia en los ecos.....

Saint-Potin entraba justamente, Duroy corrió hacia él :

— ¿ Usted ha leído la nota de *La Pluma?*

— Sí, y precisamente vengo de casa de la señora Aubert. Existe realmente esa señora, pero no ha sido detenida. Es un rumor que no tiene el menor fundamento.

Duroy se precipitó entonces en el despacho del director al cual encontró un poco frío y con la mirada recelosa.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de haber escuchado cuanto Duroy le refirió del caso, Mr. Walter le respondió :

— Vaya Vd. mismo á casa de esa señora y desmienta luego de manera que no vuelvan á escribirse cosas semejantes sobre Vd. Yo me refiero á todo lo demás. Es muy fastidioso para el periódico, para Vd. y para mí. Lo mismo que la mujer de César un periodista no debe ser siquiera sospechado.

Duroy subió á un coche de plaza, con Saint-Potin, y gritó al cochero :

— Calle del Ecureuil, nº 18, en Montmartre.

Era una inmensa casa en la que fué necesario subir hasta el sexto piso para ver á la señora Aubert.

Una mujer vieja vestida con un traje casero de lana les abrió la puerta :

— ¿Qué me quiere Vd. de nuevo? preguntó al ver á Saint-Potin.

— Nada, respondió el repórter. Solamente vengo con este caballero que es inspector de policía y quisiera conocer el asunto de Vd.

Entonces los hizo pasar al mismo tiempo que les decía :

— Todavía han venido dos más después que Vd., por yo no sé cuál periódico, me han dicho. Luego se volvió hacia Duroy :

— ¿Es el señor, entonces, quien desea saber?

— Sí, señora. ¿Es que Vd. ha sido detenida por un agente de la Higiene?

La vieja levantó los brazos :

— Jamás en la vida, señor, jamás en la vida. La cosa no ha sido más que esto : Yo tengo un carnicero que sirve bien pero pesa mal. Lo he notado muchas veces sin decir nada, pero el otro día al pedirle dos libras de chuletas, pues debían comer conmigo mi hija y mi yerno, vi que puso en el platillo huesos de despojos, es verdad que eran huesos de chuletas pero no de las mías. También es cierto que yo podría haber hecho guisado, pero cuando yo pido chuletas no es para que me den los despojos de las otras. Rechacé, pues, la carne y entonces él me trató de rata vieja, yo le llamé viejo bribón; en una palabra, tirando del ovillo llegamos á decirnos tantas cosas que había más de cien personas delante de la tienda que reían, reían! Tanto fué, en fin, el escándalo que un agente intervino y nos invitó á explicarnos en presencia del comisario.

Fuimos y á los dos nos mandaron á la calle. Yo desde entonces compro en otra parte y no paso siquiera por delante de la puerta para evitar escándalos.

Como la vieja no decía más, Duroy preguntó :

— ¿Eso es todo?

— Toda, toda la verdad, mi querido señor. Y después de ofrecerle un vaso de grosella que Duroy se negó á beber, la vieja suplicó que se hablara en el informe de lo mal que pesaba el carnicero.

Una vez de regreso en el periódico, Duroy redactó la respuesta.

« Un escribidor anónimo de *La Pluma* hase arrancado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una para buscarme camorra con motivo de una mujer anciana que él pretende ha sido detenida por un agente de la sección de Higiene, á lo cual yo opongo el mentís más solemne. Yo mismo he visto á la señora Aubert, una mujer de sesenta años cuando menos, que me ha referido al detalle su querella con un carnicero á propósito de un peso de chuletas.

« El incidente hizo necesaria una explicación ante el comisario de policía, y eso es todo lo ocurrido.

« En cuanto á las demás insinuaciones del redactor de *La Pluma*, merecen mi completo desprecio. No se responde, por lo demás, á cosas semejantes cuando se ampara del disfraz el que las escribe.

« Jorge Duroy. »

Mr. Walter y lo mismo Jacobo Rival que acababa de llegar encontraron suficiente aquella nota, y quedó decidido que aquel mismo día pasaría á continuación de los ecos.

Duroy entró temprano en su casa algún tanto agitado é inquieto. ¿ Qué respondería el otro? ¿ Quién era ? ¿ Por qué aquel ataque brutal? Dadas las costumbres bruscas del periodismo, aquella tontería podía llevar lejos, muy lejos el asunto. Aquella noche durmió mal.

Cuando al día siguiente leyó de nuevo su nota en el periódico, la encontró más agresiva impresa que manuscrita. Le parecía que podría haber atenuado ciertas frases.

Todo el día lo pasó calenturiento y todavía durmió mal en la noche siguiente. Al despuntar la aurora se levantó para buscar el número de *La Pluma* que debía responder á su réplica.

El tiempo se había vuelto de nuevo frío, helaba duro.

Los arroyos sorprendidos por la helada, mientras todavía corrían, extendían á lo largo de las aceras dos cintas de hielo.

Los periódicos no habían llegado todavía á los vendedores y Duroy se acordó del día de su primer artículo : *Recuerdos de un cazador de África*. Sus manos y sus pies se le entumecían, haciéndose doloridos, sobre todo en la punta de los dedos, y se puso á dar vueltas al rededor del vidriado kiosco donde la vendedora, agazapada sobre su braserillo, no dejaba ver por la ventanilla sino la nariz y las rojas mejillas envueltas en un capuchón de lana.

Por fin el repartidor de periódicos pasó á la vendedora el paquete por la abertura del cristal y la buena mujer tendió á Duroy *La Pluma* abierta completamente.

De una ojeada buscó su nombre y no lo encontró. Comenzaba ya á respirar cuando de pronto halló la cosa encerrada entre dos guiones :

« El señor Duroy, de la *Vida Francesa*, nos desmiente, y al hacerlo incurre en una mentira. No obstante confiesa que existe una señora Aubert y que un agente la ha llevado á la policía. Sólo queda por hacer una cosa : agregar estas tres palabras : « de la Higiene » á la palabre « agente », y está todo dicho.

« Pero la conciencia de ciertos periodistas está al nivel de su talento.

« Y lo firmo : Luis Langremont. »

El corazón de Jorge empezó á palpitar violentamente, se fué á su casa para vestirse sin darse cuenta de lo que hacía. Se le había insultado y de un modo tal que no era posible vacilar un solo instante. ¿ Y por qué había sido? Por nada, por una vieja que se había querellado con su carnicero.

Se vistió, pues, en seguida y se encaminó á casa de Mr. Walter por más que apenas si eran las ocho de la mañana.

Le encontró ya levantado y leyendo *La Pluma*:

— Y bien, dijo gravemente así que vió á Duroy, Vd. no puede retroceder.

El joven no respondió nada.

— Vaya en seguida á buscar á Rival que se encargará de representar á Vd.

Duroy balbuceó alguna frase vaga y salió para ver al cronista que aún dormía. Al sonar la campanilla, saltó de la cama y, después de leer el eco, exclamó:

— ¡Caracoles! no hay más remedio que ir. ¿Á quién otro ve Vd. que pueda representarle como padrino?

— Pues no sé.

— ¿Boisrenard? ¿Qué le parece á Vd.?

— Sí, Boisrenard.

— ¿Tira Vd. las armas?

— Absolutamente nada.

— ¡Qué diablo! ¿Y la pistola?

— Un poco.

— Bueno. Vd. se va á ejercitar un poco mientras yo me ocupo de todo. Espéreme un minuto.

Jacobo Rival pasó á su cuarto-lavabo y á los pocos instantes se presentó ya lavado y afeitado, correcto.

— Venga Vd. conmigo.

Rival, que habitaba un piso bajo de un hotelito, condujo á Duroy á un sótano enorme al que tenía convertido en sala de armas y en tiro. Todas las aberturas que daban á la calle estaban cuidadosamente cerradas.

Después de encender una serie de mecheros de gas que llegaban hasta el fondo de una segunda pieza en

el que se elevaba un maniquí de hierro pintado de rojo y azul, Rival colocó sobre una mesa dos pares de pistolas de un nuevo sistema que se cargaba por la culata y comenzó las voces de mando lo mismo que si se estuviera ya en el terreno.

— ¿Están prestos?

— ¡Fuego! Una, dos, tres.

Duroy obedecía anonadado, levantaba el brazo, apuntaba, tiraba y como con frecuencia hacía blanco en el vientre del maniquí, pues en su primera juventud se había servido mucho de una vieja pistola de arzón de su padre para matar pájaros en el corral de su casa, Jacobo Rival se declaró satisfecho:

— Bien, muy bien, muy bien; irá Vd. ¡pues no ha de ir!

Después le dejó:

— Tire Vd. hasta medio día. Aquí tiene municiones. No tenga cuidado de gastarlas. Yo vendré á buscarle para almorzar y le daré cuenta de todo.

Y se marchó.

Una vez solo Duroy disparó todavía algunas veces, después se sentó y se puso á reflexionar.

¡Después de todo qué tonto era todo aquello! ¿Qué probaba en resumidas cuentas? ¿Un ratero sería menos ratero porque se hubiera batido? ¿Qué gana un hombre honrado á quien se insulta arriesgando su vida contra un truhán?

Y su espíritu, vagando entonces por entre la negrura, se acordó de cuantas cosas le había dicho Norberto de Varenne acerca de la pobreza de espíritu de los hombres, la mediocridad de sus ideas y de sus preocupaciones, la simpleza y bobería de su moral.

¡Cómo tiene razón, pardiez! dijo en alta voz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

Sintió luego que tenía sed y, como detrás de él oyera ruido de gotas de agua, se volvió y encontró un aparato para duchas, y bebió por el extremo de la lanza. Luego se echó de nuevo á reflexionar. Aquel sótano estaba triste, triste como una tumba.

El rodar lejano y sordo de los coches le causaba la impresión de un trueno producido á distancia. ¿Qué hora podía ser? Las horas pasaban allí dentro como deben de pasar en el fondo de las prisiones, sin que nada las indique ni las marque, á no ser el carcelero al volver con los platos del rancho. Duroy esperó mucho, mucho tiempo.

Luego oyó de pronto pasos, voces, y Jacobo Rival se presentó, acompañado de Boisrenard. Así que el cronista divisó á Jorge, le gritó :

— ¡ Ya está arreglado !

Duroy creyó terminado el asunto con alguna carta del otro excusándose, y su corazón se ensanchó :

— ¡ Ah !... gracias.

— Ese Langremont, prosiguió Rival, es hombre dispuesto y ha suscrito todas nuestras condiciones. Veinticinco pasos y una bala á la voz de mando al levantar la pistola. El brazo tiene así mucha más seguridad que bajándole. Vea Vd., Boisrenard, lo que yo le decía.

Y tomando las armas se puso á tirar demostrando hasta qué punto se conserva mejor la línea levantando el brazo.

— Ahora vámonos á almorzar. Es más de mediodía.

Los tres se fueron á un restaurant inmediato. Duroy no hablaba apenas y comió solamente porque no apareciera que tenía miedo. Luego se fué con Boisrenard al periódico y se puso á trabajar de una manera distraída, maquinalmente. En la redacción se le tomó por hombre sereno y decidido.

Jacobo Rival fué á media tarde á estrecharle la mano y se convino que los testigos irían á buscarle en landó á su casa, á las siete de la mañana del día siguiente para dirigirse desde allí al bosque de Vesinet, donde se verificaría el encuentro.

Todo esto había sido hecho de modo tan inopinado, sin que él tomase parte en nada, ni dijese una palabra, sin que diera su opinión, sin que aceptase ni rechazase, y con una rapidez tal que Duroy estaba aturdido, azorado, sin hacerse claramente cargo de lo que pasaba.

Hacia las nueve de la noche se encontró en su casa después de haber comido con Boisrenard que no le había dejado en todo el día por compañerismo.

Apenas quedó solo, se puso á pasear á través de su habitación con paso largo y rápido, y así continuó por algunos minutos. Estaba demasiado turbado para pensar en nada. Una sola idea ocupaba su espíritu : « Tengo un duelo mañana, » sin que esa idea despertase en él otra cosa que una emoción confusa y dominante. Había sido soldado, había tirado sobre los árabes, es verdad que sin gran peligro para él, así como se tira sobre un jabalí en una partida de caza.

En suma, había hecho lo que debía hacer y se había mostrado como debía mostrarse. Se hablaría de él, se aprobaría su actitud, se le felicitaría.

Luego, hablando en voz alta, como se habla en las grandes sacudidas de pensamiento, exclamó : « Pero ¡ qué bruto es ese hombre ! »

Por último se sentó y se puso á reflexionar. Al entrar en su casa había arrojado sobre la mesita una tarjeta de su adversario, que Rival le había dado, á fin de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conservar su dirección. Volvió á leerla una vez más como la había leído veinte en el día. *Luis Langremont*, 176, calle de Montmartre. Y nada más.

Duroy examinaba aquellas letras reunidas que le parecían llenas de significaciones misteriosas : « Luis Langremont ». ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué edad tenía, y qué estatura? ¿Cómo era su cara? ¿No era irritante el que un extraño, un desconocido, viniese así á perturbar la vida de uno, de pronto, sin razón, por puro capricho y á propósito de una vieja que se había querellado con su carnicero?

Todavía una vez más Duroy repitió en alta voz : « Qué bruto », y permaneció luego inmóvil, soñando y con la vista siempre fija en la tarjeta. Un sentimiento de cólera se despertaba en Jorge Duroy contra aquel trozo de cartulina, una cólera rencorosa con la que se mezclaba una sensación extraña de malestar. ¡Era estúpido todo aquello! Encima de la mesa había unas pequeñas tijeras para uñas y picó con ellas en medio del nombre impreso como si diera á alguno de puñaladas.

¿Iba, pues, á batirse y batirse á pistola? ¿Por qué no habría él elegido la espada? Habría salido del paso con un simple rasguño en el brazo ó en la mano, mientras que con la pistola no se sabía nunca qué contingencias podían resultar. Pero ¡qué demonio! se dijo; es preciso ser decidido.

El acento de su voz le hizo estremecerse y miró en derredor suyo. Comenzaba á sentirse muy nervioso.

Jorge se acostó después de beber un vaso de agua, é inmediatamente apagó la luz y cerró los ojos.

Duroy sentía calor entre las sábanas á pesar del frío de la habitación, pero por más que hacía no lograba adormecerse. Daba vueltas y revueltas, permanecía

cinco minutos boca arriba, para colocarse luego otros cinco sobre el lado izquierdo ó el derecho; todo inútil.

La sed se le presentó todavía y Duroy se levantó para beber.

Luego se apoderó de él una especie de inquietud : « ¿Es que tendré yo miedo? se preguntó. ¿Por qué su corazón le palpitaba locamente á cada ruido conocido de su habitación? » Cuando su reloj de cuclillo iba á dar la hora, el pequeño chirrido del resorte le producía un sobresalto, y le era preciso abrir la boca para respirar por espacio de algunos segundos, tan oprimido le dejada la impresión aquella.

Entonces se echaba á razonar filosóficamente sobre la posibilidad de que fuese miedo lo que sentía. No, ciertamente no tenía miedo, toda vez que estaba resuelto á ir hasta el fin, y tenía la firme voluntad de batirse, de no temblar. Pero tan profundamente emocionado se hallaba que se preguntó : « ¿Puede uno sentir miedo á pesar suyo? » Y aquella duda, aquella inquietud, aquel espanto, se apoderaban de él. Si una fuerza más poderosa que su voluntad, dominadora, irresistible, le vencía, ¿qué ocurriría entonces?

Ciertamente que iría al terreno puesto que quería ir. Pero ¿y si temblaba? ¿Y si perdía conocimiento?

Y pensó en la situación que eso le creaba, en su reputación, en su porvenir.

De pronto experimentó un deseo singular : levantarse y mirarse al espejo. Encendió, pues, la bujía y, al verse reflejado en el pulido cristal, apenas si se reconoció, pareciéndole que jamás se había visto. Sus ojos se le figuraron enormes y su semblante estaba pálido, muy pálido...

Lo mismo que hubiera podido penetrarle una bala,

con igual rapidez le asaltó este pensamiento : « Mañana á esta misma hora, tal vez habré muerto. » Y su corazón comenzó á latir furiosamente.

Se volvió entonces hacia la cama y se vió allí extendido boca arriba, en aquellas mismas sábanas que acababa de dejar, con el mismo rostro hueco que tienen los muertos y con la misma blancura en las manos que jamás volverían á agitarse.

Entonces tuvo miedo de la cama y, á fin de no verla, abrió la ventana y se puso á mirar.

Un frío glacial le mordió desde la cabeza á los pies y Duroy retrocedió tiritando.

Luego se le ocurrió hacer fuego y lentamente encendió la chimenea sin volverse nunca hacia la cama. Sus manos temblaban con ligero estremecimiento nervioso cada vez que tocaban algún objeto. Su cabeza se extraviaba, los pensamientos daban vueltas al rededor de su cerebro, se dividían, se escapaban, se hacían dolorosos, y de su espíritu se apoderaba una especie de embriaguez como si hubiera bebido.

Y se preguntaba sin cesar : ¿ Qué voy á hacer? ¿ Qué va á ser de mí?

De nuevo comenzó á pasear repitiendo continua y maquinalmente : « Es necesario que sea enérgico, muy enérgico. »

Después pensó : « Voy á escribir á mis padres por si me ocurre un accidente. » y sentándose otra vez, tomó un cuadernillo de papel de cartas y empezó :

« Mi querido papá, mi querida mamá... » Pero aquellos términos le parecieron demasiado familiares en una circunstancia tan trágica y desgarró el primer pliego comenzando nuevamente : « Mi querido padre, mi querida madre : Debo batirme al rayar el día y como puede suceder que... »

No se atrevió á escribir lo demás y se levantó de una sacudida.

Ahora le subyugaba este otro pensamiento : « Iba á batirse en duelo, no podía evitarlo, y sin embargo en él se producía un fenómeno extraño. Quería batirse, tenía aquella intención y aquella resolución firmemente decididas, pero le parecía que á pesar de todo el esfuerzo de su voluntad no podría siquiera conservar la fuerza necesaria para ir hasta el lugar del lance. »

De tiempo en tiempo sus dientes se chocaban ligeramente produciendo un pequeño ruido seco y se preguntaba : « ¿ Y mi adversario ? ¿ se ha batido ya otras veces ? ¿ es conocido ? ¿ tiene nombre ? » Jamás había oído hablar de él y, sin embargo, como aquel hombre no fuese un tirador de pistola notable, no habría aceptado sin discusión ni vacilaciones un arma tan peligrosa.

Duroy se imaginaba el momento mismo del lance, la actitud suya y la del adversario, y fatigaba el pensamiento imaginando los menores detalles del combate y veía de pronto dirigido á él el pequeño agujero negro y profundo del cañón, por donde iba á salir una bala.

Bruscamente fué invadido por una desesperación espantosa. Su cuerpo todo vibraba recorrido por estremecimientos bruscos é irregulares. Duroy sintió un deseo loco de echarse por tierra, de desgarrar algo, de morder, y para no gritar tuvo que juntar con fuerza los dientes.

Entonces al ver un vasito sobre la chimenea se acordó de que tenía en el armario una botella de litro casi llena de aguardiente, porque había conservado la costumbre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

militar de *matar el gusanillo* todas las mañanas, y tomando la botella bebió por el gollete mismo grandes tragos, con avidez, dejándola únicamente cuando le faltó la respiración. La había vaciado de un tercio.

Un calor parecido á una llama le quemó en seguida el estómago, se esparció por los miembros y fortaleció su espíritu aturdiéndole.

« Ya tengo el medio, » se dijo, y como ahora sentía la piel ardorosa volvió á abrir la ventana.

El día despuntaba tranquilo y glacial.

Las estrellas parecían morir en el fondo del firmamento iluminado, y las señales verdes, rojas y blancas palidecían en la profunda fosa del camino de hierro.

Las primeras locomotoras comenzaban á recorrer la vía y pasaban silbando en busca de los primeros trenes. Otras se anunciaban á lo lejos lanzando gritos agudos y repetidos, gritos de despertamiento, como los de los gallos en las campiñas.

« Tal vez yo no veré más todo esto, » pensaba Duroy. Pero comprendiendo que nuevamente iba á enternecerse como antes, reaccionó violentamente : « ¡ Bah ! No hay que pensar en nada hasta el momento mismo del lance. Esa es la única manera de presentarse resuelto. »

Y comenzó á vestirse y arreglarse. Todavía tuvo un segundo de desfallecimiento mientras se afeitaba, pensando que tal vez era la última vez que contemplaba su semblante.

Pero bebió un nuevo trago de aguardiente y concluyó de vestirse.

La hora que siguió le fué difícil de pasar. Duroy se paseó todo ese tiempo de lo largo á lo ancho de su habitación esforzándose por inmovilizar su alma.

Cuando oyó llamar á su puerta estuvo á punto de caerse de espaldas, tan violenta fué la conmoción que sufrió. Eran sus padrinos.

— ¡ Ya !

Aquellos señores se presentaban envueltos en pieles. Después de estrechar á su apadrinado la mano, exclamó Rival :

— Hace un frío que ni en Siberia. Conque estamos bien ¿ eh ? preguntó.

— Sí, perfectamente.

— ¿ De suerte que..... tranquilo ?

— Muy tranquilo.

— Entonces no hay cuidado. ¿ Ha bebido Vd. y comido alguna cosa ?

— Sí ; no necesito nada.

Boisrenard había creído del caso presentarse con una condecoración extranjera verde y amarilla que Duroy jamás le había visto.

Los tres bajaron. Un señor los esperaba en el landó : « El doctor Le Brument, » dijo Rival. Duroy le estrechó la mano balbuceando : « Se lo agradezco mucho. »

Después, al sentarse en la banqueta delantera, sintió algo muy duro que le hizo levantarse como movido por un resorte. Era la caja de las pistolas.

— No, no, repetía Rival : el combatiente y el médico al fondo, al fondo del coche.

Duroy concluyó por comprender y se hundió en el asiento al lado del doctor.

Los padrinos subieron á su vez y el cochero arrancó. Ya sabía adónde tenía que dirigirse.

Mas como la caja de pistolas molestaba á todo el mundo, sobre todo á Duroy que hubiera preferido no verla, se intentó colocarla detrás de la espalda, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacía daño en los riñones, y colocada luego, derecha, entre Rival y Boisrenard, se caía á cada momento. Se concluyó por depositarla bajo los pies.

La conversación languidecía por más que el médico refería algunas anécdotas. Rival era el que únicamente respondía, pues si bien Duroy hubiera querido demostrar presencia de espíritu, tenía miedo de perder el hilo de sus ideas y mostrar la turbación de su alma y se sentía, además, frecuentado por el miedo, que le atormentaba enormemente, de ponerse á temblar.

El coche se encontró bien pronto en plena campiña. Eran próximamente las nueve de aquella ruda mañana de invierno en que la naturaleza toda aparecía luciente, quebradiza y dura como el cristal.

En esas mañanas, los árboles, vestidos de escarcha, parece como si hubieran sudado hielo, la tierra suena bajo los pasos, el aire seco lleva á lo lejos los menores ruidos y el cielo azul resulta brillante á la manera de los espejos, y hasta el sol mismo al cruzar el espacio pasa frío y resplandeciente arrojando sobre la creación helada rayos que ni siquiera caldean.

— He tomado las pistolas en casa de Gastine Renette, decía Rival á Duroy. El mismo las ha cargado. La

caja va sellada. No hay más que echarlas á la suerte con las de nuestro adversario.

— Se lo agradezco á Vd., respondió Duroy maquinalmente.

Rival entonces le indicó minuciosamente cuanto debía hacer, pues tenía gran interés en que su patrocinado no cometiese error alguno, é insistía en cada uno de los puntos muchas veces :

— Cuando se pregunte : ¿Están ustedes dispuestos, señores? Vd. responderá con voz fuerte : ¡ Sí !

« Cuando se dé la voz de ¡ Fuego ! levanta Vd. rápidamente el brazo y dispara antes de que se haya pronunciado « tres ».

Duroy se repetía mentalmente :

— Cuando se diga « Fuego » levantaré el brazo; cuando se diga « Fuego » levantaré el brazo; cuando se diga « Fuego » levantaré el brazo, y aprendía esto como los niños aprenden sus lecciones, murmurándolas hasta la saciedad para grabárselas bien en la memoria :

— Cuando se dirá « Fuego » levantaré el brazo.

El landó se internó en un bosque, echó hacia la derecha por una avenida y después, todavía, más á la derecha. Rival abrió bruscamente la portezuela para gritar al cochero : « Por aquí, por este caminito. » El coche se metió por un carril, entre dos sotos cuyas mortecinas hojas temblaban ribeteadas por un cordoncillo de hielo.

Duroy seguía murmurando siempre mentalmente :

— Cuando se dará la voz de « Fuego » yo levantaré el brazo. Y pensó que un accidente de carruaje arreglaría todo. ¡ Oh ! si se pudiera volcar ¡ qué dicha ! ¡ y si él se rompiera una pierna !...

Pero al extremo de uno de los claros de los árboles distinguió un coche parado y cuatro señores que pisoteaban con fuerza en el suelo para calentarse los pies, y entonces vióse precisado á abrir la boca, tan penosa se le hacía la respiración.

Primeramente bajaron los padrinos, luego el médico y el combatiente. Rival había tomado previamente la caja de las pistolas y con Boisrenard se dirigió hacia dos señores que venían á encontrarse con ellos.

Duroy los vió saludarse ceremoniosamente y encaminarse en seguida juntos al claro de árboles mirando, tan pronto al suelo tan pronto á los árboles, como si buscasen alguna cosa que hubiera podido caer ó volarse. Luego contaron los pasos y trabajosamente lograron introducir dos bastones en el suelo helado. Inmediatamente se agruparon é hicieron los movimientos del juego de cara y cruz como niños que se divierten.

— ¿Vd. se siente bien? ¿no tiene necesidad de nada? preguntó el doctor Le Brument á Duroy.

— No, de nada, muchas gracias.

Le parecía que estaba loco, que dormía, que soñaba, que algo de sobrenatural le envolvía.

¿Tendría miedo? Acaso. Pero no lo sabía. Todo había cambiado en torno de él.

Jacobo Rival volvió junto á Duroy con satisfacción y muy bajito le dijo:

— Todo está presto. La fortuna nos ha favorecido en cuanto á las pistolas.

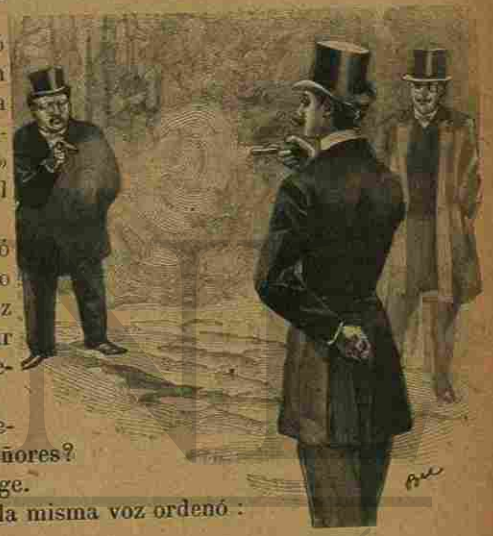
Una cosa que para Duroy era indiferente.

Mientras se le quitó el sobretodo, estuvo sin decir nada, y se le palpó en los bolsillos de la levita para convencerse de que no llevaba absolutamente papeles ni cartera que pudieran protegerle.

Duroy repetía para sí como si fuese una oración:

— Cuando se diga « Fuego » yo levantaré el brazo.

Después se le acompañó hasta uno de los bastones enclavados en tierra y se le entregó su pistola. Entonces vió de pie, frente á él, muy cerca, un hombrecito panzudo y calvo que llevaba lentes. Era su adversario.



Duroy le examinó muy bien pero sin pensar en otra cosa que en esto: « Cuando se diga « Fuego » yo levantaré el brazo y tiraré. »

Una voz resonó en el gran silencio del espacio, una voz que parecía venir de muy lejos, y preguntó:

— ¿Están ustedes dispuestos, señores?

— Sí, gritó Jorge.

Entonces aquella misma voz ordenó:

— ¡Fuego!

Duroy no escuchó más, no se enteró de nada, ni se hizo cargo de nada; sintió solamente que levantaba su brazo apoyando con toda su fuerza el gatillo.

Y no oyó más.

Pero inmediatamente vió un poco de humo en el extremo del cañón de su pistola y como el hombre que tenía enfrente permanecía siempre de pie, en la misma postura igualmente vió también otra nubecilla blanca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que pasaba rápidamente por encima de la cabeza de su adversario.

Habían disparado los dos. Estaba concluído.

Sus padrinos y el médico le tocaban, le palpaban, desabotonándole los vestidos y preguntando con ansiedad :

— ¿No está Vd. herido?

Duroy respondió al azar :

— No, creo que no.

Langremont, por su parte, resultaba tan intacto como su enemigo, y Jacobo Rival murmuró con tono de disgusto :

— Con la dichosa pistola sucede siempre lo mismo, ó se yerra ó se mata. ¡Qué cochino instrumento!

Duroy no respiraba siquiera, paralizado de sorpresa y de alegría :

« ¡Todo había concluído! » Fué preciso tomarle el arma que tenía siempre apretada en la mano. Ahora le parecía que se habría batido contra el universo entero. ¡Todo había concluído, qué felicidad! Jorge se sentía capaz en aquel momento de provocar á cualquiera que fuese. Todos los padrinos hablaron algunos minutos y después que se dieron cita para redactar en el día el acta, los de Duroy con éste y su médico subieron al carruaje. El cochero reía sobre su asiento y al partir de nuevo hizo chasquear la fusta.

Los cuatro almorzaron en un restaurant del bulevar y hablaron del suceso. Duroy refería sus impresiones :

— Esto no me ha emocionado en lo más mínimo, absolutamente nada. Por lo demás ustedes han podido apreciarlo.

— En efecto, respondió Rival, se ha mantenido Vd. bien.

Redactada que fué el acta le fué entregada á Duroy que debía insertarla en los Ecos. Se extrañó de ver que había cambiado dos balas con Mr. Luis Langremont, y algún tanto inquieto preguntó á Rival :

— ¿Pero cómo? Sólo hemos disparado una bala.

Rival sonrió :

— Está bien, una bala... una bala cada uno... hacen dos.

Duroy encontró la explicación satisfactoria y no insistió.

Cuando Mr. Walter le vió, le abrazó :

— ¡Bravo! ¡Bravo! ha defendido Vd. el pabellón de *La Vida Francesa*. ¡Bravo!

Jorge se exhibió por la noche en los principales periódicos de importancia y en los principales cafés del bulevar, y se encontró dos veces con su adversario que se exhibía igualmente. No se saludaron. Únicamente si uno de los dos hubiera resultado herido se habrían estrechado las manos. Por lo demás lo mismo el uno que el otro juraban convencidos haber oído silbar la bala del adversario.

Al día siguiente, sobre las once de la mañana Duroy recibió un pequeño azul : « ¡Dios mío, qué susto he pasado! Espérame en seguida en la calle de Constantinopla para que yo te abrace, amor mío. ¡Qué valiente eres! Te adora tu Clo. »

Duroy acudió á la cita.

Mme de Marelle se arrojó en sus brazos cubriéndole de besos :

— ¡Oh! querido mío! si supieras qué emoción cuando he leído los periódicos esta mañana. ¡Oh! cuéntame. Díme todo. Quiero saberlo.

Duroy tuvo que referir todos los detalles minuciosamente :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Y qué mala noche has debido pasar antes del duelo!

— No, he dormido perfectamente.

— Yo no hubiera cerrado los ojos. Y dime, ya en el terreno, ¿cómo ha pasado eso?

Duroy hizo entonces un relato dramático :

— Cuando nos encontramos enfrente uno del otro, á veinte pasos de distancia, cuatro veces solamente lo largo de esta habitación, Jacobo, después de preguntarnos si estábamos preparados, dió la voz de « fuego ». Yo elevé inmediatamente el brazo, perfectamente en línea, pero cometí el error de apuntar á la cabeza. El arma que tenía era muy dura y estoy acostumbrado á pistolas más suaves, de tal manera que la resistencia del gatillo ha levantado el disparo. Pero á pesar de todo no ha debido pasarle muy lejos. Él también, por su parte, tira perfectamente, el tunante. Su bala me ha rozado la sien. He sentido el aire.

Clotilde estaba sentada sobre sus rodillas y le tenía en sus brazos como si quisiera compartir con él el peligro, y balbuceaba :

— ¡Oh! mi pobre queridito, queridito mio!...

Después que él concluyó de contarle todo, le dijo ella :

— ¿Sabes? yo no puedo continuar así más tiempo. Quiero verte, y con mi marido en París la cosa no es muy fácil, pero muchas veces dispongo de una hora por la mañana, antes de que te hayas levantado, y podría ir á darte un beso, pero no quiero entrar más en aquella casa horrible. ¿Cómo haríamos?

Duroy tuvo bruscamente una inspiración.

— ¿Cuánto pagas tú aquí?

— Cien francos al mes.

— Pues bien, tomo la casa por mi cuenta y la voy

á habitar de hecho. Mi casa, dada mi posición actual, no es bastante.

Clotilde reflexionó algunos instantes.

— No, no quiero, replicó.

— ¿Por qué? preguntó él extrañándose.

— Porque...

— Eso no es una razón. Este cuarto me conviene perfectamente. Ya estoy en él y en él me quedo.

Y añadió riendo :

— Además, está á mi nombre.

Pero ella se negaba siempre :

— No, no, no quiero.

— Pero, en fin, ¿por qué es eso?

Entonces ella le cuchicheó muy bajito, tiernamente :

— Porque traerías aquí mujeres y no quiero.

Duroy se indignó :

— ¡Cómo! Nunca en la vida, te lo prometo.

— No, así y todo traerías mujeres.

— ¡Te lo juro!

— ¿De veras?

— De veras. Palabra de honor. Esta es nuestra casa, nada más que nuestra.

Su querida le abrazó en un transporte de amor :

— Entonces sí que quiero, queridito mio. Pero ¿sabes? Si me traicionas una vez, nada más que una vez, todo habrá concluído entre nosotros, y concluído para siempre.

Duroy juró todavía con mil protestas y quedó convenido que aquel mismo día se instalaría á fin de que ella pudiese verle cuando pasara por delante de la puerta.

Luego le dijo :

— De todos modos vete á comer el domingo. Mi marido está encantado de ti.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿De verdad?... preguntó Duroy con algo de vanidad satisfecha.

— Sí, le has conquistado. Y además, escucha: ¿no me has dicho que te habías educado en una casa de campo?

— Sí ¿por qué?

— ¿Porque entonces debes conocer un poco el cultivo?

— Sí.

— Pues bien, háblale de jardinería y de cosechas, le gusta mucho eso.

— Bueno. No lo olvidaré.

Mme de Marelle le dejó, después de besarle frenéticamente, pues aquel duelo había excitado su ternura de un modo extraordinario.

Cuando Duroy se fué al periódico reflexionaba:

— ¡Qué ser tan original esta mujer! ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Se puede saber qué es lo que quiere y qué es lo que la gusta? ¡Valiente matrimonio! ¿Quién habrá tenido la fantasía de arreglar la boda entre ese viejo y esta muchacha sin sexo? ¿Qué razonamiento se habrá hecho ese inspector al casarse con esta verdadera estudianta? ¡Misterio! ¡Quién sabe! ¿El amor tal vez?

— En fin, dijo últimamente, lo cierto es que para querida es una mujer soberbia y que yo sería un tonto de capirote dejándola.

VIII

Su duelo con Langremont había hecho pasar á Duroy al número de los redactores de punta de *La Vida Francesa*, pero como experimentaba una dificultad infinita cuando se trataba de descubrir ideas, se dedicó á la especialidad de las declamaciones sobre la decadencia de las costumbres, el rebajamiento de los caracteres, el debilitamiento del patriotismo y la anemia del honor francés. (Duroy había encontrado la palabra «anemia» de la cual estaba orgulloso.)

Así es que cuando Mme de Marelle, exuberante de ese *esprit* burlón, escéptico é ingenuo que se ha dado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿De verdad?... preguntó Duroy con algo de vanidad satisfecha.

— Sí, le has conquistado. Y además, escucha: ¿no me has dicho que te habías educado en una casa de campo?

— Sí ¿por qué?

— ¿Porque entonces debes conocer un poco el cultivo?

— Sí.

— Pues bien, háblale de jardinería y de cosechas, le gusta mucho eso.

— Bueno. No lo olvidaré.

Mme de Marelle le dejó, después de besarle frenéticamente, pues aquel duelo había excitado su ternura de un modo extraordinario.

Cuando Duroy se fué al periódico reflexionaba:

— ¡Qué ser tan original esta mujer! ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Se puede saber qué es lo que quiere y qué es lo que la gusta? ¡Valiente matrimonio! ¿Quién habrá tenido la fantasía de arreglar la boda entre ese viejo y esta muchacha sin sexo? ¿Qué razonamiento se habrá hecho ese inspector al casarse con esta verdadera estudianta? ¡Misterio! ¡Quién sabe! ¿El amor tal vez?

— En fin, dijo últimamente, lo cierto es que para querida es una mujer soberbia y que yo sería un tonto de capirote dejándola.

VIII

Su duelo con Langremont había hecho pasar á Duroy al número de los redactores de punta de *La Vida Francesa*, pero como experimentaba una dificultad infinita cuando se trataba de descubrir ideas, se dedicó á la especialidad de las declamaciones sobre la decadencia de las costumbres, el rebajamiento de los caracteres, el debilitamiento del patriotismo y la anemia del honor francés. (Duroy había encontrado la palabra «anemia» de la cual estaba orgulloso.)

Así es que cuando Mme de Marelle, exuberante de ese *esprit* burlón, escéptico é ingenuo que se ha dado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en llamar *esprit* parisiense, se burlaba de sus parrafadas poniéndolas con un epigrama en ridículo. Duroy res-

pondía sonriendo : « ¡ Bah! Eso me hace una reputación para más tarde. »

Duroy habitaba ahora en la calle de Constantinop la

adonde había hecho llevar su baúl, sus cepillos, su navaja de afeitar y su jabón que constituía todo su equipo. Dos ó tres veces por semana la joven le visitaba antes de que él se hubiese levantado, se desnudaba en un minuto y, temblando de frío cogido en la calle, se deslizaba en la cama.

Jorge á su vez comía todos los jueves con el matrimonio y hacía la corte al marido hablándole de agricultura, y, como él mismo experimentaba placer en hablar de las cosas de labranza, ambos se interesaban algunas veces tanto en la conversación que se olvidaban completamente de su mujer, la cual dormitaba en el canapé.

Laurina se dormía igualmente unas veces sobre las rodillas de su padre, otras sobre las de Buen Mozo.

Y así que el periodista había partido, Mr. de Marelle se complacía en reconocer con aquel tono doctrinario, con que decía las menores cosas : « Este muchacho es realmente muy agradable. Tiene un espíritu muy cultivado. »

Febrero tocaba á su fin. Comenzábase á sentir en las calles el olor de violeta al pasar por la mañana las carretillas tiradas por las vendedoras de flores.

Duroy vivía sin ver una sola nubecilla en su horizonte.

Una noche al entrar en su casa encontró una carta que había sido deslizada por bajo de la puerta. Examinó el timbre del correo y leyó Cannes. La carta decía lo siguiente :

Cannes, Villa-Hermosa.

« Mi estimado señor y amigo : Usted me tiene dicho que podía contar con Vd. para todo ¿no es cierto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues bien, acudo á Vd. para pedirle un penoso servicio: el de venir á ayudarme en los últimos momentos de Carlos, que va á morir. Tal vez no salga de la semana por más que todavía se levanta, pero el médico me ha prevenido.

« No tengo ni la fuerza ni el valor de presenciar esta agonía día y noche, y pienso con terror en los últimos momentos que se aproximan. Un servicio semejante solamente puedo prometérmele de Vd., pues mi marido no tiene ya familia. Usted ha sido su camarada, él le ha abierto la puerta del periódico. Venga Vd., se lo suplico, pues no tengo nadie á quien acudir. Créame Vd. su más afectuosa camarada.

« Magdalena Forestier. »

Un sentimiento singular entró cual soplo de aire en el corazón de Jorge, un sentimiento de libertad y de espacio que se abrían ante él: « Claro que sí, ¡ pues no he de ir! ¡ Pobre Carlos! ¡ Es uno de los nuestros, á pesar de todo! »

El director, á quien Duroy presentó la carta de la joven, dió refunfuñando su autorización:

— Está bien, pero vuelva pronto; nos es Vd. indispensable.

Jorge Duroy partió para Cannes al día siguiente por el rápido de las siete, después de haber prevenido al matrimonio de Marelle con un telegrama, y llegó al día siguiente á las cuatro de la tarde.

Un mozo de cordel le condujo hasta Villa-Hermosa, un pequeño edificio levantado en mitad de la pendiente de una montaña, en aquel bosque de abetos, poblado por blancas casitas, que va desde Cannes al golfo Juan.

La casa era bajita, de estilo italiano, y estaba situada

al borde de la carretera que sube en zig-zag á través de los árboles mostrando á cada rodeo admirables puntos de vista.

El criado abrió la puerta.

— ¡ Oh! caballero, la señora espera á Vd. con impaciencia.

— ¿ Cómo está el señor? preguntó Duroy.

— No muy bien; no tiene para mucho tiempo.

El salón en donde el joven entró, estaba tapizado de género persa color rosa con dibujos azules. La ventana alta y espaciosa daba á la ciudad y al mar.

« ¡Caramba! murmuraba Duroy: si esto es excelente como casa de campo. ¿ De dónde diablos sacan todo ese dinero?

Un ruido de faldas le hizo volverse. Era Mme Forestier que le tendió las dos manos:

— ¡ Qué bueno ha sido Vd. viniendo, es Vd. muy bueno!

Y bruscamente le besó. Luego se miraron.

Ella estaba algo pálida y delgada pero fresca siempre y acaso más bonita todavía con su aire más delicado.

— Está terrible, ¿ Vd. sabe? murmuró Mme Forestier, como se siente perdido me tiraniza atrozmente. Ya le he anunciado la llegada de Vd., pero ¿ y la maleta?

— La he dejado en la estación, respondió Duroy, ignorando en qué hotel Vd. me aconsejaría hospedarme para tenerme cerca.

Por un momento ella vaciló, pero luego le dijo:

— Se hospedará Vd. aquí en la casa. Su habitación después de todo, está lista. Puede morir de un momento á otro y si eso ocurriera de noche, yo me encontraría sola. Por lo tanto enviaré á buscar su maleta.

— Como Vd. quiera, dijo Duroy inclinándose.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

— Ahora subamos, dijo ella.

Jorge la siguió hasta el primer piso en donde ella se detuvo y abrió una puerta. Duroy se encontró, cerca de una ventana, una especie de cadáver que le miraba; era Forestier, sentado en una butaca, envuelto en cobertores y lívido bajo la roja claridad del sol poniente. Apenas si reconoció á Duroy, más bien adivinó que era su amigo.

En aquella habitación sentíase el olor á fiebre, á tisanas, á éter, á brea, ese olor inexplicable de los apartamentos donde respira un tísico.

Forestier levantó la mano con movimiento tardo y penoso :

— Estás aquí, vienes á verme morir. Te lo agradezco.

Duroy afectó que reía :

— ¿Verte morir? No sería un espectáculo muy agradable y seguramente que yo no habría elegido una ocasión así para visitar Cannes. Vengo únicamente á saludarte y á descansar un poco.

— Siéntate, murmuró Forestier bajando la cabeza como sumergido en meditaciones desesperadas.

Su respiración era rápida y entrecortada y alguna vez lanzaba un gemido como si hubiera querido recordar á los otros lo enfermo que estaba.

Comprendiendo que él no hablaría, su mujer fué á apoyarse al balcón y, mostrando con un movimiento de cabeza el horizonte, dijo :

— Miren Vds. esto, qué hermoso es.

Enfrente de ellos, la cuesta descendía sembrada de lindas casitas hasta la ciudad, la cual se acostaba en semicírculo a lo largo del río, con la cabeza á la derecha, hacia el muelle de la ciudad vieja coronada por el antiguo torreón del Concejo, y los pies hacia la izquierda,

en la punta de la Cruciata y en frente de las islas de Lerins, que parecían dos manchas verdes en medio del azulado mar.

Y á lo lejos, cerrando el horizonte por el otro lado del golfo, por encima del muelle y del torreón, una larga serie de montañas azuladas dibujaban sobre el cielo brillante una línea gallarda de encantadoras cumbres, ya redondeadas, ya puntiagudas, línea á la cual daba remate un gran monte en pirámide que internaba su base en la pleamar.

— Ese es el monte Esterel, indicó Mme Forestier.

Detrás de las sombrías cimas, el espacio estaba rojo, de un rojo sanguinolento y dorado que la vista no podía resistir largo tiempo.

Duroy experimentaba á pesar suyo la majestad de aquel ocaso magnífico, y no hallando otra frase que expresara mejor la admiración que sentía, murmuró :

— En efecto, esto es desconcertante.

Forestier levantó la cabeza hacia su mujer :

— Dame un poco de aire, le dijo.

— Mira, le respondió ella, es tarde, el sol se está ya poniendo, vas á coger todavía frío, y sabes bien que no te conviene.

Forestier hizo con la mano derecha un ligero movimiento febril, que hubiera querido ser un puñetazo, y murmuró con gesto de cólera, con un gesto de moribundo que mostraba la delgadez de sus labios y de sus mejillas dejando asomar todos los huesos de su cara :

— Te digo que me sofoco. Qué te importa que muera un poco antes ó un poco después, toda vez que me encuentro a... molado...

Mme Forestier abrió el balcón cuanto grande era.

El aire que entró fué para los tres como una caricia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era una brisa blanda, tibia, apacible, una brisa de primavera alimentada ya con los perfumes de los arbustos y de las floresolorosas que brotan por aquellas costas, y percibíase en ella un gusto pronunciado de resina y el sabor acre de los eucaliptos.

Forestier la aspiraba con aliento febril y corto; de pronto crispó las uñas sobre los brazos de la butaca y con voz baja, silbante, rabiosa, pidió otra vez:

— Cierra el balcón, me hace mal. Yo quisiera mejor reventar en un sótano.

Su mujer cerró lentamente el balcón y después, apoyada la frente contra los cristales, se puso á mirar á lo lejos.

Duroy, á quien aquella escena le embarazaba, hubiera querido hablar con su amigo y tranquilizarle.

Pero no se le ocurría nada á propósito para reconfortarle.

— Á lo que parece no has mejorado gran cosa desde que estás aquí, balbuceó.

El otro se encogió de hombros con impaciencia y abatimiento:

— Ya lo ves. Y bajó de nuevo la cabeza.

— ¡Caramba! repuso Duroy, pues aquí hace un tiempo soberbio comparado con el de París. Allí estamos todavía en pleno invierno. Nieva, hiela, llueve, y desde las tres de la tarde está ya tan oscuro que es preciso encender las luces.

— ¿No ocurre nada de nuevo en el periódico?

— Nada. Ha entrado para reemplazarte el pequeño Lacrin que acababa de salir del *Voltaire*, pero no echará raíces. Hace falta que tú vuelvas.

— ¡Yo! balbuceó el enfermo. Á seis pies bajo tierra me voy ahora á escribir la crónica.

La idea fija de la muerte se le presentaba como un toque de campana, á propósito de todo, se le aparecía sin cesar en cada pensamiento, en cada frase.

Hubo un largo silencio; un silencio doloroso y profundo. Los ardores del ocaso se calmaban lentamente, y las montañas se volvían negras sobre el rojo cielo que empezaba á oscurecerse. En la habitación penetraba una sombra colorada, un comienzo de noche, que guardaba todavía resplandores de brasero moribundo, y parecía como si tiñese los muebles, las paredes, las colgaduras y las rinconeras, con tonos mezclados de tinta y de púrpura. El espejo de la chimenea al reflejar el horizonte tenía el aspecto de una placa de sangre.

Mme Forestier no se movía, de pie siempre, de espaldas á la habitación y con la cara apoyada en la vidriera.

Forestier comenzó á hablar con voz entrecortada y sin aliento, una voz imposible de entender:

— ¿Cuántos días me quedan de ver la puesta del sol?... ocho... diez... quince ó veinte... acaso treinta, pero no más... Vosotros tenéis tiempo, vosotros sí... yo he concluído... Y todo continuará... después... lo mismo que si yo estuviera...

Unos cuantos minutos permaneció sin decir nada y luego prosiguió:

— Todo esto que veo me recuerda que dentro de algunos días ya no lo veré más... Es horrible... no veré nada... nada de cuanto existe... los pequeños objetos que á diario uno maneja... los vasos... los platos... la cama en que uno descansa... los carruajes... Qué agradable es pasear en coche por las tardes... ¡Tanto como me gusta á mí eso!

Mientras decía todo aquello, Forestier agitaba los dedos de las manos con un ligero movimiento nervioso,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo mismo que si tocase el piano sobre los dos brazos de la butaca, y á cada pausa que hacía, el silencio resultaba más penoso que sus palabras, pues se comprendía que su espíritu pensaba entonces cosas espantosas.

Duroy se acordó de pronto de todo cuanto Norberto de Varenne le decía unas cuantas semanas antes:

« Veo la muerte ahora tan cerca de mí que con frecuencia tengo deseos de extender los brazos para rechazarla... La descubro en todas partes. Los animalillos despachurrados en las carreteras, la hoja que cae, la cana sorprendida en la barba de un amigo me hacen trizas el corazón y me gritan : ¡Ahí la tienes! »

Aquel día no lo había comprendido, ahora lo comprendía mirando á Forestier. Y una angustia atroz, desconocida, entraba en él como si, allí cerca, al alcance de su mano, en la butaca en que aquel hombre yacía jadeante, hubiese sentido la asquerosa muerte. Tenía deseos de levantarse, de irse, de escaparse de allí, de volverse á París en seguida... ¡Oh! Como él lo hubiera sabido, seguramente que no venía.

La noche se había ya extendido por la habitación como un luto prematuro que cayera sobre aquel moribundo. Sólo el balcón resultaba ahora visible, delineando en su cuadro más claro la silueta inmóvil de la señora de Forestier.

Éste preguntó irritado :

— ¿ Es que hoy no se enciende la luz? ¡ Y esto se llama cuidar á un enfermo!

La sombra del cuerpo que se dibujaba sobre los cristales desapareció, y un timbre eléctrico se oyó repicar en la sonora casita.

Un criado entró inmediatamente y posó un quinqué sobre la chimenea.

— ¿ Quieres acostarte? ¿ ó bajas á comer? dijo Mme Forestier á su marido.

— Bajaré, murmuró el enfermo.

Y en espera de la comida permanecieron todavía cerca de una hora inmóviles, los tres, pronunciando solamente de vez en cuando una palabra, una palabra cualquiera trivial é inútil, como si existiera un peligro, un peligro misterioso, en dejar que durase demasiado tiempo aquel silencio, en dejar que se condensase el aire mudo de la habitación, aquella habitación por la que vagaba errante la muerte.

El criado anunció, al fin, que estaba dispuesta la comida, que á Duroy le pareció interminable. Durante ella no hablaron, comían sin ruido y pellizcaban el pan con las puntas de los dedos, en tanto que el doméstico que la servía iba y venía sin que sus pasos se sintieran, pues como á Carlos le molestaba el ruido producido por las suelas de los zapatos, el hombre los había reemplazado por pantuflas. Únicamente se oía el duro tic-tac de un reloj de sobremesa, que perturbaba la calma de la estancia con su movimiento mecánico y regular.

Así que se hubo concluído de comer, Duroy se retiró á su habitación so pretexto de encontrarse fatigado, y apoyado en la ventana, contemplaba en medio del cielo la luna llena que, como un globo de quinqué enorme, arrojaba sobre las blancas paredes de la ciudad su claridad seca y velada, sembrando en la mar una especie de luz escamada y brillante, suave y movediza.

Jorge buscaba una excusa para marcharse de allí lo más pronto posible, inventando alguna astucia, telegramas que debía recibir, una orden de regreso de Mr. Walter. Pero sus resoluciones de fuga le parecieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más difíciles de realizar cuando se despertó á la mañana siguiente.

Mme Forestier no se dejaría engañar por aquellos pretextos y él perdería por su falta de valor todas las ventajas que de su alianza con ella podían resultarle :

— ¡ Bah ! se dijo, es fastidioso, pero ¡qué importa ! hay en la vida trances desagradables y además tal vez esto no dure mucho.

Hacía un tiempo soberbio, con ese cielo azul del mediodía que inunda de gozo el espíritu, y Duroy bajó hasta el mar, encontrando que era todavía demasiado temprano para ver á Forestier.

Cuando entró para almorzar le dijo el criado :

— El señor ha preguntado por Vd. dos ó tres veces. Si Vd. quisiera subir á verle...

Duroy subió y encontró á Forestier que parecía dormir en la butaca. La señora leía tendida en el canapé.

Al levantar el enfermo la cabeza, Duroy le preguntó :

— Y bien ¿cómo te encuentras? Hoy tienes muy buena cara.

— Sí, esto va mejor; he recobrado algunas fuerzas, respondió Forestier. Almuerza de prisa con Magdalena porque vamos á dar un paseo en coche.

Cuando la joven se encontró sola con Duroy, le dijo :

— Ahí le tiene Vd., hoy se cree salvado. Desde por la mañana todos son proyectos. En seguida vamos á ir al golfo Juan á comprar porcelanas para nuestra casa de París. Quiere salir á todo trance, pero yo me temo cualquier accidente. No podrá soportar las sacudidas del camino.

Una vez el landó á la puerta, Forestier bajó la escalera paso á paso y sostenido por el criado, y al ver el carruaje quiso que se descubriera como una Manuela.

Su mujer se resistía :

— Pero vas á tomar frío. Eso es una locura.

— No, se obstinó Forestier. Estoy mucho mejor, lo veo bien.

Pasaron primeramente por esos caminos llenos de sombra, abiertos entre dos jardines, que hacen de Cannes una especie de parque inglés, y luego ganaron la carretera de Antibes á lo largo del mar.

Forestier explicaba el paisaje. Indicó lo primero la villa del conde de París y después señaló otras. Se mostraba alegre con esa alegría buscada, artificiosa y débil del condenado, y para señalar los diferentes sitios que describía levantaba el dedo, pues no tenía absolutamente fuerza para extender el brazo.

— Ahí tenéis la Isla de Santa Margarita y el castillo de donde se evadió Bazaine. ¡Nos la han dado á guardar con ese dichoso recuerdo!

Luego se acordó del regimiento y nombró algunos oficiales que le traían á la memoria anécdotas de la vida militar. Pero de pronto á un rodeo de la carretera apareció el golfo Juan todo entero con su aldea blanca en el fondo y la punta de Antibes al otro extremo.

Forestier, de quien repentinamente se había apoderado una alegría infantil, balbuceó :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡ Oh ! ¡ la escuadra ! ¡ vas á ver la escuadra !

En medio de la extensa bahía se descubrían, en efecto, seis grandes navíos que parecían peñascos cubiertos de cuernos, navíos gallardos, enormes, grandísimos, con excrecencias, con torres, con espolones que se hundían en el agua como si hubieran de arraigarse en el fondo del mar. Apenas se comprendía que aquellos buques pudiesen cambiar de sitio ni siquiera moverse, tan pesado parecía y tan amarrado al fondo todo aquello. La batería flotante, redonda y alta en forma de observatorio, semejaba á esos faros construídos sobre escollos.

Un bergantín de tres palos pasaba junto á ellos en aquel momento para ganar lo ancho, y el verle pasar con sus blancas y alegres velas desplegadas, cerca de aquellos monstruos de guerra, monstruos horrorosos de hierro que estaban allí como agazapados sobre el agua, resultaba de un efecto lindo y gracioso.

Forestier se esforzaba por reconocer los buques y los nombraba :

— El « Colbert », el « Suffren », el « Almirante Duperré », el « Terrible », la « Devastación ». No, no me equivoco, decía luego rectificando, la « Devastación » es este último.

Llegaron al fin á un gran pabellón á la entrada del cual se leía : « Porcelanas de arte del golfo Juan », y el carruaje, después de dar la vuelta al rededor de un césped, se detuvo delante de la puerta.

Forestier quería comprar dos vasos para colocarlos encima de su biblioteca, y como apenas si hubiera podido bajarse del coche, se le llevaban hasta allí los modelos uno después de otro. Empleó mucho tiempo para elegir y consultaba á su mujer y á Duroy :

— ¿ Sabes ? esto es para el mueble del fondo de mi gabinete. Así desde mi butaca lo tengo todo el tiempo á la vista. Lo que quiero, principalmente, es una forma antigua, una forma griega.

Y examinaba las muestras, se hacía llevar otras, tomaba de nuevo las primeras. Por último se decidió y una vez pagado el importe, exigió que el envío se hiciese en seguida.

— Estaré en París de aquí á unos días.

Al volver ya para casa y cuando pasaban á lo largo del golfo les hirió de pronto una corriente de aire frío, que se había deslizado por uno de los pliegues de un pequeño valle, y el enfermo se puso á toser.

Por el momento no fué nada, una ligera crisis; luego se agrandó, convirtiéndose en un acceso continuo, luego en una especie de hipo y por último concluyó en un estertor sofocante.

Cada vez que Forestier quería respirar, la tos le desgarraba la garganta saliendo del fondo del pecho. Nada le calmaba, nada le apaciguaba ; fué necesario llevarle desde el landó á la habitación, y Duroy, que le tenía de las piernas, sentía las sacudidas de los pies á cada convulsión de los pulmones.

El calor de la cama no contuvo absolutamente nada la violencia del acceso que duró hasta media noche, hasta que al fin los narcóticos adormecieron los espasmos mortales de la tos. El enfermo permaneció hasta que fué de día sentado en la cama y con los ojos abiertos.

Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir que entrase el barbero, pues quería que le afeitasen todas las mañanas. Se levantó para aquella operación de aseo, pero fué preciso volverle á acostar inmediatamente y se puso entonces á respirar con una

respiración tan corta, dura y penosa que Mme Forestier todo asustada hizo que se despertase á Duroy, que acababa de acostarse, para rogarle que fuese á buscar al médico.

Casi inmediatamente se presentó Duroy con el doctor Gavaut, el cual prescribió un brevaje é hizo algunas recomendaciones, pero como el periodista le acompañara al marcharse á fin de preguntarle su opinión:

— Es la agonía, dijo el médico. Mañana por la mañana habrá muerto. Prevenga Vd. á esta pobre señora y haga que llamen á un sacerdote. No tengo ya nada que hacer, si bien estoy enteramente á disposición de Vds.

Duroy hizo que llamasen á Mme Forestier:

— Carlos va á morir. El médico aconseja que se llame á un sacerdote. ¿Qué piensa Vd. hacer?

Magdalena vaciló bastante tiempo, y después de haber calculado todo, dijo con voz lenta:

— Sí, eso vale más... bajo muchos conceptos... Voy á prepararle y á decirle que el cura desea verle... En fin, no sé qué decirle. Usted sería muy amable yendo Vd. mismo á buscar el cura y cuidando de elegir uno que no nos haga demasiados dengues. Procure que se contente con la confesión y nos deje por todo lo demás tranquilos.

El joven llevó un viejo y complaciente eclesiástico que se prestó á aquella situación, y así que entró donde estaba el agonizante, Mme Forestier salió y se sentó con Duroy en la pieza inmediata.

— Esto le ha trastornado, dijo ella. Apenas le he hablado de un sacerdote, su semblante ha tomado una expresión de espanto como... como si hubiera sentido... un soplo...¿Vd. sabe?... Ha comprendido que todo concluía y que era necesario contar las horas.

Mientras decía esto Mme Forestier estaba sumamente pálida:

— Nunca olvidaré, continuó, la expresión de su semblante. Seguramente, en ese momento, ha visto la muerte, la ha visto...

La voz del eclesiástico llegaba hasta ellos y, como hablaba un poco alto porque era algo sordo, le oían decir:

— No, no, Vd. no se encuentra tan mal como supone. Está Vd. enfermo, eso sí, pero de ningún modo en peligro. Y la prueba es que yo vengo á visitarle en calidad de amigo, como vecino suyo.

Magdalena y Duroy no oyeron lo que respondió Forestier. El anciano volvió á decir:

— No, no le haré á Vd. tomar la comunión, ya hablaremos de eso cuando esté Vd. mejor. Si quiere aprovecharse de mi visita para confesarse, por ejemplo, tendré mucho gusto en ello. Soy un pastor y cuantas ocasiones se me presentan para conducir á mis ovejas por el buen camino, lo hago.

Un largo silencio siguió á estas palabras. Forestier debía de hablar entonces con su voz jadeante y sin timbre.

El sacerdote pronunció de pronto con tono diferente, con un tono de oficiante en el altar:

— La misericordia de Dios es infinita, hijo mío. Recite Vd. el *Confiteor*. Acaso lo ha olvidado Vd., yo le ayudaré. Repita conmigo: *Confiteor Deo omnipotenti... Beatæ Mariæ semper virgini...*

De tiempo en tiempo se detenía para permitir al moribundo que le alcanzase, y luego le dijo:

— Bueno, ahora confiésese Vd...

La joven y Duroy no se removían siquiera, sobreco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gidos por una turbación particular, emocionados de aquella espera ansiosa.

El enfermo había dicho algo que obligó al sacerdote á repetir:

— ¿Ha tenido Vd. complacencias culpables?... ¿de qué naturaleza, hijo mío?

La joven se levantó y dijo sencillamente:

— Bajemos un poco al jardín. No es conveniente que escuchemos sus secretos.

Y juntos se sentaron sobre un banco que había delante de la puerta, por bajo de un rosal ya florido y detrás de una canastilla de claveles que esparcía en el aire puro su perfume intenso y suave.

Pasados unos cuantos minutos de silencio preguntó Duroy:

— ¿Tardará Vd. mucho en volver á Paris?

— ¡Oh! no, respondió ella. Así que todo haya terminado me volveré.

— ¿Unos diez días?

— Sí, todo lo más.

Y volvió á preguntar Duroy:

— ¿No tiene pariente ninguno?

— Ninguno, salvo algunos primos. Su padre y su madre murieron cuando él era todavía muy joven.

Los dos contemplaban en aquel momento á una mariposa que de clavel en clavel libaba su vida y se trasladaba de uno á otro con una rápida palpitación de las alas. Cuando el insecto se posaba sobre la flor, las alas continuaban latiendo lentamente.

Madame Forestier y Duroy permanecieron largo tiempo silenciosos, y así que el doméstico fué á prevenirles que el señor cura había concluído, los dos subieron juntos.

Forestier parecía haber enflaquecido desde la víspera. El sacerdote le tenía cogida la mano:

— Hasta la vista, hijo mío, mañana por la mañana volveré á verle.

Y salió.

En seguida que el sacerdote se fué, el moribundo, intentó jadeante levantar las dos manos hacia su mujer y tartamudeó:

— Sálvame... Sálvame... querida mía... yo no quiero morir... no quiero morir... ¡Oh! Salvadme... Decidme lo que es preciso hacer, id á buscar al médico... Tomaré lo que se me diga... Yo no quiero... yo no quiero...

El moribundo lloraba. De sus ojos se desprendieron gruesas lágrimas que se deslizaban por las descarnadas mejillas y los delgados ángulos de su boca se plegaban como los de los niños cuando lloriquean.

Sus manos, que habían vuelto á caer sobre la cama, comenzaron entonces un movimiento continuo, lento y regular como para recoger alguna cosa de encima de las sábanas.

Su mujer, que comenzaba también á llorar, balbuceaba:

— Pero hombre, no, eso no es nada. Una simple crisis, de la que mañana estarás mejor, ayer te has fatigado con el paseo.

El aliento de Forestier era más rápido que el de un perro que acabara de correr, y de tan acelerado y débil como era no podía contarse ni se percibía apenas.

— Yo no quiero morir, repetía siempre. ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Qué me va á suceder? ¡Dios mío! Ya no veré nada... nada... jamás... ¡Oh! Dios mío!

Delante de sí miraba algo de invisible para los demás, algo repugnante que se reflejaba en sus ojos espantados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sus dos manos continuaban siempre su horrible y fatigoso movimiento.

Un temblor brusco estremeció de repente el cuerpo del moribundo, recorriendo todos los miembros, de un extremo á otro :

— ¡El cementerio!... ¡Oh! Dios mío! articuló Forestier.

Y no habló más, permaneciendo inmóvil, huraño, sin aliento.

El tiempo pasaba, habían sonado las doce del día en el reloj de un convento cercano y Duroy salió de la habitación para comer algo, volviendo una hora más tarde. Mme Forestier se negó á tomar nada y continuaba allí sentada al pie de la cama del agonizante, que en todo aquel tiempo no había siquiera respirado.

Lo único que hacía era arrastrar sus dedos descarnados sobre la sábana como si quisiera llevársela hacia la cara.

Duroy tomó otra butaca, se sentó al lado de Mme Forestier y ambos esperaron sin hablar una palabra.

Una enfermera enviada por el médico dormitaba cerca del balcón. Duroy por su parte comenzaba también á adormecerse, pero de pronto experimentó una sensación extraña y abrió los ojos, justamente á tiempo de ver á Forestier cerrar los suyos como dos luces que se apagan. Un ligero hipo agitó la garganta del moribundo y dos hilillos de sangre aparecieron en los extremos de su boca corriéndose luego á lo largo de la camisa. Las manos habían cesado su horroroso paseo. Forestier había dejado de respirar.

Su mujer comprendió, lanzó una especie de grito y cayó sobre las rodillas sollozando, apoyada la cabeza en la sábana. Jorge, sorprendido y asustado, hizo maquinalmente la señal de la cruz y la enfermera, que se había

despertado, se acercó á la cama y dijo al momento :

— No vive ya.

Duroy que recobraba su sangre fría, suspiró como quien se libra de una angustia

— Esto ha sido menos largo de lo que creía.

Disipado que fué el primer asombro y vertidas las primeras lágrimas, fué preciso ocuparse de todos esos detalles y diligencias que reclama un cadáver.

Duroy corrió de una á otra parte toda la tarde, y cuando ya de noche volvió á la casa, tenía hambre.

También Mme Forestier comió un poco y ambos se instalaron luego en la cámara mortuoria para velar al muerto.

Sobre la mesa de noche lucían dos velas junto á un plato en el que se había puesto con un poco de agua una rama de sensitiva, pues no fué posible encontrar la rama de boj que se usa en tales casos.

El joven y Mme Forestier se hallaban solos junto al que ya no existía, y permanecían sin hablar entregados á sus meditaciones y mirando el cuerpo inanimado de Carlos.

Pero Jorge, á quien le inquietaba la sombra cerca de aquel cadáver, le contemplaba con obstinación y sus ojos como su espíritu, que se dirigían como solicitados y fascinados por aquel rostro descarnado al que la luz vacilante hacía aún aparecer más hueco, permanecían fijos en él. ¡Era su amigo, Carlos Forestier, que, todavía ayer, le hablaba! ¡Qué cosa tan extraña y espantosa era el fin de un ser! ¡Oh! Cómo se acordaba ahora de las palabras de Norberto de Varenne al sentirse frecuentado por el miedo á la muerte:

—« Jamás un solo ser vuelve. » Nacerían millones y millares de millones, iguales ó poco menos á él, con ojos, una nariz, una boca, un cráneo y dentro un pensamiento, pero sin que jamás aquel que estaba tendido en la cama volviese á aparecer.

Por espacio de algunos años había bebido, comido y reído, había esperado y amado como todo el mundo y todo había concluído para él, concluído para siempre. ¡Ah! ¡la vida! ¡unos cuantos días y luego nada! ¡Se nace, se crece, se es feliz, se espera, se muere! ¡Adiós, hombre ó mujer, tú no volverás ya á la tierra! Y sin embargo cada cual lleva en sí el deseo febril é irrealizable de la eternidad, cada cual es una especie de universo en el universo y todos se anonadan bien pronto y completamente en el estercolero de los nuevos gérmenes. Las plantas, los animales, los hombres, las estrellas, los mundos, todo se anima; después muere para transformarse. ¡Y jamás uno de esos seres vuelve, ya sea hombre, insecto ó planeta! Sobre el alma de Duroy

pesaba un terror confuso, inmenso, aplanador, el miedo de esa nada sin límites, inevitable que destruye infinitamente todas las existencias tan rápidas y miseras; y encorvaba ya su frente influído bajo la amenaza. Pensaba en las moscas que viven algunas horas, en los animales que viven algunos días, en los hombres que viven algunos años, en las tierras que viven algunos siglos. ¿Qué diferencias existían, pues, entre los unos y otros? Unas cuantas auroras de más ó de menos, eso era todo.

Y volvió la vista á otro lado para no contemplar más el cadáver.

Mme Forestier con la cabeza baja parecía también soñar con cosas dolorosas. Sus cabellos rubios resultaban tan hermosos sobre su semblante triste que una dulce sensación, como el ligero contacto de una esperanza, pasó por el corazón del joven. ¿Por qué desolarse cuando todavía se presentaban algunos años por delante de él? Y se puso á contemplarla. Ella no le veía perdida en sus meditaciones. « He aquí, sin embargo, se decía Duroy, la única cosa buena de la vida: el amor. Tener en sus brazos á la mujer amada. Este es el límite de la dicha humana. »

¡Qué fortuna había tenido el muerto al encontrar aquella compañera encantadora é inteligente! ¿Cómo se habían conocido? ¿Cómo había consentido ella en casarse con aquel muchacho mediocre y pobre? ¿Cómo había concluído por hacer de él alguien?

Entonces pensó en todos los misterios ocultos de las existencias y se acordó de cuanto se cuchicheaba á propósito del conde de Vaudrec que la había casado y dotado, se decía en voz baja.

¿Qué haría Magdalena en las presentes circunstancias?

¿Con quién se casaría? ¿Con un diputado, como pensaba Mme de Marelle, ó con un muchacho de porvenir, un Forestier superior? ¿Tendría ya planes, proyectos, ideas resueltas? ¡Cuánto daría él por saberlo! Pero ¿por qué aquella preocupación respecto á lo que ella haría?

Él se lo preguntó y observó que toda su inquietud procedía de una de esas segundas intenciones confusas, secretas, que uno á sí mismo se oculta y que sólo se descubren profundizando en el fondo del yo.

Sí: ¿por qué no ensayaría aquella conquista? ¡Qué fuerte y qué temible llegaría él á ser unido á ella! ¡y qué pronto llegaría, seguramente, á donde le empujaban sus aspiraciones!

¿Por qué no había de conseguirlo? Conocía bien que la agradaba, que ella sentía por él algo más que simpatía, una de esas afecciones que nacen entre dos naturalezas semejantes y que participan tanto de una seducción recíproca como de una especie de complicidad muda.

Ella le sabía inteligente, resuelto, tenaz, por tanto, podía tener confianza en él.

¿No le había hecho ir á Cannes en aquella tan grave circunstancia? ¿Por qué le habría llamado si no fuera así? ¿No debía él ver en aquello una especie de preferencia, una especie de declaración, una especie de designación? Si había pensado en él, justamente en aquel momento en que iba á quedar viuda, ¿no pensó tal vez en el que á partir de entonces debía ser su compañero, su aliado?

Un deseo impaciente de saberlo, de interrogarla, de conocer sus intenciones se apoderó de Duroy. Debía partir á los dos días, no pudiendo continuar solo con

aquella joven, en aquella casa, y por lo tanto era necesario apresurarse á salir de la duda antes de partir para París, sorprender con habilidad y con delicadeza sus proyectos y no dejarle tiempo para volver sobre ellos, ceder acaso á las solicitaciones de otro y comprometerse sin posibilidad de retroceder después.

El silencio de la habitación era profundo, sólo se oía el volante del péndulo que marcaba sobre la chimenea su tic-tac metálico y acompasado.

—Usted debe de estar bien fatigada, murmuró Duroy.

— Sí, respondió ella, pero más que nada me encuentro oprimida.

El ruido de su voz les asombró, pues sonaba extrañamente en aquel apartamento siniestro, y ambos miraron de pronto el semblante del muerto como si temiesen verle removerse al oirlos hablar como hacía unas cuantas horas antes.

— ¡Oh! para Vd. es un rudo golpe, prosiguió Duroy, y un cambio tan completo en su vida que resulta un verdadero trastorno en el corazón y en la existencia entera.

Magdalena respondió con un suspiro prolongado y profundo.

— Es tan triste para una mujer joven, continuó Duroy, encontrarse sola como Vd. se va á encontrar.

Después se calló y, como ella continuaba sin decir nada, Duroy balbuceó:

— En todo caso Vd. sabe el pacto establecido entre nosotros. Usted puede disponer de mí á su antojo. Yo la pertenezco.

La viuda le tendió la mano arrojando sobre él una de esas miradas melancólicas y dulces que en nosotros remueven hasta la médula de los huesos.

— Gracias. Es Vd. bueno, excelente. Si por mi parte pudiese yo hacer algo en obsequio suyo también le diría : Cuente Vd. conmigo.

Duroy había tomado su mano y la conservaba oprimiéndola con ardiente deseo de besarla. Por fin se decidió, y aproximándola lentamente á su boca mantuvo largo tiempo aquella piel fina, un tanto cálida, perfumada y calenturienta contra sus labios.

Luego, y así que comprendió que aquella caricia de amigo se iba haciendo demasiado larga, supo abandonar la pequeña mano que cayó blandamente sobre la rodilla de la joven.

— Sí, dijo ella gravemente, voy á encontrarme muy sola, pero me esforzaré por ser animosa.

Duroy no sabía cómo dejarla comprender que sería feliz casándose á su vez con ella. Evidentemente aquello no podía decírselo entonces, en aquel lugar, delante de aquel cuerpo; sin embargo, le parecía que podía encontrar una de esas frases ambiguas, convenientes y complicadas que encierran significados ocultos bajo las palabras y que expresan todo lo que se quiere decir por medio de reticencias calculadas.

Pero el cadáver le producía embarazo, aquel cadáver rígido, extendido delante de ellos y que sentía como si estuviese en medio de los dos. Por otra parte él creía percibir en el aire confinado de la habitación un olor sospechoso, un aliento podrido que procedía de aquel pecho en descomposición, el primer vaho que los pobres muertos acostados en su cama arrojan á los parientes que los velan, soplo horrible del que en seguida se infesta la caja hueca que les sirve de ataúd.

— ¿No convendría abrir un poco el balcón? preguntó Duroy. ¡Me parece que el aire está corrompido.

— Sí, respondió ella. Yo también acabo de notarlo.

Él se acercó al balcón y lo abrió. Toda la frescura perfumada de la noche entró instantáneamente en la habitación alterando la llama de las dos bujías encendidas cerca de la cama. La luna esparcía, como dos noches antes, su luz abundante y tranquila sobre las blancas paredes de las casitas y sobre la grande y luciente sábana del mar. Duroy, que respiraba aquella atmósfera á plenos pulmones, se sintió bruscamente asaltado de esperanzas, como fortalecido por el acceso tembloroso de la dicha que se acercaba.

— ¿Por qué no viene Vd. á tomar un poco el fresco? dijo Duroy volviéndose hacia ella. Hace un tiempo admirable.

Ella se acercó tranquilamente y se puso de codos en el balcón cerca de él.

Duroy murmuró entonces en voz baja :

— Escuche Vd. y comprenda bien esto que voy á decirla. No se indigne Vd. sobre todo de que la hable de semejante cosa en un momento como este, pero he de dejar á Vd. pasado mañana y cuando Vd. esté de vuelta en París acaso sería demasiado tarde... Yo no soy sino un pobre diablo sin fortuna y cuya posición está por hacer. Eso Vd. lo sabe. Pero tengo una voluntad firme, una regular inteligencia, se me figura, y me encuentro en camino, en muy buen camino. Cuando se trata de un hombre que ha llegado á una posición, se sabe lo que se toma, pero si se trata de un hombre que comienza, no se puede saber adónde llegará. Tanto peor si no triunfa, ó tanto mejor si lo logra. En fin, la he dicho un día en su casa que mi mayor dicha hubiera sido casarme con una mujer como Vd., y hoy se lo repito. No se apresure á responderme,

déjeme continuar. No es una declaración que la dirijo y que la ocasión y el lugar harían odiosa. Pero sí me interesa no dejarla ignorar que puede hacerme dichoso con una sola palabra, que puede hacer de mi lo mismo un amigo fraternal, que un marido, á gusto suyo, y que mi corazón y todo yo la pertenecen. No quiero que me responda Vd. ahora, tampoco quiero que hablemos aquí de esto. Cuando nos volvamos á ver en París, Vd. me dirá lo que haya resuelto. Hasta entonces ni una palabra más ¿no es así?

Duroy había dicho todo esto sin mirarla y como si hubiese sembrado sus palabras en la noche que tenia delante. Mme Forestier parecía como si nada hubiese entendido, tan inmóvil había permanecido todo ese tiempo mirando delante de ella, con la mirada fija y vaga en el pálido paisaje iluminado por la luna.

Largo tiempo permanecieron así el uno contra el otro, silenciosos y meditando.

Después dijo ella:

— Hace un poco frio.

Y volviéndose se dirigió hacia la cama. Duroy la siguió.

Pero cuando se acercó, echó de ver que Forestier comenzaba verdaderamente á oler y alejó un poco su butaca, pues no habría podido soportar largo tiempo aquel olor podrido.

— Será preciso ponerle en la caja mañana muy temprano.

— Sí, sí, está ya convenido. El carpintero vendrá hacia las ocho.

Y como Duroy dijo: « Pobre muchacho » suspirando, la joven á su vez lanzó un prolongado suspiro de resignación afligida.

Acostumbrados ya á la idea de aquella muerte, los dos le miraban con menos frecuencia, empezando á consentir mentalmente en aquella desaparición que, poco antes todavía, les sublevaba é indignaba, á ellos que eran igualmente mortales. Ya no hablaban más, ocupados en velar de una manera conveniente sin dormir. Pero hacia las doce de la noche Duroy comenzó el primero á adormecerse, y al despertar vió que Mme Forestier dormitaba igualmente. Entonces tomó una postura más cómoda y cerró de nuevo los ojos refunfuñando:

— ¡Caramba! mejor está uno en sus sábanas.

Pasado un cierto tiempo un ruido repentino le hizo sobresaltarse.

Era la enfermera que entraba.

Ya era de día. La joven que se hallaba sentada en otra butaca, enfrente de él, pareció igualmente sorprendida. Mme Forestier estaba un poco pálida, pero siempre hermosa, simpática, fresca á pesar de aquella noche pasada sobre un asiento.

Duroy se estremeció después de mirar el cadáver:

— ¡Oh! ¡qué barba!

En efecto, en unas cuantas horas había crecido sobre aquella carne que se descomponía, tanto como hubiera podido crecer en varios días en la cara de un vivo. Y los dos permanecían asustados ante aquella vida que continuaba sobre el muerto, lo mismo que si se hallasen delante de un horroroso prodigio, ó de una amenaza sobrenatural de resurrección, ó de una de esas cosas anormales y espantosas que trastornan y confunden la inteligencia.

Uno y otro se fueron en seguida á descansar hasta las once. Luego pusieron á Carlos en el ataúd, y después de esto se sintieron aligerados, tranquilos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando se sentaron para almorzar, uno enfrente de otro, despertóse en ambos un deseo de hablar de cosas más consoladoras y alegres, de entrar en la vida, toda vez que habían concluído con la muerte.

Por el balcón del comedor, abierto de par en par, entraba el suave calor de la primavera llevándoles el soplo perfumado de la canastilla florida de claveles que había delante de la puerta.

Mme Forestier propuso á Duroy dar una vuelta por el jardín y caminaron despacito al rededor del pequeño césped, respirando con delicia el aire tibio impregnado del olor de los abetos y de los eucaliptos.

De pronto le habló ella, sin volver la cabeza hacia él, lo mismo que la noche anterior había hecho él en la habitación del muerto. Magdalena pronunciaba las palabras muy despacio y en voz baja y grave.

— Escuche Vd., mi buen amigo. Yo he reflexionado... ya... respecto á lo que Vd. me ha propuesto y no quiero dejarle partir sin responderle algo.

No he de decirle, por lo demás, ni sí, ni no. Esperaremos, nos veremos, nos conoceremos mejor. Reflexione Vd. mucho por su parte. No se deje arrastrar por un entusiasmo demasiado fácil. Ahora bien, si yo le hablo de esto aún antes de que este pobre Carlos haya bajado á su sepultura, es porque conviene, después de lo que Vd. me ha dicho, que sepa Vd. bien quién soy, á fin de no alimentar más tiempo su pensamiento si no es Vd. de un... de un... carácter capaz de comprenderme y soportarme.

« Compréndalo Vd. bien. El matrimonio para mí no es una cadena, sino una asociación. Yo me considero libre, absolutamente libre de mis actos, de mis ocupaciones, de mis salidas siempre. No podría tolerar ni

comprobación, ni celos, ni discusión siquiera acerca de mi conducta. Bien entendido, que yo me obligaría, naturalmente, á no comprometer jamás el nombre del que me hiciera su esposa y á no hacerle jamás odioso ó ridículo. Pero también sería necesario que ese hombre se comprometiera á ver en mí un ser igual á él, una aliada y no una inferior ni una esposa obediente y sumisa. Ya sé que mis ideas no son las ideas de todo el mundo, pero no cambiaré absolutamente. Eso es todo lo que tengo que decirle. Y también agregaré : No me responda Vd., sería inútil é inconveniente. Nos volveremos á ver y tal vez nos volveremos á hablar de esto más tarde. Ahora váyase Vd. á dar una vuelta. Yo me vuelvo junto á él. Hasta la noche.

Duroy la besó largamente la mano y se fué sin pronunciar una palabra.

Por la noche únicamente se vieron en la comida. Luego subieron á sus respectivas habitaciones, pues ambos se encontraban rendidos de fatiga.

Carlos Forestier fué enterrado al día siguiente, sin pompa ninguna, en el cementerio de Cannes, y Jorge Duroy tomó el tren rápido de París que pasa á la una y media.

Mme Forestier le había acompañado hasta la estación. Mientras llegaba la hora de partir se pasearon tranquilamente por el andén hablando de cosas indiferentes, hasta que el tren llegó, un tren corto, un verdadero tren rápido que sólo tenía cinco vagones.

El periodista escogió su sitio y luego volvió á bajar para hablar todavía unos instantes con ella, sobrecogido repentinamente de tristeza, de pena, de un violento pesar de dejarla como si la fuese á perder para siempre.

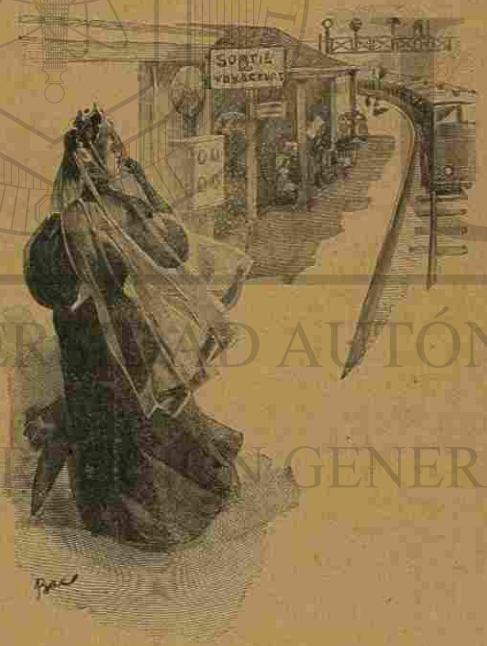
Un empleado gritaba : « ¡Marsella, Lyón, París, al

coche! » Duroy subió, luego se puso de codos sobre la ventanilla á fin de hablar todavía alguna palabra. La locomotora silbó y el tren se puso lentamente en marcha.

Jorge, con la cabeza fuera del vagón, miraba á la joven viuda, inmóvil en el andén y siguiéndole con la mirada.

Al ver que iba ya á perderla de vista, Duroy recogió con las dos manos un beso de su boca y le arrojó hacia ella.

La joven se le devolvió con un movimiento más discreto, vacilante, esbozado solamente.



SEGUNDA PARTE

I

Jorge Duroy había vuelto á sus antiguas costumbres.

Instalado ahora en el cuartito del piso bajo de la calle de Constantinopla, vivía prudentemente como hombre que prepara una existencia nueva. Hasta sus relaciones con Mme de Marelle habían tomado un cierto tono conyugal, como si Duroy quisiera ejercitarse de antemano para el próximo acontecimiento, y su querida que se extrañaba con frecuencia de la tranquilidad ordenada en que vivían, solía decirle riendo :

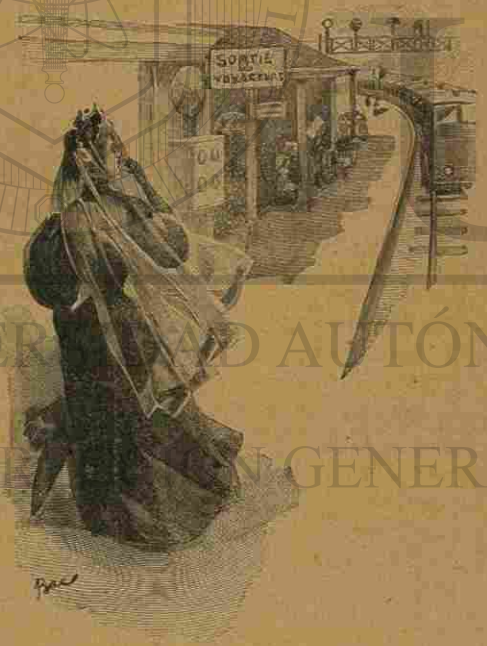
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coche! » Duroy subió, luego se puso de codos sobre la ventanilla á fin de hablar todavía alguna palabra. La locomotora silbó y el tren se puso lentamente en marcha.

Jorge, con la cabeza fuera del vagón, miraba á la joven viuda, inmóvil en el andén y siguiéndole con la mirada.

Al ver que iba ya á perderla de vista, Duroy recogió con las dos manos un beso de su boca y le arrojó hacia ella.

La joven se le devolvió con un movimiento más discreto, vacilante, esbozado solamente.



SEGUNDA PARTE

I

Jorge Duroy había vuelto á sus antiguas costumbres.

Instalado ahora en el cuartito del piso bajo de la calle de Constantinopla, vivía prudentemente como hombre que prepara una existencia nueva. Hasta sus relaciones con Mme de Marelle habían tomado un cierto tono conyugal, como si Duroy quisiera ejercitarse de antemano para el próximo acontecimiento, y su querida que se extrañaba con frecuencia de la tranquilidad ordenada en que vivían, solía decirle riendo :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Tú eres todavía más metódico que mi marido; no valía la pena de cambiar para esto.

Mme Forestier no había vuelto todavía. Jorge recibió carta de ella, fechada en Cannes, en la que le anunciaba su regreso para mediados de abril sin aludir con una sola palabra á lo que habían hablado al despedirse. Duroy esperó, resuelto enteramente á acudir á todos los medios para hacerla su esposa en el caso de que ella pareciese vacilar. Pero tenía confianza en su fortuna, confianza en aquella fuerza de seducción que sentía en sí, fuerza vaga é irresistible á la que todas las mujeres se sometían.

Un aviso lacónico le previnó de que iba á sonar la hora decisiva.

« Me encuentro en París. Venga Vd. á verme.

Magdalena Forestier. »

No decía más. Lo había recibido por el correo de las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde del mismo día Duroy entraba en casa de la viuda.

La joven le tendió las dos manos sonriendo con su encantadora sonrisa amable, y ambos se miraron por espacio de algunos segundos al fondo de los ojos.

— ¡Qué bueno ha sido Vd. de ir hasta allá en aquellas circunstancias terribles! dijo ella.

— Habría hecho cuanto Vd. me hubiese ordenado, respondió Jorge.

Y se sentaron. Magdalena se informó de todo, preguntó por Walter, por todos los compañeros y por la marcha del periódico. En esto último, pensaba con frecuencia.

— Lo echo mucho de menos, decía ella, mucho, mucho. Había llegado á ser periodista de corazón. ¿Qué quiere Vd.? Es un oficio que me gusta mucho.

Después guardó silencio. Duroy creyó comprender, creyó encontrar en su sonrisa, en el tono de su voz, en las palabras mismas, á modo de una invitación, y por más que se había prometido no precipitar las cosas, balbuceó :

— Pues bien... ¿por qué no podría Vd. volver á tomar ese oficio... bajo... bajo el nombre de Duroy?

La joven se puso bruscamente seria y, posando la mano sobre el brazo de su amigo, murmuró :

— No hablemos todavía de eso.

Pero él adivinó que aceptaba y, cayendo arrodillado á sus pies, se puso á besarla apasionadamente las manos mientras repetía con frase entrecortada :

— ¡Gracias, gracias, cuanto te amo!

Mme Forestier se levantó y lo mismo el joven, quien al notar la extrema palidez de la viuda, comprendió entonces que él la agradaba y tal vez desde mucho tiempo, y como en aquel instante se encontraban cara á cara, Duroy la abrazó y la besó después en la frente con un beso prolongado, tierno y serio.

— Escuche Vd., amigo mío, le dijo ella, deslizándose sobre su pecho y logrando desasirse :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— No estoy todavía decidida á nada. Pudiera suceder sin embargo que dijese *sí*. Pero Vd. me promete el secreto absoluto hasta el momento en que yo le autorice á romperlo.

Duroy juró y partió, desbordado el corazón de alegría.

Á partir de entonces puso mayor discreción en las siguientes visitas y no solicitó un consentimiento más preciso y categórico, porque tenía una manera particular de hablar del porvenir y de decir á todo « más tarde », de presentar proyectos en que las existencias de los dos se encontraban mezcladas, todo lo cual respondía mejor y más delicadamente que una aceptación formal.

Duroy trabajaba duro y gastaba poco, trataba de economizar algún dinero para no encontrarse completamente sin dinero en el momento de irse á casar, y se iba haciendo tan avaro como antes era pródigo.

Pasó el verano, luego el otoño, y á nadie le ocurrió sospechar nada, pues se veían poco y cuando se veían resultaba lo más natural del mundo.

Una noche le dijo Magdalena mirándole al fondo de los ojos :

— ¿Todavía no ha dicho Vd. nada de nuestro proyecto á Mme de Marellé?

— No, amiga mía. Le tenía prometido á Vd. el secreto y no he abierto la boca para alma viviente.

— Pues bien, ya convendría prevenirla. En cuanto á los Walter yo me encargo. Lo haremos en esta misma semana, ¿no es eso?

Él se había puesto encarnado.

— Sí, mañana mismo.

Magdalena desvió ligeramente la vista como para no notar su turbación, y volvió á decir :

— Si Vd. quiere podemos casarnos á principio de mayo. Sería muy conveniente.

— Obedezco en todo con júbilo.

— El diez de mayo, que es sábado, me agradaría mucho porque es mi cumpleaños.

— Sea, el diez de mayo.

— Sus padres de Vd. habitan cerca de Ruán, ¿no es eso? Usted al menos me lo ha dicho.

— Sí, cerca de Ruán, en Canteleu.

— ¿Qué hacen?

— Son... son pequeños rentistas.

— ¡Ah! Yo tengo un vivo deseo de conocerlos.

Duroy vaciló, muy perplejo :

— Pero... si son... De pronto tomó su partido, como un hombre verdaderamente superior :

— Mi querida amiga, son campesinos, taberneros, que se han sangrado los cuatro miembros del cuerpo para darme estudios. No me avergüenzo de ellos, pero... su sencillez, su... rusticidad pudiera tal vez molestarla á Vd.

Ella sonreía deliciosamente, iluminado su semblante por una dulce bondad.

— Al contrario, los querré mucho. Iremos á verlos. Lo quiero. Ya volveremos á hablar de esto. También yo soy hija de padres pobres... pero los he perdido. No tengo otra persona en el mundo... agregó tendiéndole la mano... que Vd.

Duroy se sintió enternecido, trastornado, conquistado como jamás lo había sido por ninguna mujer.

— He pensado en una cosa, dijo Magdalena, pero es una cosa difícil de explicar.

— ¿En qué? preguntó Duroy.

— Pues bien, voy á decirla, querido; yo soy como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las mujeres, tengo mis... debilidades, mis pequeñeces, me gusta lo que brilla, lo que suena. Yo hubiera adorado poder llevar un nombre noble. ¿Es que Vd. no pudiera con ocasión de nuestro matrimonio... ennoblecerse un poco?

Magdalena á su vez se había ruborizado ahora como si le hubiese propuesto una cosa poco delicada.

Duroy respondió sencillamente :

— Ya lo he pensado muchas veces, pero no me parece fácil.

— ¿Por qué?

Él se echó á reir :

— Porque tengo miedo de parecer ridículo.

— Nada de eso, replicó ella encogiéndose de hombros. Todo el mundo lo hace y nadie se ríe. Separe Vd. su apellido en dos : « Du Roy ». Eso hace muy bien.

Jorge respondió inmediatamente como hombre que conoce el asunto :

— No, eso no conduce á nada. Es un procedimiento demasiado vulgar, demasiado sencillo, muy conocido. Yo había pensado en tomar el nombre de mi país, como pseudónimo literario primeramente y agregarle luego poco á poco al mío, y después, más tarde, cortar mi nombre en dos tal como usted me lo propone.

— ¿El país de Vd. es Canteleu?

— Sí.

La joven vacilaba :

— No, no me gusta la terminación. Veamos. ¿es que no podríamos modificar un poco esa palabra... Canteleu?

Ella tomó de encima de la mesa una pluma y se puso á garabatear algunos nombres estudiando su fisonomía. De pronto, gritó :

— Ya está, aquí le tiene Vd.

Y le tendió un papel en el que decía : « Madame Duroy de Cantel ».

Duroy reflexionó unos cuantos segundos y después declaró con gravedad :

— En efecto, es muy bueno.

La joven estaba encantada y repetía :

— Duroy de Cantel, Duroy de Cantel, Madame Duroy de Cantel. ¡Excelente! ¡Excelente! y como si estuviese convencida de lo que decía, agregó : Ya verá Vd. qué fácilmente lo acepta todo el mundo. Pero es necesario hacerlo con tiempo, pues sería demasiado tarde luego, en el momento de casarnos. Desde mañana empieza Vd. á firmar sus crónicas D. de Cantel, y los ecos simplemente Duroy. Esto se hace diariamente en la prensa y nadie se extrañará de verle á Vd. tomar un nombre de guerra. Al irnos á casar podremos modificar todavía esto un poco, diciendo á los amigos que Vd. había renunciado el *de* por modestia, dada su posición, ó no se dice absolutamente nada. ¿Cuál es el nombre de su padre de Vd.?

— Alejandro, respondió Duroy.

Magdalena murmuró dos ó tres veces seguidas : « Alejandro, Alejandro » escuchando la sonoridad de las sílabas, y luego escribió sobre una cuartilla :

« Alejandro Du Roy de Cantel y señora tienen el honor de participar á Vd. el efectuado enlace de su hijo Mr. Jorge Du Roy de Cantel con Mme Magdalena Forestier.

Y mirando de lejos lo que acababa de escribir, quedó maravillada del efecto, y exclamó :

— Aquí tiene Vd., con un poquito de cuidado que se ponga en las cosas se consigue lo que se quiere.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando Jorge se encontró en la calle y ya bien decidido á llamarse en adelante Du Roy y hasta Du Roy de Cantel, le pareció que acababa de adquirir una importancia nueva. Marchaba con aire más desenvuelto, con la frente más alta, el bigote más orgulloso, como debe marchar un hidalgo, y sentía dentro de sí una especie de tentación alegre de contarles á los que pasaban á su lado:

— Yo me llamo Du Roy de Cantel.

Pero apenas entró en su casa le vino á la mente lo que tenía que decir á Mme de Marelle y se inquietó. Inmediatamente la escribió pidiéndole cita para el día siguiente.

« Esto será duro, pensaba, y voy á sufrir una tormenta de primer orden. »

Pero después tomó su partido con la natural despreocupación que le permitía descartar las cosas desagradables de la vida y se puso á hacer un artículo declamatorio sobre los nuevos impuestos que iban á votarse para afirmar el equilibrio del presupuesto. La partícula nobiliaria debía tributar cien francos al año y los títulos, desde barón hasta príncipe, desde quinientos á cinco mil francos.

Luego firmó: D. de Cantel.

Á la mañana siguiente recibió un pequeño azul de su querida anunciándole que estaría á la una en su casa.

Duroy la esperó un poco febril, resuelto, por lo demás, á hacer las cosas de trompón, á decirlo todo desde el principio y luego, una vez pasada la primera emoción, á argumentar sagazmente para demostrarle que él no podía permanecer soltero indefinidamente y que, como Mr. de Marelle se obstinaba en vivir, había tenido que pensar en otra mujer que ella para hacerla su compañera legítima.

Á pesar de todo Duroy estaba emocionado, y cuando el timbre de la puerta sonó, su corazón se puso á latir con violencia.

Ella se arrojó en sus brazos:

— Buenas tardes, querido mío. Y como encontrase frío el abrazo que le devolvió, se puso á mirarle y preguntó:

— ¿Qué es lo que tienes?

— Siéntate, la dijo él. Vamos á hablar seriamente.

Mme de Marelle se sentó sin quitarse el sombrero, levantándose únicamente el velo hasta por encima de la frente.

Duroy había bajado los ojos y preparaba el comienzo.

— Mi querida amiga, empezó con voz lenta, me encuentras seguramente turbado, muy triste y con gran embarazo por todo cuanto voy á declararte. Te amo mucho, te amo verdaderamente desde el fondo de mi alma, así que el temor de causarte pena me aflige más aún que la misma nueva que voy á comunicarte.

Clotilde palidecía, se sentía temblar y balbuceó:

— ¿Pero qué hay? Dílo pronto.

Duroy pronunció con tono triste aunque resuelto, con esa opresión fingida que se usa para anunciar las desgracias venturosas:

— Pues hay que me caso.

Mme de Marelle lanzó uno de esos suspiros de mujer que va á perder el conocimiento, un suspiro doloroso salido del fondo del pecho; y la respiración se le hizo agitada hasta el punto de sofocarla y no dejarla hablar.

Viendo que ella no decía nada, Duroy continuó:

— No puedes figurarte cuánto he sufrido antes de llegar á esta resolución. Pero no tengo ni posición, ni fortuna. Me encuentro solo, perdido en París. Necesi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba cerca de mí alguien que me sirviese sobre todo de consejero, de consuelo, de sostén, buscaba una asociada, una aliada y la he hallado.

Jorge se calló esperando que ella respondería, y preparado á recibir una nube de injurias, de violencias, de cólera.

Clotilde había apoyado una mano sobre su corazón como para contenerle y seguía siempre respirando por sacudidas penosas que la levantaban el seno y la hacían mover la cabeza.

Duroy tomó la mano que ella tenía apoyada sobre el brazo de la butaca, pero la joven la retiró bruscamente, y después, como si hubiese caído en una especie de atontamiento, murmuró :

— ¡Oh!... ¡Dios mío!...

Duroy se arrodilló delante de ella, sin atreverse á tocarla, más emocionado por aquel silencio de lo que lo estaría si ella se hubiese arrebatado :

— Clo, mi pequeña Clo, comprende bien mi situación, comprende bien lo que soy. ¡Oh! Si hubiera podido hacerte mi esposa ¡qué felicidad! Pero estás casada. ¿Qué podía yo hacer? ¡Reflexiónalo, mujer, reflexiónalo! Es necesario que entre en sociedad y no puedo hacerlo en tanto que no tenga hogar. ¡Si tú supieras!... Días ha habido en que sentía deseos de matar á tu marido...

El periodista hablaba con voz suave, velada, seductora, una voz que entraba como música por el oido.

Luego vió aparecer dos lágrimas que se desprendían de los ojos inmóviles de su querida y se agrandaban entamente, y las vió correr por sus mejillas, mientras tras dos se formaban al borde de los párpados.

— ¡Oh! murmuró, no llores, Clo, no llores, te lo suplico, me desgarras el corazón.

Ella hizo entonces un esfuerzo, un esfuerzo supremo para aparecer digna y orgullosa, y con ese tono temblón de las mujeres que van á sollozar, le preguntó :

— ¿Quién es?

Duroy vaciló un segundo, pero comprendiendo que era preciso decirlo, respondió :

— Magdalena Forestier.

Mme de Marelle se estremeció de todo su cuerpo y después permaneció muda, meditando con una tal atención que parecia haberse olvidado de que él estaba á sus pies.

Dos gotas transparentes seguían formándose siempre en sus ojos, caían luego y de nuevo volvían á formarse otras.

La joven se levantó. Duroy adivinó que iba á partir sin decirle una palabra, sin reproches, sin perdón, y se sintió lastimado, humillado en el fondo de su alma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Queriendo retenerla la sujetó con fuerza por el vestido, enlazando á través de la tela las redondas piernas de la joven, mientras ella las mantenía tiesas para resistir.

— No te vayas así, suplicaba Jorge, te conjuro á que no te marches de ese modo.

Mme de Marelle le miró entonces de arriba abajo con esa mirada húmeda, desesperada, tan encantadora y tan triste que muestra todo el dolor de un corazón de mujer, y balbuceó :

— Yo no tengo... yo no tengo nada que decirte... nada tengo... que hacer... Tú... tú tienes razón... has... elegido lo que te hacía falta...

Y habiendo logrado con un brusco movimiento hacia atrás desprenderse de él, salió sin que intentase retenerla más tiempo.

Después que quedó solo y pasada la emoción de los primeros momentos, Duroy trató de reponerse, se encontraba aturdido como si hubiese recibido en la cabeza un puñetazo. Luego murmuró tomando su partido :

— Á fe mía, que sea mejor ó peor, la cosa ha concluído y sin escándalo. Esto es lo principal.

Y como aliviado de un peso enorme, sintiéndose de pronto libre, desembarazado y á sus anchas al entrar en una nueva vida, se puso á boxear contra la pared lanzando grandes puñetazos, en una especie de embriaguez y de fuerza, como si se batiera contra el destino.

Cuando Mme Forestier le preguntó :

— ¿Ha prevenido Vd. á Mme de Marelle? Duroy respondió tranquilamente :

— Sí...

La viuda le sondeaba con su clara mirada.

— ¿Y no le ha producido emoción ninguna?

— Ni mucho menos. Por el contrario le ha parecido muy bien.

La noticia fué bien pronto conocida. Unos se extrañaron, otros pretendían haberlo previsto, y todavía hubo algunos que sonrieron dejando comprender que no les sorprendía absolutamente.

Jorge firmaba ahora sus crónicas D. de Cantel, los ecos Duroy, y los artículos políticos que comenzaba a dar de cuando en cuando los firmaba Du Roy. Pasaba la mitad del día en casa de su prometida, quien le trataba con una familiaridad fraternal, en la que entraba no obstante una verdadera ternura pero oculta, una especie de deseo disimulado como se disimula una debilidad. Magdalena había decidido que el matrimonio se celebraría con gran secreto, en presencia únicamente de los padrinos y que la misma noche de la boda partirían para Ruán. Al día siguiente irían á dar un abrazo á los ancianos padres del periodista y permanecerían unos cuantos días en su compañía.

Duroy se había esforzado en hacerla renunciar á aquel proyecto, pero como no había podido lograrlo, tuvo al fin que someterse.

Llegado que fué el diez de mayo, los nuevos esposos, que habían juzgado inútiles las ceremonias religiosas toda vez que no habían invitado á nadie, así que pasaron por la Alcaldía donde estuvieron breves momentos, se volvieron á casa con objeto de cerrar las maletas, y á las seis de la tarde tomaron en la estación de San Lázaro el tren que debía conducirlos hacia la Normandía.

Hasta el momento en que se encontraron solos en el vagón apenas si habían cámbiado veinte palabras, pero desde que se sintieron en marcha se miraron y rieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como para disimular cierto embarazo que no querían que se transparentase.

El tren atravesó despacio la larga estación de Batignolles y franqueó luego la tiñosa llanura comprendida entre las fortificaciones y el Sena.

Duroy y su esposa se decían de cuando en cuando alguna frase inútil y de nuevo se volvían hacia la ventanilla; pero cuando pasaron el puente de Asnières les embargó una gran alegría al ver el río cubierto de barcas, de botes de pescar y de pescadores. El sol, un sol intenso de mayo esparcía su luz oblicua sobre las embarcaciones y sobre el tranquilo río que parecía inmóvil, sin corriente y sin remolinos, como si el calor y la claridad del día que desaparecía le contuviese. Una lancha de velas que en medio del río había tendido sobre sus dos bordes dos triángulos de blanca tela para recoger los menores soplos de la brisa, presentaba el aspecto de un enorme pájaro presto á volar.

— Yo adoro los alrededores de París, murmuró Duroy. Los recuerdos que conservo de meriendas á que he asistido constituyen lo más agradable de mi vida.

— ¿Y los botes? ¡Cómo encanta deslizarse en ellos sobre el agua á la caída del sol! respondió la joven.

Luego se callaron como si no debieran continuar solazándose con el recuerdo de su vida pasada y permanecieron mudos saboreando tal vez la poesía del bien perdido.

Sentado enfrente de su mujer, Duroy tomó su mano y la besó lentamente.

— Cuando estemos de regreso, dijo, iremos alguna vez á comer á Chatou.

— ¡Tendremos tantas cosas que hacer! murmuró

ella como si quisiera significar: « Será necesario sacrificar lo agradable á lo útil. »

Jorge conservaba siempre la mano de su mujer preguntándose con inquietud la transición por la que debería llegar hasta la caricia. No se hubiese detenido seguramente ante la ignorancia de una solterita, pero la inteligencia alerta y astuta que veía en Magdalena le turbaba y embarazaba sus actitudes. Tenía miedo de parecerla demasiado cándido, demasiado tímido ó demasiado brutal, demasiado tardo ó demasiado impaciente, y estrechaba aquella mano con ligeros apretones sin que la joven viuda respondiese á su llamamiento.

— ¡Qué original me parece que estemos casados!

— ¿Por qué? dijo ella al parecer sorprendida.

— No lo sé. Me parece original. Tengo deseos de besar á Vd. y el pensar que tengo derecho á besarla me produce extrañeza.

Magdalena le presentó tranquilamente la mejilla que Duroy besó como hubiera besado á una hermana.

— La primera vez que la ví, añadió Duroy (Vd. lo sabe bien, el día de la comida á que Forestier me invitó) dije para mí: « ¡Canario! si yo pudiese descubrir una mujer como ésta... » Pues bien la he descubierto, ya la tengo.

— Es divino, murmuró ella mirándole de frente, finamente, con su mirada siempre sonriente.

Duroy pensaba:

« Soy demasiado frío. Soy un estúpido. Debiera proceder más de prisa. » Entonces la preguntó: ¿Cómo fué el hacer conocimiento con Forestier?

Su mujer le respondió con una malicia provocativa:

— ¿Pero es que vamos á Ruán para hablar de él?

Duroy se ruborizó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Cuidado que soy bobo. Cómo me intimida Vd.

Ella se mostró maravillada.

— ¿Yo? ¡Es posible! ¿Y por qué?

El joven estaba sentado á su lado, muy cerca. En aquel momento gritó Magdalena: ¡Oh! mire un ciervo!

El tren atravesaba el bosque de San Germán, y la joven había visto á un corzo espantado atravesar de un salto una alameda.

Mientras que ella miraba por la ventanilla abierta, Duroy, que estaba inclinado también para mirar, imprimió un beso prolongado, un beso de amante en la nuca de su mujer.

Ella permaneció algunos momentos inmóvil, pero luego levantó la cabeza:

— Déjeme, me hace Vd. cosquillas.

Pero él no se retiraba, paseando suavemente con caricia enervante y prolongada su rizado bigote sobre la carne blanca del cuello de Magdalena.

— Vaya, déjeme; insistió ella sacudiendo la cabeza para desprenderla de Duroy que la retenía suavemente por detrás con la mano derecha y la volvía hacia sí. Lo mismo que un gavilán sobre su presa, el periodista se arrojó sobre la boca de su mujer, que se revolvía, le rechazaba y pugnaba por desasirse, hasta que lo consiguió.

— ¡Vaya! ¿quiere dejarme?

Él no escuchaba ya, abrazándola, besándola con temblona avaricia, ensayando tumbarla sobre los cojines del vagón.

Magdalena hizo un gran esfuerzo y levantándose con viveza le dijo:

— Pero veamos, Jorge. Yo creo que no somos chiquillos y que podemos bien esperar hasta Ruán.

Duroy permanecía sentado, rojo de deseo y aquellas palabras razonables le desconcertaron. Luego recobró su sangre fría:

— Sea, dijo alegremente, pero no me comprometo á decir veinte palabras hasta que lleguemos, y piense Vd. en que atravesamos ahora Poissy.

— Bueno, yo hablaré, dijo ella; y volviéndose á sentar tranquilamente, cerca de él, comenzó á hablarle con precisión de lo que harían cuando regresaran. Debían conservar el cuarto que ella habitaba con su primer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marido y Duroy heredaría las mismas funciones y sueldo que Forestier tenía en *La Vida Francesa*.

Por lo demás, antes de casarse había abordado con la misma seguridad que un hombre de negocios todos los detalles financieros del nuevo matrimonio. Se habían asociado bajo el régimen de separación de bienes y se habían previsto todos los casos que podían ocurrir: muerte, divorcio, nacimiento de uno ó de varios hijos. El joven aportaba cuatro mil francos, decía él, pero para aquella suma había pedido prestados mil quinientos. El resto eran sus economías hechas en el año en previsión del acontecimiento. La joven declaraba aportar cuarenta mil francos que Forestier le había dejado.

Magdalena citó á Forestier como ejemplo:

— Era un muchacho muy económico, muy ordenado, muy trabajador. Habría hecho fortuna en poco tiempo.

Duroy no escuchaba ya, preocupado por otros pensamientos.

De cuando en cuando la joven cesaba de hablar para seguir una idea íntima y luego recomenzaba:

— De aquí á tres ó cuatro años, puede Vd. muy bien ganar de treinta á cuarenta mil francos por año. Es lo que habría tenido Carlos si hubiera vivido.

Jorge, que comenzaba á encontrar larga la lección, respondió:

— Creí que no íbamos á Ruán para hablar de él.

La joven le dió una ligera palmada sobre la mejilla:

— Es verdad, le dijo riendo. Es mi culpa.

Duroy tenía las manos de ella sobre las rodillas simulando las mismas maneras de los niños buenos y dóciles.

— ¡Oh! qué aire de bobo tiene Vd., así en esa postura!

— Es un papel, replicó Duroy, al que hace un momento me ha reducido Vd. y no le abandonaré.

— ¿Por qué?

— Porque es Vd. quien toma la dirección de la casa y hasta de mí mismo. Y efectivamente, esto le corresponde como viuda.

— ¿Qué quiere Vd. decir? preguntó ella con extrañeza.

— Pues que Vd. tiene una experiencia que debe disipar mi ignorancia y una práctica del matrimonio que debe avivar mi inocencia de soltero. Eso es.

— ¡Lo que Vd. dice es demasiado fuerte! observó la joven.

— Pues es así. Yo no conozco á las mujeres — eso es — y Vd. conoce á los hombres puesto que es viuda — eso es — Vd. se encarga de mi educación... esta noche — eso es — y hasta si quiere puede comenzar ahora mismo — eso es.

— ¡Oh! gritó ella riendo con toda su alma. ¡Si cuenta Vd. conmigo para eso!...

Duroy pronunció con una voz de colegial que tartajea su lección:

— Pues sí, pues sí, cuento con ello — na — y espero que me instruirá Vd. sólidamente... en veinte lecciones... — na — diez para los elementos... la lectura y la gramática... diez para los perfeccionamientos y la retórica — na. — Yo no sé nada — na.

Magdalena se divertía mucho con todo aquello.

— ¡Qué tonto eres! gritó.

— Bueno, volvió á decir, puesto que comienzas á tutearme yo imitaré tu ejemplo y te diré, amor mío, que te adoro cada vez más, de segundo en segundo y que encuentro Ruán demasiado lejos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ahora hablaba con una entonación de actor, haciendo con la cara gestos que divertían á la joven, acostumbrada á las maneras y á las jovialidades de la gran bohemia de los literatos.

Le miraba furtivamente y le encontraba verdaderamente encantador, y experimentaba ese deseo que se siente de comer la fruta al pie del mismo árbol, y que no se come por el razonamiento que aconseja esperar á la comida para comerla á su hora.

Magdalena se había puesto encarnada con los pensamientos que se la ocurrían en aquel momento:

— Mi pequeño discípulo, crea Vd. en mi experiencia, en mi gran experiencia. Los besos en vagón no valen nada. Sólo sirven para alterar el estómago.

Y poniéndose todavía más encarnada, murmuró:

— No se debe jamás segar el trigo sin estar granado.

Duroy reía sin gana, excitado por la doble intención que sentía deslizarse por aquella boca encantadora, y haciendo la señal de la cruz, al tiempo que movía ligeramente los labios como si murmurase una oración, declaró después:

— Acabo de encomendarme á San Antonio, abogado contra las tentaciones. Ahora soy de bronce.

La noche se acercaba dulcemente envolviendo con transparente sombra, cual si fuese un crespón ligero, la dilatada campiña que se extendía á la derecha. El tren marchaba á lo largo del Sena, desenrollado por aquellos sitios como ancha cinta de metal pulimentado al lado de la vía, y los jóvenes se pusieron á contemplar los variados reflejos que formaba el río y que parecían manchas caídas del cielo á las que el sol hubiese frotado al marcharse, tiñéndolas de fuego y de púrpura.

Aquellos resplandores se apagaban poco á poco, y se

volvían sombríos, oscureciéndose tristemente; la campiña se ahogaba entre las negruras de la noche con ese estremecimiento siniestro, estremecimiento de muerte, que todos los crepúsculos transmiten á la tierra.

Aquella melancolía de la noche al entrar por la ventanilla abierta, penetraba en las almas poco antes tan alegres de los dos esposos, que ahora no se decían una palabra.

Ambos habíanse acercado el uno al otro para contemplar la agonía de aquel hermoso y claro día de mayo.

Cuando llegaron á Mantes, el farolero del tren había ya encendido el pequeño quinqué que esparcía sobre el paño gris de los cojines su claridad amarilla y trémula.

Duroy enlazó la cintura de su mujer y la estrechó contra sí. Su deseo agudo de poco antes se convertía en ternura, una ternura amortiguada, como si fuera un blando deseo de menudas caricias, de esas caricias con que se duerme á los niños.

— ¡Oh! murmuró muy bajito, cuánto te voy á amar, mi querida Magdalena.

La dulzura de aquella voz conmovió á la joven, que sintió en la carne un rápido estremecimiento y ofreció su boca á Jorge inclinándose hacia él, pues el periodista tenía posada su mejilla sobre el tibio seno de Magdalena Forestier.

Fué un beso prolongado, mudo y profundo al que sucedió luego un sobresalto, un abrazo brusco y frenético, una corta lucha sin aliento, por último una cópula violenta y torpe.

Los dos permanecieron uno en brazos del otro, un poco desfallecidos pero todavía deseosos. El silbido del tren les anunció una estación próxima, y mientras que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella arreglándose con los dedos los rizos de las sienes repetía: « Es tonto lo que acabamos de hacer; parecemos chiquillos », Duroy la besaba sin cesar las manos, yendo de una á otra con rapidez febril y también por su parte repetía: « Yo te adoro, mi pequeña Lena, te adoro locamente. »

Hasta Ruán permanecieron casi inmóviles, una mejilla contra otra, contemplando por la ventanilla la negrura de la noche, y cuando alguna vez veían pasar las luces de las casas, ambos desvariaban contentos de hallarse tan cerca y en espera cada vez más impaciente de abrazarse más libre é íntimamente.

Una vez en la ciudad se hospedaron en un hotel

cuyas ventanas daban sobre el muelle, y después de haber comido un poco, muy poco, se acostaron.

La criada los despertó al día siguiente concluídas de sonar las ocho.

Después que bebieron la taza de té que se les sirvió sobre la mesa de noche, Duroy contempló á su mujer y bruscamente en un transporte de júbilo de hombre dichoso que acaba de encontrar un tesoro, la cogió entre sus brazos balbuceando:

— Mi pequeña Lena, te amo mucho... mucho.., mucho...

Ella sonreía con su sonrisa confiada y satisfecha:

— También yo..., puede ser; le respondía devolviéndole sus besos.

Pero Duroy continuaba siempre inquieto de aquella visita á sus padres. Ya había prevenido muchas veces á su mujer, la había preparado, sermoneado.

— Sabes que te lo tengo dicho, son campesinos y campesinos de verdad, no de ópera cómica, volvió á decirla.

Ella reía:

— Sí ya lo sé, me lo has repetido bastante. Vaya levántate y déjame levantarme también.

Jorge saltó de la cama y, poniéndose los calcetines, seguía diciendo:

— Estaremos muy mal en la casa, muy mal. En mi alcoba sólo hay una cama vieja con un jergón, pues en Canteleu no se sabe lo que son colchones de muelles.

Magdalena parecia embelesada:

— Eso qué importa. Será encantador dormir mal... cerca de... cerca de ti... y despertarse luego con el canto de los gallos.

Habíase ya pasado su peinador, un gran peinador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de flanela blanca que Duroy reconoció inmediatamente. El verla con aquella prenda le desagradó. ¿Por qué? Su mujer poseía, él lo sabía bien, una docena de aquellos vestidos de mañana. No iba á destruir su *trousseau* porque se comprara uno nuevo y sin embargo á Duroy le habría gustado que sus ropas de alcoba, sus ropas de cama, no fuesen las mismas que usaba con el otro. Le parecía que la blanda y tibia tela guardaba alguna cosa todavía del contacto de Forestier.

El periodista se fué hacia el balcón á fumar un cigarrillo.

La vista del puerto y del ancho río lleno de navíos de ligeros palos y de voluminosas embarcaciones que las máquinas de descarga vaciaban sobre los muelles produciendo extraordinario ruido, le llamó la atención por más que aquello lo conocía desde mucho tiempo antes:

— ¡Oh! ¡Qué hermoso es esto! exclamó.

Magdalena corrió hacia donde estaba y posando sus dos manos sobre un hombro de Jorge, é inclinada hacia él en una actitud de abandono, repetía maravillada, llena de admiración:

— ¡Oh! ¡Qué hermoso es esto! Yo no pensaba que hubiese aquí tantos barcos.

Una hora más tarde partieron, pues debían almorzar con los viejos á quienes se había prevenido desde algunos días antes. Subieron á una berlina de alquiler descubierta, deslucida de puro vieja y llena de herrumbre, que al arrastrarse por el feísimo y largo bulevar que tuvieron que recorrer primeramente, iba produciendo un enorme ruido de calderería á cada sacudida que daba sobre el empedrado. Luego atravesaron unas praderas por donde se deslizaba un arroyo y por último comenzaron á subir la cuesta.

Magdalena estaba fatigada y se había adormecido bajo la caricia penetrante del sol que la calentaba deliciosamente en el fondo del vetusto carruaje como si se encontrase en un baño tibio de luz y de aire campestre.

Su marido la despertó:

— Mira esto, la dijo.

Acababan de parar en el segundo tercio de la cuesta, en un sitio renombrado por la hermosa perspectiva que se descubre y al cual se conduce á todos los viajeros.

Se dominaba desde allí el inmenso valle largo y extenso que el Sena recorre desde un extremo á otro, formando grandes ondulaciones. Veíasele venir desde lejos, sembrado de numerosas islas y describiendo una curva antes de atravesar Ruán. Luego aparecía la ciudad sobre la orilla derecha un poco ahogada entre las brumas de la mañana, con resplandores de sol sobre los tejados y sus mil campanarios ligeros puntiagudos ó rechonchos, frágiles y trabajados como piezas jigantes de joyería, sus torres cuadradas ó redondas rematadas por coronas heráldicas, sus torres de concejo y sus esquilones, todo el pueblo gótico, en fin, de los remates de las iglesias, á las que dominaba la aguda flecha de la catedral, sorprendente aguja de bronce, desmesurada y extraña y la más alta que existe en el mundo.

Enfrente, al otro lado del río elevábanse cilíndricas y abultadas en sus remates las delgadas chimeneas de fábricas del extenso barrio de San Severo.

En mayor número que sus hermanos los campanarios, las chimeneas avanzaban hasta la lejana campiña con sus altas columnas de ladrillo y soplaban en el cielo azul su negro aliento de carbón.

Y la más elevada entre todas, y tan alta como la pirámide de Queops, segunda entre las cumbres que el trabajo

humano ha construído, casi igual á su orgullosa comadre la flecha de la catedral, la gran bomba de fuego de la fábrica *El Rayo* parecía la reina del pueblo trabajador y humeante de las fábricas del mismo modo que su vecina era la reina de la puntiaguda multitud de los monumentos sagrados.

Allá á lo bajo, detrás de la ciudad obrera, extendíase un bosque de abetos, y el Sena que había pasado ya por entre las dos ciudades, continuaba su curso, bordeaba una gran cuesta ondulosa, cubierta de árboles en lo alto y mostrando por sitios sus huesos de blanca piedra. El río desaparecía por fin en el horizonte no sin describir todavía una larga y redondeada curva.

Veíase á los navíos subir y bajar por el río arrastrados por lanchas de vapor gruesas como moscas, que escupían espesa humareda. Un cierto número de islas ostentábanse sobre el agua alineadas una al extremo de la otra, ó bien dejando entre ellas espacios grandes á manera de verde rosario que tuviese desiguales las cuentas.

El cochero esperaba á que sus viajeros hubiesen concluído de extasiarse, pues por experiencia sabía lo que duraba la admiración de los visitantes según sus diversas razas.

Pero cuando ya se había puesto en marcha, Duroy distinguió de pronto, á unos cuantos cientos de metros, dos viejos, que venían al encuentro:

— Helos aquí, gritó dando un salto desde el carruaje. Los reconozco.

Eran dos campesinos, un hombre y una mujer, y caminaban con paso irregular, balanceándose y tropezándose á veces en el hombro.

Él era bajito y regordete, encarnado y algo tripudo, vigoroso á pesar de sus años; la mujer era alta y seca y marchaba encorvada y triste, la verdadera mujer de trabajo en las campiñas, que ha trabajado desde niña y que jamás ha reído, en tanto que el marido bromeaba al beber con los parroquianos.

También Magdalena se había bajado del coche, y con opresión en el alma, con una tristeza que no había previsto contemplaba cómo aquellas pobres gentes venían al encuentro de su hijo, al cual no reconocieron en aquel señor guapo y elegante, como tampoco habrían adivinado á su nuera en aquella hermosa señora vestida de claro.

Los dos viejos andaban de prisa y sin hablarse, al encuentro del hijo esperado, y no fijaron siquiera la vista en aquellas personas de la ciudad á las que un coche seguía á corta distancia.

Ya pasaban y Jorge, que reía con gana de la ocurrencia, gritó en el mismo acento y con la incorrección propia de la gente del campo:

— Buenos días, señor Duroy.

Los dos viejos se pararon en redondo, primero se quedaron estupefactos y la sorpresa les dejó luego como atontados. Ella fué la primera que se repuso:

— Es él, nuestro hijo.

— En efecto soy yo, madre Duroy, respondió el joven y adelantándose hacia ella la besó en las dos mejillas con un beso cariñoso de hijo; luego se acercó á su padre y posó sus sienes contra las del viejo que se había quitado la gorra, una gorra á la moda de Ruán, de seda negra muy alta y parecida á la de los tratantes en bueyes.

Jorge hizo la presentación de su mujer. Y los dos campesinos miraron á Magdalena, contemplándola

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como se contempla un fenómeno, con un temor inquieto, unido á una especie de aprobación satisfecha, en el padre, pero de enemistad celosa en la madre.

El hombre que era de natural alegre y que además aquel día había ya celebrado la llegada del hijo con

algunos vasos de sidra, se enardeció y preguntó con su poquito de malicia en los lagrimales :

— ¡Nosotros podemos besarla, yo creo!

— No faltaba más, respondió el hijo.

Y Magdalena, aunque no muy contenta, presentó sus dos mejillas á los besucones sonoros del campesino, el

cual se enjugó en seguida los labios con el revés de la mano.

La vieja á su vez besó á su nuera, pero con una reserva hostil. No, aquella no era la nuera de sus sueños, la ricacha de aldea gruesa y frescota, encarnada como una manzana y redonda como una yegua normanda. Aquella señora tenía para la vieja el aire de una arrastrada, con todos sus adornos y con su olor de almizcle, pues para ella todos los perfumes no eran otra cosa que almizcle.

Todos se pusieron en marcha detrás del coche, que llevaba la maleta de los nuevos esposos.

El viejo tomó á su hijo por el brazo y, reteniéndole un poco hacia atrás, preguntó con interés :

— Y bien ¿los negocios marchan?

— Muy bien, no hay queja.

— Bueno, basta, tanto mejor. Díme ¿y tu mujer es persona acomodada?

— Cuarenta mil francos, respondió Jorge.

El padre hizo con los labios un movimiento que expresaba su admiración y no pudo decir otra cosa que « ¡Caramba! » tan emocionado quedó por aquella suma. Luego, como el hombre que tiene una convicción seria agregó :

— ¡Sabes que es hermosa mujer!

Porque lo que es él la encontraba de su gusto y había pasado por conocedor en su tiempo.

Magdalena y la madre iban delante al lado una de otra sin decir una palabra. Los dos hombres se unieron á ellas.

Llegaban á la aldea, una pequeña aldea al borde de la carretera y formada de diez casas á cada lado, casas de burgo y masías, unas hechas de ladrillo, las otras de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arcilla, aquéllas cubiertas de rastrojo, éstas de pizarra. La taberna del tío Duroy: « Taberna de la Buena Vista », consistía en una casucha compuesta de planta baja y de granero y se encontraba á la entrada del paisaje, á la izquierda. Una rama de pino colgada á la puerta indicaba, según la antigua moda, que las personas cansadas podían descansar allí. El servicio para el almuerzo estaba en la sala del pequeño café donde habían sido colocadas dos mesas juntas y cubiertas por dos servilletas.

Una vecina que había ido á la casa para ayudar en el servicio, saludó con una gran reverencia al ver aparecer una tan hermosa dama, y al reconocer luego á Jorge exclamó:

— ¡Señor! ¡Jesús! ¿pero es él, Jorgito?

— Sí, yo soy, tía Brulin, respondió Duroy alegremente.

Y la besó inmediatamente lo mismo que había besado al padre y á la madre.

Luego se volvió hacia su mujer:

— Ven á nuestra habitación, dijo, y allí te quitarás tu sombrero.

Y la hizo entrar por la puerta de la derecha en una pieza fría, enladrillada, blanquísima, con las paredes enjalbegadas con cal.

La cama estaba adornada por cortinas de algodón y como únicos adornos de aquella pieza limpia y desconsoladora veíanse un crucifijo encima de una pililla de agua bendita y dos grandes estampas en colores, una de las cuales representaba á Pablo y Virginia bajo una palmera azul y la otra á Napoleón I sobre un caballo amarillo.

Así que estuvieron solos, Duroy besó á Magdalena:

— Buenos días, Lena. Qué contento estoy de ver á mis viejos. Cuando se está en París no se piensa en ellos, pero, sin embargo, ya que se ha venido siente uno placer de haberlos visto.

Pero el padre gritaba golpeando en el tabique con el puño:

— Vamos, vamos, la sopa está lista.

Fué necesario ponerse en seguida á la mesa.

El almuerzo fué un largo almuerzo de labradores, con una serie de platos mal combinados, un embuchado de tripas de cerdo después de una pierna de carnero, y una tortilla á continuación del embuchado.

El viejo Duroy, completamente alegre por la sidra y algunos vasos de vino, soltaba el grifo de las bromas que tenía reservadas para los grandes días, historias verdes é inconvenientes que les habían ocurrido á amigos suyos, afirmaba él. Jorge las conocía todas y reía, no obstante, embriagado por el aire natal, embargado de nuevo por el amor innato del país y los sitios familiares de su infancia, por todos los recuerdos, por todas las sensaciones y todas las cosas vistas otras veces, nimiedades, si se quiere, una marca hecha en una puerta con el cuchillo, una silla coja que le recordaba algún hecho menudo, el olor del suelo, el gran soplo que le llegaba de resina y de árboles del bosque vecino, los olfatos de su antigua casa, de los albañales, del corral.

La madre Duroy no hablaba nada, triste siempre y severa, expiando á su nuera con el rabillo del ojo, con un odio que se despertaba en su corazón, odio de vieja rústica y trabajadora contra aquella mujer de ciudad que le inspiraba repulsión de maldita, de réproba, de impuro ser nacido para el ocio y el pecado, ¡ella que

tenía gastados los dedos y deformados los miembros por los trabajos duros y penosos de la vida de campo! Á cada momento se levantaba para ir á buscar los platos, para echar en los vasos, ya la bebida amarilla y agria del porrón, ya la rojiza, espumosa y azucarada sidra de las botellas cuyos tapones saltaban lo mismo que los de las limonadas gaseosas.

Magdalena apenas si comía ni hablaba, su semblante presentaba la ordinaria sonrisa de siempre, sólo que detenida en los labios, triste, resignada. Estaba como desencantada, decaída. ¿Pero por qué? ¿No era ella quien había querido ir? No ignoraba que iba á una casa de labradores, de pequeños labradores. ¿Cómo se los había entonces figurado, ella que no tenía costumbre de soñar? ¿Es que las mujeres no esperan siempre otra cosa distinta de lo que es? ¿Tal vez los había visto de lejos más poéticos? No, pero sí tal vez más literarios, más nobles, más afectuosos y decorativos. Sin embargo, ella no los deseaba distinguidos como los campesinos de las novelas. ¿De dónde, pues, provenía el que la chocasen por mil cosas menudas, invisibles, por mil groserías intangibles, por su naturaleza misma de palurdos, por lo que decían, por sus maneras, por sus alegrías?

Ella se acordaba entonces de su madre, de la cual jamás hablaba á nadie, una institutriz seducida, educada en San Dionisio y muerta de miseria y de pesar cuando Magdalena tenía doce años. Un desconocido había hecho educar á la niña. ¿Su padre, sin duda? ¿Quién era? Jamás lo supo por más que tuviese alguna vez vagas sospechas.

El almuerzo no concluía nunca. En aquel momento entraron parroquianos que estrechaban la mano al

viejo Duroy, se sorprendían al ver al hijo y, mirando á la mujer furtivamente, se guiñaban el ojo con malicia como diciendo : « ¡Voto al chápiro! no está comida de los gusanos la esposa de Jorge Duroy. »

Otros menos íntimos se sentaban delante de las mesas de madera y gritaban :

« ¡Un litro! — ¡Un jarro de cerveza! — ¡Dos cognacs! — ¡Un raspail! » Y se ponían á jugar al dominó golpeando con fuerza sobre la mesa con las fichas de hueso blancas y negras.

La madre de Duroy no cesaba de ir y venir sirviendo á los parroquianos con su aire siempre triste, recibiendo el dinero, enjugando las mesas con el extremo de su delantal azul.

El humo producido por las pipas de barro y por los cigarrillos llenaba la estancia. Magdalena se puso á toser y le dijo á Jorge :

— ¡Si saliéramos un poco! yo no puedo más.

Todavía no había concluído el almuerzo y aquello le disgustaba al viejo Duroy. Magdalena se levantó entonces y fué á sentarse en una silla á la puerta, sobre la carretera, esperando que su suegro y su marido hubiesen terminado su café y sus copas.

Jorge se unió á ella en seguida :

— ¿Quieres bajar hasta el río?

— ¡Oh! sí, vamos, respondió ella aceptando con alegría.

Bajaron, pues, la montaña, alquilaron un bote en Croisset y pasaron el resto de la tarde á la orilla de una isla, bajo los sauces, uno y otro soñolientos en aquel suave calor de primavera y mecidos por las leves ondas del río.

Cuando comenzaba á ser de noche volvieron á subir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la montaña y entraron en la casa donde les esperaba ya la comida de la noche, servida á la luz de un candil. Todavía fué más penosa para Magdalena que el almuerzo. El padre de Jorge tenía una media borrachera y no hablaba nada, la madre conservaba siempre su semblante acerbo y áspero.

La débil luz que alumbraba la estancia arrojaba sobre las paredes grises las sombras de las cabezas, las narices resultaban enormes, los movimientos desmesurados. Alguna vez se veía una mano de gigante levantar un tenedor parecido á una horca é introducirle en una boca que se abría como las fauces de un monstruo, cuando cualquiera de los que comían presentaba su perfil á la llama amarilla y temblona.

En seguida que terminó la comida, Magdalena arrastró á su marido para afuera á fin de librarse de aquella sombría habitación en donde flotaba siempre un olor acre á viejas pipas y á bebidas derramadas.

Una vez que estuvieron fuera la dijo Jorge :

— Estás ya fastidiada.

Su mujer quiso negarlo pero él la interrumpió :

— Es inútil, lo he advertido. Si quieres mañana partimos.

— Bueno, sí que quiero.

Y echaron á andar despacito caminando abstraídos por entre aquella noche tibia cuya sombra amorosa y profunda parecía preñada de pequeños ruidos, de ligeros rozamientos, de soplos. Habían entrado en una estrecha alameda y marchaban bajo árboles más altos, entre dos sotos de un negro impenetrable.

— ¿Dónde estamos? preguntó Magdalena.

— En el bosque, respondió Duroy.

— ¿Y es muy grande?

— Muy grande, uno de los más extensos de Francia.

Un olor de tierra, de árboles, de musgo, ese perfume fresco y viejo de los bosques espesos formado por la savia de los brotes y de la hierba muerta y enmohecida de las malezas parecía dormir en aquella alameda. Cuando Magdalena levantaba la cabeza divisaba las estrellas por entre las copas de los árboles y por más que ni la más ligera brisa removiese las ramas, ella sentía á su alrededor la vaga palpitación de aquel océano de hojas. De su alma se apoderó entonces un estremecimiento singular que circuló luego por todo su cuerpo y una confusa angustia la oprimió el corazón. ¿Cuál podía ser la causa? No acertaba á explicársela, pero la parecía que estaba perdida, rodeada de peligros, abandonada de todos, sola, sola en el mundo bajo aquella bóveda celeste que se estremecía en lo alto.

— Tengo miedo, murmuró. Quisiera que volviéramos.

— Bueno, vámonos.

— ¿Y... mañana mismo nos volveremos á París?

— Sí, mañana.

— ¿Por la mañana?

— Por la mañana si tú quieres.

Cuando entraron en la casa, los viejos estaban acostados. Magdalena durmió mal, despertándose incesantemente con todos los ruidos, para ella desconocidos, de la campiña, con el lúgubre grito de las lechuzas, el gruñido de un cerdo encerrado cerca de allí en una barraca ó el cacareo de los gallos que desde media noche empezaron á cantar.

Á los primeros resplandores de la aurora se levantó ya dispuesta á partir.

Los padres de Jorge al anunciarles éste que se vol-

vían á París, se quedaron ambos sorprendidos si bien al momento comprendieron de dónde venía aquella determinación.

— ¿Pero á ti te veremos pronto, eh? preguntó el padre sencillamente.

— Seguramente, para el verano.

— Entonces está bien.

La vieja refunfuñó :

— Dios haga que nunca tengas que sentir lo que has hecho.

Jorge los dejó doscientos francos como regalo para calmar su descontento.

Un muchacho había ido á buscar el coche, que se presentó hacia las diez, y los nuevos esposos partieron después de besar á los viejos campesinos.

Cuando bajaban la cuesta Jorge reía que se las pelaba.

— Ahí lo tienes, te lo había prevenido. No habría debido consentir en hacerte conocer á Monsieur y Madame du Roy de Cantel padres.

También Magdalena se echó á reir y replicó :

— Pues estoy encantada. Son unas buenas gentes á las que comienzo á querer mucho y les enviaré algunas frioleras de París.

Luego murmuró :

— « Du Roy de Cantel »... Ya verás como nadie se extraña de nuestras esquelas de participación de enlace. Diremos que hemos pasado ocho días en las posesiones de tus padres.

Y acercándose á él rozó con un beso el bigote del joven :

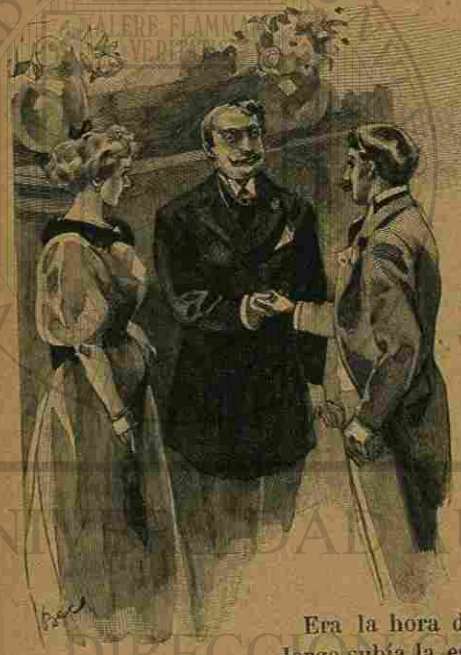
— Buenos días, Jorge.

— Buenos días, Lena, respondió él pasándola una mano por detrás de la cintura.

Á lo lejos en el fondo del valle se descubría el Sena, desliado como una banda de plata bajo el sol de aquella mañana encantadora, las chimeneas de las fábricas que enviaban al cielo sus negras nubes de carbón y los campanarios puntiagudos se erguían sobre la vieja ciudad goda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II



Hacía dos días que los Duroy estaban de regreso en París y el periodista había vuelto á sus antiguas funciones en tanto que dejando los ecos se hacía definitivamente cargo del trabajo de Forestier y se consagraba enteramente á la política.

Era la hora de entrar á comer. Jorge subía la escalera de su casa, la antigua casa de su predecesor, con el corazón alegre y con deseo vivísimo de besar á su mujer cuyos encantos físicos é insensible dominación le subyugaban dulcemente.

Al pasar por delante de una vendedora de flores, al pie de la calle de Nuestra Señora de Loreto, había tenido la idea de comprar para su esposa un hermoso y grueso ramillete de rosas apenas abiertas y de pimpollos, y con él en la mano escalaba los pisos de su nueva morada, mirándose complacido en aquellos grandes espejos que le recordaban la primera vez que entró en la casa.

Duroy habíase olvidado de tomar la llave y tuvo que sonar al timbre. Al momento le abrió la puerta el doméstico de otras veces pues por consejo de Magdalena le había conservado á su servicio.

— ¿Ha entrado la señora? preguntó.

— Sí, señor.

El joven atravesó el comedor y quedó sorprendido de ver tres cubiertos sobre la mesa, y como la cortina del salón estaba levantada, vió á Magdalena que colocaba sobre un florero de la chimenea un manojo de rosas idéntico completamente al suyo.

Duroy experimentó un sentimiento de contrariedad, como si se le hubiese robado su idea, su atención y todo el placer que se prometía.

— ¿Has invitado á alguien á comer? dijo al entrar.

Ella respondió sin volverse y concluyendo de arreglar sus flores :

— Sí y no. Es mi antiguo amigo el conde de Vaudrec que tiene la costumbre de comer aquí todos los lunes y que viene como otras veces.

— ¡Ah! muy bien, murmuró Jorge.

Siempre con su ramillete en la mano Duroy seguía de pie, detrás de ella, con deseo de ocultarle, de tirarle Sin embargo la dijo :

— Toma, te traigo rosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magdalena se volvió hacia él de pronto, toda sonriente y gritó :

— ¡ Ah! qué amable has sido de pensar en esto.

Y le tendió los brazos presentándole los labios con un transporte de placer tan sincero que se sintió consolado.

Magdalena tomó las flores, las aspiró y con una viveza de niña encantada las colocó en el florero que estaba vacío enfrente del primero. Luego murmuró después de contemplar el efecto :

— ¡ Qué contenta estoy! Aquí tienes mi chimenea bien surtida ahora.

Casi inmediatamente y como quien está segura de ello agregó :

— ¿ Tú sabes? Vaudrec es persona encantadora. En seguida te harás íntimo de él.

El timbre anunció la llegada del conde, el cual entró tranquilamente, sin el menor reparo, como en su casa. Después de besar galantemente los dedos de la joven, se volvió hacia el marido y tendiéndole cordialmente la mano le saludó :

— ¿ Va bien, mi querido Du Roy?

No tenía aquel aire tieso y afectado de tiempos atrás, sino un aire afable que revelaba bien que la situación no era la misma.

El periodista quedó sorprendido y cuidó de mostrarse simpático para responder á los avances del conde. Cinco minutos después se hubiera creído que se conocían y se adoraban desde diez años antes.

Magdalena entonces les dijo radiante de alegría :

— Los dejo á Vds. juntos. Tengo necesidad de echar una vista por mi cocina.

Y se alejó seguida por la mirada de los dos hombres.

Cuando volvió los encontró hablando de teatro á propósito de una obra nueva, y tan completamente de acuerdo estaban, que en sus ojos se anunciaba una amistad sincera y rápida á juzgar por aquella paridad absoluta de ideas.

La comida resultó encantadora, íntima y cordial y el conde permaneció hasta muy tarde, tan agradablemente se sentía en aquella casa, entre aquel lindo y reciente matrimonio.

Cuando se marchó, le dijo Magdalena á su marido:

— ¿ No es verdad que es un hombre correctísimo? Gana el ciento por ciento con dejarse conocer. He aquí un buen amigo, constante, afectuoso, fiel. ¡ Oh! sin él.....

Magdalena no concluyó el pensamiento y Jorge respondió :

— En efecto, le encuentro muy agradable. Creo que nos entenderemos muy bien.

Ella mudó de conversación inmediatamente :

— ¡ Ah! ¿ no sabes? Esta noche vamos á trabajar antes de acostarnos. Como en seguida llegó Vaudrec no he tenido tiempo de hablarte de esto antes de comer. Me han traído esta misma tarde noticias graves, noticias de Marruecos. Laroche Mathieu, el diputado y futuro ministro, es quien me las ha dado, y es necesario que hagamos un gran artículo, un artículo de sensación. Tengo datos y cifras. Vamos á ponernos á trabajar inmediatamente. Toma el quinqué.

Duroy lo tomó y entraron en el gabinete de trabajo.

En la biblioteca estaban siempre alineados los mismos libros y además se veían ahora sobre la cubierta del mueble los tres vasos comprados por Forestier en el golfo Juan la víspera de su muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El afelpado que el muerto usaba para tener calientes los pies esperaba los de Duroy, quien, así que se sentó echó mano del portaplumas de marfil, por cierto un poco roído en el extremo libre por los dientes del otro.

Magdalena se apoyó en la chimenea y, después de encender un cigarrillo, refirió las noticias que tenía, expuso sus ideas y el plan del artículo que meditaba.

Duroy escuchaba con atención en tanto que garabateaba notas y, una vez que ella concluyó, presentó algunas objeciones, se hizo de nuevo cargo de la cuestión y la agrandó, desarrollando á su vez no un plan de artículo sino un plan de campaña contra el ministerio. Aquel ataque sería el comienzo. Su mujer había cesado de fumar, tanto se despertaba su interés con todo aquello, tan dilatado horizonte veía siguiendo el pensamiento de Jorge, y de cuando en cuando murmuraba :

— Sí... sí... Eso es... Excelente, magnífico.

Así que él acabó de hablar, le dijo .

— Ahora escribamos.

Pero Jorge tenía siempre el comienzo difícil y buscaba penosamente las frases. Ella se acercó entonces á él despacito é inclinándose sobre su hombro empezó á soplarle al oído sus frases en voz muy baja.

— ¿ Es eso lo que quieres decir? le preguntaba de cuando en cuando.

— Sí, eso perfectamente.

Magdalena tenía rasgos mortificantes, frases venenosas de mujer para herir al presidente del Consejo, y barajaba las burlas que se le ocurrían respecto á la cara del presidente con las que se referían á su política, presentándola de un modo original que hacía reir é

interesaba al mismo tiempo por la exactitud de la observación.

Duroy agregaba alguna vez unas cuantas líneas que hacían más profundo y enérgico el alcance del ataque. Conocía además el arte de la reticencia pérfida que había aprendido aguzando los ecos, y cuando un hecho presentado por Magdalena como cierto le parecía dudoso ó arriesgado, Jorge resultaba excelente en lo de dejarle adivinar, imponiéndole al espíritu con mayor fuerza que si lo hubiese afirmado.

Terminado que fué el trabajo, Jorge lo leyó en voz alta, declamándole. Ambos lo juzgaron de común acuerdo admirable y sonreían encantados y sorprendidos como si acabaran de revelarse el uno al otro. Se miraban al fondo de los ojos, emocionados de recíproca admiración y ternura y se besaron con transporte, con un ardor amoroso comunicado de sus espíritus á sus cuerpos.

Duroy volvió á tomar el quinqué y con mirada de fuego dijo :

— Ahora vámonos á dormir.

— Pase Vd., mi señor, respondió ella, puesto que es Vd. quien alumbra la ruta.

Duroy pasó delante y ella le siguió hasta la alcoba haciéndole cosquillas en el cuello con la punta del dedo para hacerle marchar más de prisa, pues era muy sensible á aquella caricia.

El artículo apareció con la firma Jorge Du Roy de Cantel y produjo gran ruido. En la Cámara causó verdadera emoción, y el viejo Walter felicitó á su autor encomendándole desde luego la redacción política de *La Vida Francesa*.

Los ecos volvieron otra vez á Boisrenard. Entonces

comenzó en el periódico una campaña hábil y violenta

contra el ministerio. El ataque siempre diestro y refor-

zado con hechos, tan pronto irónico como serio, chistoso unas veces, virulento otras, hería con una certeza y una continuidad de la que todo el mundo se extrañaba. Los demás periódicos citaban sin cesar á *La Vida Francesa* y cortaban pasajes enteros, y los hombres del poder se informaron de si con una prefectura ó gobierno de departamento no sería posible amordazar á aquel enemigo desconocido y encarnizado.

Du Roy adquiría celebridad en los grupos políticos y sentía agrandarse su influencia de un modo visible, en los apretones de manos de que era objeto y en la manera con que se le saludaba con el sombrero. Por otra parte, su mujer le llenaba de estupor y de admiración con la ingeniosidad de su *esprit*, la habilidad de sus informaciones y el número de sus amistades.

En cualquier momento que volviera á su casa se encontraba en el salón un diputado, un magistrado, un general, que trataban á Magdalena como á antigua amiga y con una familiaridad seria. ¿ Dónde había conocido á todas aquellas gentes? En sociedad, decía ella. ¿ Pero cómo había sabido captarse su confianza y afección? No se lo explicaba.

— ¡ Qué gran diplomática haría! pensaba.

Magdalena entraba con frecuencia tarde á la hora de las comidas, sofocada, roja, temblorosa y antes de desembarazarse del velo decía :

— Hoy vengo contrariada. Figúrate que el ministro de Justicia acaba de nombrar dos magistrados que han formado parte de las comisiones. Vamos á largarle una paliza de la que se acuerde siempre.

Y se arremetía contra el ministro y al día siguiente se le propinaba una segunda acometida y una tercera al otro. El diputado Laroche Mathieu que comía todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los martes, después del conde de Vaudrec que iniciaba la semana, estrechaba vigorosamente las manos de la mujer y del marido con demostraciones exageradas de satisfacción. Y no cesaba de repetir :

— ¡ Cielos! ¡ qué campaña! si después de esto no triunfamos...

Esperaba en efecto que lograría descolgar la cartera de Negocios Extranjeros á la que venía dirigiendo la puntería desde hacia mucho tiempo.

Era uno de esos hombres políticos acomodaticios, sin convicciones, sin grandes medios, sin la audacia necesaria y sin conocimientos serios, abogado de provincia, un jefe magnífico para capital, que sabía mantener equilibrios de perillán entre todos los partidos extremos, especie de jesuita republicano y de hongo liberal de género dudoso, como brotan por centenas en el estercolero del sufragio universal.

Su maquiavelismo de aldea le hacía pasar por hombre importante entre sus colegas, entre todos los irradiados de las clases y todos los frustrados que constituyen la masa anónima de representantes del país En cambio era hombre cuidadoso de su persona, y en su trato lo bastante correcto, comunicativo y amable para triunfar. Obtenía éxitos en el mundo elegante y en esa sociedad entreverada, turbia y poco ana de los altos funcionarios del momento.

Por todas partes se oía : « Laroche será ministro » y lo pensaba más firmemente que todos los demás que Laroche sería ministro.

Era uno de los principales accionistas del periódico del viejo Walter, su colega y asociado en muchos negocios de bolsa.

Duroy le sostenía confiado y con esperanzas confusas

para más tarde, si bien en esto no hacía otra cosa que continuar la obra comenzada por Forestier, á quien Laroche-Mathieu había prometido la cruz de la Legión de Honor para el día en que triunfase. La condecoración luciría en el pecho del nuevo marido de Magdalena, eso era todo. En suma nada había cambiado.

Y tan se sentía que nada había cambiado que los compañeros de redacción de Duroy habían dado en la costumbre, que comenzaba á molestar á Jorge, de llamarle Forestier.

Inmediatamente que llegaba al periódico, alguno de sus compañeros solía decirle :

— Oye, Forestier.

Éste simulaba no oirlo y buscaba en su buzón de cartas la correspondencia que se le dirigía á la redacción. La voz se repetía entonces con mayor fuerza :

— ¡ Eh ! ¡ Forestier ! y entre los que se hallaban presentes circulaban risas que se pugnaba por contener.

Y si Duroy se dirigía hacia el despacho del director, el que le había llamado antes le detenía :

— Dispensa, chico, es á ti á quien quiero hablar. Es verdaderamente estúpido, pero siempre te confundo con ese pobre Carlos. Eso viene de que tus artículos se parecen de un modo singular á los suyos. Todo el mundo se equivoca en eso.

Duroy no respondía nada, pero interiormente rabiaba y en él nacía contra el muerto una cólera sorda.

El mismo Walter había declarado, contestando á la extrañeza que despertaban aquellas flagrantes semejanzas de inspiración y de estilo entre las crónicas del antiguo y del nuevo redactor político :

— Sí, hay mucho del Forestier, pero de un Forestier más nutrido, más nervioso, más viril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otra vez, al abrir Duroy por casualidad el armario en que estaban los boliches, encontró los de su predecesor con un crespón alrededor del mango, y el suyo, aquel de que se servía cuando se ejercitaba bajo la dirección de Saint-Potin, estaba adornado con una cinta de seda de color rosa. Todos estaban colocados sobre la misma tabla de mayor á menor, y en un cartel parecido al de los museos decía :

« Antigua colección Forestier y Cía, Forestier-Du Roy sucesor, privilegiado S. G. D. G.[1]. Artículos de la mayor duración que pueden servir en toda circunstancia, hasta en viaje. »

Jorge cerró el armario con calma y, en voz alta para que le oyeran, dijo :

— En todas partes hay imbéciles y envidiosos.

Pero resultaba de todos modos lastimado en su orgullo, herido en su vanidad, esa vanidad y ese orgullo de escritor que producen una susceptibilidad nerviosa siempre alerta é igual en el repórter que en el poeta genial.

Aquella palabra *Forestier* desgarraba su oído, tenía miedo de oirla pronunciar, y al oirla se sentía ruborizado.

Aquel nombre era para él una burla sangrienta y más que burla un insulto que le gritaba :

« Es tu mujer quien hace tu trabajo como hacía el del otro. Sin ella no serías nada. »

Duroy admitía perfectamente que Forestier no hubiese llegado á nada sin Magdalena, pero en cuanto á él, ¡vamos!

1. Estas iniciales corresponden á las palabras siguientes : Sin garantía del Gobierno. (N. del T.)

Y entraba en su casa con la obsesión continua de aquello. La casa entera le recordaba al muerto, todo el mobiliario, los juguetes, todo cuanto tocaba. Apenas si pensaba en esto en los primeros tiempos, pero la broma de sus compañeros había abierto en su espíritu una especie de llaga que ahora se envenenaba, merced á un sinnúmero de pequeñeces en que hasta entonces no se había fijado.

No podía tomar un objeto sin que la mano de Carlos se le representase inmediatamente colocada encima. No miraba ni manejaba sino cosas que habían servido á Forestier, compradas por él, amadas y poseídas. Y Jorge comenzaba á irritarse hasta con el pensamiento de las antiguas relaciones de su amigo y de su mujer.

Alguna vez se extrañaba de aquella sublevación de su espíritu, que no acertaba á explicarse, y se preguntaba : « ¿Cómo diablos es esto? Yo no tengo celos de los amigos de Magdalena, jamás me inquieto de lo que hace, entra y sale cuando le parece, y en cambio el recuerdo de ese bruto de Carlos me exaspera. »

Y mentalmente se decía :

« En el fondo era un estúpido y sin duda es eso lo que me lastima. Me incomoda que Magdalena haya podido casarse con un bruto semejante. » ¿Cómo ha podido ocurrir, se repetía sin cesar, el que esta mujer haya tragado, un solo instante, á un animal parecido?

Su rencor aumentaba de día en día á causa de mil detalles insignificantes que le picaban como alfilerazos, trayéndole el recuerdo incesante del otro una simple palabra de Magdalena, ó del doméstico, ó de la doncella.

Un día, Du Roy, á quien gustaban mucho los platos azucarados, preguntó :

— ¿Cómo es que nunca tenemos entremeses en la comida? Jamás haces que nos sirvan esos platos.

—Tienes razón, respondió su mujer alegremente, nunca pienso en ello. Y es que como Carlos los tenía horror...

Jorge la interrumpió en un arranque de impaciencia que no pudo contener :

—¿Sabes que Carlos comienza á fastidiarme? Siempre oigo Carlos por aquí, Carlos por allá, á Carlos le gustaba esto, á Carlos le gustaba lo otro. Puesto que Carlos ha reventado lo mejor es dejarle tranquilo.

Magdalena miraba con estupor á su marido sin comprender nada de aquella cólera repentina, pero como era fina y discreta adivinó algo de lo que pasaba en él, y vió el trabajo lento de los celos póstumos, agrandados de segundo en segundo por todo aquello que podía recordar al otro.

Tal vez ella lo encontró pueril, pero como la Esonjeaba no replicó nada á su marido.

Duroy se echó luego en cara interiormente aquella irritación que no había podido disimular.

Cuando aquella misma noche, después de comer, se ocupaban los dos en hacer un artículo para el día siguiente, Jorge, á quien molestaba el afelpado que había bajo la mesa, le arrojó de allí de un puntanié viendo que no lograba darle la vuelta.

— ¿Es que Carlos tenía siempre frío en las patas? preguntó riendo.

— ¡Oh! respondió ella, riendo también, vivía aterrado con los catarros. No tenía el pecho muy sólido.

— En efecto, repuso Duroy con ferocidad. Luego lo ha demostrado. Aunque felizmente para mí, añadió con galantería.

Y besó la mano de su mujer.

Pero al acostarse, frecuentado siempre por el mismo pensamiento, todavía :

— ¿Es que Carlos usaba gorros de algodón para evitar las corrientes de aire en los oídos?

Su mujer se prestó á la broma y respondió :

— No, un madrás anudado en la frente.

Jorge se encogió de hombros y, con un desprecio de hombre superior, dijo :

— ¡Qué tonto!

Carlos fué desde entonces para él objeto de continuo pasatiempo. Hablaba del muerto con motivo de todo, no llamándole sino « Este pobre Carlos » con aire de piedad infinita.

Y cuando venía del periódico, donde se había oído llamar dos ó tres veces Forestier, se vengaba persiguiendo al muerto con rencorosas burlas hasta el fondo de su tumba. Recordaba sus defectos, sus ridiculeces, sus pequeñeces, las enumeraba y aumentaba como si hubiese querido combatir en el corazón de su mujer la influencia de un rival temible.

— Díme, Lena, repetía, ¿Te acuerdas de aquel día en que el bolonio de Forestier pretendió demostrarnos que los hombres gordos eran más vigorosos que los flacos?

Luego quiso saber sobre el difunto un montón de detalles íntimos y secretos que la joven, molestada con

todo aquello, se negaba á decir. Pero insistía, se obstinaba en saberlo.

— Vamos, díme, cuéntame eso. Debía ser un hombre bien original en el momento de...

— Pero, Jorge, déjale tranquilo de una vez, murmuraba ella.

— No, dímelo, insistía. ¿No es cierto que debía ser lerdo en la cama ese animal?

Y siempre concluía por decir:

— ¡Qué bruto era!

Una noche, á fines de junio, mientras fumaba un cigarrillo al balcón, hacía un calor tan grande que le entró gana de dar un paseo en coche.

— Díme, Lena ¿quieres que vayamos hasta el bosque?

— Ciertamente que quiero.

Era una noche sin viento, una de esas noches de estufa en que el aire sobrecalentado de París entra en el pecho como si fuera vapor de horno, y los Du Roy tomaron un coche descubierto, ganaron los Campos Elíseos y después la avenida del Bosque de Bolonia.

Un ejército de coches conducía bajo los árboles á todo un pueblo de enamorados, y, uno detrás de otro, aquella fila de coches no terminaba nunca.

Jorge y Magdalena se divertían mirando todas aquellas parejas enlazadas que pasaban en aquellos coches, la mujer vestida de claro y el hombre de oscuro. Aquello era un inmenso río de amantes que corría hacia el Bosque bajo un cielo estrellado y ardiente. No se oía otro ruido que el sordo rodar de los carruajes. Los dos seres de cado uno de los coches pasaban, pasaban reclinados sobre los cojines, sin decirse una palabra, estrechados uno contra otro, perdidos en la alucinación del deseo, estremeciéndose de placer ante la perspectiva del próximo abrazo. La sombra cálida de la noche parecía llena de besos. Una sensación de ternura flotante de amor bestial desparramado, hacía más pesado y sofocante el aire. Todas aquellas gentes apareadas, embriagadas por el mismo pensamiento y con igual ardor, transmitían á cuanto les rodeaba una fiebre de deseo; aquellos carruajes cargados de amor, sobre los cuales parecían revolotear las caricias, arrojaban á su paso una especie de aliento sensual, sutil, excitante.

Jorge y Magdalena mismos se sintieron dominados por aquel contagio de ternura y, sin decirse una palabra, se tomaron dulcemente la mano, oprimidos algún tanto por la pesadez de aquella atmósfera y por la emoción que les invadía.

Una vez que llegaron al recodo que sigue á las fortificaciones, se besaron y Magdalena balbuceó un poco confusa:

— Somos tan chiquillos como cuando íbamos á Ruán.

La enorme corriente de carruajes se había separado á la entrada de los sotos, y en el camino de los Lagos, que era el que los jóvenes seguían, los coches se espaciaban un poco; pero la noche espesa de los árboles, el aire vivificado por las hojas y por la humedad de los arroyuelos, cuya leve y mansa corriente se percibía bajo las ramas, una especie de frescura del ancho espacio nocturno enteramente adornado de astros, daban á los besos de las parejas un encanto más penetrante y una sombra más misteriosa.

— Oh, mi pequeña Lena, murmuró Jorge estrechándola contra sí.

— ¿Te acuerdas, le dijo ella, del bosque de tu casa? ¡qué siniestro era todo aquello! Me parecía que estaba

lleno de animales horrorosos y que no tenía fin, mientras que este bosque es encantador, se sienten las caricias del viento, y sé bien que al otro lado se encuentra Sèvres.

— ¡Oh! respondió Jorge, en el de mi casa sólo hay ciervos y jabalíes, zorros y corzos, y sembradas aquí ó allá alguna que otra casa destinada al *forestier* ó guarda-bosque [1].

Aquel nombre, el mismo nombre del muerto, que habían pronunciado sus labios, le sorprendió como si alguien le hubiese gritado desde el fondo de aquellas espesuras, y se calló bruscamente, sobrecogido de nuevo por aquel extraño y persistente malestar, por aquella irritación celosa, roedora, invencible, que le agriaba la vida desde algún tiempo.

Al cabo de un minuto preguntó :

— ¿Has venido aquí alguna vez como ahora, por la noche, con Carlos?

— Ciertamente que sí, respondió ella; con alguna frecuencia.

De pronto sintió Jorge deseos de volverse á casa, un deseo nervioso que le oprimía el corazón. Pero la imagen de Forestier había de nuevo entrado en su espíritu, le poseía, le abrazaba. Ya no podía pensar en otra cosa que en él.

Con un acento de perfidia le preguntó á su mujer :

— Díme, Lena.

— ¿Qué, amigo mío ?

— ¿No le has hecho cornudo á ese pobre Carlos?

1. Hemos respetado la palabra francesa *forestier*, cuyo significado castellano en este caso es guarda-bosque, á fin de que el lector pueda hacerse cargo de lo que se dice después. (N. del T.)

Ella murmuró desdeñosa :

— ¡Qué tonto y qué machacón te pones!

Pero él no dejaba su idea.

— Vamos, mi pequeña Lena, sé franca, confiésamelo. ¿Le has hecho cornudo, dí? Confiesa que le has hecho cornudo.

Magdalena se callaba, ofendida, como les pasa á todas mujeres, con aquella palabra.

— ¡Pardiez! insistió Jorge, si en el mundo hay quien tenga cara de serlo, era él, seguramente. ¡Oh ! cómo me divertiría saber que Forestier era cornudo. ¿Eh? ¡qué soberbia caricatura de memo!

Duroy observó que ella sonreía, tal vez por algún recuerdo que la asaltaba, é insistió de nuevo :

— Vamos, dímelo. ¿Qué importa eso? Por el contrario, sería una cosa graciosa declarármelo á mí, á mí nada más, que le habías hecho cornudo.

Y en efecto, la esperanza, el deseo de saber que Carlos, el odioso Carlos, el muerto detestado y execrado, hubiese llevado aquel vergonzoso ridículo sobre su frente, le estremecía. No obstante... otra emoción más confusa aguijoneaba su deseo de saber.

— Lena, mi querida Lena, repetía Jorge; te lo ruego, dímelo. Ahí tienes uno que no tendría razón á quejarse, y tú habrías sido verdaderamente tonta de no ponérselos. Vamos, Lena, confiesa.

Magdalena encontraba, sin duda, divertida aquella insistencia, pues de cuando en cuando reía con risitas breves y entrecortadas.

Jorge acercó los labios al oído de su mujer :

— Vamos, Lena, confiésamelo.

Ella entonces se alejó con un movimiento seco :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Pero cuidado que eres estúpido. ¿ Es que se contesta á preguntas semejantes?

Y esto se lo dijo tan bruscamente y con un tono tan singular que Jorge se quedó cohibido, asustado, algún tanto oprimido como si acabara de recibir una conmoción moral.

El coche bordeaba en aquel momento el gran lago, que parecía como si el cielo hubiese desgranado en él sus estrellas. Dos cisnes errantes nadaban muy despacito y visibles apenas entre la sombra.

— ¡ Vuélvase, cochero ! gritó Jorge al auriga.

El carruaje dió la vuelta cruzándose con los otros coches que marchaban al paso, ostentando sus gruesas linternas que brillaban lo mismo que ojos en la noche del bosque.

¡ De qué modo tan extraño había dicho aquello su mujer ! ¿Es una confesión? se preguntaba Du Roy. Y aquella casi certidumbre de que Magdalena había traicionado á su primer marido le enloquecía de cólera en aquel instante. Sentía deseo de maltratarla, de estrangularla, de arrancarle el pelo.

¡ Oh ! si ella le hubiese respondido : « Pero, querido mío, si alguna vez hubiese pensado en engañarle, sería por ti por quien lo hubiera hecho... » ¡ cómo la habría besado, abrazado, adorado !

Jorge permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, sin poder todavía reflexionar á causa de la demasiada agitación de su espíritu. Solamente sentía fermentar en él ese rencor y esa cólera que se incuban en el corazón de los machos ante los caprichos del deseo femenino. Por primera vez sentía la angustia confusa del esposo que sospecha. Estaba, en fin, celoso, celoso del muerto, celoso por cuenta de Forestier, celoso de un

modo punzante y extraño en el que súbitamente entraba el odio contra Magdalena. ¿ Puesto que había engañado al otro podría él tener confianza en ella?

Poco á poco se fué haciendo en su espíritu una especie de calma, y Jorge se rebeló contra aquel sufrimiento : « Todas las mujeres son unas rameras, pensó; es preciso utilizarlas y no cederlas nada de uno. »

La amargura le subía del corazón á los labios en palabras de desprecio y de asco, pero no las dejaba escaparse. « El mundo es de los fuertes, hay que ser fuerte y serlo por encima de todo, » se repetía.

El carruaje caminaba más de prisa y cuando hubo repasado las fortificaciones, Duroy contempló delante de sí la rojiza claridad del cielo, parecida á una llama de enorme fragua, y oyó un rumor confuso inmenso, continuo, formado por ruidos innumerables y diferentes, un rumor sordo, próximo y á la vez lejano, una vaga y enorme palpitación de vida, el soplo de París que respiraba en aquella noche de estío como un coloso rendido de fatiga.

No sería yo poco tonto de tragar bilis, pensaba Jorge. Cada uno para sí. La victoria es de los audaces. En suma, todo no es más que egoísmo y el egoísmo por la ambición y por la fortuna vale mucho más que el egoísmo por la mujer y el amor.

El Arco de triunfo de la Estrella aparecía de pie á la entrada de la ciudad sobre sus dos piernas monstruosas, á manera de informe gigante presto á ponerse en marcha para descender la ancha avenida abierta ante su paso.

Jorge y Magdalena se encontraban ya en el desfile de carruajes que conducían á la casa, al codiciado lecho de la eterna unión sensual, enlazada y silenciosa. Parecía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la humanidad entera se deslizaba junto á ellos embriagada de alegría, de placer, de dicha.

La joven, que había presentido algo de lo que pasaba en su marido, le preguntó con voz amable :

— ¿En qué piensas, amigo mío? Hace media hora que no has pronunciado una palabra.

— Pienso, respondió con risa forzada Jorge, en todos estos imbéciles que se besan, y me digo que realmente hay en la vida otra cosa que hacer que no eso.

— En efecto... murmuró ella, pero es bueno algunas veces.

— Es bueno... es bueno... cuando no hay nada mejor.

El pensamiento de Jorge se encaminaba siempre á desnudar á la vida de su vestido de poesía, en una especie de rabia perversa. « Bien tonto sería yo, se dijo, de incomodarme y privarme de nada, de amargarme y roerme el alma como lo he venido haciendo desde algún tiempo », y la imagen de Forestier atravesó su espíritu sin producirle la menor irritación. Le pareció que acababan de reconciliarse, que volvían á ser amigos y tuvo ganas de gritar :

— Buenas noches, querido.

Magdalena, á quien tenía un tanto alarmada aquel silencio, dijo á Duroy :

— Si fuésemos á tomar un helado á casa de Tortoni antes de entrar...

Jorge la miró con el rabillo del ojo, y su fino y rubio perfil se le apareció entonces bajo los vivos resplandores de una guirnalda de gas que anunciaba un Café-concierto. « Realmente es bonita, dijo para sus adentros. Tanto mejor : á buen gato buena rata, amiga mía. Pero en lo tocante á atormentarme por ti, el Polo Norte parecerá caliente comparado conmigo. » Y después respondió :

— Con mucho gusto, querida mía; y para que ella no adivinara nada la besó.

Á la joven le pareció que los labios de su marido estaban helados.

Sin embargo, Jorge sonrió como siempre al darle la mano para que bajase del carruaje delante de las gradas del Café.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Al entrar al día siguiente en la redacción, Duroy se fué en busca de Boisrenard.

— Querido, voy á pedirte un favor. Desde hace algún tiempo se ha dado aquí en la gracia de llamarme Forestier, y comienzo á encontrar eso pesado y tonto. ¿Quieres ser lo bastante complaciente para prevenir á los compañeros suavemente que abofetearé al primero que vuelva á permitirse esa broma? Ellos verán si esa broma merece la pena de una estocada, y me dirijo á ti porque eres un hombre

prudente que puede impedir que las cosas pasen á mayores, y también porque me has servido de padrino en mi lance.

Boisrenard se encargó de la comisión. Du Roy salió de nuevo á la calle para sus asuntos, y al volver luego una hora más tarde nadie le llamó Forestier.

Ya de regreso en su casa oyó al entrar voces de mujeres en el salón.

— ¿Quién hay? preguntó al doméstico.

— Mme Walter et Mme de Marelle.

Jorge sintió un ligero latido en el corazón y luego se dijo: « ¡Qué diablo! veamos. »

Clotilde estaba en un ángulo de la chimenea, en un rayo de luz que llegaba del balcón. Á Jorge le pareció que había palidecido un poco al verle. Después de saludar primeramente á Mme Walter y á sus dos hijas, que estaban como dos centinelas sentadas al lado de su madre, Du Roy se volvió hacia su antigua querida, que le tendió la mano. Jorge la tomó y con intención la estrechó como diciéndola: « Os amo siempre. » Clotilde respondió á aquella presión.

— ¿Lo ha pasado Vd. bien durante el siglo transcurrido desde que nos vimos últimamente? preguntó Du Roy.

Mme de Marelle le respondió con desembarazo:

— Perfectamente ¿y Vd., Buen Mozo?

Y volviéndose hacia Magdalena, añadió:

— ¿Tú me permites que le llame siempre Buen Mozo?

— Seguramente, querida; yo permito todo lo que tú quieras.

En aquellas palabras parecía como si se disimulase un cierto matiz de ironía.

Mme Walter hablaba de una fiesta que Jacobo Rival

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

iba á dar en su cuarto de soltero, un gran asalto de armas al que asistirían señoras de la buena sociedad :

— Será una fiesta en extremo interesante y el caso es que por no tener quien nos acompañe estoy desolada, pues precisamente por esos días debe ausentarse mi marido.

Duroy se ofreció inmediatamente.

— Mis hijas y yo se lo agradeceremos á Vd. mucho, dijo aceptando el ofrecimiento.

Jorge miraba á la más joven de las señoritas Walter. « Esta Susanita no es del todo desagradable, » se decía para sus adentros. Y en efecto, la hija de Walter parecía una frágil muñequita rubia, acaso demasiado pequeña, pero fina, con el talle esbelto y las caderas y los pechos salientes, un tipo de miniatura con unos ojos esmaltados de azul gris, dibujados á pincel, como matizados por un pintor minucioso y antojadizo. Tenía un cutis blanquísimo, muy liso, pulimentado, unido, sin granos, terso, y el cabello alborotado y rizado, una maleza tentadora, ligera, llena de atractivo y parecida, en efecto, á esas cabelleras de muñecas de lujo que se ven pasar en brazos de chiquitinas bastante menos altas que su juguete.

La hermana mayor, Rosa, era fea, trivial, insignificante, una de esas muchachas á quienes no se ve, ni se les habla y de quienes no se dice nada.

La madre se levantó y, volviéndose hacia Jorge, le dijo :

— Conque entonces cuento con Vd. para el jueves próximo á las dos.

— Cuente Vd. conmigo, señora.

Después que Mme Walter partió, Clotilde se levantó á su vez.

— Hasta la vista, Buen Mozo.

Y entonces fué ella quien le estrechó la mano muy fuertemente y por bastante tiempo. Du Roy se sentió agitado por aquella silenciosa declaración, y de nuevo sintió un brusco capricho por aquella burguesita bohemia, y buena muchacha en el fondo, que tal vez le amaba de veras.

« Iré á verla mañana, » pensó.

Así que estuvieron solos Jorge y su mujer, ella comenzó á reir con una risa franca y alegre, y mirándole bien de frente le dijo :

— ¿ Sabes que has inspirado una pasión á Mme Walter?

— ¡ Qué disparate ! respondió con incredulidad.

— Lo que oyes, te lo aseguro; me ha hablado de ti con un entusiasmo loco. ¡ Y esto es tan singular en ella ! Me ha dicho que quisiera encontrar dos maridos como tú para sus hijas... Afortunadamente que con ella estas cosas carecen de importancia.

Duroy no comprendía lo que su mujer quería decirle :

— ¿Cómo que carecen de importancia?

Magdalena respondió con una convicción de mujer que está segura de lo que afirma :

— ¡ Oh ! Mme Walter es una de esas de quienes jamás se ha murmurado nada ¿sabes? pero nunca, nunca. Es inatacable bajo cualquier aspecto que se la mire. Á su marido tú le conoces lo mismo que yo, pero ella es otra cosa. Y no es decir que no haya sufrido bastante la pobre por haberse casado con un judío, pero le ha permanecido siempre fiel. Es una mujer honrada.

Duroy quedó sorprendido :

— Yo la creía judía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Quién? ¿ella? Ni mucho menos. Es presidenta de todas las asociaciones piadosas de la Magdalena, y hasta está casada religiosamente. No sé si hubo un simulacro de bautismo en cuanto al marido, ó si la Iglesia cerró los ojos.

— Vaya, murmuró Jorge; conque... la agrado...

— Positiva y completamente. Si no estuvieras ya comprometido... te aconsejaría que pidieses la mano de... Susana, mejor que la de Rosa.

Duroy respondió rizándose el bigote :

— Pues la madre no está de mal ver todavía.

Magdalena se impacientó :

— ¿Sabes lo que te digo, amiguito? La madre te la regalo si te gusta. Pero no tengo miedo. No es á su edad cuando se comete la primera falta. Había que haber nacido antes.

« ¡Si fuese verdad, pensaba Jorge, que yo pudiera haberme casado con Susana!...

« ¡Bah... dijo encogiéndose de hombros, es una locura! ¿Acaso su padre me habría nunca aceptado? »

No obstante, se prometió observar en adelante con más interés las maneras de Mme Walter para con él, sin preguntarse por lo demás si alguna vez podía obtener de ello alguna ventaja.

Toda la noche se vió frecuentado por el recuerdo de sus amores con Clotilde, recuerdo tierno y sensual al mismo tiempo, y se le venían á la memoria sus escapadas de estudianta, sus travesuras y sus gracias. « Es verdaderamente simpática, se repetía á sí mismo. Sí, mañana voy á verla. »

Así que hubo almorzado al día siguiente, se dirigió en efecto á la calle de Verneuil. La misma sirvienta de las otras veces le abrió la puerta, y familiar á la manera

que lo son los domésticos de los pequeños rentistas, le preguntó :

— ¿ El señor lo pasa bien ?

— Perfectamente, hija mía.

Y Du Roy entró en el salón donde una mano torpe tecleaba en el piano haciendo escalas. Era Laurina. Jorge se prometió al verla que la niña iba á saltarle al cuello, pero Laurina se levantó gravemente, saludó con ceremonia lo mismo que lo hubiera hecho una persona mayor, y se retiró de una manera digna.

Tenía en sus maneras un aire tal de señora ultrajada que Du Roy quedó sorprendido. En aquel instante entró la madre y el periodista le besó las manos.

— ¡Cuánto he pensado en Vd! le dijo.

— Y yo lo mismo, respondió ella.

Después que tomaron asiento, uno y otro se contemplaron un momento sonrientes mirándose fijamente y con deseo de besarse en los labios.

— Mi querida Clo, yo la amo.

— Y yo también.

— Entonces... entonces... ¿no habías llegado á odiarme mucho, mucho?

— Te diré, sí y no... Aquello me hizo sufrir pero después he comprendido tus razones y me he dicho : « ¡Bah! un día ú otro volverá á mí otra vez. »

— No me atrevía á venir, dijo el periodista. Y me preguntaba de qué modo sería recibido, pero á pesar de no atreverme sentia un vivo deseo. Y á propósito, díme, ¿qué es lo que tiene Laurina? Apenas si me ha dicho « buenos días » y se ha marchado con un aire furioso.

— No lo sé. Pero ello es que desde que te casaste no se la puede hablar de ti. Creo que está realmente celosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Vamos!

— Lo que oyes, querido. No te llama ya Buen Mozo, sino Forestier.

Du Roy se puso rojo y acercándose luego á la joven, la dijo :

— Dame un beso.

Ella le presentó la boca.

— ¿Dónde podremos vernos? preguntó Jorge.

— Pues... en la calle de Constantinopla.

— ¡Ah!... ¿Según eso la casa no ha sido alquilada luego?

— No... He seguido con ella.

— ¡Cómo! ¿La has conservado?

— Sí, he pensado siempre que volverías.

Una ola de satisfacción orgullosa le ensanchó los pulmones. Aquella mujer le amaba de un amor verdadero, constante, profundo.

— Te adoro, mi pequeña Clo.

— ¿Tu marido va bien? preguntó luego.

— Perfectamente. Acaba de pasar aquí un mes y ha partido anteayer.

Du Roy no pudo por menos de reir y dijo :

— Cómo vienen á caer las cosas.

— En efecto, respondió ella cándidamente. Cae bien. Pero, por lo demás, cuando está aquí tampoco importuna ni molesta. Tú lo sabes.

— Es cierto, y además es un hombre encantador.

— Y á ti, dijo ella, ¿cómo te va con tu nueva vida?

— Ni bien, ni mal. Mi mujer es una camarada, una asociada mía.

— ¿Nada más?

— Nada más... en cuanto al corazón...

— Lo comprendo, y sin embargo es bonita.

— Sí, pero no me altera su hermosura.

Y acercándose á Clotilde murmuró :

— ¿Cuándo nos veremos?

— Pues... mañana... si quieres.

— Sí, mañana á las dos.

El periodista se levantó para partir y con un cierto embarazo balbuceó :

— ¿Sabes, Clo? Se entiende que soy quien toma á su cargo el cuarto de la calle de Constantinopla. Lo quiero. No faltaría más que fueses tú quien lo pagase.

Entonces fué ella quien le besó las manos con un movimiento de adoración :

— Harás como te parezca, respondió en voz baja. Me basta con la satisfacción de haberlo guardado para volvernos á ver.

Du Roy salió con el alma llena de gozo.

Al pasar por delante de la vitrina de un fotógrafo llamó su atención el retrato de una gran dama, de hermosos ojos, que le recordó á Mme Walter :

— Qué importa, se dijo, todavía no debe estar mal. ¿Pero cómo es que no lo he notado nunca? Tengo curiosidad por ver cómo me trata el jueves.

Y siguió su camino frotándose las manos y saboreando una alegría íntima, la alegría del éxito bajo todas sus formas, la alegría egoísta del hombre diestro que triunfa, esa alegría sutil formada de vanidad lisonjeada y de sensualidad satisfecha que la ternura de las mujeres produce en el ánimo.

Llegado que fué el jueves preguntó Duroy á su mujer :

— Y tú, ¿no vienes á ese asalto que da Jacobo Rival?

— ¡Oh! no. Eso no me distrae apenas, iré á la Cámara de diputados.

El periodista fué á buscar á Mme Walter en landó

descubierto, pues hacía un tiempo soberbio. Al encontrarla tan joven y tan hermosa Duroy experimentó una verdadera sorpresa. Llevaba un vestido claro cuyo corpiño algún tanto hendido dejaba adivinar, bajo el rubio encaje, el voluminoso y levantado seno. Jamás le había parecido tan fresca y la encontró realmente apetecible.

Á su aire tranquilo y correcto de siempre, Mme Walter unía una cierta expresión de mamá satisfecha que la permitía pasar casi inadvertida á los ojos galantes de los hombres. Por lo demás no hablaba apenas sino para decir cosas sabidas, aceptadas, moderadas, pues sus ideas eran metódicas, prudentes y ordenadas y la ponían al abrigo de todo exceso.

Su hija Susana, que llevaba un vestido de color rosa, parecía un fresco de Watteau recién barnizado, y la hermana mayor parecía la institutriz encargada de acompañar á aquel lindo juguete de niña.

Delante de la casa de Rival había ya una fila de carruajes colocados por orden.

Du Roy ofreció el brazo á Mme Walter y entraron.

El asalto se daba á beneficio de los huérfanos del sexto distrito de París, bajo el patronato de todas las señoras de los senadores y diputados que tenían relaciones con *La Vida Francesa*.

Mme Walter había prometido ir con sus hijas, por más que rehusando el título de protectora de la obra benéfica, pues no ayudaba con su nombre sino las obras patrocinadas por el clero, no precisamente por que fuese muy devota sino porque creía que su matrimonio con un israelita la obligaba á guardar una cierta disciplina religiosa, y la fiesta que el periodista había organizado tomaba una especie de significación republicana que podía parecer anticlerical.

Los periódicos de todos los matices venían hablando de la fiesta desde hacía tres semanas .

« Nuestro eminente compañero Jacobo Rival acaba de tener una idea tan original como generosa : organizar, en provecho de los huérfanos del sexto distrito de París, un gran asalto que se celebrará en la magnífica sala de armas que dicho compañero nuestro posee anexa á su habitación de soltero.

« Firman las invitaciones las señoras de los senadores Laloigue, Remontel y Rissolin juntamente con las de los diputados Laroche-Mathieu, Percerol y Firmin. Durante el entreacto del interesante asalto se hará una colecta y el importe será inmediatamente depositado en manos del alcalde del sexto distrito ó de la persona que le represente. »

Era un reclamo monstruo que el diestro periodista había imaginado en provecho propio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Jacobo Rival recibía á la entrada de su apartamento, donde había sido instalado un buffet, á cuantas personas llegaban, y era cosa convenida que los gastos debían ser satisfechos de la colecta que se hiciese. Luego indicaba con un movimiento amable y cortés la pequeña escalera por donde se descendía al sótano en el cual tenía instalada la sala de armas y el tiro :

— « El asalto es abajo, señoras, abajo, en apartamentos subterráneos.

Al ver á la señora de su director se precipitó á saludarla y después estrechó á Du Roy la mano :

— Buen Mozo, buenas tardes.

El joven se quedó sorprendido :

— ¿ Quién le ha dicho á Vd?...

Rival le cortó la frase :

— Mme Walter, aquí presente, que encuentra ese sobrenombre muy en carácter.

— En efecto, dijo Mme Walter ruborizándose, y á tener más confianza de la que tengo con Vd., le llamaría, como Laurinita, Buen Mozo. Es un sobrenombre que ni pintado.

Du Roy reía :

— Pero, señora, yo se lo ruego, llámeme como la parezca.

— No, no tenemos la bastante confianza.

Duroy le dijo entonces por lo bajo :

— ¿ Me permite Vd. esperar que algún día llegaremos á tenerla?

— Ya veremos, respondió la señora.

Á la entrada de la estrecha escalera el periodista dejó pasar á Mme Walter y á sus hijas.

Aquella brusca transición desde la luz del día á la

claridad amarilla de la tortuosa escalera iluminada por un mechero de gas, tenía algo de lúgubre, sensación á la que contribuía el olor de subterráneo que subía del sótano, un olor á humedad calentada procedente de los mohosos muros, ahora enjugados y cubiertos de follaje con motivo de la fiesta. Y con el olor de las húmedas paredes percibíanse también en combinación extraña las emanaciones de Agua de Lubin, de violeta, de verbena y de iris, que trascendían á elegancia femenina, y también los vahos de benjuí que recordaban los oficios sagrados de las iglesias.

Oíase en aquel agujero habitado un gran ruido de voces, como si fuera un estremecimiento de multitud agitada. Todo el sótano estaba iluminado con guirnaldas de gas y linternas venecianas veladas por entre el follaje que cubría aquellas paredes de piedra salitrosa. No se veía otra cosa que ramaje por todas partes, el cielo abovedado del sótano estaba cubierto de helechos y el pavimento alfombrado de hojas y de flores.

Á todo el mundo le parecía aquello encantador, de una inventiva deliciosa. En la pequeña habitación del fondo habíase levantado una especie de plataforma para los tiradores, entre dos hileras de asientos para los jueces del asalto, y el resto del local estaba ocupado por banquetas alineadas á derecha é izquierda de diez en diez. Habían sido invitadas cuatrocientas personas, pero dentro sólo cabían doscientas.

Delante del estrado dos jóvenes en traje de asalto, delgados, con brazos y piernas enormes, la cintura arqueada y el bigote rizado hacia atrás se exhibían ya ante los espectadores. Se les designaba por su nombre y lo mismo á los maestros y notabilidades de la esgrima que había dentro del local. En torno de ellos hablaban

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algunos señores, jóvenes ó viejos, vestidos de levita y parecían tener un aire de familia con los tiradores en traje de combate. También ellos procuraban ser vistos, reconocidos y designados por su nombre : eran los príncipes de la espada de la clase civil, los peritos en materia de botonazos de florete.

Casi todas las banquetas estaban ocupadas por señoras, quienes al moverse hacían crujir enormemente sus vestidos de seda produciendo además con sus conversaciones un murmullo incesante y como si estuvieran en el teatro agitaban sus abanicos pues en aquella gruta frondosa se sentía un calor de invernadero. Un bromista gritaba de tiempo en tiempo :

— ¡ Horchata ! ¡ limonada ! ¡ cerveza !

Mme Walter y sus hijas ocuparon las sillas que les estaban reservadas en la primera fila, y, apenas Du Roy las dejó instaladas, murmuró :

— Me veo obligado á dejarlas, pues á los hombres no les está permitido acaparar los asientos.

La señora respondió perpleja :

— A pesar de eso yo quisiera que Vd. se quedara y nos designaría por su nombre los tiradores. Si usted se situase de pie al extremo de ese banco no incomodaría á nadie.

Y al decirle esto le miraba con sus grandes ojos :

— Vamos, quédese con nosotras... señor... señor... Buen Mozo. Le necesitamos.

— Obedezco... con mucho gusto, señora.

Por todas partes se oía decir :

— Es original este sótano, resulta bonitísimo.

Jorge conocía bien aquella pieza abovedada y se acordaba de la mañana pasada allí, la víspera de su desafío, en frente de un cartoncito blanco que le miraba

desde el fondo de la segunda estancia como un ojo enorme y temible.

La voz de Jacobo Rival, que venía de la parte de la escalera, se dejó oir :

— Se va á comenzar, señoras.

En aquel momento seis caballeros embutidos en levitas muy entalladas, como para hacer mejor resaltar el tórax, subieron al estrado y se sentaron en las sillas destinadas al jurado.

Sus nombres circularon en seguida : el general de Raynaldi, presidente, un hombrecito de grandes bigotes, el pintor Josefín Roudet, un hombre alto, calvo y de luenga barba, Mateo de Újar, Simón Ramoncel, Pedro de Carvin, tres jóvenes elegantes, y Gaspar Merlerón, un maestro de esgrima.

Á ambos lados de la pieza fueron colgados dos carteles : el de la derecha decía en letras gordas : Mr. Crèvecœur, y el de la izquierda Mr. Plumeau.

Eran dos buenos maestros de segundo orden, enjutos de carnes, con aire marcial y los movimientos un tanto duros. Después de hacerse el saludo con movimiento de autómatas, comenzaron á atacarse cual si fueran dos *muñecos* soldados, vestidos con aquellos trajes de tela y de piel blancas.

De cuando en cuando se oía esta palabra : « Botonazo », y los seis caballeros que formaban el jurado inclinaban la cabeza en señal de asentimiento y con aire de conocedores. El público sólo veía dos títeres vivientes que se agitaban al tender los brazos; no comprendía nada, pero estaba contento. Aquellos dos hombres le parecían poco graciosos y hasta un si es no es ridículos, haciéndole pensar en esos luchadores de madera que el día primero de año se venden en los bulevares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los dos primeros tiradores fueron reemplazados por MM. Plantón y Carapin, un maestro de la clase civil y otro militar. Mr. Plantón era sumamente pequeño y Mr. Carapín muy grueso. Hubiérase dicho que al primer floretazo aquel globo iba á deshincharse lo mismo que uno de esos elefantes hechos de vejiga para entretenimiento de los niños. El otro Mr. Plantón saltaba lo mismo que un mono, y entretanto el público reía viendo la impasibilidad de Mr. Carapin que sólo removía su brazo, pues el resto del cuerpo permanecía inmóvil á causa de su gordura. Cada cinco minutos se tiraba á fondo con un tal empuje y un tal esfuerzo hacia adelante, que en aquel momento parecía tomar la resolución más enérgica de su vida. Luego le costaba un verdadero sacrificio enderezarse.

Los conocedores del ejercicio declararon que su juego era muy firme y muy cerrado, y el público, confiado en aquel veredicto, lo apreció del mismo modo.

Después entraron en escena MM. Porión y Lapalme, un maestro y un aficionado que se libraron á una gimnasia desenfrenada, corriendo el uno tras del otro con furia, obligando á los jueces á huir con sus asientos, atravesando y volviendo á atravesar la plataforma de uno á otro lado, y en tanto que uno de los contendientes avanzaba, retrocedía el otro á saltos vigorosos y cómicos. Los saltos que daban hacia atrás hacían reir á las señoras, si bien los daban igualmente hacia adelante, pero éstos emocionaban poco al público. Aquel salto á paso gimnástico fué caracterizado por un desconocido que gritó : « Pero nunca se desloman ustedes ¿es que trabajan á la hora? »

El público recibió mal aquella broma de gusto dudoso y respondió con un : « Chsss » El juicio de los peritos

circuló de boca en boca. Los tiradores habían mostrado mucho vigor y faltado alguna vez de oportunidad.

La primera parte concluyó con un hermoso combate entre Jacobo Rival y el célebre profesor belga Lebègue. Rival fué muy del agrado de las señoras. Verdaderamente era un guapo mozo, bien formado, ágil y elástico en sus movimientos, más gracioso, en una palabra, que todos cuantos le habían precedido. En su modo de ponerse en guardia y de tirarse á fondo, ponía cierta elegancia mundana que agradaba y formaba contraste con la manera, aunque enérgica, ordinaria del otro combatiente.

— ¡ Cómo se ve al hombre bien educado ! se decía.

Rival obtuvo una verdadera ovación y saboreó muchos aplausos.

Pero hacía ya algunos minutos que en el piso de encima se notaba un ruido extraordinario que tenía un tanto inquietos á los espectadores, un ruido como de gran pataleo acompañado de risas ruidosas. Los doscientos invitados que no habían logrado bajar al sótano se divertían sin duda á su manera. En la pequeña escalera de caracol había unos cincuenta hombres apiñados, el calor se hacía horrible abajo y la gente gritaba :

— ¡ Aire, hace falta aire, es preciso beber !

El mismo bromista de antes chillaba con voz aguda que dominaba el murmullo de las conversaciones :

— ¡ Horchata ! ¡ limonada ! ¡ cerveza !

Rival apareció muy rojo y todavía vestido con su traje de asalto :

— Voy á mandar que traigan refrescos, dijo.

Y corrió hacia la escalera.

Pero no había medio de comunicarse con el piso de

encima; más fácil hubiera sido taladrar el techo que atravesar la muralla humana apiñada en los peldaños de la escalerilla.

— ¡Dejen Vds. pasar helados para las señoras! gritaba Rival.

Cincuenta voces repitieron:

— ¡Helados! hasta que al fin apareció una bandeja pero con los vasos vacíos, pues en el camino habían sido desocupados.

Una voz aulló:

— Aquí se asfixia la gente, que concluya esto pronto y vámonos.

Otra voz gritó:

— ¡La colecta!

Y todo el público repitió jadeante pero alegre:

— Sí, sí, la colecta... la colecta...

Seis señoras empezaron á circular entonces por entre los asientos y se oyó un ligero ruido de dinero que caía en las bolsas que las damas presentaban.

Du Roy indicaba á Mme Walter los hombres célebres. Unos eran muy conocidos en sociedad, otros eran periodistas, y entre ellos había algunos de los periódicos más importantes, de periódicos antiguos y caracterizados. Esos miraban con parsimonia á *La Vida Francesa*. ¡Habían visto morir tantas de esas publicaciones políticofinancieras, producto de combinaciones de carácter sospechoso á las que la caída de un ministerio dejaba aplastadas para no levantarse! Veíanse también pintores y escultores, generalmente hombres de sport, y Du Roy indicó á la señora de su director un poeta-académico, dos músicos de renombre y buen número de nobles extranjeros respecto de los cuales hacía preceder su nombre propio, de la partícula « Rasta » para

imitar, decía el periodista, á los ingleses que ponen « Esq » en sus tarjetas.

Uno de los asistentes saludó á Du Roy en voz alta:

— Buenas tardes, querido amigo.

Era el conde de Vaudrec. Du Roy se excusó con las señoras y se acercó á dar la mano al conde.

Cuando volvió á reunirse con las señoras, tuvo para él una frase amable:

— Es un hombre encantador, Vaudrec. Cómo se ve en él al hombre de buena cuna.

Mme Walter no respondió nada. Hallábase un tanto fatigada y su seno se levantaba penosamente á cada soplo de sus pulmones, lo cual fijaba la mirada de Du Roy, quien de tiempo en tiempo se encontraba con la mirada turbada y vacilante de Mme Walter. Y al notar cómo la posaba sobre él para retirarla en seguida, se decía:

— ¡Calla... calla! ¡es posible que así la haya yo soliviantado á esta señora!

Las damas que hacían la colecta pasaron junto á ellos con las bolsas llenas de plata y de oro.

Un nuevo cartel apareció colgado junto á la plataforma: « Grrrran sorpresa », decía.

Los miembros del jurado volvieron á ocupar sus sillas y el público esperó unos instantes.

Dos señoras se presentaron en escena con un florete en la mano, en traje de sala de armas, vestidas con calzón oscuro de punto y una falda cortísima que sólo les llegaba á la mitad de los muslos. Sobre el pecho llevaban un peto tan abultado y tieso que les obligaba á llevar la cabeza alta.

Jóvenes y bonitas ambas, saludaron sonrientes al público, que las premió con aplausos prolongados y aclamaciones ruidosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

En medio de rumores galantes y de bromas de los hombres dichas al oído, se pusieron en guardia. Los jueces contemplaban con amable sonrisa el ejercicio y aprobaban con un ligero « bravo » los diversos lances del combate.

El público también por su parte apreciaba aquel asalto, atestiguando á las dos combatientes que si en los hombres encendían el deseo, despertaban igualmente en las mujeres ese gusto natural del público parisiense por las picardías distinguidas, por las elegancias del género canalla, por lo falso y lo equívoco en materia de hermosura y de gracia, en una palabra, ese gusto por las cantantes de café concierto y por los *couplets* de opereta.

Cada vez que una de las combatientes se tiraba á fondo, un estremecimiento de júbilo se apoderaba del público. La que tenía vuelta hacia la sala la espalda,

una espalda por cierto bien repleta, fijaba la atención de tal manera que las bocas se abrían y se redondeaban los ojos, y no era seguramente lo que más se miraba el diestro ejercicio de las muñecas.

Ambas jóvenes fueron frenéticamente aplaudidas.

Siguió un asalto de sable, pero nadie prestó atención, pues toda ella estaba cautivada por lo que pasaba en el piso de encima. Durante algunos minutos se había notado un ruido enorme de muebles como si se arrastrasen por el suelo para desocupar las habitaciones, luego sonaron las teclas del piano y en seguida el movimiento acompasado de los pies saltando cadenciosamente. La gente de arriba se regalaba con un baile para resarcirse del desencanto que les producía no poder ver nada de lo que pasaba abajo.

Entonces se promovió alegre algarada en el público de la sala de armas, las mujeres entraron inmediatamente en deseo de bailar y, prescindiendo de cuanto en la plataforma se hacía, comenzaron á hablar en voz alta.

Era verdaderamente una idea feliz la del baile organizado por los de arriba. Seguramente que aquéllos habían encontrado el recurso de no aburrirse y todo el mundo hubiera querido encontrarse allí para imitarlos.

Pero dos nuevos combatientes acababan de saludarse, y tal maestría y autoridad emplearon al ponerse en guardia, que las miradas de todo el público siguieron sus movimientos.

Se tiraban á fondo y se enderezaban luego con una gracia verdaderamente fina y elástica y con un vigor mesurado y seguro; y tal seguridad de fuerza, tal sobriedad de movimientos, tal precisión de escuela

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demostraron, que la multitud ignorante quedó como sorprendida y encantada de aquel juego de destreza y de elegancia.

Su prontitud serena, su flexibilidad sabia y precisa, sus rápidos movimientos tan calculados que parecían lentos, fijaban y cautivaban la mirada por su perfección misma. El público se penetró pronto de que en todo aquello había algo de hermoso y de raro, de que eran dos grandes artistas en su oficio que mostraban todo lo que había de mejor, todo lo que de habilidad, de ciencia razonada, de destreza física era dado desplegar á dos grandes maestros.

Nadie hablaba ya, tanta era la atención con que se les miraba. Después y así que tras el último botonazo se dieron la mano, estallaron los bravos y los hurras. Se les aclamó ruidosamente y se golpeaba en el suelo y se gritaba para celebrar su triunfo. Todo el mundo conocía sus nombres : eran Sergent y Ravignac.

Los espíritus exaltados se hicieron pendencieros y había hombres que miraban á sus vecinos con deseos de disputa. Por una simple sonrisa se habrían provocado unos á otros, y hasta algunos que jamás habían tenido en la mano un florete, delineaban con los bastones ataques y paradas de esgrima.

Pero poco á poco la gente subía por la escalerilla de caracol. Al fin había llegado el momento de beber. La indignación llegó á su colmo cuando los de abajo se encontraron con que los bailarines habían desbalijado completamente el *buffet* y marchádose luego refunfuñando á pretexto de que no era correcto molestar á doscientas personas para no mostrarles nada.

No quedaba ni una sola pasta, ni una gota de champagne, de jarabe ni de cerveza, ni un bombón, ni una

fruta, no quedaba nada de nada. Todo había sido saqueado, asolado y limpiado enteramente.

El público se hacía referir los detalles por los domésticos, quienes al referirlos adoptaban una expresión de tristeza aunque disimulando un deseo vivísimo de reir á carcajadas. Las señoras, referían los criados, eran las más rabiosas por comerse y beberse todo y habían comido y bebido hasta ponerse enfermas.

Aquello parecía el relato de los sobrevivientes al saqueo y pillaje de una población invadida por un cuerpo de ejército enemigo.

Fué preciso resignarse. Algunos caballeros sentían los veinte francos dados en la colecta, y otros se indignaban al ver que los de arriba se hubieran regalado con una francachela sin pagar un cuarto.

Las damas protectoras habían recogido más de tres mil francos, de los cuales, deducidos los gastos, quedaron doscientos veinte como beneficio líquido para los huérfanos del 6º distrito.

Du Roy, que escoltaba á la familia Walter, esperó su tandó.

Al conducir hasta su casa á la señora de su director, iba sentado enfrente de ella y todavía una vez más se encontró con la mirada cariñosa y fugitiva de la dama : « Canario, creo que muerde el anzuelo », pensaba el periodista, y sonreía al reconocer que verdaderamente tenía fortuna con las mujeres, pues Mme de Marelle desde que de nuevo habían vuelto á las relaciones parecía amarle con frenesí.

Aquella noche entró en su casa con alegre talante. Magdalena le esperaba en el salón.

— Hay cosas nuevas, le dijo ella. Lo de Marruecos se complica. Pudiera muy bien suceder que Francia en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viase allí una expedición dentro de algunos meses. En todo caso se va á utilizar esto para hacer caer al ministerio, y Laroche se aprovechará de la ocasión para quedarse con Negocios Extranjeros.

Du Roy fingió no creer nada sin otra razón para ello que el deseo de molestar á su mujer. No habrá nadie tan loco, decía, que piense en otra tontería como la de Túnez.

Su mujer se encogía de hombros con impaciencia :

— Te digo que sí, le repetía. Tú no comprendes entonces que es para ellos una gran cuestión de dinero. Hoy, amigo mío, en las combinaciones políticas no puede decirse como otras veces : « Qué mujer hay en todo esto », sino « de qué negocio se trata ».

— Bah, murmuró Du Roy con aire de desprecio para excitar á su mujer, que se irritaba más y más.

— ¡ Vaya ! eres tan cándido como Forestier, dijo ella queriendo lastimarle y esperándose un arrebato de cólera.

Pero él sonrió :

— ¿Quién ? ¿ese cornudo de Forestier?

Magdalena permaneció como sobrecogida un instante :

— ¡Jorge ! murmuró.

Du Roy mostraba un aire insolente y zumbón :

— Y bien ¿qué? ¿No me has declarado tú misma la otra noche que Forestier era cornudo?

Y luego con un tono de profunda lástima añadió :

— ¡Pobre diablo!

Su mujer le volvió la espalda como desdeñando responderle, y al cabo de un minuto le dijo :

— El martes tendremos gente á comer : Vendrá Mme Laroche-Mathieu con la vizcondesa de Percemur.

¿Quieres tú invitar á Rival y á Norberto de Varenne? Yo iré mañana á casa de Mme Walter y de Mme de Marelle y tal vez tendremos también á Mme Rissolin.

Desde hacía algún tiempo Magdalena se procuraba relaciones utilizando la influencia política de su marido para llevar á su casa, de grado ó por fuerza, á las señoras de los senadores y de los diputados que tenían necesidad del apoyo de *La Vida Francesa*.

— Está bien, respondió Du Roy. Yo me encargo de Rival y de Norberto.

Jorge estaba contento y se frotaba las manos de gusto por haber encontrado una buena matraca con que fastidiar á su mujer y satisfacer el odio sombrío y los celos confusos y mortificantes que habían nacido en él la noche del paseo por el bosque de Bolonia. Nunca hablaría ya de Forestier sin calificarle de cornudo. Comprendía bien que aquello concluiría por volver á Magdalena rabiosa, y durante aquella noche encontró medio de decir lo menos diez veces y con una candidez irónica « el cornudo de Forestier ».

Ya no es que odiaba al muerto sino que le vengaba.

Su mujer fingía no oirlo y permanecía enfrente de él sonriente y afectando indiferencia.

Como al día siguiente Magdalena debía ir á casa de Mme Walter para invitarla, Jorge quiso anticiparse á ella para encontrar sola á su directora y ver si realmente estaba enamorada de él. Aquello le divertía y le lisonjeaba. Y después de todo, ¿por qué no, si era posible?

Á las dos de la tarde se presentó en el bulevar Malesherbes. Se le hizo entrar en un salón y esperó á que apareciese Mme Walter, quien con la mano alargada ya y con un apresuramiento de verdadera satisfacción, se dirigió á Du Roy :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Qué dichosa idea le trae á Vd. por mi casa? dijo Mme Walter.

— El deseo de ver á Vd. Una fuerza me ha empujado á su casa, y aquí me tiene Vd. sin saber porqué y sin tener nada que decirla. ¿Me perdonará Vd. esta visita inesperada y lo mismo la franqueza de la explicación?

El periodista decía esto en un tono galante y jovial y con la sonrisa en los labios, al mismo tiempo que daba á su voz un acento de seriedad.

La señora manifestaba en la expresión su extrañeza, y un poco ruborizada balbuceaba:

— Pero... verdaderamente... no comprendo... me deja Vd. sorprendida...

— Es una declaración hecha en tono de broma para no alarmarla á Vd.

Ella tomó la cosa también con tono de broma.

— ¿Conque entonces es una declaración... seria?

— Completamente seria. Hace mucho tiempo, pero muchísimo tiempo, que quería hacérsela y nunca me atrevía. Tiene Vd. tal fama de severa y de rígida.

Mme Walter había recobrado su serenidad.

— ¿Y cómo es que ha elegido Vd. el día de hoy?

— No lo sé, respondió Du Roy.

Y bajando luego la voz añadió:

— Pero mejor dicho porque desde ayer no hago más que pensar en Vd.

La señora palideció de pronto y balbuceó:

— Vamos, vamos, dejemos las niñerías y hablemos de otra cosa.

Mas Du Roy había caído ya á sus rodillas y tan bruscamente que Mme Walter tuvo miedo. Hizo esfuerzos por levantarse, pero el joven la tenía sujeta fuertemente

con los dos brazos enlazados á la cintura, en tanto que con voz apasionada la repetía:

— Sí, es cierto que la amo y la amo locamente desde hace mucho tiempo. No me responda. ¿Qué quiere Vd.? Estoy loco, pero la amo, la amo... lo que Vd. no puede imaginarse.

La señora se sofocaba jadeante, trataba de hablar sin poder pronunciar una palabra, le rechazaba con las dos manos, y hasta le cogió del pelo para impedir el contacto de aquella boca que sentía aproximarse á la suya. Se revolvía de derecha á izquierda y de izquierda á derecha con movimientos rápidos y cerrando los ojos para no verle, pero Du Roy la acariciaba, la tocaba á través del vestido y la palpaba con apasionamiento, y ella se sentía desfallecer ante aquella caricia brutal y fuerte. Bruscamente el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

joven se levantó y quiso abrazarla, pero la señora que se vió un segundo libre logró escaparse y, echándose hacia atrás, se fué defendiendo de butaca en butaca.

Jorge encontró ridícula aquella persecución y se dejó caer en una silla, apoyando la cara en ambas manos y fingiendo sollozos convulsivos.

Luego se levantó de pronto y exclamando :

— Adiós, adiós, salió de la estancia.

Tranquilamente tomó su bastón en el vestíbulo y al ganar la calle se dijo :

— ¡Caracoles! yo creo que la partida está ganada.

Inmediatamente se dirigió al telégrafo para enviar á Clotilde un pequeño azul dándole cita para el día siguiente.

Cuando á la hora de costumbre entró en su casa, preguntó á su mujer :

— Y bien ¿tienes toda tu gente esta noche para comer?

— Sí, respondió ella. Únicamente Mme Walter es la que no está segura de hallarse libre. Ha manifestado como cierta vacilación y me ha hablado de no sé qué, de compromisos de conciencia ; en una palabra, la he encontrado muy original, pero así y todo creo que vendrá.

Du Roy se encogió de hombros :

— Seguramente, ¡pardiez! ¡no ha de venir!

Sin embargo, él no las tenía todas consigo y estuvo inquieto hasta el día de la comida.

Por la mañana mismo Magdalena recibió dos palabras de la directora :

« Aunque á duras penas he conseguido estar libre y seré con Vds. Pero no podrá acompañarme mi marido. »

Du Roy pensó :

« Qué magníficamente he obrado no volviendo. Ya está tranquila. Mucho cuidado ahora. »

Y esperó con alguna zozobra el momento de su llegada. Mme Walter se presentó muy tranquila, algo fría y un tanto altiva. Du Roy estuvo humilde, discreto y sumiso.

Mmes Laroche-Mathieu y Rissolin acompañaban á sus maridos. La vizcondesa de Percemur habló del gran mundo. Mme de Marelle estaba encantadora con un traje de una fantasía singular, un traje español, negro y amarillo, que la moldeaba admirablemente la cintura, el pecho y los brazos, y daba una expresión enérgica á aquella cabeza de chorlito.

Du Roy habíase colocado á la izquierda de Mme Walter y durante la comida únicamente la habló de cosas serias con un respeto exagerado. De tiempo en tiempo miraba á Clotilde y pensaba : « Verdaderamente esa es más hermosa y más fresca » y dirigía luego la mirada hacia su propia mujer á quien tampoco encontraba mal por más que contra ella guardase todavía una cólera tenaz y pérfida.

Pero la directora le excitaba por la dificultad de la conquista y por la novedad siempre deseada de los hombres.

Ella manifestó deseo de retirarse temprano.

— Yo la acompañaré á Vd., dijo Du Roy; y como Mme Walter rehusase, insistió :

— ¿Por qué no quiere Vd.? Piense en que eso me lastimaría vivamente, haciéndome creer que no me ha perdonado todavía. Ya ve qué tranquilo estoy.

— Sí, pero Vd. no puede abandonar á sus invitados de ese modo.

— ¡Bah! dijo el periodista sonriendo. No estaré ausente más de veinte minutos, y no se notará siquiera. Si Vd. rechaza mi ofrecimiento, eso me va á herir profundamente, hasta el corazón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Bueno, pues acepto; murmuró ella.

Pero así que se encontraron en el coche, Du Roy le tomó la mano y la besó con pasión :

— ¡Oh! déjeme decirla que la amo, que la amo locamente. No la tocaré, pero déjeme decirla que la amo.

— ¡Oh!... balbuceaba la señora, después de lo que Vd. me ha prometido... eso no está bien...

Él fingió entonces un gran esfuerzo sobre sí y con voz como contenida, continuó :

— Está bien, ya ve cómo me domino. Y sin embargo... Pero déjeme decirla solamente... que la amo... y déjeme repetírselo todos los días... Sí, déjeme ir á su casa para arrodillarme cinco minutos á sus pies y pronunciar esas tres palabras « yo la amo » para mirar esa cara que tanto adoro.

Mme Walter le había abandonado la mano y respondió casi sin aliento :

— No, no puedo, no quiero. Piense Vd. en lo que se diría, piense en mis criados, en mis hijas. No, no, imposible...

— ¡Oh! volvió á decir Jorge. Yo no puedo vivir sin verla. Que sea en su casa, que sea en otra parte es necesario que yo la vea, siquiera sólo sea un minuto todos los días, que toque su mano, que respire el olor de su vestido, que contemple las líneas de su cuerpo y esos hermosos ojos que me enloquecen.

La señora escuchaba estremecida aquella trivial música de amor y tartamudeaba :

— No..., no..., imposible... ¡Cállese, cállese!

Du Roy continuaba hablándola pero ahora la hablaba al oído, comprendiendo que era preciso conquistar poco á poco á aquella mujer sencilla y que era preciso decidirla á que diera una cita, primero donde ella dijera y en seguida donde á él le conviniese ..

— Escúcheme, insistió el periodista. Es preciso... la veré á Vd... la esperaré delante de su puerta... como espera un pobre... Si Vd. no baja, subiré á su casa..: pero la veré... mañana.

— No, no venga, repetía la señora. No le recibiré. Piense Vd. en mis hijas.

— Entonces dígame dónde la encontraré... en la calle... no importa dónde... á la hora que Vd. me diga... con tal de que la vea... La saludaré y la diré « la amo » y me iré luego.

Ella vacilaba ya, desatinada y confusa, y como el coche llegaba á la puerta de su hotel, murmuró muy de prisa :

— Está bien, entraré en la Trinidad mañana á las tres y media.

Después y apenas se hubo bajado, dijo á su cochero :

— Conduzca Vd. á Mr. Du Roy á su casa.

— ¿Dónde has estado? le preguntó Magdalena así que le vió entrar.

— He ido hasta el telégrafo á poner un despacho urgente, respondió Du Roy.

Mme de Marelle se acercaba en aquel momento :

— Buen Mozo ¿usted me acompañará hasta mi casa? ya sabe que no vengo á comer tan lejos sino con esa condición.

Y volviéndose hacia Magdalena, le dijo :

— Tú no eres celosa ¿verdad?

Mme Du Roy respondió lentamente :

— No lo soy demasiado.

Los convidados se retiraban ya.

Mme Laroche-Mathieu tenía el aire de una criadita de provincia. Era hija de un notario y Laroche se casó con ella cuando todavía no era sino un oscuro y mediocre abogado. Mme Rissolin era una vieja de grandes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretensiones que hacía pensar en una de esas parteras cuya educación se hubiese formado en los gabinetes de lectura. La vizcondesa de Percemur contemplaba desde su altura á aquellas dos mujeres como si su «pata blanca» sintiese repugnancia de tocar aquellas manos vulgares.

Clotilde estaba envuelta en encajes y ya al franquear la puerta de la escalera, dirigió un cumplido á Magdalena:

— Hija mía, tu comida ha sido una cosa perfecta. De aquí á un poco tiempo vas á tener el primer salón político de París.

Y así que se encontró sola con Jorge le estrechó entre sus brazos.

— ¡Oh! querido mío, cada día te amo más.

El coche que los conducía rodaba lentamente como pudiera hacerlo un navío.

—Nuestra habitación vale mucho más que esto, dijo ella.

— ¡Oh, sí! respondió Du Roy, pero en aquel momento pensaba en Mme Walter.

IV

La plaza de la Trinidad estaba casi desierta bajo aquel brillante sol de julio. Un calor pesado aplastaba á París, como si de allá, de lo alto cayese sobre la ciudad un aire entorpecido y ardiente, un aire espeso y abrasador que hacía daño en el pecho.

Las fuentes que delante de la iglesia rematan el elegante jardinillo, corrían escasamente, como si ellas también estuviesen cansadas y flojas, y el líquido del estanque en el que flotaban hojas de árboles y trocitos de papel aparecía algo verdoso, espeso y glauco.

Por encima del reborde de piedra un perro había saltado y se bañaba en aquella onda dudosa, y unas cuantas personas que había sentadas en los bancos del pequeño *square* que circunda la portada, miraban al animal con envidia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretensiones que hacía pensar en una de esas parteras cuya educación se hubiese formado en los gabinetes de lectura. La vizcondesa de Percemur contemplaba desde su altura á aquellas dos mujeres como si su «pata blanca» sintiese repugnancia de tocar aquellas manos vulgares.

Clotilde estaba envuelta en encajes y ya al franquear la puerta de la escalera, dirigió un cumplido á Magdalena:

— Hija mía, tu comida ha sido una cosa perfecta. De aquí á un poco tiempo vas á tener el primer salón político de París.

Y así que se encontró sola con Jorge le estrechó entre sus brazos.

— ¡Oh! querido mío, cada día te amo más.

El coche que los conducía rodaba lentamente como pudiera hacerlo un navío.

—Nuestra habitación vale mucho más que esto, dijo ella.

— ¡Oh, sí! respondió Du Roy, pero en aquel momento pensaba en Mme Walter.

IV

La plaza de la Trinidad estaba casi desierta bajo aquel brillante sol de julio. Un calor pesado aplastaba á París, como si de allá, de lo alto cayese sobre la ciudad un aire entorpecido y ardiente, un aire espeso y abrasador que hacía daño en el pecho.

Las fuentes que delante de la iglesia rematan el elegante jardinillo, corrían escasamente, como si ellas también estuviesen cansadas y flojas, y el líquido del estanque en el que flotaban hojas de árboles y trocitos de papel aparecía algo verdoso, espeso y glauco.

Por encima del reborde de piedra un perro había saltado y se bañaba en aquella onda dudosa, y unas cuantas personas que había sentadas en los bancos del pequeño *square* que circunda la portada, miraban al animal con envidia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Du Roy consultó su reloj. Todavía no eran más que las tres. Tenía treinta minutos por delante.

Pensando en aquella cita Du Roy no podía dominar la tentación de reir : « Las iglesias, se decía, son buenas para todos los usos. Ellas la consuelan de haberse casado con un judío; en el mundo político la sirven como de protesta, le comunican un cierto tono *comme il faut* en el mundo distinguido y, por último, son un excelente abrigo para sus aventuras galantes. ¡Lo que es la costumbre de servirse de la religión lo mismo que de una antucá! Si hace buen tiempo, es un bastón; si el sol molesta sirve de sombrilla; si llueve, de paraguas y si no se sale de casa se la deja en la antesala. Y entre las mujeres hay cientos como ésta á quienes Dios les importa lo mismo que una guinda, pero que no consienten que de El se hable mal y le toman como alcahuete cuando la ocasión se presenta. Si se les ofreciera entrar en una casa de citas, encontrarían que era una infamia y en cambio les parece la cosa más sencilla jugar al amor al pie de los altares. »

Jorge paseaba lentamente á lo largo del estanque y de nuevo miró la hora en el reloj de la iglesia que avanzaba dos minutos del suyo. Marcaba las tres y cinco.

Entonces pensó en que mejor haría entrando en la iglesia y entró.

Una agradable frescura de cueva le rodeó en seguida, y Du Roy la aspiró con delicia, dando luego la vuelta á la nave para hacerse bien cargo del sitio.

Otro ruido de pasos, regular aunque interrumpido á veces, respondía en el fondo del espacioso monumento á los pasos de Du Roy que se elevaban sonoros bajo la alta bóveda. La curiosidad lepicó de conocer á aquel

otro paseante y le buscó. Era un señor grueso y calvo que marchaba contemplando la arquitectura del templo, con el sombrero detrás de la espalda.

De uno en otro altar una vieja iba rezando arrodillada y se cubría el rostro con las manos.

Una impresión de soledad, de desierto, de reposo se apoderaba del espíritu. La luz con los diversos matices que las vidrieras le prestaban resultaba agradable á la vista, y Jorge encontró que allí dentro se estaba admirablemente. Volvióse luego hacia la puerta y de nuevo consultó su reloj. Todavía no eran más que las tres y quince. Se sentó, pues, á la entrada de la nave principal y se lamentó de que allí no se pudiese fumar un cigarrillo. Al otro extremo de la iglesia, cerca del coro, oíase siempre el pasear lento del señor grueso.

Alguien entraba en aquel momento y Du Roy se volvió bruscamente. Era una mujer del pueblo vestida con una falda de lana, una pobre mujer que cayó de hinojos cerca de la primera silla y permaneció inmóvil, cruzadas las manos, con la mirada en el cielo y con el espíritu sublimado en la oración.

Du Roy la miraba con interés preguntándose qué disgustos, qué pesares, qué desesperación podían torturar aquel corazón ínfimo. Era visible que moría de miseria. Tal vez tenía un marido que la mataba á golpes, tal vez un hijo que se la moría.

Mentalmente murmuraba :

« ¡ Pobres gentes, y cuántas hay sin embargo que sufren ! »

Un sentimiento de cólera le asaltó entonces contra la despiadada naturaleza. Luego reflexionó que aquellos indigentes creían al menos que se ocupaban de ellos allá arriba y que su estado civil se encontraba inscrito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en los registros del cielo con el balance del Debe y del Haber.

— ¡ Allá arriba! ¿ Dónde?

Y Du Roy, á quien el silencio de la iglesia convidaba á soñar filosóficamente, juzgó la creación con un solo pensamiento, y sin abrir apenas los labios exclamó :

— ¡ Pero qué tonto es todo esto!

Un ruido de faldas le hizo estremecer. Era ella.

Du Roy se levantó y se adelantó vivamente. Mme Walter no le alargó la mano y en voz baja murmuró :

— Sólo dispongo de algunos instantes, es necesario que me vuelva á casa. Arrodíllese junto á mí á fin de no ser observados.

La señora se adelantó por la gran nave buscando un sitio conveniente y seguro como mujer conocedora de la casa. Llevaba cubierta la cara por un espeso velo y andaba con un paso sordo que apenas si se oía.

Cuando llegó cerca del coro se volvió hacia Jorge y cuchicheó con ese tono siempre misterioso con que se habla en las iglesias :

— Vale más que estemos en una de las naves laterales. Esto está muy á la vista.

Saludó al Tabernáculo del altar mayor con una grande inclinación de cabeza reforzada por una ligera reverencia, volvió á la derecha, retrocedió un poco hacia la entrada y por último, como quien toma una resolución, se apoderó de un reclinatorio y se puso de rodillas.

Jorge se posesionó de otro y así que estuvieron inmóviles y en actitud de orar, él comenzó á hablarla :

— Gracias, gracias, cuánto la adoro á Vd. Quisiera decírselo todos los días, referirla cómo he comenzado á amarla, cómo quedé seducido ya desde la

primera vez que la ví... ¿ No me permitirá Vd. un día vaciar mi corazón, expresarla todo lo que siento ?

Ella le escuchaba en una actitud de meditación profunda y como si no hubiese oído una sola palabra. Luego le respondió por entre los dedos :

— Soy una verdadera loca dejándole á Vd. hablarme así, una loca por haber venido, una loca al hacer lo que hago y al dejarle creer que esta... esta... esta aventura puede continuar. Olvide todo esto, es necesario, y no vuelva jamás á hablarme.

La mujer esperó. Jorge buscaba una respuesta, palabras decisivas, apasionadas, pero como no podía unir el movimiento á la palabra su acción se encontraba paralizada.

— Yo nada espero... no espero nada. Solamente la digo que la amo y que, aunque haga lo que quiera, se lo repetiré con tanta frecuencia, con tanta fuerza y con tanta pasión que Vd. concluirá por comprenderlo. Quiero hacer penetrar en Vd. mi ternura, derramarla en su alma, palabra por palabra, hora por hora y día

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por día, de manera que al fin la impregne como un licor que cayese gota á gota, que al fin la ablande y la dulcifique y la obligue más tarde á responderme: « Yo también le amo. »

Du Roy sentía el hombro de ella temblar contra el suyo y veía cómo palpitaba su garganta:

— Yo también amo á Vd., balbuceó ella rápidamente.

El joven experimentó un sobresalto como si su cabeza hubiese sufrido un rudo golpe y suspiró:

— ¡ Oh! ¡ Dios mío!...

— ¿ Acaso debiera yo confesárselo? continuó ella con voz jadeante. Me considero culpable y digna de desprecio... yo... que tengo dos hijas... pero no puedo... no puedo... Jamás hubiera yo creído... jamás, jamás... pero es superior á mí... más fuerte que yo... Escuche... escuche... yo no he amado jamás á nadie... á nadie más que á Vd... se lo juro. Y desde hace un año que le amo en secreto, en el secreto de mi corazón... ¡ oh! he sufrido, he luchado, pero no puedo más... le amo á Vd...

Y con las manos cruzadas delante de la cara lloraba y todo su cuerpo se estremecía sacudido por la violencia de la emoción.

— Déme la mano, quiero tocarla, quiero estrecharla.. murmuró Jorge.

Lentamente ella retiró una mano de su cara y Du Roy contempló entonces toda su mejilla mojada y vió una gota de agua presta á caer todavía al borde de las pestañas.

El joven había tomado aquella mano y la estrechaba:

— ¡ Oh, cómo quisiera beber esas lágrimas!

Con voz muy baja y quebrantada hasta parecer un gemido, Mme Walter le respondía:

— No abuse de mi situación... me encuentro perdida...

Du Roy sintió deseos de reir. ¿ Cómo habría abusado de ella en aquel sitio? Y como estaba en vena de frases apasionadas, puso sobre su corazón la mano que tenía y preguntó:

— ¿ Le siente Vd. latir?

Pero desde hacía unos instantes el paso lento y regular del otro visitante se aproximaba. Había dado la vuelta á los altares y volvía á bajar, por la segunda vez cuando menos, la pequeña nave de la derecha. Cuando Mme Walter le oyó cerca del pilar que la ocultaba separó los dedos de la presión de Jorge y se cubrió de nuevo la cara.

Así permanecieron ambos inmóviles y arrodillados como si juntos hubiesen dirigido al cielo súplicas ardientes. El señor grueso pasó junto á ellos, les echó una mirada indiferente y se alejó hacia la entrada de la iglesia llevando siempre á la espalda el sombrero.

Pero Du Roy que pensaba en obtener una cita en otra parte que en la Trinidad, murmuró:

— ¿ Dónde la veré á Vd. mañana?

Ella no le respondió. Parecía como inanimada, convertida en estatua de la Oración.

— ¿ Quiere Vd., insistió Du Roy, que la espere en el Parque Monceau?

Mme Walter volvió hacia él su semblante de nuevo descubierto, un semblante lívido, contraído por un sufrimiento horroroso, y con voz entrecortada le dijo:

— Déjeme... déjeme ahora... váyase... váyase... solamente cinco minutos... sufro mucho, mucho cerca de Vd... quiero orar... yo no puedo... váyase... déjeme orar... sola... cinco minutos... yo no puedo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

déjeme implorar de Dios... que me perdone... que me salve... déjeme... cinco minutos...

Su semblante aparecía de tal suerte transfigurado, con una expresión tan dolorosa, que Du Roy se levantó sin decir una palabra y, después de una ligera vacilación, preguntó :

— ¿ Vuelvo en seguida ?

Mme Walter hizo con la cabeza un signo que quería decir : « Sí, en seguida » y él entonces subió de nuevo hacia el coro.

La dama hizo un esfuerzo de invocación sobrehumano para orar, para llamar á Dios y con el cuerpo vibrante y el alma desatinada y loca exclamó : « Piedad » dirigiéndose hacia el cielo la mirada.

Al mismo tiempo cerró los ojos con rabia para no ver al que acababa de marcharse, le expulsaba de su pensamiento, forcejeaba contra él, pero en lugar de la aparición celeste que en el desaliento de su alma se prometía, se le presentaba siempre el bigote rizado del joven.

Desde hacía un año que luchaba de la misma manera todos los días, todas las noches, contra aquella obsesión agrandada de día en día, contra aquella imagen que frecuentaba sus ensueños y su carne y perturbaba sus noches. Se sentía trabada, como se traba á una bestia, ligada, arrojada en los brazos de aquel macho que la había vencido, que la había conquistado nada más que con el pelo de su labio y el color de sus ojos.

Y ahora en aquella iglesia, cerca de Dios, se sentía más débil, más abandonada, más perdida aún que en su propia casa. No podía orar más, no podía pensar en otra cosa que en él y ahora sufría de que él se hubiese alejado. Sin embargo luchaba como una desesperada,

se defendía, y con toda la fuerza de su alma llamaba á socorro. Mejor hubiera querido morir que caer de aquel modo, ella que jamás había desfallecido. Y ahora murmuraba frases conmovedoras de súplica, pero al mismo tiempo oía el paso de Jorge debilitarse en lo lejano de las bóvedas.

Entonces comprendió que todo había concluído, que la lucha era inútil. No obstante se resistía á ceder y de pronto se sintió sobrecogida por una de esas crisis nerviosas que hacen á las mujeres estremecerse y gritar y retorcerse por el suelo. Todos sus miembros temblaban y sentía que iba á caer, á rodar entre las sillas lanzando agudos gritos.

Como en aquel momento se acercaba alguien de prisa, volvió la cabeza y vió un sacerdote. Entonces se levantó rápidamente, corrió hacia él tendiéndole las dos manos y balbuceó : « ¡ Sálveme, sálveme ! »

El sacerdote se detuvo sorprendido :

— ¿ Qué es lo que desea, señora ?

— Que Vd. me salve, padre; si Vd. no acude en mi auxilio, me veo perdida. Tenga piedad de mí.

— ¿ Qué puedo hacer por Vd. ? volvió á decir el sacerdote mirándola y preguntándose si no sería una loca.

Era un hombre joven, alto y un poco grueso, con carrillos repletos y colgantes que resultaban á causa de la barba, cuidadosamente afeitada, con un ligero tinte negro. Un hermoso ejemplar de vicario de villa, con ejercicio en un barrio opulento y habituado á oir á penitentes ricos.

— Óigame en confesión, padre, aconséjeme, sosténgame y dígame lo que debo hacer.

— Señora, respondió el sacerdote; todos los sábados de tres á seis me tiene á su disposición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mme Walter le había tomado del brazo y se le estrechaba repitiendo :

— No, no, no, en seguida, en seguida, es preciso. Él está aquí, en esta misma iglesia y me espera.

— ¿Quién la espera á Vd. ? preguntó el sacerdote.

— Un hombre... que me va á perder... que se apoderará de mí si Vd. no me salva... No puedo evitarle... soy demasiado débil, demasiado débil... tan débil... tan débil...

Sollozando se arrojó á sus rodillas :

— ¡ Oh ! padre mío, tenga piedad de mí, sálveme en nombre de Dios, sálveme !...

Ahora le tenía sujeto por la sotana á fin de que no pudiera escaparse, en tanto que él inquieto miraba á todos lados por ver si alguna mirada malévola ó devota contemplaba aquella mujer postrada á sus pies.

Comprendiendo al fin que no podría escaparse, la dijo :

— Está bien, señora, levántese ; justamente tengo la llave del confesonario.

Y escarbando en el bolsillo sacó un llavero provisto de llaves, eligió después una y con paso rápido se dirigió hacia esas pequeñas chozas de madera, especie de cajas para la basura de las almas, en donde los creyentes vacian sus pecados.

El sacerdote entró por la puerta de enmedio, la cual cerró detrás de él, y Mme Walter que se había prosternado al pie de la estrecha jaula de al lado, balbuceó con fervor y con un transporte apasionado de esperanza :

— Bendígame, padre mío, porque he pecado...

. . . . . .

Du Roy, que había dado la vuelta al coro, descendía la nave de la izquierda y llegaba al medio cuando encontró al señor grueso y calvo, siempre con su paso tranquilo, y se preguntó :

— ¿Qué es lo que puede hacer aquí este ciudadano ?

También el paseante había retardado su paso y miraba á Jorge con visible deseo de dirigirle la palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así que estuvo bastante cerca le saludó con una inclinación de cabeza y comenzó por excusarse :

— Perdóneme, caballero, si le molesto, pero ¿podría Vd. decirme en qué época fué construído este monumento ?

— Á decir verdad no estoy muy enterado, creo que hará veinte ó veinticinco años. Por otra parte es la primera vez que entro en esta iglesia.

— Lo mismo me sucede á mí. Nunca la había visto.

El periodista, entonces, repuso un tanto movido de curiosidad :

— Por lo que veo Vd. la visita con la mayor atención y como estudiándola en sus detalles.

El otro respondió resignado :

— No es que la visito, caballero, sino que mi mujer me ha dado cita aquí y por cierto se retrasa bastante.

Luego se calló, y después de unos cuantos segundos dijo :

— Fuera hace un calor extraordinario.

Du Roy le examinaba contemplando aquella cabeza digna de estudio y de pronto creyó encontrarle alguna semejanza con Forestier.

— ¿Es Vd. de provincias ? le dijo.

— Sí, señor, de Rennes. Y Vd., señor, ¿tal vez por simple curiosidad ha entrado á ver esta iglesia ?

— No, yo espero á una mujer.

Y después de saludar á su interlocutor el periodista se alejó con la sonrisa en los labios.

Al acercarse á la puerta principal vió á la cuitada dama siempre de rodillas y orando siempre.

— ¡Caramba con su invocación si es obstinada ! se dijo. Pero sin sentir la menor emoción, ni compadecerla.

Despacito se puso á subir la nave de la derecha para encontrarse con Mme Walter.

Como de lejos acechaba el sitio en que la había dejado, se extrañó de no verla, y creyendo haberse equivocado de pilar llegó hasta el último. Volvió de nuevo en seguida. ¡Se habría marchado ! pensó sorprendido y furioso. Entonces se imaginó que ella le buscaba y nuevamente dió la vuelta á la iglesia, y como no lograba encontrarla se dirigió á la silla donde antes estuvo sentada y la ocupó á su vez confiado en que allí se verían.

Á los pocos momentos, un ligero murmullo de voz despertó su atención. En aquel rincón de la iglesia no había visto á nadie. ¿De dónde salía aquel cuchicheo ? Se levantó para verlo y entonces vió en la capilla inmediata las puertas del confesonario. De una de ellas salía un extremo de falda que arrastraba por el suelo. Du Roy se acercó para examinar á la señora, y la reconoció. ¡Se estaba confesando !

Sintió un violento deseo de tomarla por los hombros y arrancarla de aquella caja : « ¡ Bah ! pensó, este es el turno del cura, mañana será el mío. »

Y se sentó tranquilamente en frente de las taquillas de la penitencia, esperando su hora y riendo ahora de la aventura.

Así esperó bastante tiempo, hasta que al fin Mme Walter se levantó, se volvió hacia donde él estaba y al verle se acercó :

— Caballero, le dijo, le ruego que no me acompañe, que no me siga, y que no vuelva más á mi casa solo. No sería Vd. recibido. ¡ Adiós !

Y se alejó con actitud serena y digna.

Du Roy la dejó alejarse porque tenía como regla de conducta no forzar jamás los acontecimientos. Después

al ver al clérigo salir un tanto turbado de su reducto, se fué derecho á él y, mirándole fijamente, le gruñó en sus mismas barbas :

— Como no llevara Vd. faldas, vaya un par de bofetadas que se ganaba Vd. en ese hocico cochino que tiene.

Luego giró sobre sus talones y salió de la iglesia silbando.

Al salir, Du Roy se encontró de pie y á la puerta de la iglesia al señor grueso, el cual con el sombrero, esta vez puesto, y con las manos á la espalda, recorría con la vista cansado ya de esperar, la extensa plaza de la Trinidad y todas las calles confluentes.

Al pasar junto á él ambos se saludaron.

El periodista que ahora se encontraba libre, se dirigió á *La Vida Francesa*. Desde que entró comprendió que algo anormal pasaba allí á juzgar por la cara de atareados que tenían los mozos de la redacción, y bruscamente se dirigió al despacho del director.

El viejo Walter dictaba de pie y nervioso un artículo por frases entrecortadas y entre dos apartes daba instrucciones á los repórters que le rodeaban, hacía algunas recomendaciones á Boisrenard y abría cartas á él dirigidas.

Cuando Du Roy entró el director lanzó una exclamación de júbilo.

— ¡Oh qué fortuna! ¡aquí está el Buen Mozo!

De pronto se detuvo y un poco confuso se excusó :

— Pido á Vd. perdón por haberle llamado así, me encuentro aturdido en estos momentos, y además en mi casa no oigo otra cosa desde por la mañana hasta por anoche que « el Buen Mozo », como le llaman á Vd. mi mujer y mis hijas, y he concluído yo también por

tomar la costumbre. ¿Supongo que no me guardará Vd. rencor?

— Qué disparate, decía Jorge riendo. Ese sobrenombre no tiene nada que pueda disgustarme.

— Perfectamente. Entonces yo le bautizo con ese nombre como todo el mundo. Ahora vamos á otra cosa. Tenemos grandes acontecimientos. El ministerio ha caído en una votación por trescientos diez votos contra ciento dos. Nuestras vacaciones se aplazan todavía hasta las calendas griegas y henos aquí á 28 de julio ya. España se incomoda por los asuntos de Marruecos y eso es lo que ha echado abajo á Durand de l'Aisne y á sus acólitos. Estamos metidos en harina hasta el cuello. Marrot ha sido encargado de formar ministerio. Ha designado al general Boutin d'Acre para Guerra y á nuestro amigo Laroche-Mathieu para Negocios Extranjeros. Él se queda con la cartera de Interior y con la presidencia del consejo. Vamos á ser un periódico oficioso. En este momento hago el primer fondo, una simple declaración de principios trazando á los ministros el camino que deben seguir.

El buenazo del hombre sonrió y prosiguió luego :

— Se entiende que el camino que ellos se proponen seguir. Pero me haría falta alguna cosa interesante acerca de la cuestión de Marruecos, algo de actualidad, una crónica de efecto, de sensación, yo no sé, algo así. Usted me lo encontrará.

Du Roy reflexionó un segundo y respondió en seguida :

— Yo tengo lo que Vd. necesita. Le haré un estudio sobre la situación política de toda nuestra colonia africana con la regencia de Túnez á la izquierda, la Argelia en medio y Marruecos á la derecha, la historia de las razas que pueblan ese gran territorio y el relato

de una excursión por la frontera marroquí hasta el gran oasis de Figuig en donde ningún europeo ha penetrado y que es la causa del conflicto actual. ¿ Le conviene á Vd.?

— ¡ Admirable! gritó el viejo Walter. ¿ Y qué título?

— De Túnez á Tánger.

— Soberbio.

Y Du Roy se fué en seguida á hojear en la colección de *La Vida Francesa* para buscar su primer artículo : « Recuerdos de un cazador de África », el cual modificado, bautizado de nuevo y arreglado convenientemente se acomodaría perfectamente desde el principio al fin, pues en él se trataba de política colonial, de la población argelina y de una excursión por la provincia de Orán.

En tres cuartos de hora la cosa quedó compuesta, remendada y á punto, y con un sabor de actualidad y alabanzas para el nuevo ministerio.

Cuando el director leyó el artículo declaró :

— Es una cosa perfecta... enteramente perfecta. Es Vd. un hombre precioso. Mi felicitación más cumplida.

Du Roy entró aquel día en su casa encantado de la jornada, no obstante el fracaso de la Trinidad, pues sabía bien que tenía ganada la partida.

Su mujer le esperaba nerviosa y febril. Así que le vió, gritó :

— ¿ Sabes que Laroche es ministro de Negocios Extranjeros.?

— Sí, precisamente acabo de hacer un artículo sobre Argelia con ese motivo.

— ¿Cuál, pues?

— Tú le conoces, el primero que hicimos juntos « Recuerdos de un cazador de África », pero revisado y corregido de conformidad con las circunstancias.

Magdalena sonrió.

— ¡Ah sí! se acomoda muy bien, en efecto.

Luego, y después de haber pensado algunos instantes, agregó Magdalena :

— Y pienso en la continuación que debías haber hecho entonces y que se quedó... en el camino. Ahora podemos ponernos á trabajar. Eso nos proporcionará una bonita serie muy oportuna en estos momentos.

Du Roy respondió mientras se sentaba delante de su plato de sopa servido ya en la mesa :

— Perfectamente. No hay dificultad ninguna ahora que el cornudo de Forestier no puede impedirlo.

Magdalena replicó vivamente con un tono seco y como mujer herida :

— Esa broma es de muy mal gusto y es preciso que concluya, te lo ruego. Dura ya demasiado tiempo.

Du Roy iba á responder con ironía, pero en aquel instante le entregaron un despacho sin firma y con esta sola frase :

« Había perdido la cabeza. Perdóneme y vaya mañana á las cuatro al Parque Monceau. » Jorge comprendió y, con el corazón rebosando de júbilo, dijo á su mujer mientras deslizaba el papel azul en su bolsillo :

— No lo haré más, querida mía. Es verdaderamente tonto. Lo reconozco.

Y comenzó á comer, en tanto que con la imaginación repetía aquellas cuantas palabras del telegrama : « Había perdido la cabeza, perdóneme y vaya mañana á las cuatro al Parque Monceau ». Luego ella cedía. Aquello quería decir : « Me rindo, soy tuya, donde quieras y cuando quieras. »

De pronto se echó á reir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Qué es lo que te causa risa? preguntó Magdalena.

— Poca cosa. Me acuerdo de un clérigo á quien he encontrado al venir y que tenía una cara que ni pintada para la caricatura.

Du Roy llegó justamente á la hora de la cita al día siguiente. Todos los bancos del parque estaban ocupados por gente burguesa, á la que el calor abrumaba, y por domésticas indolentes y perezosas, que parecían dormir en tanto que los niños confiados á su custodia rodaban por la arena de las calles del jardín.

Mme Walter se hallaba cerca de la pequeña y antigua ruina en donde corre una fuentecilla, entretenida en dar la vuelta al estrecho circo de columnatas y con aire de inquieta y desgraciada.

Inmediatamente que Du Roy la vió se acercó para saludarla.

— ¡Cuánta gente hay en este jardín! dijo ella.

— En efecto, dijo Du Roy aprovechando la ocasión. ¿Quiere Vd. venir á otra parte?

— ¿Y donde?

— No importa dónde. Tomaremos un coche, por ejemplo. Usted baja la cortinilla de su lado y nadie absolutamente podrá verla.

— Sí, sí. Mejor quiero eso. Aquí me muero de miedo.

— Pues bien, de aquí á cinco minutos Vd. me encontrará en la puerta que da al bulevar exterior. Yo llegaré con un coche.

Y Du Roy se alejó corriendo. Así que ella se unió á él y que hubo cubierto la ventanilla con la cortina, le preguntó.

— ¿Á dónde ha dicho Vd. al cochero que nos lleve?

— No se ocupe Vd. de nada. Él está al corriente.

Jorge había dado al cochero su dirección de la calle de Constantinopla.

— No puede Vd. figurarse, volvió á decir Mme Walter, cómo sufro á causa de Vd. y cómo estoy de atormentada y torturada. Ayer he estado dura en la iglesia, pero yo quería hacerle huir á toda costa. Tengo tanto miedo de encontrarme sola con Vd. ¿Me lo ha perdonado?

El periodista le estrechaba las manos:

— ¡Quién lo duda! Qué es lo que no la perdonaría amándola como la amo.

Mme Walter le miraba con aire suplicante:

— Escuche, es preciso prometerme que me respetará... que no... que no... de otro modo ya no volvería á verle.

Du Roy no respondió en el primer momento. Bajo su rizado bigote tenía una sonrisa que perturbaba á las mujeres:

— Soy su esclavo, concluyó por decir en voz baja.

Entonces ella se puso á referirle cómo se había hecho cargo de que le amaba cuando supo que iba á casarse con Magdalena Forestier, y le daba detalles de fechas y de cosas íntimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De repente quedó callada. El coche acababa de parar.

Al abrir Du Roy la portezuela, preguntó ella :

— ¿Dónde estamos ?

— Baje y entre en esta casa. Aquí estaremos más tranquilos.

— ¿Pero dónde nos encontramos ?

— En mi casa. Es mi vivienda de soltero que la he vuelto á tomar... por algunos días... á fin de tener un rincón donde pudiésemos vernos.

Mme Walter se mantenía agarrada á la almohadilla del coche, espantándose á la idea de aquel *tête à tête* que iba á tener con Jorge.

— No, no, no quiero, no quiero, balbuceaba.

— La juro á Vd. que la respetaré, dijo Du Roy con voz enérgica. Bájese, Vd. comprende que se nos mira y que se va á reunir gente en torno nuestro. Bájese pronto... baje... La juro á Vd. respetarla, repetía.

Un tabernero que estaba á la puerta de su establecimiento, los miraba con curiosidad.

Ella entonces se vió dominada por un gran terror y se lanzó á la casa. Ya iba á subir la escalera, pero Jorge la detuvo por el brazo.

— Es aquí en el piso bajo.

Apenas cerrada la puerta, el periodista se apoderó de ella como de una presa. La señora Walter forcejeaba, luchaba y decía tartamudeando :

— ¡Oh, Dios mío... Dios mío!

Él la besaba el cuello, los ojos y los labios con transporte, sin que ella pudiese evitar sus caricias furiosas y aun rechazándole y aun evitando la boca le devolvía á pesar suyo los besos.

De pronto dejó de defenderse y, vencida, resignada,

se dejó desnudar por él. Du Roy separaba una á una con destreza y celeridad todas las prendas de su vestido

y con igual delicadeza que lo hubiera hecho una doncella de servicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mme Walter le había arrebatado de las manos el corpiño para ocultar su cara dentro y permanecía de pie blanquísima, en medio de todas sus faldas caídas en desorden.

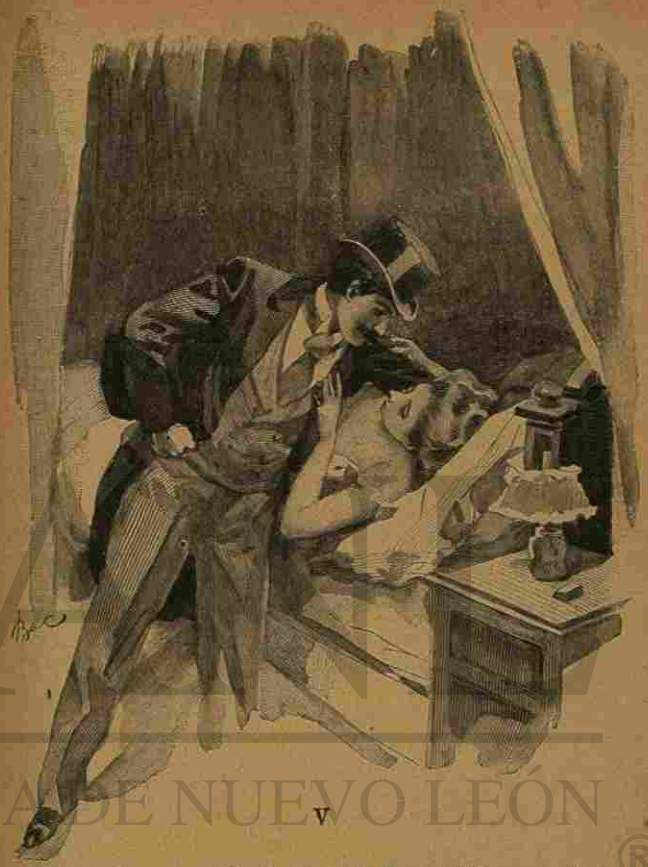
Du Roy la dejó sus botinas y la trasladó en sus brazos á la cama. Ella entonces le murmuró al oído con voz entrecortada :

— Le juro... le juro... que jamás he tenido ningún amante.

Como una joven hubiera podido decir :

— Le juro que soy virgen.

— He ahí una cosa, decía para sí Du Roy, de las que me tienen sin cuidado.



V

Había llegado el otoño. Los Du Roy habían pasado en París todo el verano sosteniendo una campaña enérgica en *La Vida Francesa* en favor del nuevo gabinete durante las cortas vacaciones de la Cámara de diputados, y aunque acababa de comenzar octubre, ambas Cámaras se disponían á reanudar sus sesiones, pues los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mme Walter le había arrebatado de las manos el corpiño para ocultar su cara dentro y permanecía de pie blanquísima, en medio de todas sus faldas caídas en desorden.

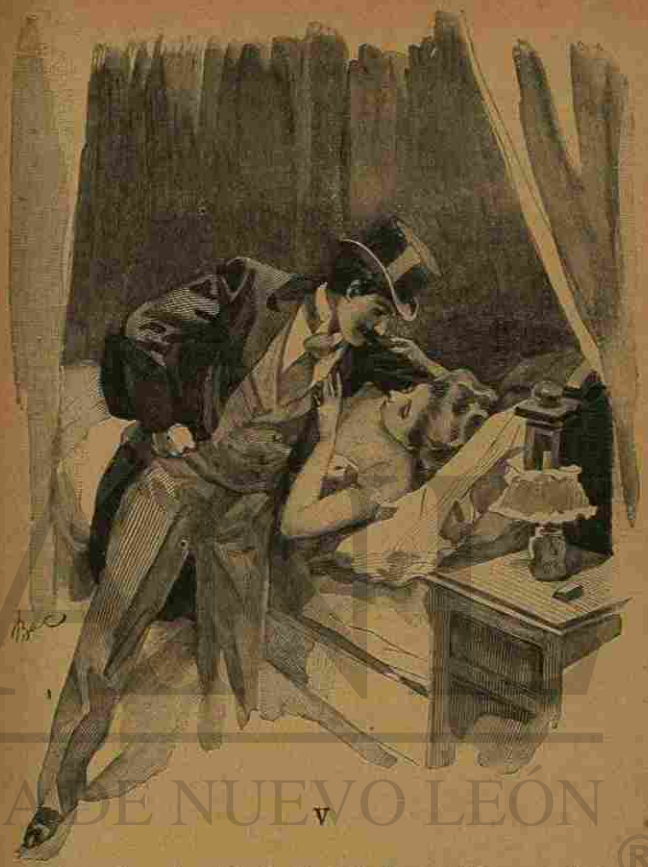
Du Roy la dejó sus botinas y la trasladó en sus brazos á la cama. Ella entonces le murmuró al oído con voz entrecortada :

— Le juro... le juro... que jamás he tenido ningún amante.

Como una joven hubiera podido decir :

— Le juro que soy virgen.

— He ahí una cosa, decía para sí Du Roy, de las que me tienen sin cuidado.



V

Había llegado el otoño. Los Du Roy habían pasado en París todo el verano sosteniendo una campaña enérgica en *La Vida Francesa* en favor del nuevo gabinete durante las cortas vacaciones de la Cámara de diputados, y aunque acababa de comenzar octubre, ambas Cámaras se disponían á reanudar sus sesiones, pues los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asuntos de Marruecos tomaban un cariz grave y amenazador.

Nadie, en realidad, creía en una expedición á Tánger, si bien hubo un diputado de la derecha, el Conde de Lambert Sarrazin, que el día de la clausura de sesiones ofreció, imitando á un célebre virrey de las Indias, apostar su bigote contra las patillas del presidente del Consejo á que el nuevo gabinete no tendría otro remedio que imitar al anterior; y en un discurso lleno de *esprit*, que fué aplaudido hasta por los centros del Parlamento, dijo que así como el anterior gabinete había mandado un cuerpo de ejército á Túnez, éste mandaría también otro á Tánger, para hacer *juego*, por amor á la simetría, lo mismo que se ponen dos floreros y no uno sobre la chimenea de un salón. Y había añadido:

— La tierra de África es, en efecto, señores diputados, una chimenea para Francia, una chimenea que consume nuestra mejor leña, una chimenea de gran tiro que se enciende con el papel del Banco Francés.

«Os habéis ofrecido un capricho de artista adornando el ángulo de la izquierda con una *chucheria* tunecina que os cuesta caro; ya veréis cómo Mr. Marrot va á querer imitar á su predecesor adornando el ángulo de la derecha con otra *chucheria* marroquí.»

Aquel discurso que tuvo una gran resonancia, había servido de tema á Du Roy para diez artículos acerca de la colonia argelina, que constituían toda la serie interrumpida desde sus comienzos de periodista, y había sostenido enérgicamente la idea de una expedición militar, siquiera estuviese convencido de que no se llevaría á efecto. Había hecho vibrar la cuerda patriótica y bombardeado á España con todo el arsenal de argumentos despreciativos que se emplean siempre contra los

pueblos cuyos intereses son contrarios á los propios que se trata de defender.

La Vida Francesa había ganado una importancia considerable á causa de los vínculos que unían al periódico con el gobierno, vínculos de todo el mundo conocidos. Daba antes que los más serios periódicos de abolengo, las noticias políticas, indicaba con matices las intenciones de los ministros, sus amigos; y todos los periódicos de París y de provincias buscaban en ella todo lo referente á información. Se la citaba, se la temía, se comenzaba á respetarla. Ya no era el órgano sospechoso de un grupo de agiotistas políticos, sino el órgano declarado del gabinete. Laroche-Mathieu era el alma del periódico y Du Roy su bocina. El viejo Walter, diputado mudo y director cauteloso, sabía borrarse del cuadro cuando convenía, y según se susurraba, ahora se ocupaba en un negocio enorme, un asunto de minas de cobre en Marruecos.

El salón de Magdalena habíase convertido en un centro influyente donde todas las semanas se reunían varios miembros del gabinete. El mismo presidente del Consejo había comido dos veces en la casa, y las señoras de los hombres de Estado, que otras veces vacilaban antes de franquear su puerta, se envanecían ahora de ser sus amigas, haciéndole más visitas de las que de ella recibían.

El ministro de Negocios Extranjeros reinaba casi como dueño y señor en la casa. Se presentaba á cualquiera hora con despachos, con noticias, con informes que dictaba ya al marido, ya á la mujer, como si hubiesen sido sus secretarios.

Cuando después que el ministro había salido, Du Roy se encontraba frente á frente de Magdalena, se encoleri-

zaba con voz amenazante y con insinuaciones pérfidas en la palabra contra las maneras de aquel hombre mediocre é intrigante.

Pero Magdalena se encogía de hombros con desprecio y repetía :

— Haz tú lo mismo, procura ser ministro y podrás darte importancia. Hasta entonces, cállate.

Du Roy se retorcía el bigote mirando á su mujer oblicuamente.

— No se sabe de lo que yo soy capaz, algún día tal vez se sepa.

Su mujer respondía con calma filosófica :

— Quien viva lo verá.

El día mismo de la reapertura de las Cámaras la mujer, todavía en la cama, hacía al marido mil recomendaciones mientras éste se vestía para almorzar en casa de M. Laroche-Mathieu. El ministro debía darle sus instrucciones antes de la sesión para el artículo político del día siguiente en *La Vida Francesa*, artículo que debía ser una especie de declaración oficiosa de los verdaderos proyectos del gabinete.

— Sobre todo no te olvides, decía Magdalena, de preguntarle si el general Belloncle va destinado á Orán como se tenía pensado. Esto significaría mucho.

— Yo sé lo mismo que tú, respondió Jorge nervioso, lo que debo hacer. Déjame en paz con tus repeticiones inútiles.

— Pero, querido, volvió ella á decir tranquilamente, si siempre te olvidas de la mitad de los encargos que te doy para el ministro...

— Tu ministro concluye por reventarme, gruñó Du Roy. Ese solemne majadero...

Magdalena repuso con calma :

— No es más ministro mío que tuyo. Más útil te es á ti que á mí.

Du Roy se volvió un poco hacia su mujer y riendo dijo:

— Perdón, hija mía, á mí no me hace la corte.

— Tampoco á mí, contestó ella lentamente, pero hace nuestra fortuna.

Jorge se calló, y después de algunos instantes, repuso :

— Si yo tuviese que elegir entre tus adoradores preferiría al viejo zoquete de Vaudrec. ¿ Qué es de él? Hace más de ocho días que no le veo.

Magdalena replicó sin alterarse :

— Está enfermo, me ha escrito que está en cama retenido por un ataque de gota. Tú debieras pasar á preguntar por él. Ya sabes que te quiere mucho, y esto le causaría placer.

— Ciertamente que iré, respondió. Pasaré luego.

Concluído que hubo de vestirse y ya con el sombrero puesto, Du Roy miró si algo se le quedaba olvidado, y como no encontró nada, se acercó á la cama y, besando á su mujer en la frente, se despidió :

— Hasta luego, querida, lo más temprano que estaré de vuelta será á las siete.

Mr. Laroche-Mathieu le esperaba ya; aquel día almorzaba á las diez á causa del consejo que debía celebrarse á mediodía, antes de la reapertura del parlamento.

Así que estuvieron sentados á la mesa solos con el secretario particular, pues Mme Laroche-Mathieu no había querido alterar la hora de su almuerzo, Du Roy habló de su artículo, indicó las líneas consultando los garabatos que llevaba escritos en unas cuantas tarjetas, y cuando hubo terminado preguntó :

— ¿Tiene Vd. alguna modificación que hacer, mi querido ministro?

— Muy poco, mi querido amigo. Sin embargo tal vez resulta demasiado afirmativo lo del asunto de Marruecos. Hable de la expedición como si debiera llevarse á cabo, pero dejando entender que no tendrá lugar y que Vd. no cree en ella por nada del mundo. Haga de manera que el público lea bien entre líneas que nosotros no hemos de ir á meternos en una aventura semejante.

— Perfectamente. Lo he comprendido y me haré comprender. Mi mujer me ha encargado á este propósito que pregunte á Vd. si el general Belloncle será enviado á Orán. Pero después de lo que Vd. acaba de decirme infiero que no.

— No, respondió el hombre de Estado.

Después se habló de la sesión que aquel día iba á celebrarse. Laroche-Mathieu se puso á perorar preparando el efecto de las frases que unas cuantas horas más tarde debía verter sobre sus colegas de la Cámara, y mientras almorzaba agitaba la mano derecha, levantando en alto ora el tenedor, ora el cuchillo, alguna vez un pellizco de pan, y sin mirar á nadie, encarándose con la invisible Asamblea, expectoraba su dulzarrona elocuencia de muchacho guapo y bien peinado.

Un pequeñísimo bigote rizado hacia arriba levantaba sobre su labio superior dos enhiestas guías parecidas á rejos de escorpión, y los untuosos y relucientes cabellos le caían sobre las sienes en dos espesos bucles, separados por una raya que dividía la frente en dos mitades, completando su aspecto de provinciano hermosote y robusto. Aunque joven todavía, había llegado á ponerse demasiado grueso, algo hinchado, y el chaleco aparecía terso y tirante á causa de la tensión ejercida por el vientre.

El secretario particular comía y bebía tranquilamente habituado sin duda á aquellas duchas de facundia, pero Du Roy á quien molestaban los éxitos obtenidos por aquel gaznápiro, decía para sí, roído por los celos:

— ¡Anda de ahí, zoquete! ¡Cuidado si son palurdos estos hombres políticos!

Y comparando su propio valer con la exigua importancia de aquel hablador de ministro, continuaba diciendo para sus adentros:

— ¡Como yo tuviera solamente cien mil francos netos con que poder embromar á mis maliciosos normandos, me presentaba candidato por mi hermoso país de Ruán y ¡vaya un hombre de Estado que haría yo al lado de estos tunantes indiscretos!

Hasta que llegó el momento del café, Mr. Laroche-Mathieu continuó en el uso de la palabra; pero al ver que se iba haciendo tarde, sonó el timbre y dió orden de que hicieran aproximar el coche á la puerta.

— ¿Conque ha comprendido Vd. perfectamente, querido amigo? dijo alargando la mano al periodista.

— Perfectamente, mi querido ministro, cuente Vd. conmigo.

Du Roy se dirigió luego despacito al periódico para comenzar su artículo, pues hasta las cuatro no tenía nada que hacer. Á dicha hora debía verse con Mme de Marelle en la calle de Constantinopla como venía haciéndolo regularmente desde algún tiempo dos veces por semana, los lunes y los viernes.

Pero al entrar en la redacción le entregaron un despacho cerrado. Era de Mme Walter y decía lo siguiente:

« Es preciso absolutamente que te vea hoy. Se trata

de un asunto grave, muy grave. Espérame á las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio.

« Tu amiga hasta la muerte

« VIRGINIA. »

—¡Voto á!... ¡Qué lapa ésta! exclamó Du Roy, dominado por el mal humor. Y salió inmediatamente, pues la irritación le hubiera impedido trabajar.

Hacía seis semanas que intentaba romper con ella sin lograr desprenderse de aquel apego encarnizado.

Mme Walter había sentido á raíz de su caída un acceso de espantoso remordimiento, y en tres citas sucesivas había abrumado á su amante con reproches y maldiciones. Aquellas escenas habían llegado á producir á Du Roy un gran fastidio y, como por lo demás se encontraba harto de aquella señora madura y dramática, había resuelto alejarse sencillamente prometiéndose que la aventura no pasaría más adelante. Pero ella se le había colgado entonces con un apasionamiento loco, arrojándose en aquel amor como se arroja uno al río con una piedra al cuello. Du Roy se había dejado coger por algo de debilidad, de complacencia, de miramientos, y ella le tenía aprisionado en su pasión desenfrenada y molesta, persiguiéndole con su ternura.

Quería verle todos los días, le llamaba á cada momento con telegramas para simples y rápidas entrevistas á la esquina de una calle, en un comercio, en un jardín público, y le repetía entonces en unas cuantas frases, siempre las mismas, todo cuanto le adoraba y le idolatraba, para jurarle luego al despedirse « que era feliz con sólo haberle visto ».

Mme Walter se mostraba diferente de como Du Roy

la había soñado, ensayaba seducirle con gracias pueriles y con niñerías de amor ridículas á su edad; y como hasta entonces había vivido estrictamente honrada y virgen de corazón, cerrada á todo sentimiento é ignorante de toda sensualidad, el amor del periodista había producido de pronto en aquella señora prudente, cuya tranquila cuarentena parecía un otoño pálido después de un verano frío, una especie de primavera marchita llena de florecillas abortadas y de brotes mal definidos, un extraño amor naciente de chiquilla, amor tardío, apasionado y cándido formado de transportes imprevistos, de anhelos de adolescente, de requiebros embarazosos, de gracias envejecidas, sin haber sido jóvenes.

Le escribía diez cartas en un solo día, unas cartas cándidamente locas, de un estilo originalmente poético

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

y risible, y como el de los indios adornado con infinidad de nombres de animales y de pájaros.

Apenas se encontraban solos, le besaba con maneras de muchachuela depravada, haciendo muecas un tanto grotescas con los labios, y entregándose á transportes que hacían latir su pesado seno bajo la tela del corpiño.

Pero lo que más que nada le tenía á Du Roy hastiado, era oirse llamar « Ratoncito mío », « perrito mío », « joyita mia », « pajarito azul », « tesorito mío » y verla después ofrecerse con su poquito de comedia de pudor infantil y movimientos de resistencia que ella juzgaba graciosos, para concluir luego con mimos de colegiala picardeada.

— ¿De quién es esta boquita? preguntaba, y si Du Roy no respondía en seguida, se contestaba ella sola « es mía, » insistiendo hasta hacerle palidecer de aburrimiento y de fastidio.

El periodista hubiera querido hacerla comprender que, en amor como en todo, se necesita un tacto y una destreza y una prudencia extremos y que al entregarse á él aquella señora madura, madre de familia, mujer de sociedad, debía entregarse gravemente, con una especie de arrebato contenido, severo, acaso con lágrimas, pero con lágrimas de Dido, nunca con lágrimas de Julieta.

— ¡Cuánto te amo, rico mío! le repetía incesantemente. ¿Tú me amas lo mismo? díme que sí, nene mío.

Du Roy no podía ya oirla decir « nene mío, bebé mío » sin sentir ganas de llamarla « vieja mía ».

— ¡Qué locura tan grande, solía ella decirle, la de dejarme seducir por ti! Pero no la siento. ¡ Es tan hermoso amar!

Todo aquello le parecía á Jorge irritante dicho por aquella boca. Ella murmuraba siempre : « ¡ Oh qué hermoso es amar! » como lo habría expresado en el teatro una artista que hiciese el papel de ingenua.

Otra cosa que exasperaba al periodista era la torpeza demostrada por ella en sus caricias. Al primer beso de aquel hermoso mancebo, que tan violentamente había encendido su sangre, Mme Walter se volvía sensual de un modo tan extraño como inhábil en el abrazo, y tan ardorosa y seriamente se aplicaba á expresar la ternura que sentía que á Du Roy le daban ganas de reir, haciéndole pensar en los viejos que tratan de aprender á leer.

Precisamente cuando ella hubiera debido estrecharle entre sus brazos hasta magullarle, mirándole con esa mirada ardiente, profunda y terrible con que, perdida ya su frescura miran ciertas mujeres, soberbias en las postrimerías de su amor; cuando habría debido morderle con su boca muda y temblorosa y aplastarle sobre sus carnes cálidas y espesas, fatigadas aunque insaciables, Mme Walter se agitaba como una chicuela y, queriendo hacerle gracia, ceceaba frases de amor :

— Cuánto te amo, nenito mío, hazle á tu mujercita un mimito rico.

Du Roy sentía entonces un deseo furioso de jurar, tomar el sombrero y escaparse dando un portazo.

En los primeros tiempos se habían visto con frecuencia en la calle de Constantinopla, pero Du Roy, que temía un encuentro con Mme de Marelle, encontraba ahora mil pretextos para excusarse de asistir á las citas.

En cambio era forzoso que fuese á casa de ella la mayor parte de los días, invitado unas veces á almorzar y otras á comer. La apasionada no perdía ocasión

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hacerle en su misma casa alguna caricia, estrechándole la mano por debajo cuando estaban sentados á la mesa ú ofreciéndole la boca detrás de alguna puerta. Pero á Du Roy le interesaba más jugar con Susana que le distraía con sus picardihuelas de jovencita avisada. En efecto, en aquel cuerpecito de muñeca agitábase un espíritu sutil y malicioso, disimulado é imprevisto que tenía siempre dispuesta la parada como un títere de feria. Se burlaba de todo y de todo el mundo con una oportunidad incisiva y cáustica. Jorge excitaba su charla y la empujaba á la ironía, y ambos se entendían á las mil maravillas.

Á cada momento ella le llamaba :

— Buen Mozo, escuche Vd. venga aquí.

Du Roy dejaba á la mamá inmediatamente y corría hacia la chiquilla que le murmuraba en el oído alguna tunantería que daba motivo á que los dos rieran con toda su alma.

Pero á pesar de esto, Du Roy que estaba harto y fatigado del amor de la madre, llegaba á encontrar insoportable la presencia de ésta y ya no podía verla, ni oirla, ni pensar en ella sin encolerizarse. Cesó, pues, de visitarla, de responder á sus cartas y de acceder á sus llamamientos.

Ella comprendió al fin que Du Roy no la amaba y sufrió horriblemente, pero se apasionó con encarnizamiento, le espió, le siguió y, metida muchas veces en un coche de punto con las cortinillas echadas, le esperó á la puerta de la redacción, á la puerta de su casa y en las calles por donde creía que debía pasar. Más de una vez sintió Du Roy deseo de tratarla mal, de injuriarla, de ofenderla, diciéndola claramente :

— Basta, señora, se me ha hecho Vd. insoportable,

pero pensando en *La Vida Francesa*, se contenía y la guardaba algunos miramientos, proponiéndose á fuerza de frialdad y de durezas de lenguaje envueltas en ciertos respetos, aunque no siempre, hacerla comprender que era preciso que aquello concluyese.

No obstante, ella se obstinaba en idear cada día una astucia para llevarle á la calle de Constantinopla, y él temblaba constantemente pensando en que un día llegasen á encontrarse de sopetón las dos mujeres á la puerta.

La afección de Du Roy por Mme de Marelle había, en cambio, aumentado, durante el verano.

Jorge la llamaba su « muchachito », y decididamente la joven le agradaba; sus dos naturalezas tenían muchos puntos de contacto y, tanto el uno como la otra, pertenecían á la raza aventurera de los vagabundos de la vida, de esos vagabundos elegantes que sin creerlo se asemejan extraordinariamente á los bohemios de las carreteras.

Habían pasado un verano de amores deliciosos, un verano de estudiantes juerguistas, escapándose unas veces á Bougival ó á Poissy, otras á Maisons ó á Argenteuil para almorzar ó comer según se presentaba, y pasando las horas en un bote, entretenidos en coger flores á lo largo de las orillas del río. Clotilde adoraba las fritadas de pececillos del Sena, los cochifritos de conejo, los guisos á la marinera, los emparrados de los merenderos y los gritos de los pescadores. Du Roy gozaba mucho en las giras que con ella hacía á los alrededores, en uno de esos días claros y hermosos, y se divertía con las tonterías alegres que se les ocurrían al atravesar, subidos en la imperial de los trenes, la fea campiña de París cuajada de *quintas* horrorosas de la gente rica.

Y cuando llegaba la hora de regresar á París para comer en casa de Mme Walter, Du Roy odiaba á la vieja y encarnizada amante, en recuerdo de la joven á quien iba á dejar, que había desflorado sus apetitos y destruído sus ardores en las frondosas orillas del Sena.

Así es que cuando recibió en la redacción el telegrama que le citaba para las dos de la tarde en la calle de Constantinopla, se consideraba libre ó poco menos de las exigencias amorosas de Mme Walter, á quien había ya expresado de una manera clara, casi brutal, su resolución de romper, y en el camino, después de salir del periódico, volvió á leer el telegrama :

« Es preciso absolutamente que te vea hoy. Se trata de un asunto grave, muy grave. Espérame á las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tu amiga hasta la muerte. — VIRGINIA. »

— ¡Qué será lo que me quiera todavía esta vieja lechuza? se dijo. Apuesto á que no tiene nada que decirme, como no sea que me adora mucho. Sin embargo, es preciso saberlo. Habla de una cosa muy grave y de un gran servicio... ¡Quién sabe si es verdad! Y Clotilde que irá á las cuatro. Es necesario que despida á la primera lo más tarde á las tres. ¡Voto á!... Bueno será que no se encuentren. ¡Cuidado si son rocines las mujeres!...

Y entonces pensó en que la única que no le atormentaba jamás era la suya. Ella vivía como le parecía sin dejar por eso de amarle, mucho, al parecer, en las horas destinadas al amor, porque eso sí, no admitía Magdalena que se alterara para nada el orden inmutable de las ocupaciones ordinarias de la vida.

Á paso lento se dirigía Du Roy hacia la casa destinada á las citas, y mentalmente se excitaba contra la señora de su director :

— ¡Oh! Lo que es como no tenga nada que decirme, la voy á recibir de lo lindo. El lenguaje de Cambronne va á resultar académico al lado del mío. Lo primero que la digo es que no vuelvo á poner los pies en su casa.

El periodista entró para esperar á Mme Walter, y así que ésta llegó, unos momentos después exclamó regocijada al verle :

— ¿ Has recibido mi despacho? ¡ Qué fortuna!

Du Roy había tomado un semblante áspero :

— Pardiez, me le han dado en el periódico en el momento en que salía para la Cámara de diputados. ¿Qué es lo que me quieres todavía?

Mme Walter habíase levantado el velo para besar á Du Roy y se acercaba, medrosa y sumisa, como una perrita á quien se castiga con frecuencia.

— Pero qué cruel eres para mí... y qué duramente me hablas. ¿Qué te he hecho? No puedes figurarte cómo sufro por ti...

— ¿No vas á comenzar de nuevo, supongo? gruñó Du Roy.

Ella se mantenía de pie, cerca de él, esperando una sonrisa, un simple gesto, para arrojarse en sus brazos.

— Valía más no haberme tomado para tratarme así; mejor era dejarme casta y dichosa como yo era. ¿No te acuerdas ya de lo que me decías en la iglesia y cómo me hiciste entrar por fuerza en esta casa? ¡Qué diferencia del modo como ahora me hablas y del modo como ahora me recibes! ¡Dios mío, Dios mío! ¡cuánto daño me haces!

El periodista dió una fuerte patada en el suelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

— Se acabó, ya estoy harto de oirte eso. No puedo verte un solo minuto sin que salga esa canción. Cualquiera creería que te he tomado á los doce años y que estabas ignorante como un angelito. No, querida mía, pongamos las cosas en su punto, no se trata de corrupción ni de menores. Te has entregado á mí en plena edad de razón. Te lo agradezco, te estoy infinitamente reconocido, pero no me considero obligado de estar pegado á tu falda hasta la muerte. Tú tienes un marido y yo tengo una mujer. Ni el uno ni el otro somos libres. Nos hemos ofrecido un capricho y después ni vistos ni conocidos. Asunto concluído.

— ¡Oh! ¡qué brutal eres y qué grosero y qué infame! No, yo no era una jovencita, pero jamás había amado, jamás había desfallecido en el cumplimiento de mis...

Du Roy la interrumpió :

— Ya me lo has repetido veinte veces, lo sé, pero también habías tenido dos hijas... por lo tanto no te he desflorado...

Mme Walter retrocedió :

— ¡Jorge, Jorge, eso es indigno!...

Y llevándose al pecho las dos manos comenzó á sofocarse con sollozos que le subían á la garganta.

Cuando Du Roy vió las lágrimas tomó su sombrero del extremo de la chimenea :

— ¿Qué? ¿vas á llorar? Buenas tardes, entonces. ¿Es para esta representación para lo que me habías hecho venir?

La señora dió un paso para oponerse á su salida y, sacando vivamente un pañuelo del bolsillo, se enjugó los ojos bruscamente. Al esfuerzo de voluntad que ella hizo, su voz se fortaleció y, aunque temblorosa por

las sacudidas de dolor que experimentaba en aquel momento, Mme Walter contestó :

— He venido... para... para darte una noticia... una noticia política... para procurarte el medio de ganar cincuenta mil francos... y hasta más... si tú quieres.

Du Roy se dulcificó de repente :

— ¿Y eso cómo es? ¿qué es lo que quieres decir?

— Ayer noche he sorprendido por casualidad algunas frases de mi marido y de Laroche. Por lo demás no se ocultaban tampoco mucho de mi presencia. Pero Walter recomendaba al ministro que no te confiara el secreto porque tú descubrirías todo.

Jorge había dejado su sombrero sobre una silla y esperaba con gran atención.

— ¿Entonces, de qué se trata?

— ¡Quieren apoderarse de Marruecos!

— ¡Bah! Precisamente he almorzado con Laroche que me ha dictado casi las intenciones del gabinete.

— No, querido mío; han jugado contigo porque tienen miedo de que se conozca su combinación.

— Siéntate, dijo Jorge, al mismo tiempo que también él se sentaba en una butaca. Ella entonces arrastró por el suelo un pequeño taburete, se colocó encima agazapada entre las piernas del joven y le dijo con voz zalamera :

— Como pienso siempre en ti, ahora presto gran atención á todo cuanto se cuchichea en derredor mío.

Y pausadamente empezó á explicarle de qué manera había adivinado desde hacia algún tiempo que se preparaba algo á espaldas suyas y que se servían de él aunque recelando de su concurso.

— ¿Tú sabes? decía; cuando se ama, una se hace astuta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Finalmente, el día antes había comprendido todo, se trataba de un gran negocio, un negocio enorme preparado en la sombra.

Y dichosa de haber tenido tanta destreza, sonreía ahora y se exaltaba hablando como mujer de hombre de negocios, habituada á presenciar las maquinaciones de las jugadas de bolsa, las evoluciones de los valores, las alzas y las bajas arruinando en dos horas de especulación á millares de pequeños rentistas que habían colocado sus ahorros sobre fondos garantidos por hombres respetados en la política ó en la banca.

— ¡Oh! Es verdaderamente soberbio lo que han hecho. ¡Soberbio! Walter es quien ha dirigido todo y conoce á las mil maravillas los asuntos. Hay que convenir en que es de primer orden.

Du Roy se impacientaba con tantas preparaciones.

— Pero veamos, dilo pronto.

— Pues bien, helo aquí : la expedición de Tánger estaba decidida entre ellos desde el día en que Laroche se hizo cargo de Negocios Extranjeros, y poco á poco han ido comprando de nuevo todo el empréstito de Marruecos que había bajado hasta sesenta y cuatro ó sesenta y cinco francos. Lo han comprado de nuevo muy hábilmente valiéndose de agentes tenidos como sospechosos que no despertaban la menor desconfianza; y hasta á los Rothschild que se extrañaban de ver pedir siempre papel marroquí, los han envuelto. Se ha respondido á su extrañeza eligiendo como intermediarios á gente desacreditada, á hombres calificados de agiotistas. Esto ha tranquilizado á la gran banca. Ahora se manda la expedición y, una vez que estemos allí, el Estado francés garantizará la deuda, con lo cual nuestros amigos habrán ganado cincuenta ó sesenta millones. ¿Has comprendido ya el negocio y el porqué del miedo que se tiene de todo el mundo, miedo á la menor indiscreción?

Mme Walter tenía la cabeza apoyada sobre el chaleco del joven y los brazos sobre sus piernas; le estrechaba, se pegaba contra él, comprendiendo ahora perfectamente que le interesaba con lo que le decía, y dispuesta á todo, á ejecutar todo cuanto él quisiera, por una caricia, por una sonrisa.

— ¿Estás bien segura? preguntó Du Roy.

— ¡Oh! y tan segura, respondió ella con la mayor confianza.

— La verdad es que la cosa está bien hecha. En cuanto á ese puerco de Laroche, ahí tienes uno á quien cogeré por mi cuenta. ¡Ah! ¡miserable! que tenga cuidado... Lo que es su armazón de ministro quedará entre mis uñas.

Después se puso á reflexionar :

— Sin embargo convendría aprovecharse de esto.

— Tú puedes todavía, dijo Mme Walter, comprar empréstito. No está más que á setenta y dos.

— Sí, pero no tengo dinero disponible.

La querida levantó hacia él los ojos llenos de súplica.

— Ya he pensado en ello, gato mío, pero si tú fueses bueno y me amases un poquito, me dejarías que te prestase.

— Lo que es eso no, respondió bruscamente y casi con dureza el periodista.

— Escucha, imploró ella con voz suplicante, escucha; hay una cosa que puedes hacer sin pedir dinero. Yo quería comprar por diez mil francos de empréstito para mí, á fin de crearme un pequeño capital. Pues bien tomaré por veinte mil! Tú llevas en ello la mitad

y demasiado comprendes que no voy á reembolsar esa suma á Walter. No hay nada que pagar por el momento. Si el asunto sale bien habrás ganado setenta mil francos; si no da resultado me deberás diez mil francos que me pagarás luego á tu gusto.

— No, no me gusta esa clase de combinaciones, respondió todavía Duroy.

Ella empleó razonamientos para decidirle, probando que realmente comprometía diez mil francos bajo su palabra, que por consecuencia corría riesgos y que ella no le adelantaba nada, puesto que los desembolsos se hacían por la Banca Walter.

Además le demostró que él era quien en *La Vida Francesa* había hecho toda la campaña política que hacía posible aquel negocio, y que sería cándido de sobra al no aprovecharse de la ocasión.

Duroy vacilaba siempre.

— Pero piensa, repetía la señora, en que quien realmente te adelanta esos diez mil francos es Walter, y en que tú le has prestado servicios que valen mucho más que eso.

— Está bien. Sea como tú quieres, dijo el periodista. Yo llevo la mitad contigo, y si perdemos, te reembolsaré diez mil francos.

Tanto la llenó de júbilo la resolución de Du Roy que se levantó, tomó con las dos manos la cabeza del joven y se puso á besarle con avaricia.

Él no se defendió al principio, pero como quiera que se animaba abrazándole y devorándole á caricias, el periodista pensó en que la otra estaba casi á punto de llegar y que si ahora tenía la debilidad de ceder perdería tiempo y dejaría en brazos de la vieja un ardor que valía más reservar para la joven.

— Vamos, estate quietecita, mujer, dijo rechazándola suavemente.

Mme Walter le miró con ojos desolados:

— ¡Oh! ¡Jorge! ni siquiera puedo besarte...

— No, hoy, no. Tengo un poco de jaqueca y eso me haría mal.

Ella se volvió á sentar entonces, dócilmente, entre sus piernas.

— Di, ¿quieres venir mañana á comer á casa? preguntó Mme Walter.

Du Roy vaciló un instante, pero no se atrevió á rehusar.

— Ciertamente que sí.

— Gracias, querido mío.

Satisfecha y feliz se puso á rozar lentamente su mejilla sobre el pecho del joven con un movimiento zalamero y acompasado, hasta que uno de sus largos cabellos negros se prendió en el chaleco. Mme Walter se advirtió de ello y una idea singularmente loca la cruzó entonces por la imaginación, una de esas ideas supersticiosas que son con frecuencia toda la razón de las mujeres. Con la mayor suavidad enrolló aquel cabello al rededor de un botón, luego ató otro al botón siguiente y concluyó por hacer lo mismo con el de encima. Á cada botón anudaba uno de sus cabellos.

Ahora cuando él tratara de levantarse se los iba á arrancar y la haría daño. ¡Qué felicidad para ella! pero además el querido amante se llevaría sin darse cuenta algo de lo que á ella pertenecía, un mechoncito de sus cabellos que nunca le había pedido. Aquello sería un lazo mediante el cual le tendría ligado, un lazo secreto, invisible, un talismán que dejaba sobre él. Sin quererlo Jorge pensaría en ella, soñaría con ella, la amaría un poco al día siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El periodista la dijo de pronto :

— Va á ser preciso que te deje porque se me espera en la Cámara para el fin de la sesión y no puedo faltar hoy.

— ¡Oh! ¡ya! suspiró Mme Walter, pero resignándose luego añadió:

— Bueno, vete, querido mío, pero mañana irás á comer.

Y bruscamente se desprendió de él, lo cual la arrancó un dolor corto y vivo en la cabeza como si la hubieran picado la piel con agujas. Su corazón palpitaba de gozo, estaba contento de haber sufrido algo por causa de él.

— ¡Adiós! dijo la señora.

Du Roy la tomó en sus brazos sonriendo compasivamente y la besó con frialdad en los ojos.

Enloquecida por aquel contacto, la señora murmuró todavía : ¡ Ya !

Y al mismo tiempo mostraba con mirada suplicante la alcoba cuya puerta estaba en aquel momento abierta.

Du Roy alejó de sí á Mme Walter y dijo con tono de apresuramiento :

— Es preciso que me marche, de otro modo voy á llegar con retraso.

La señora entonces le presentó los labios, que apenas si él rozó con los suyos, y como el periodista notara que ella se dejaba la sombrilla olvidada, se la entregó al mismo tiempo que insistía :

— Vamos, vamos, que son más de las tres.

La dama salió antes que él :

— Mañana á las siete, repetía.

— Mañana á las siete respondió Jorge.

Y una vez en la puerta, ella echó hacia la derecha y él hacia la izquierda.

Du Roy subió hasta el bulevar exterior y luego volvió á bajar muy despacito el bulevar Malesherbes. Al pasar por delante de una pastelería vió castañas confitadas en una gran copa de cristal y, pensando en Clotilde á quien gustaban con locura aquellos frutos azucarados, compró una libra.

Á las cuatro estaba de vuelta en la casa para esperar á su joven querida.

Clotilde llegó aquel día con algún retraso á causa de que su marido había llegado para permanecer ocho días en París :

— ¿Puedes venir á comer mañana? Se alegrará mucho de verte.

— No, comeré en casa del director. Tenemos una porción de combinaciones políticas y financieras que nos ocupan en estos momentos.

Clotilde habíase quitado el sombrero y ahora estaba ocupada en quitarse el corpiño que la estrechaba demasiado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Du Roy le mostró el saco de castañas confitadas sobre la chimenea.

— ¡Qué felicidad! dijo ella batiendo las manos de contento. ¡Qué monino eres!

Y después de probar una castaña, le parecieron deliciosas:

— Se me antoja que voy á dar fin de ellas.

Luego miró á Jorge con una especie de alegría sensual:

— ¿Tú, por lo visto, te has propuesto acariciar todos mis vicios?

Clotilde comía lentamente del saco de castañas confitadas, y sin cesar echaba una mirada al fondo como para ver si aun quedaban algunas.

— Mira, siéntate en la butaca, dijo la joven, y me acurrucaré entre tus piernas para comer los bombones. Estaré muy bien.

Du Roy sonrió, se sentó y la tomó entre sus muslos lo mismo que poco antes tenía á Mme Walter.

Clotilde levantaba hacia él la cabeza para hablarle y con la boca llena le decía:

— ¿No sabes, querido mío? He soñado contigo y los dos hacíamos un gran viaje sobre un camello, que tenía dos jorobas. Cada uno de nosotros iba á caballo sobre una y así llegamos á atravesar el desierto. En un paquete llevábamos emparedados como merienda y vino en una botella, y sobre las jorobas del camello hacíamos nuestras comiditas. Pero todo esto llegaba á fastidiarme porque no podíamos hacer otra cosa. Estábamos muy lejos uno de otro y yo quería bajarme.

— Yo también quiero bajarme, respondió Du Roy, el cual se divertía mucho con aquella historia y excitaba á su amiga á que dijera tonterías, á que charlase y refiriese todas esas niñerías y bobadas llenas de ternura

que se dicen los enamorados. Todas aquellas pillerías que en boca de Mme de Marelle le parecían graciosísimas, en boca de Mme Walter le habrían exasperado.

También Clotilde le llamaba: «Queridito mío, nene mío, gatito mío» y esas frases las encontraba agradables y cariñosas. Dichas por la otra le irritaban y le causaban repugnancia, porque las palabras de amor que son siempre las mismas toman el gusto según los labios de donde salen.

Pero sin dejar de divertirse con todas aquellas locuras de Clotilde, pensaba siempre en los setenta mil francos que iba á ganar, y bruscamente interrumpió la cháchara de su amiga dándole dos golpecitos en la cabeza con la punta de los dedos:

— Escucha, gatita mía, voy á encargarte de una comisión para tu marido. Díle de mi parte que compre mañana diez mil francos de empréstito de Marruecos que está á setenta y dos, y yo le prometo que antes de tres meses habrá ganado de sesenta á ochenta mil francos. Recomiéndale un silencio absoluto. Díle de mi parte que la expedición de Tánger está decidida y que el Estado francés va á garantir la deuda marroquí. Pero que no se te vaya la lengua con nadie más. Es un secreto de Estado lo que te confío.

Clotilde le escuchaba muy seria:

— Te lo agradezco mucho, murmuró. Esta noche misma prevendré á mi marido y puedes contar con él, no dirá una palabra. Es un hombre muy formal y no hay en ello el menor peligro.

Y como ya se había comido todas las castañas, estrujó el saco entre las manos y lo arrojó á la chimenea.

— Ahora vamos á acostarnos, le dijo un momento después. Y sin levantarse comenzó á desabotonar el chaleco de Jorge.

De pronto se detuvo y, tirando con dos dedos de un largo cabello prendido en el ojal, se echó á reir :

— ¡Calla! te has traído un cabello de Magdalena. ¡Eso se llama ser un marido fiel!

Pero poniéndose seria en seguida, examinó detenidamente sobre la mano el imperceptible hilo que se había encontrado y murmuró :

— No es de Magdalena, es un cabello negro.

Du Roy sonrió :

— Probablemente es de la doncella.

Clotilde inspeccionaba el chaleco con una atención de polizonte y recogió un segundo cabello arrollado al rededor de un botón, luego un tercero, y entonces gritó palideciendo y poniéndose temblona :

— ¡Oh! tú has dormido con una mujer que te ha puesto cabellos en todos los botones.

Jorge se extrañaba de aquello y balbuceó :

— No, mujer; tú estás loca.

Al momento cayó en la cuenta, comprendió y, turbándose al principio, negó después riendo, sin disgustarse realmente de que ella le supusiese en buena fortuna con las demás mujeres.

Mme de Marelle seguía siempre buscando y siempre encontraba cabellos que desenrollaba rápidamente y arrojaba en seguida al suelo.

Había adivinado todo con su instinto astuto de mujer y furiosa balbuceaba llena de rabia y presta á llorar :

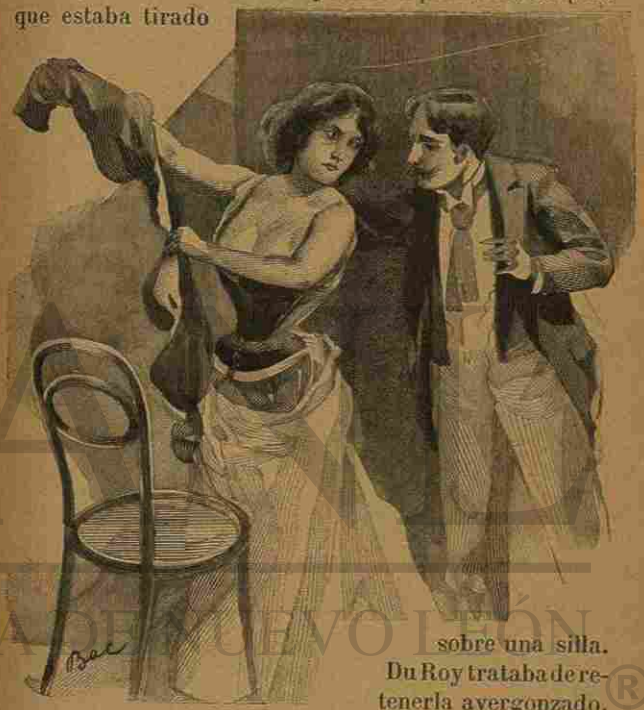
— Esa mujer te ama... y ha querido obligarte á llevar algo de ella... ¡oh! qué falso eres...

Pero entonces lanzó un grito, un grito estridente de alegría nerviosa :

— ¡Oh! es una vieja... aquí tienes una cana... Por lo visto tomas ahora mujeres viejas... ¿Es que te pagan,

dí, es que te pagan? ¡Ah, vamos! te das ahora á las viejas... Entonces no tienes necesidad de mí... Guarda, guarda la otra...

Y rápidamente se levantó y corrió á ponerse el corpiño que estaba tirado



sobre una silla. Du Roy trataba de retenerla avergonzado.

— Pero no... Clo... eres estúpida... no sabes lo que eso es... Escucha... quédate... verás...

— Guarda tu vieja... guárdala, repetía la joven. Encarga que te hagan una sortija con sus cabellos... con sus cabellos blancos... Tendrás todos los que necesites...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con movimientos bruscos y prontos habíase vuelto á vestir, y como Du Roy al verla con el sombrero puesto y el velo echado quisiera retenerla, ella entonces le lanzó con toda su fuerza una bofetada en pleno rostro, abriendo la puerta y escapándose mientras él permanecía aturdido.

Apenas Du Roy se encontró solo sintió una rabia furiosa contra aquel viejo rocín de Mme Walter. ¡La iba á mandar á paseo, pero de qué manera!

Luego se aplicó fomentos de agua clara á la roja mejilla y salió de su casa meditando la venganza. Lo que es esta vez sí que no perdonaba. ¡No faltaba más!

Y bajando hasta el bulevar para hacer tiempo, se detuvo delante de una joyería y contempló un cronómetro del cual tenía antojo desde mucho tiempo y que valía mil ochocientos francos.

De pronto experimentó una sacudida de júbilo y pensó:

« Si gano mis setenta mil francos podré bien satisfacer este capricho. » Y se puso á soñar en todo lo que con esa suma podía hacer.

Primeramente se haría elegir diputado, luego compraría el cronómetro, después jugaría á la Bolsa... y después... después...

No quería entrar todavía en la redacción, prefiriendo hablar con Magdalena antes de ver á Walter y de escribir su artículo; así es que se puso en camino de su casa.

Al llegar á la calle de Drouot se detuvo de pronto: habíase olvidado de preguntar por el conde de Vaudrec que vivía en la calle de la Chaussée-d'Antin. Volvió, pues, sobre sus pasos, con la imaginación siempre soñadora, pensando en mil cosas buenas y agradables, en la fortuna próxima, en el crápula de Laroche y en la vieja tiñosa de su directora. No se

inquietaba gran cosa de la cólera de Clotilde, pues sabía bien que le pasaba pronto.

Ya en la portería de la casa que habitaba el conde de Vaudrec preguntó:

— ¿Cómo va Mr. de Vaudrec? he sabido que estaba enfermo estos últimos días.

— Caballero, el señor conde se encuentra muy mal, respondió el hombre. Se cree que no pase la noche, la gota le ha subido al corazón.

Du Roy se impresionó de tal manera con la noticia que no sabía qué hacer. ¡Vaudrec moribundo! Un sinnúmero de ideas confusas, perturbadoras, que él mismo no se atrevía siquiera á declararse, le cruzaron por la mente.

— Muchas gracias... balbuceó; ya volveré.

Y salió sin comprender ni lo que había dicho.

Inmediatamente saltó á un coche de alquiler y se hizo conducir á su casa.

Su mujer había entrado ya. El periodista entró sofocado en la habitación de ella.

— ¿No sabes? la dijo inmediatamente, ¡Vaudrec está muriéndose!

Magdalena estaba sentada y leía una carta. Al oir á su marido levantó la vista y tres veces seguidas repitió:

— ¿Qué dices?... ¿qué dices?... ¿qué dices?

— Pues que Vaudrec está moribundo á causa de un ataque de gota que le ha subido al corazón.

Y á continuación agregó:

— ¿Qué piensas hacer?

Magdalena que se había levantado lívida y con temblor nervioso en las mejillas, se echó á llorar horriblemente, ocultando el rostro entre las manos. Desgarrada de dolor y sacudida por los sollozos permaneció de pie

unos instantes, pero de repente dominó su dolor y exclamó enjugándose los ojos :

— Voy á verle... voy... no te ocupes de mí... no sé á qué hora vendré... no me esperes...

— Está bien, respondió el marido. Vete.

Los dos esposos se estrecharon la mano, y Magdalena salió tan de prisa que se olvidó de tomar los guantes.

Jorge comió solo y, después de comer, se puso á escribir su artículo. El trabajo resultó exactamente ajustado á las intenciones del ministro, dejando entender á los lectores que la expedición de Marruecos no se llevaría á cabo. Lo llevó en seguida á la redacción y, después de hablar algunos instantes con el director, salió del periódico fumando y con el corazón libre y satisfecho por más que no acertase á comprender la causa.

Su mujer no había vuelto todavía, y Du Roy se acostó quedándose muy luego dormido.

Hacia media noche volvió Magdalena. Jorge, que se había despertado bruscamente, la recibió sentado en la cama.

— ¿Qué hay? la preguntó.

Jamás había visto á su mujer tan pálida ni tan emocionada.

— Ha muerto, murmuró ella.

— ¡Ah! ¿Y... no te ha dicho nada?

— Nada. Había ya perdido el conocimiento cuando yo llegué.

Jorge quedó pensativo. Se le ocurrían algunas preguntas que pugnaban por salir de los labios, pero no se atrevía á formularlas.

— Acuéstate, dijo á su mujer.

Magdalena se desnudó rápidamente, se metió en la cama y se deslizó junto á su marido.

— ¿Tenía parientes á la cabecera? preguntó el periodista.

— Un sobrino nada más.

— ¡Ah! ¿Y veía con frecuencia á ese sobrino?

— Jamás. Hacía diez años que no se habían visto.

— ¿Pero tenía otros parientes?

— No... creo que no.

— Entonces... ese sobrino es quien debe heredarle.

— No lo sé.

— ¿Era rico Vaudrec?

— Sí, muy rico.

— ¿Como cuánto tendría poco más ó menos? ¿lo sabes?

— No, exactamente no. Tal vez uno ó dos millones.

Du Roy no dijo más y apagó la bujía. Ambos permanecieron silenciosos, el uno junto al otro, despiertos y meditando.

Jorge no sentía ya ganas de dormir. Ahora le parecían una suma insignificante los setenta mil francos prometidos por Mme Walter. De pronto le pareció que Magdalena lloraba y para asegurarse la preguntó :

— ¿Duermes?

— No, respondió ella con la voz como húmeda y temblona.

— Me he olvidado de decirte antes que tu ministro nos ha hecho una mala partida.

— ¿Cómo?

Y Du Roy la refirió entonces con detalles la combinación preparada entre Laroche y Walter.

Así que Jorge concluyó, le preguntó su mujer :

— ¿Y cómo sabes eso?

— Me permitirás, respondió el periodista, que no te lo diga. Tu tienes procedimientos de información en los que yo no penetro. Por mi parte, tengo también los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

míos sobre los que quiero guardar secreto, pero de lo que sí te respondo es de la exactitud de mis informes.

Ella murmuró :

— Es muy posible... Ya me temía yo que hicieran alguna cosa sin nosotros.

Pero Jorge seguía despierto sin que el sueño le solicitase y, acercándose á su mujer, la besó suavemente en la oreja. Magdalena le rechazó con vivacidad.

— Déjame tranquila, te lo ruego. No estoy de humor ahora de hacer niñerías.

El periodista se volvió hacia la pared resignado, y cerrando los ojos, concluyó por quedarse dormido.

VI

Cuantos pasaban por delante de la iglesia, literalmente colgada de negro, y veían el gran escudo de armas rematado por una corona nobiliaria que se ostentaba sobre el frontispicio, sabían que se enterraba á un hidalgo.

La ceremonia acababa de celebrarse y los asistentes desfilaban despacio, antes de retirarse, por delante del ataúd del conde de Vaudrec y por delante del sobrino,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

míos sobre los que quiero guardar secreto, pero de lo que sí te respondo es de la exactitud de mis informes.

Ella murmuró :

— Es muy posible... Ya me temía yo que hicieran alguna cosa sin nosotros.

Pero Jorge seguía despierto sin que el sueño le solicitase y, acercándose á su mujer, la besó suavemente en la oreja. Magdalena le rechazó con vivacidad.

— Déjame tranquila, te lo ruego. No estoy de humor ahora de hacer niñerías.

El periodista se volvió hacia la pared resignado, y cerrando los ojos, concluyó por quedarse dormido.

VI

Cuantos pasaban por delante de la iglesia, literalmente colgada de negro, y veían el gran escudo de armas rematado por una corona nobiliaria que se ostentaba sobre el frontispicio, sabían que se enterraba á un hidalgo.

La ceremonia acababa de celebrarse y los asistentes desfilaban despacio, antes de retirarse, por delante del ataúd del conde de Vaudrec y por delante del sobrino,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que estrechaba las manos de todos y devolvía los saludos.

Así que Jorge Du Roy y su mujer hubieron salido, se dirigieron á su casa marchando uno al lado del otro silenciosos y preocupados.

Al fin fué Jorge quien como si hablara consigo mismo exclamó:

— ¡Realmente es una cosa bien extraña!

— ¿Cuál, amigo mío?

— ¡Que Vaudrec no nos haya dejado nada!

Magdalena se puso bruscamente encarnada como si un velo de rosa cubriese su blanco cutis desde la garganta á la frente:

— ¿Por qué había de dejarnos nada? No existía razón alguna para ello.

Pasados algunos instantes de silencio repuso:

— Tal vez existe el testamento en casa de algún notario. Eso no lo sabremos todavía.

— Sí, es probable, dijo Jorge, después de reflexionar un instante, porque, enfin, era nuestro mejor amigo lo mismo tuyo que mío. Comía en casa dos veces por semana, entraba cuando quería y estaba verdaderamente en su casa al estar en la nuestra. Te quería como un padre, no tenía familia, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas, solamente un sobrino y un sobrino lejano. Sí, debe existir un testamento. No espero que sea mucho lo que nos haya dejado, pero desde luego ha debido dejarnos un recuerdo para probar que ha pensado en nosotros, que nos amaba, que reconocía la afección que por él teníamos. Nos debía seguramente una prueba de su amistad.

Magdalena respondió con aire pensativo é indiferente:

— En efecto, es posible que haya un testamento.

En el momento en que entraban en su casa, el doméstico presentó á Magdalena una carta. Mme Du Roy la abrió y se la entregó á su marido.

La carta decía así:

LAMANEUR,
Notario,
17, rue des Vosgés.

« Muy señora mía:

« Me permito rogar á Vd. tenga á bien pasar á mi notaría, de dos á cuatro, el martes, miércoles ó jueves, para un asunto que le concierne.

« De Vd. att^o^. etc.

« LAMANEUR. »

Jorge habíase á su vez ruborizado:

— Debe ser para eso. Es original que sea á ti á quien llama y no á mí que legalmente soy el jefe de familia.

Magdalena no respondió en el primer momento, pero después de una corta reflexión preguntó á su marido:

— ¿Quieres que vayamos hoy mismo?

— Sí que quiero.

Así que concluyeron de almorzar se pusieron en camino.

En seguida que entraron en el bufete de Mr. Lamaneur, el primer pasante se levantó con marcada solicitud y lo introdujo en el despacho de su principal.

El notario era un hombre pequeñito y grueso hasta resultar redondo completamente. Su cabeza parecía una bola clavada sobre otra bola sostenida por dos piernas tan pequeñas y tan cortas que casi parecían bolas también.

Al verlos entrar saludó, y, volviéndose hacia Magdalena, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Señora, he llamado á Vd. á fin de darle conocimiento de la última voluntad del conde de Vaudrec que le concierne á Vd.

Jorge no pudo contenerse y murmuró :

— Yo lo preveía.

El notario agregó :

— Voy á comunicar á Vd. dicho documento, que es por cierto bien corto.

Y de un legajo que tenía delante, sacó un papel y leyó :

« Yo el infrascrito Pablo Emilio Cipriano Gontrán, conde de Vaudrec, en mi cabal salud y uso de razón, expreso mi postrera voluntad como sigue :

«La muerte puede arrebatarnos en un momento cualquiera, y en previsión de que ese momento llegue, quiero tomar la precaución de escribir mi testamento que será depositado en el bufete de Mr. Lamaneur.

« Careciendo de herederos directos, lego toda mi

fortuna, compuesta de valores de bolsa por seiscientos mil francos y de bienes raíces por quinientos mil francos próximamente, á Mme Clara Magdalena Du Roy, sin ninguna carga ó condición, rogándola acepte esta donación de un amigo muerto, como prueba de una afección sincera, profunda y respetuosa. »

El notario agregó :

— Es todo lo que dice este documento y está fechado en el mes de agosto último, para reemplazar á otro documento de igual naturaleza hecho hace dos años en favor de Mme Clara Magdalena Forestier. Tengo dicho primer testamento que pudiera probar en caso de oposición de parte de la familia que la voluntad del Sr. conde de Vaudrec no ha variado en lo más mínimo.

Magdalena estaba extremamente pálida y tenía la mirada fija en sus pies. Jorge se retorcía nerviosamente con los dedos una guía del bigote. Después de un instante de silencio agregó el notario :

— No hay necesidad de decir, caballero, que la señora no puede aceptar este legado sin el consentimiento de Vd.

Du Roy se levantó, y en tono seco respondió :

— Solicito tiempo para reflexionar.

El notario, que sonreía en aquel momento, se inclinó y dijo con tono amable :

— Comprendo, caballero, los escrúpulos que le hacen vacilar, y debo añadir que el sobrino de Mr. de Vaudrec, que esta misma mañana ha tenido conocimiento de la última voluntad de su tío, se declara pronto á respetarla si se le abandona una suma de cien mil francos. Á mi juicio el testamento es inatacable, pero un proceso haría ruido que tal vez les conviene á Vds. evitar. El mundo forma con frecuencia juicios malévolos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

todo caso ¿pueden Vds. darme conocimiento de su resolución acerca de todos los extremos antes del sábado?

Jorge se inclinó:

— Sí, señor.

Después saludó ceremoniosamente, dejó pasar á su mujer, que habíase quedado completamente muda, y salió con aire tan tieso que el notario dejó de sonreir.

Así que entraron en la casa, Du Roy cerró bruscamente la puerta y, arrojando su sombrero sobre la cama, exclamó dirigiéndose á su mujer:

— Tú has sido la querida de Vaudrec.

Magdalena, que se levantaba el velo en aquel instante, se volvió bruscamente.

— ¡Cómo! ¿yo?

— Sí, tú. No se deja toda la fortuna á una mujer sin que...

La mujer de Du Roy se había puesto temblona y no acertaba á quitarse los alfileres que retenían el transparente tejido.

Pasado un momento de reflexión, balbuceó con voz agitada:

— Vamos... vamos... tú estás loco... te has vuelto loco... te has vuelto... ¿Pero es que tú mismo... hace un momento... no esperabas... que te dejaría alguna cosa?

Jorge permanecía de pie cerca de ella siguiendo todas sus emociones lo mismo que un magistrado que trata de sorprender el menor desfallecimiento de un detenido, y recalcando las palabras insistió:

— Sí... y lo repito. Podía dejarme alguna cosa á mí... á mí... tu marido... á mí, su amigo... ¿entiendes?

pero no á ti... á ti... su amiga... á ti, mi mujer. La distinción es capital, esencial, desde el punto de vista de las conveniencias y de la opinión pública.

Magdalena le miraba á su vez fijamente en la transparencia de sus ojos, de una manera profunda y singular, como para leer en ellos algo, como para descubrir lo desconocido del ser que jamás se penetra y que apenas si se puede ver en rápidos segundos, en esos momentos de confianza, ó de abandono, ó de inatención que son como puertas entreabiertas de las misteriosas interioridades del espíritu.

Y luego articuló lentamente:

— Se me figura sin embargo que se hubiese encontrado cuando menos tan extraño un legado de esta importancia... hecho por él... á ti...

— ¿Por qué? preguntó Jorge bruscamente.

— Porque...

Magdalena vaciló un instante.

— Porque... tú eres mi marido... por que tú no le conocías en suma sino desde muy poco... porque yo soy su amiga desde muchísimo tiempo... y porque su primer testamento, hecho en vida de Forestier, era ya en favor mío.

Jorge se había puesto á pasear á grandes pasos por la habitación.

— Tú no puedes aceptar eso, declaró Du Roy.

Y ella respondió con indiferencia:

— Perfectamente, no merece la pena de esperar hasta el sábado. Podemos prevenir en seguida á Mr. Lamaneur.

Jorge se detuvo enfrente de ella, y ambos permanecieron de nuevo algunos instantes mirándose fijamente, esforzándose por llegar hasta el secreto impenetrable

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus corazones, tratando de sondearse mutuamente hasta lo vivo del pensamiento. En una especie de interrogación ardiente y muda procuraban verse la conciencia al desnudo, sosteniendo esa lucha íntima de dos seres que viven uno al lado de otro y se ignoran siempre, se sospechan, se olfatean y se acechan, pero sin llegar nunca á penetrar en el fondo fangoso de sus almas.

Du Roy se inclinó bruscamente hacia ella y, en voz baja, la dijo en la cara misma :

— Vamos, confiesa que eras la querida de Vaudrec.

Magdalena se encogió de hombros.

— Eres estúpido... Vaudrec tenía una gran afección por mí, mucha... mucha... pero nada más... Nunca.

Jorge dió con el pie un golpe en el suelo :

— Mientes. Eso no es posible.

— Pues sin embargo es así, respondió ella tranquilamente.

El periodista se puso de nuevo á pasear y, deteniéndose todavía otra vez, insistió :

— Explícame entonces porqué te deja toda su fortuna.

Ella lo explicó entonces con un aire de negligencia y de desinterés.

— Pues muy sencillo. Como tú decías hace poco, no tenía otros amigos que nosotros, ó que yo mejor dicho, pues me conoció de niña. Mi madre era dama de compañía en casa de sus padres. Él venía á casa constantemente y, como no tenía herederos naturales, pensó en mí. Que haya tenido un poco de amor por mí es bien posible ¿ pero quién es la mujer que no haya sido alguna

vez amada de esa manera? Que esa ternura oculta, secreta, haya puesto mi nombre bajo su pluma cuando pensó en sus últimas disposiciones ¿por qué no? Me traía flores todos los lunes. Tú no te extrañabas en modo alguno, y sin embargo no era para ti para quien las traía. ¿ No es cierto? Hoy me da su fortuna por la misma razón y porque no tenía persona á quien ofrecérsela. Lo extraordinario y lo sorprendente sería, por el contrario, que te la hubiera dejado á ti. ¿ Á título de qué? ¿Eras tú algo para él?

Magdalena hablaba con tal naturalidad y tan tranquilamente que Du Roy vacilaba.

— Es igual, dijo sin embargo ; nosotros no podemos aceptar esa herencia en semejantes condiciones. Sería de un efecto deplorable. Todo el mundo creería que había algo, todo el mundo murmuraría y se reiría de mí. Los mismos periodistas están ya demasiado predispuestos á atacarme por envidia. Más que nadie debo preocuparme de mi honor y de mi reputación. Me es imposible admitir y consentir que mi mujer acepte un legado de tal naturaleza de un hombre á quien el rumor público ha designado ya como su amante. Forestier hubiera tal vez tolerado esto, pero yo no.

Magdalena murmuró con dulzura :

— Pues bien, amigo mío, no lo aceptemos. Será un millón de menos que tengamos en nuestro bolsillo. Eso es todo.

Du Roy continuaba paseando y se echó á pensar alto hablando para su mujer pero sin dirigirse á ella.

— En efecto, sí... es un millón... pero ¿ qué importa?... Vaudrec no ha comprendido al testar qué falta de tacto y qué olvido de las conveniencias cometía. No ha visto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en qué posición falsa, y ridícula me colocaba á mí... Todo en la vida es cuestión de formas... Con que me hubiese dejado la mitad quedaba todo arreglado.

Luego tomó asiento, cruzó una pierna sobre otra y se puso á retorcerse las guías del bigote como hacía en los momentos de fastidio, de inquietud ó de reflexión difícil.

Magdalena tomó una tapicería en que solía ocuparse de cuando en cuando, y mientras ahora elegía sus lanas, dijo :

— Por mi parte no tengo nada que decir. Á ti es á quien toca reflexionar.

Jorge permaneció bastante tiempo sin responder hasta que al fin habló como si vacilara.

— El mundo no comprenderá nunca ni que Vaudrec haya hecho de ti su única heredera ni tampoco el que yo pueda admitirlo. Recibir esa fortuna de esta manera sería tanto como confesar... confesar de tu parte unas relaciones culpables y de la mía una complacencia infame... ¿Comprendes cómo se interpretaría nuestra aceptación? Sería necesario hallar una fórmula, un medio hábil de paliar la cosa. Sería preciso dejar entender, por ejemplo, que ha distribuído entre nosotros dos esa fortuna dando la mitad al marido y la otra mitad á la mujer.

— Yo no veo, objetó ella, cómo eso podría hacerse toda vez que el testamento es formal.

— ¡Oh! respondió él, la cosa es muy sencilla. Tú podrías dejarme como donación *inter vivos* la mitad de la herencia, y como no tenemos hijos, la cosa resulta factible. De esta manera se cerraría la boca á la malignidad del público.

Magdalena replicó algún tanto impaciente :

— Pero yo sigo sin ver cómo se cerraría la boca á la malignidad pública cuando el acta subsiste siempre firmada por Vaudrec.

Du Roy repuso encolerizado :

— ¿Acaso tenemos necesidad de mostrarla y fijarla en las esquinas? En fin de cuenta resultas estúpida. Diremos que el conde de Vaudrec nos ha dejado por mitad su fortuna... Eso es todo... Ahora bien, no puedes aceptar ese legado sin autorización mía. Te la doy á condición de una partija que me sustraiga á las risas de la gente.

Magdalena le miró todavía con una mirada penetrante.

— Está bien, como tú quieras. Estoy dispuesta, respondió.

Entonces se levantó y de nuevo se puso á pasear como si aún vacilase, pero evitando la mirada siempre penetrante de su mujer.

— No... decía Du Roy, decididamente no... tal vez vale más renunciar desde luego... es más digno... más correcto... más honrado... Sin embargo, de esta manera no habría lugar á suposiciones de ningún género. Las gentes más escrupulosas no tendrían otro remedio que inclinarse.

Al pasar delante de Magdalena se detuvo :

— Pues bien, querida mía, si tú quieres volveré yo solo á casa del notario para consultarle y explicarle la cosa. Le expondré mis escrúpulos y añadiré que nos hemos convenido en la fórmula de una partición de la fortuna, por respeto á las conveniencias, á fin de que no se pueda cuchichear. Desde el momento en que acepto la mitad de la herencia, es evidente que nadie

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiene el derecho de sonreir. Es tanto como proclamar altamente: « Mi mujer acepta porque yo, su marido, que soy juez de todo cuanto ella puede hacer sin comprometerse, acepto también. » De otra manera esto habría causado escándalo.

Murmuró simplemente Magdalena:

— Como tú quieras.

Jorge comenzó á hablar de nuevo con abundancia.

— Sí, no cabe duda; este arreglo de separación de la herencia por mitad es claro como el día. Ambos heredamos de un amigo que no ha querido establecer diferencia entre nosotros, que no ha querido hacer distinción, que no ha querido significar « Yo prefiero á éste ó al otro después de mi muerte como le he preferido en vida. » Bien entendido que él quería más á la mujer, pero al dejar su fortuna tanto al uno como al otro ha querido expresar claramente que su preferencia era meramente platónica. Y estoy seguro que si él lo hubiera reflexionado, es lo que habría hecho. No ha pensado en ello y no ha previsto las consecuencias. Como lo decías perfectamente hace unos momentos, á ti es á quien ofrecía flores todas las semanas y á ti ha querido dejar su último recuerdo sin darse cuenta...

Su mujer le interrumpió con un acento de irritación:

— Estamos de acuerdo. He comprendido y no tienes necesidad de tantas explicaciones. Vete en seguida á casa del notario.

Du Roy balbuceó ruborizándose:

— Tienes razón, voy allá.

Después que tomó el sombrero y ya en el momento de partir, le dijo:

— ¿No te parece que trate de arreglar la dificultad del sobrino con cincuenta mil francos?

Magdalena respondió con altivez:

— No, dale los cien mil que pide y tómalos de mi parte si quieres.

Pero Du Roy murmuró avergonzándose de repente:

— No, eso no; partiremos. Dejándole cincuenta mil francos cada uno todavía nos queda un millón neto.

Y ya saliendo agregó:

— Hasta luego, mi pequeña Lena.

El periodista dirigióse á casa del notario á quien explicó la combinación diciéndole que era su mujer quien la había imaginado, y al día siguiente firmaron una donación *inter vivos* de quinientos mil francos que Magdalena Du Roy abandonaba á su marido. Así que salieron del estudio de Mr. Lamaneur, Jorge propuso á su mujer un paseo hasta los bulevares para aprovechar el día, que no estaba malo.

Se mostró amabilísimo con ella extremando toda clase de atenciones y guardándole los mayores miramientos. Diríase que la felicidad le sonreía, pues en todo encontraba motivo de placer, en tanto que ella, por el contrario, permanecía pensativa y severa.

Era un día de otoño bastante frío y la gente caminaba de prisa.

Du Roy condujo á su mujer delante de la tienda en donde con tanta frecuencia había contemplado el deseado cronómetro.

— ¿Quieres que te ofrezca una joya? la dijo.

Respondió con indiferencia Magdalena:

— Haz lo que te plazca.

La preguntó así que entraron:

— ¿Qué prefieres? ¿un collar, una pulsera ó pendientes?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La vista de los objetos de oro y de las piedras finas dominaba en ella la frialdad que se había propuesto observar, y recorrió con mirada encendida y curiosa los escaparates llenos de ricas joyas.

De pronto experimentó la emoción de un vivo deseo:

— He ahí una pulsera bien bonita.

Era una cadena de forma original y elegante en la que cada anillo tenía montada una piedra diferente.

— ¿Cuánto vale esta pulsera? preguntó Jorge.

— Tres mil francos, caballero, respondió el comerciante.

— Si Vd. me la deja en dos mil quinientos, es un asunto arreglado.

El hombre vaciló y respondió luego:

— No, señor, es imposible.

Du Roy volvió:

— Veamos, le tomo á Vd. también este cronómetro en mil quinientos francos, que con los dos mil quinientos de la pulsera hacen cuatro mil justos pagados al contado. ¿Conviene? Si Vd. no acepta voy á otra parte.

El joyero se manifestó perplejo, pero concluyó por aceptar.

— Está bien, caballero, asunto concluído.

Y después de dar su dirección el periodista agregó:

— Haga Vd. grabar en el cronómetro mis iniciales J. R. C. en letras enlazadas por bajo de una corona de barón.

Magdalena sonrió sorprendida, y apenas hubieron salido tomó el brazo de Jorge con cierta ternura. Le encontraba verdaderamente diestro y fuerte. Ahora que tenía rentas le hacía falta un título; nada más justo.

El comerciante les saludó:

— Puede Vd. contar conmigo, señor barón, para el jueves estará listo.

Pasaron por delante del Vaudeville en donde se representaba una obra nueva.

— Si quieres, dijo él, esta noche iremos al teatro; cuidemos de tener un palco.

En efecto hallaron todavía uno y le tomaron.

— ¿Si comiéramos de restaurant hoy? agregó Jorge.

— Sí, sí que quiero.

Se encontraba feliz como un soberano y pensaba en todo aquello que pudieran hacer todavía.

— ¿Si fuéramos á buscar á Mme de Marelle para que pasaran la *soirée* con nosotros? Me han dicho que está aquí su marido y me agradaría mucho darle un apretón de manos.

Se dirigieron, pues, á casa de Clotilde. Jorge recelaba algo de un primer encuentro con su querida y no le disgustaba el que su mujer estuviese presente para evitar toda explicación.

Pero Clotilde pareció no acordarse de nada y hasta obligó á su marido á aceptar la invitación.

La comida fué alegre y la *soirée* encantadora.

Jorge y Magdalena entraron tarde.

Como el gas estaba ya apagado, el periodista encendía de tiempo en tiempo una cerilla para alumbrarse por la escalera.

Cuando llegaron á la meseta del primer piso, la llama repentina de la cerilla, al estallar por el frotamiento, hizo surgir en el espejo los semblantes de ambos, iluminados en medio de las tinieblas de la escalera como dos fantasmas prestos á desvanecerse en las sombras de la noche.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Du Roy levantó la mano para alumbrar bien su imagen y la de Magdalena.

— He aquí dos millonarios que pasan, dijo con aire de triunfo.

VII

La conquista de Marruecos era un hecho desde hacía dos meses.

Francia, dueña ahora de Tánger, poseía toda la costa africana del Mediterráneo hasta la regencia de Trípoli y había garantizado la deuda del nuevo país anexo.

Decíase que dos ministros habían ganado una veintena de millones en el negocio y hasta se citaba en voz alta el nombre de Laroche Mathieu.

En cuanto á Walter nadie ignoraba en París que había hecho jugada doble y aumentado su caja por treinta ó cuarenta millones que el empréstito le había producido, con más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Du Roy levantó la mano para alumbrar bien su imagen y la de Magdalena.

— He aquí dos millonarios que pasan, dijo con aire de triunfo.

VII

La conquista de Marruecos era un hecho desde hacía dos meses.

Francia, dueña ahora de Tánger, poseía toda la costa africana del Mediterráneo hasta la regencia de Trípoli y había garantizado la deuda del nuevo país anexo.

Decíase que dos ministros habían ganado una veintena de millones en el negocio y hasta se citaba en voz alta el nombre de Laroche Mathieu.

En cuanto á Walter nadie ignoraba en París que había hecho jugada doble y aumentado su caja por treinta ó cuarenta millones que el empréstito le había producido, con más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros, ocho ó diez procedentes del negocio de minas de cobre y de hierro y de la venta de terrenos inmensos comprados por nada antes de la conquista y revendidos á compañías de colonización al día siguiente de la ocupación francesa.

En pocos días se había convertido en uno de los dueños del mundo, uno de esos rentistas omnipotentes, más poderosos que los reyes, ante los que todas las cabezas se inclinan y tartamudean todos los labios dando salida á cuanto de bajeza, de cobardía y de envidia hay en el fondo del corazón humano.

Ya no era el judío Walter, jefe de un bando de moralidad dudosa, director de un periódico sospechoso, diputado tenido por chanchullero. Era simplemente el señor Walter, rico israelita. Y, en efecto, quiso demostrar que lo era. Sabiendo que el príncipe de Carlsbourg, que poseía uno de los más hermosos hoteles de la calle del Arrabal de San Honorio, se encontraba en apuros de dinero, le propuso comprar dicho inmueble, cuyo jardín daba á los Campos Elíseos, y comprárselo en veinticuatro horas con todo su mobiliario, y sin que hubiese que cambiar de sitio una sola butaca. Walter ofrecía tres millones y el príncipe aceptó tentado por la suma.

Al día siguiente se instalaba Walter en su nuevo domicilio.

Entonces se le ocurrió otra idea, una verdadera idea de conquistador que quiere apoderarse de París, una idea á lo Bonaparte.

Toda la ciudad acudía en aquel momento á contemplar un gran cuadro del pintor húngaro Karl Marcowitch, que estaba expuesto en casa del perito Jacobo Lenoble y representaba al Cristo caminando sobre las olas.

Los críticos de arte declaraban entusiasmados que aquel lienzo era la obra maestra del siglo.

Walter le adquirió por quinientos mil francos y de la noche á la mañana cortó la corriente de curiosidad establecida entre el público, obligando á París entero á que hablase de él para envidiarle, vituperarle ó aprobarle.

Después hizo decir en los periódicos que Mr. Walter invitaría á todas las personas conocidas en la buena sociedad parisiense para que una noche contemplaran en su casa la obra magistral del pintor húngaro, á fin de que no se pudiese decir que había secuestrado una obra de arte.

Su casa estaría abierta y todo el que quisiera podría ir, bastándole presentar la esquela de invitación que estaba redactada en estos términos: « Mr. y Mme Walter ruegan á Vd. les haga el honor de acudir á su casa, el día 30 de diciembre de 9 á 12 de la noche, para ver el lienzo de Karl Marcowitch titulado: « Jesús caminando sobre las olas ». El cuadro estará iluminado con luz eléctrica. »

La esquela tenía además una posdata, escrita con letra pequeñita, que decía: « Se bailará después de media noche. »

Por lo tanto todos aquellos que quisieran quedarse se quedarían y entre ellos reclutarían los Walter sus amistades para lo sucesivo.

Los demás contemplarían con curiosidad mundana é insolente, á los propietarios, al hotel y al cuadro, y entre ellos algunos mirarían todo con indiferencia, yéndose unos y otros lo mismo que entraron. Pero el viejo Walter sabía bien que volverían del mismo modo que habían vuelto á casa de sus hermanos los israelitas, que se habían enriquecido como él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo primero que le interesaba, era que entrasen en su casa todos los títulos tronados que citan á diario los periódicos, y esos entrarían para ver la cara de un hombre que había ganado cincuenta millones de francos en seis semanas, para ver y contar á los demás que fueran, y todavía entrarían en su casa porque había tenido el buen gusto y la habilidad de invitarlos á admirar un cuadro cristiano en casa de un judío.

Parecía como si quisiera decirles :

« Ya lo veis, he pagado quinientos mil francos por la obra maestra de Marcowitch *Jesús caminando sobre las olas*. Y esa obra maestra estará siempre en mi casa, á mi vista, en casa del judío Walter. »

En el mundo elegante de las duquesas y del Jockey Club se había discutido mucho aquella invitación, que no comprometía, realmente, á nada. Se podría ir allí lo mismo que se va á casa de Mr. Petit para ver las acuarelas. Los Walter poseían una obra maestra y abrían sus puertas una noche para que todo el mundo pudiese admirarla. ¿Había nada mejor?

Desde hacía quince días *La Vida Francesa* venía publicando cada mañana un eco acerca de la *soirée* que debía de celebrarse el 30 de diciembre y se esforzaba por despertar la curiosidad pública.

Du Roy estaba rabioso del triunfo de Walter. Se había considerado rico con los quinientos mil francos arrancados á su mujer y ahora se consideraba pobre al comparar su mezquina fortuna con la lluvia de millones caída en derredor suyo, sin que él se hubiese dado maña para recoger nada.

Su cólera envidiosa aumentaba de día en día. Odiaba á todo el mundo, á los Walter, á cuya casa no había vuelto más, á su mujer que engañada por Laroche le

había disuadido de tomar papel marroquí, y odiaba sobre todo al ministro, que le había burlado, se había servido de él y comía á su mesa dos veces por semana. Jorge le servía de secretario, de agente, de porta-plumas, y muchas veces al escribir lo que el ministro le dictaba sintió deseos de extrangular á aquel fantasmón triunfante. Como ministro, Laroche obtenía éxitos modestos, y á fin de conservar su cartera, cuidaba de no dejar adivinar que estaba hinchado de oro.

Pero Du Roy sentía ese oro en la frase ahora más altiva del advenedizo abogado, en sus actitudes más insolentes, en sus afirmaciones más atrevidas, en la absoluta confianza que tenía en sí mismo.

Laroche reinaba en la casa Du Roy; había tomado la plaza y las maneras del conde de Vaudrec y hablaba á los criados como lo haría un segundo amo.

Jorge se lo toleraba pero estremeciéndose de coraje como un perro que quiere morder y no se atreve; en cambio era duro y brutal con Magdalena que se encogía de hombros y le trataba como á un niño mal criado, extrañándose de aquel mal humor constante :

— No te comprendo, le decía muchas veces; estás siempre como si hubiera que tenerte lástima y sin embargo tienes una posición soberbia.

Du Roy volvía la espalda y no respondía nada.

Había declarado resueltamente que no iría á la fiesta de los Walter y que no pondría más los pies en la casa de aquel puerco judío.

Mme Walter hacía dos meses que le escribía diariamente suplicándole que fuese á verla, que le diese una cita donde él quisiera á fin de hacerle entrega, decía ella, de los setenta mil francos que había ganado para él.

Jorge arrojaba al fuego aquellas cartas desesperadas,

y no respondía á ninguna, no porque hubiese renunciado á recibir su parte de beneficio sino porque quería exasperarla, volverla loca, tratarla con desprecio y hollarla bajo sus pies. ¡ Era demasiado rica! Razón bastante para que él quisiera mostrarse orgulloso.

El día mismo de la exposición del cuadro, como Magdalena le manifestase que cometía una gran falta no yendo, respondió :

— Déjame en paz. Yo me quedo en mi casa.

Pero luego, después de comer dijo de pronto :

— Sin embargo, vale más pasar por esta humillación. Prepárate pronto y vamos.

Magdalena, que lo había previsto, contestó :

— En un cuarto de hora estoy lista.

Du Roy se vistió refunfuñando y hasta en el mismo coche continuó expectorando su bilis.

El patio de honor del Hotel de Carlsbourg estaba iluminado en los cuatro ángulos, por cuatro globos eléctricos que parecían pequeñas lunas azuladas. Las gradas de la alta escalinata estaban cubiertas por una alfombra magnífica y en cada una de ellas había un hombre vestido de librea y tieso como una estatua. Al ver aquello, Du Roy murmuró en son de burla, mientras que con el corazón roído por la envidia subía los tramos de la escalinata :

— He aquí una cosa para dejar á cualquiera turulate

— Cállate y haz tú otro tanto, le respondió su mujer.

Los dos esposos entraron y entregaron sus pesados vestidos de salida á los domésticos, los cuales se adelantaban para recogerlos.

Algunas señoras acompañadas de sus maridos, se desembarazaban igualmente de sus abrigos, y por todas partes se oía decir:

— ¡Qué hermoso es todo esto!

El enorme vestíbulo, del cual á derecha é izquierda partían los dos brazos de una escalera monumental para confundirse luego en el primer piso, estaba colgado de tapicerías magníficas que representaban la aventura de Marte y de Venus. El pasamano era una maravilla de hierro forjado y su vieja y amortiguada doradura reflejaba resplandores discretos á lo largo de las gradas de rojo mármol.

Á la entrada de los salones dos niñas pequeñitas vestidas de Locuras, una en traje azul y en color rosa la otra, ofrecían ramilletes á las señoras.

El público, que era ya numeroso en los salones, encontraba aquello encantador.

La mayor parte de las señoras habían ido vestidas en traje de calle como para indicar que iban allí com iban á todas las exposiciones particulares. Las que tenían el propósito de quedarse para el baile llevaban desnudos los brazos y la garganta.

Mme Walter se encontraba rodeada de amigas en la segunda pieza y respondía á los saludos de los visitantes. Muchos no la conocían y se paseaban como en un museo sin ocuparse para nada de los amos de la casa.

Así que vió á Du Roy se puso lívida é hizo un movimiento como para salir á su encuentro, pero permaneció luego inmóvil esperando. Jorge la saludó ceremoniosamente mientras que Magdalena la abrumaba á cumplidos y ternuras. El periodista dejó á su mujer entonces al lado de su directora y se perdió entre el público para poder oir las murmuraciones malévolas que no debían faltar seguramente.

Cinco hermosos salones se sucedían unos á otros

colgados todos de telas preciosas, de bordados de Italia, de tapices de Oriente con matices y estilos distintos é igualmente pendían de las paredes diversos cuadros antiguos de grandes maestros. La gente se detenía sobre todo para admirar una pequeña pieza Luis XVI que era una especie de saloncillo acolchado en seda con ramilletes rosa sobre un fondo azul pálido. El mobiliario de sillas y butacas era de madera dorada y de una admirable elegancia y todo él estaba cubierto por una tela semejante á la de las paredes.

Jorge reconoció entre el público á buen número de personas célebres. Allí estaban la duquesa de Ferracina, el conde y la condesa de Ravenel, la bella marquesa de las Dunas, el general príncipe d'Andremont y todo ese mundo que se ve en los estrenos teatrales.

Du Roy se sintió cogido del brazo al mismo tiempo que una voz juvenil, una voz dichosa le murmuraba al oído:

— ¡ Ah! bribón de Buen Mozo, que al fin ha parecido Vd. ¿ Por qué no se le ha visto más?

Era Susana Walter que le miró luego con aquellos ojos de fino esmalte, lucientes y alegres bajo la rizada nebulosa de sus cabellos rubios.

El periodista se alegró mucho de volverla á ver y la estrechó francamente la mano, excusándose en seguida con sus muchas ocupaciones que le habían impedido visitar la casa:

— No he podido absolutamente. Durante dos meses he tenido tanto que hacer que no he salido.

Susana repuso con aire serio:

— Ha obrado mal, muy mal, muy mal. En casa lo hemos sentido mucho, porque mamá y yo le adoramos. En cuanto á mí no puedo acostumbrarme á no verle, hasta el punto de que me fastidio á morir. Ya ve Vd.

que se lo digo sin ambajes á fin de que no se crea con derecho á desaparecer de ese modo. Deme Vd el brazo,

voy á mostrarle yo misma «Jesús caminando sobre las olas», está á lo último, detrás precisamente del invernadero. Papá lo ha colocado allí para obligar de ese modo á la gente á que recorra todo lo demás de la casa. Es una cosa extraordinaria lo orgulloso que está papá con este hotel.

Du Roy y Susana pasaban despacio á través de la muchedumbre de visitantes, y muchos se volvían para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contemplar aquel guapo muchacho al lado de aquella muñeca encantadora.

Un pintor conocido exclamó al verlos:

— Vaya una parejita soberbia, como todo lo de aquí, es un cuadro delicioso.

Jorge iba diciendo para sí:

— De haber yo sido verdaderamente fuerte, con ésta es con quien me hubiera casado. Y, sin embargo, era posible. ¿Cómo no se me ocurrió? ¿Qué idea me vino de dirigirme á la otra? ¡Qué locura! Se obra siempre de prisa, nunca se reflexiona lo bastante.

La envidia, una envidia amarga le caía gota á gota en el corazón como hiel que corrompiese todas sus alegrías é hiciese odiosa su existencia.

— Venga Vd. á vernos con frecuencia, Buen Mozo, y ahora que papá es tan rico haremos locuras. Verá Vd. cómo nos divertimos, lo mismo que dos locainas.

Du Roy respondió preocupado siempre con su idea:

— ¡Oh! ahora Vd. se casará con algún príncipe guapo y algún tanto arruinado, y apenas si nos veremos.

— ¡Oh! no, exclamó Susana con franqueza, ¡todavía no! yo quiero uno que me guste, que me guste mucho, que me guste absolutamente. Soy bastante rica para dos.

El periodista sonreía con una sonrisa irónica y altiva y comenzó á nombrarla algunas gentes de las que pasaban, gente de la antigua nobleza que habían vendido sus enmohecidos títulos á hijas de banqueros, como lo era ella, y que ahora vivían cerca ó lejos de sus mujeres pero libres, con verdadera impudencia, conocidos y respetados.

—Ni seis meses siquiera se han de pasar sin que Vd. trague el anzuelo, y entonces como será Vd. la señora

marquesa, la señora duquesa ó la señora princesa, me mirará Vd. de muy alto, señorita Susana.

La joven se indignaba de la suposición y, dándole con el abanico en el brazo, juraba y perjuraba que no se casaría sino con el elegido de su corazón.

— Ya lo veremos, repetía riendo el periodista. Es Vd. demasiado rica.

— Pero Vd. también lo es, repuso ella. Es Vd. dueño de una herencia.

— ¡Oh! respondió con indiferencia Jorge. No hablemos de eso. Apenas si son veinte mil francos de renta y eso, en los tiempos que corren, no es gran cosa que digamos.

— Y su esposa de Vd. ha heredado también.

— Sí. Un millón para los dos que hacen cuarenta mil francos de renta. Ni siquiera podemos permitirnos tener coche.

Llegaban ya al último salón. Enfrente de ellos abríase el invernadero, un amplio jardín de invierno repleto de grandes árboles de los países cálidos y en el que se daba abrigo á algunos macizos de flores raras. Al entrar bajo aquella sombría verdura, en donde la luz se deslizaba como si fuera un aguacero de plata, se respiraba el tibio frescor de la tierra húmeda y un soplo saturado de perfumes. Experimentábase una sensación extraña, suave, malsana y encantadora, facticia, enervante y blanda.

Caminábase sobre alfombras que parecían musgo entre dos espesuras de arbustos. Du Roy vió de pronto á su izquierda, bajo una amplia cúpula de palmeras, un vasto pilón de mármol blanco, en el que cualquiera hubiera podido bañarse, y sobre cuyos bordes cuatro grandes cisnes de porcelana de Delft dejaban caer el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agua por sus picos entreabiertos. El fondo del pilón estaba alfombrado de polvo de oro y veíanse nadar dentro del pequeño estanque algunos enormes peces encarnados, especie de monstruos chinos de un género original con los ojos saltones y las escamas bordadas de azul, algo así como mandarines de las ondas que, errantes y suspendidos sobre aquel fondo de oro, recordaban los extraños bordados de los Hijos del Cielo.

El periodista se detuvo con el corazón palpitante de emoción : « Esto es verdaderamente lujo, se decía. Estas son las casas donde es preciso vivir. Otros han llegado á conseguirlo ¿ por qué no lo conseguiré yo ? »

Y al buscar los medios de que debía valerse, como éstos no se le presentaban en el momento, se irritaba contra su impotencia.

Su amiguita no hablaba más y se mostraba algún tanto pensativa. Du Roy la miró á hurtadillas y todavía una vez más pensó : « Sin embargo, bastaría casarse con esta muñequita de carne. »

Pero Susana pareció despertarse de repente :

— ¡ Aquí es ! dijo, y empujó á Jorge á través de un grupo que obstruía su camino obligándole bruscamente á echar por la derecha.

En medio de un bosquecillo de plantas singulares que agitaban al aire sus hojas temblorosas, abiertas como manos que tuviesen los dedos muy delgados, veíase un hombre inmóvil de pie sobre el mar.

El efecto era sorprendente. El cuadro tenía ocultos los bordes entre la móvil verdura y parecía un agujero negro en un sitio lejano, fantástico, sorprendente.

Era preciso fijarse bien para comprender. El cuadro cortaba por en medio la barca en que se encontraban los apóstoles, que aparecían iluminados apenas por los

rayos oblicuos de una linterna. Uno de los apóstoles sentado sobre los bordes proyectaba toda la luz sobre Jesús que se acercaba á ellos. El Cristo adelantaba un pie sobre una ola. Se veía á ésta ahuecarse, sumisa, aplanada, cariñosa bajo el divino paso que la hollaba con su planta. Todo aparecía oscuro y sombrío en derredor del Hombre Dios. Únicamente las estrellas brillaban en el cielo.

Las caras de los apóstoles parecían convulsas por la sorpresa, bajo los tenues y vagos resplandores de la linterna llevada por el que mostraba al Señor.

Había allí realmente la obra poderosa é inesperada de un maestro, una de esas obras que trastornan la mente y dejan años y años en el espíritu un dulce y poético arrobamiento.

Las gentes que contemplaban aquello permanecían silenciosas primero y se retiraban luego pensativas sin hablar del valor del cuadro hasta pasados algunos momentos.

Du Roy que le examinó algún tiempo exclamó:

— Es una felicidad poderse pagar entretenimientos de esta naturaleza.

Pero como se le tropezaba y se empujaba para que permitiera ver, se marchó de allí guardando siempre bajo su brazo la linda manecita de Susana que estrechaba ligeramente.

— ¿Quiere Vd. beber una copa de Champagne ? le preguntó la joven. Vamos al buffet. Allí encontraremos á papá.

Ambos atravesaron lentamente todos los salones en donde la multitud se agrandaba, bulliciosa como si estuviese en su propia casa, una multitud elegante de espectáculo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De repente le pareció á Jorge haber oído pronunciar:

— Es Laroche con Mme Du Roy.

Aquellas palabras sonaron en su oído como esos rumores lejanos que se transmiten con el viento. ¿De dónde venían?

Miró por todos lados y vió efectivamente á su mujer, que pasaba del brazo del ministro. El uno y el otro hablaban muy bajito de una manera íntima, sonrientes y mirándose en los ojos.

El periodista se imaginó observar que se cuchicheaba al mirarlos y sintió un deseo brutal y estúpido de saltar sobre aquellos dos seres y molerlos á puñetazos.

Su mujer le ponía en ridículo y Jorge se acordó de Forestier. Tal vez la gente diría:

« Ese cornudo de Du Roy... » ¿Quién era ella? Una advenediza bastante sagaz aunque á decir verdad sin condiciones sobresalientes. La gente iba á casa de él porque se le temía, porque se le consideraba fuerte, pero no había duda de que debía de criticarse sin duelo aquel matrimonio de periodistas. Jamás él llegaría á gran cosa al lado de aquella mujer, cuyas maneras de intrigante hacían su casa sospechosa teniéndole por consiguiente atado de pies y manos. ¡Ah! si él hubiese adivinado, si hubiera sabido! ¡Cómo habría jugado más amplia, y más fuerte y más acertadamente! ¡Qué soberbia partida hubiera ganado poniendo á Susanita como envite! ¿Pero cómo había estado tan ciego para no comprenderlo?

Abstraído iba Jorge en estas reflexiones cuando llegaron al comedor que era una pieza inmensa con columnas de mármol tapizada de vieja tela de Gobelinos.

Walter divisó á su cronista y se lanzó hacia él para estrecharle las manos. Estaba ebrio de felicidad:

— ¿Ha visto Vd. todo? ¿Dí, Susana, le has mostrado todo? ¡Cuánta gente! ¿no es verdad, Buen Mozo? ¿Ha visto Vd. al príncipe de Guerche? Hace un momento que ha venido á beber un vaso de ponche.

Luego corrió hacia el senador Rissolin quien llevaba colgada de su brazo á su mujer, una señora aturdida y pesada y tan compuesta que parecía una tienda de feria.

Un caballero saludó al pasar á Susana. Era un joven alto y delgado, con patillas rubias, un poco calvo y con ese aire de buena sociedad que se reconoce en seguida. Jorge le oyó nombrar: era el marqués de Cazolles, é inmediatamente sintió celos de aquel hombre. ¿Desde cuándo le conocía Susana? ¿Sin duda desde que Walter se había hecho archimillonario?

Y Du Roy vió en aquel joven un pretendiente.

Alguien acababa de tomar á Du Roy del brazo. Era Norberto de Varenne, el viejo poeta, que con aire de fatiga y de indiferencia paseaba su grasienta melena y su frac deslucido y cansado.

— Á esto se llama divertirse, dijo el poeta. Ahora se bailará, después se irá la gente á la cama y las niñas estarán contentas. Tome Vd. champagne, es excelente.

Varenne se hizo llenar una copa y chocando su copa con la de Du Roy que había tomado otra, brindó:

— Por la revancha del *esprit* sobre los millones.

Y luego agregó en voz baja:

— No es que me incomode que los demás los tengan, ni que los desee tampoco, pero protesto contra ellos por principio.

Jorge no le escuchaba. Con la vista buscaba á Susana que acababa de desaparecer con el marqués de Cazolles, y abandonando bruscamente á Norberto de Varenne, Du Roy se fué en seguimiento de la joven.

Una nutrida baraúnda de gente que deseaba beber obstruyó el paso al periodista y ya que logró franquearla se encontró de manos á boca con el matrimonio Marelle.

Jorge había seguido viendo siempre á la mujer, pero hacía ya mucho tiempo que no veía al marido. Este le estrechó las dos manos con efusión:

— Cuánto le agradezco á Vd., amigo mío, el consejo que me dió por conducto de Clotilde. He ganado cerca de cien mil francos con el empréstito marroquí. Sin Vd. no los hubiera ganado. Puede decirse que es Vd. un amigo precioso.

Algunos hombres se volvían hacia el grupo para mirar aquella elegante y hermosa morena.

— Á cambio de ese servicio, querido amigo, le tomo á Vd. su señora ó mejor dicho le ofrezco mi brazo. Conviene siempre separar á los esposos.

M. de Marelle se inclinó:

— Es muy justo. Si les pierdo á Vds. de vista nos encontraremos aquí mismo dentro de una hora.

— Perfectamente.

Los dos jóvenes penetraron á través del inmenso gentío seguidos por el marido.

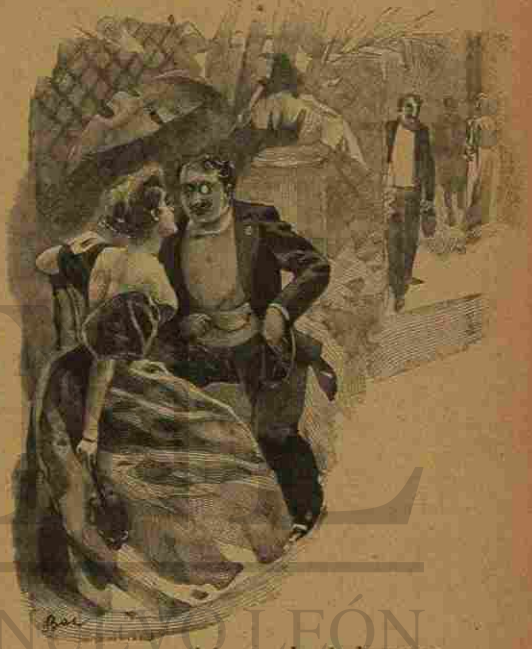
— Qué suerte loca tienen estos Walter, dijo ella. Lo que es después de todo el tener inteligencia para los negocios.

— ¡Bah! Los hombres fuertes llegan siempre adonde se proponen, ya por un medio, ya por otro.

— He aquí dos muchachas cada una de las cuales tendrá de veinte á treinta millones. Sin contar con que Susana es bonita.

Duroy no contestó nada. Le irritaba su propio pensamiento salido de otra boca que la suya.

Clotilde no había visto todavía « Jesús caminando sobre las olas » y Jorge la propuso ir hasta el invernadero para verle. Ambos se divertían criticando de las gentes y burlándose de las caras que no conocían. Saint-Potin pasó cerca de ellos adornado con numerosas condecoraciones en el reverso del frac y aquello les divirtió mucho. Un antiguo embajador que venía detrás no ostentaba tantas condecoraciones en su brocheta.



— ¡Qué sociedad tan ridícula! exclamó Du Roy.

Boisrenard, que en aquel momento se acercó á estrecharle la mano, había también adornado su ojal con la misma cinta verde y amarilla que se puso el día del duelo de Du Roy.

La vizcondesa de Percemur, enorme siempre y muy compuesta, hablaba con un duque en el saloncillo Luis XVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Un *tête à tête* galante, murmuró Jorge.

Pero al atravesar el invernadero vió á su mujer sentada cerca de Laroche-Mathieu casi ocultos ambos detrás de un bosquecito de plantas, y parecía como si dijesen :

« Nos hemos dado una cita pública en este sitio, porque nos burlamos solemnemente de la opinión. »

Mme de Marelle reconoció que aquel Jesús de Karl Marcowitch era extraordinario, y se alejó de allí con Du Roy. Habían perdido de vista al marido.

— ¿Y Laurina? preguntó Jorge, ¿ me odia siempre?

— Sí, siempre lo mismo. Rehusa verte y se va en seguida que se habla de ti.

Jorge no respondió nada. La repentina enemistad de aquella niña le desazonaba y pesaba sobre él como un recuerdo desagradable.

Al volver de una puerta Susana los encontró :

— ¡Ah! helos aquí. Pues bien, Buen Mozo, se va Vd. á quedar solo. Yo me llevo á la hermosa Clotilde para enseñarle mi habitación.

Y las dos mujeres desaparecieron rápidamente, deslizándose á través de la gente con ese movimiento onduloso de culebra que saben tomar para abrirse paso por entre la muchedumbre.

Casi inmediatamente una voz murmuró :

— ¡Jorge!

Era Mme Walter que le dijo en voz baja :

— ¡Oh! pero qué ferozmente cruel es Vd. conmigo y cómo me hace sufrir inútilmente. He tenido que dar encargo á Susanita que se llevase á la que acompañaba á Vd. á fin de poderle decir una palabra. Escuche... es preciso... es preciso que yo le hable esta noche... ó si no... si no... no sabe Vd. lo que haré. Vaya al invernadero. Allí encontrará Vd. á la izquierda una puerta que le llevará al jardín. Siga la alameda de enfrente y á lo último verá un pabellón. Espéreme de aquí á diez minutos. Si Vd. no quiere, le juro que armo un escándalo aquí mismo, en seguida.

Jorge respondió con altanería :

— Sea. Estaré en el sitio que Vd. me indica de aquí á diez minutos.

Y se separaron. Estuvo en poco que Jacobo Rival no le hiciese caer en falta. Había tomado su brazo y le refería una porción de cosas con aire muy exaltado. Sin duda acababa de salir del buffet. Du Roy le dejó al fin en manos de Mr. de Marelle á quien había vuelto á encontrar entre dos puertas y desapareció, no sin tener todavía necesidad de ocultarse de su mujer y de Laroche. Eso le fué fácil, porque parecían muy animados en la conversación, y llego por último al jardín.

El aire frío le embargó inmediatamente cual si fuese un baño de hielo, y pensó : « Pardiez, voy á pescar un catarro » y se puso el pañuelo al cuello á modo de corbata. Después siguió á paso lento la alameda pues veía mal al salir de aquella gran luz de los salones.

Á la derecha y á la izquierda distinguía arbustos sin hojas, y las menudas ramas, á través de las cuales pasaban los resplandores grises de los balcones del hotel, se movían temblorosas al impulso del viento.

En medio del camino, Jorge distinguió una forma blanca, delante de él precisamente. Era Mme Walter que tenía la garganta y los brazos desnudos :

— ¡Al fin estás aquí! balbuceó temblando. ¿ Por lo visto tú quieres matarme?

— Nada de drama, te lo ruego, dijo tranquilamente Jorge, ó de otro modo me largo en seguida.

Ella le había cogido por el cuello y le decía poniendo los labios junto á los suyos:

— ¿Pero qué es lo que te he hecho? Te conduces conmigo como un miserable. Díme lo que te he hecho.

Jorge intentaba rechazarla.

— Has enroscado tus cabellos á todos mis botones la última vez que te he visto y ha estado en poco que eso ocasionara una ruptura entre mi mujer y yo.

Mme Walter quedó sorprendida, pero luego empezó á decir que no con la cabeza:

— ¡Oh! tu mujer se ríe de eso. Será alguna de tus queridas la que te haya promovido alguna escena.

— Yo no tengo queridas.

— ¡Cállate! ¿Por qué, entonces, no vienes á verme? ¿Por qué rehusar comer siquiera una vez por semana conmigo? Es atroz lo que sufro; te amo hasta el extremo de no tener ya un solo pensamiento que no sea para ti, de no poder mirar nada sin que te vea delante de mis ojos, de no permitirme pronunciar un nombre sin tener miedo de pronunciar el tuyo. ¡Tú no comprendes esto! Me parece como si estuviese presa entre garras, atada dentro de un saco, ni siquiera sé cómo estoy. Tu recuerdo, que me acompaña siempre, me estrecha la garganta, me desgarra algo en el pecho, en el seno, me quiebra las piernas hasta no dejarme fuerza para andar. Y lo mismo que una bestia me estoy todo el día, horas y horas, sentada en una silla y pensando en ti.

Du Roy la miraba con extrañeza. No era la madura y retozona muchachuela que había conocido sino una mujer loca de pasión, desesperada, capaz de todo.

Un proyecto vago nacía entonces en su espíritu.

— Querida mía, respondió Jorge. El amor no es eterno, se toma lo mismo que se deja. Pero cuando

llega á suceder lo que ocurre con nosotros, se convierte entonces en una penitencia horrible y no quiero pasar por ella. Ahí tienes toda la verdad. Sin embargo, si sabes ser razonable, y recibirme y tratarme como se trata y se recibe á un amigo, volveré como antes á tu casa. ¿Te sientes capaz de eso?

Mme Walter posó sus desnudos brazos sobre el frac de Jorge y murmuró:

— Soy capaz de todo con tal de verte.

— Entonces es cosa convenida, dijo el periodista. Somos amigos y nada más.

— Bueno, está convenido, balbuceó la señora.

Después acercó hacia él sus labios:

— Un beso todavía... el último.

Jorge rehusó suavemente.

— No. Es preciso respetar nuestros acuerdos.

Mme Walter se volvió enjugándose dos lágrimas, y sacando luego de su corpiño un paquete de papeles atado con una cinta de seda rosa se lo presentó á Du Roy:

— Aquí tienes, esa es tu parte de beneficio en el negocio de Marruecos. Tan contenta como estaba yo de haber ganado esto para ti... Toma, guárdalo...

Jorge quería rechazarlo:

— No, no quiero recibir ese dinero.

La señora entonces se sublevó:

— ¡Ah! ¡No me harás eso! Este dinero es tuyo, y si no lo tomas, lo arrojaré á la basura. No me harás eso ¡Jorge!

El periodista tomó el pequeño paquete y lo deslizó en su bolsillo.

— Es preciso que entremos, dijo Du Roy, vas á coger un catarro pulmonar.

— ¡Mejor! murmuró ella. Si pudiera morir...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y tomándole una mano la besó con pasión, con rabia, con desesperación verdadera, y huyó luego hacia el hotel.

Du Roy se volvió también pero despacio, entregado á sus reflexiones, y al pasar por el invernadero, entró con la frente altiva y sonriente.

Su mujer y Laroche no estaban allí. La multitud iba

disminuyendo y parecía evidente que el público no se quedaba al baile. El periodista divisó á las dos hijas de Walter, una del brazo de la otra, y ambas se dirigieron á él para pedirle que formase la primera *quadrille* con el conde de Latour Ivelin.

— ¿Todavía otro? ¿Quién es ese? preguntó Du Roy con extrañeza.

— Es un nuevo amigo de mi hermana, respondió Susana maliciosamente.

Rosa se ruborizó:

— Eres una pícara, Susana; ese señor no es más amigo mío que tuyo.

Susana sonreía.

— Yo me entiendo.

Rosa les volvió la espalda y se alejó incomodada.

Du Roy tomó familiarmente del codo á Susana que se había quedado cerca de él y le dijo con voz acariciadora:

— Escuche, mi querida niña, ¿Vd. me cree verdaderamente su amigo?

— Ciertamente que sí, Buen Mozo.

— ¿Tiene Vd. confianza en mí?

— Absolutamente.

— ¿Se acuerda de lo que hace poco le dije?

— ¿Á propósito de qué?

— Á propósito de su casamiento, ó más bien á propósito del hombre con quien Vd. haya de casarse.

— Sí, me acuerdo.

— Pues bien, ¿quiere Vd. prometerme una cosa?

— Sí, ¿pero cuál?

— Consultarme cada vez que alguno pida su mano y no aceptar á nadie sin haber oído mi juicio.

— Sí, cuente Vd. con ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Y es un secreto que ha de quedar entre nosotros. Ni siquiera una palabra á papá ni á mamá.

— Ni una palabra.

— ¿Bajo juramento?

— Bajo juramento.

Rival llegaba en aquel momento con aire de hombre atareado:

— Señorita, su papá la llama para el baile.

— Vamos, Buen Mozo, dijo la joven.

Jorge rehusó, pues estaba decidido á partir en seguida á fin de estar solo para pensar. Una infinidad de cosas nuevas acababan de penetrar en su espíritu y se echó á buscar á su mujer. Pasado algunos momentos la encontró tomando chocolate en el *buffet* con dos caballeros desconocidos á los cuales hizo la presentación de su marido, pero sin decir á éste el nombre de aquellos señores.

— ¿Partimos? dijo Jorge después de algunos instantes.

— Cuando quieras.

Magdalena tomó el brazo de su marido y juntos atravesaron los salones, en los cuales iba ya siendo muy escaso el público.

— Quisiera decir adiós á Mme Walter, ¿dónde está? dijo la mujer de Du Roy.

— Es inútil, contestó éste; trataría de retenernos para el baile y estoy cansado de todo esto.

— Es verdad, tienes razón.

Desde el hotel de Walter hasta su casa, los Du Roy no hablaron una sola palabra, pero inmediatamente que entraron en la alcoba, Magdalena dijo sonriente á su marido, sin esperar siquiera á quitarse el velo:

— ¿No sabes? Tengo una sorpresa que darte.

Jorge refunfuñó mal humorado:

— ¿Qué es ello?

— Adivina.

— No quiero esforzarme.

— Pues bien. ¿Es pasado mañana el primero de año?

— Sí.

— Es el momento de los aguinaldos, ¿no es eso?

— Sí.

— Aquí tienes los tuyos que Laroche me ha dado hace un momento, dijo Magdalena presentándole una cajita negra que parecía un estuche para joyas.

El periodista lo abrió con indiferencia y, al ver la cruz de la Legión de Honor, palideció ligeramente, pero en seguida sonrió.

— Habría preferido diez millones. Esto no le cuesta caro.

Magdalena se prometía que su marido se exaltaría de júbilo, y se irritó al ver la frialdad con que recibió el obsequio.

— Es increíble cómo eres. Nada te satisface ahora.

— Ese hombre no hace más que pagar su deuda, y todavía me debe mucho, respondió Du Roy tranquilamente.

Su mujer se extrañó del acento con que pronunció la última frase.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Y sin embargo, volvió á decir Magdalena, á tu edad es una distinción brillante.

— Todo es relativo. Yo pudiera tener más, hoy.

El periodista había tomado el estuche, que colocó sobre la chimenea, y por algunos instantes examinó la estrella brillante que estaba acostada dentro. Luego le volvió á cerrar y, encogiéndose de hombros, se metió en la cama.

El diario *Oficial* del 1º de enero nombraba, en efecto, caballero de la Legión de Honor, por servicios excepcionales, á Mr. Próspero Jorge Du Roy, publicista.

El nombre estaba escrito en dos palabras, lo cual produjo en Du Roy un placer mayor que la condecoración misma.

Una hora después de haber leído aquella noticia que se había hecho pública, recibió una invitación de Mme Walter, suplicándole fuese aquella misma noche á comer á su casa, acompañado de su señora, para celebrar la distinción de que había sido objeto.

Jorge vaciló algunos minutos y, arrojando por fin al fuego aquel billete escrito en términos ambiguos, dijo á Magdalena:

— Esta noche comeremos en casa de los Walter.

— ¡Cómo! respondió ella con extrañeza. ¡Yo creí que no querías poner más allí los pies!

— He cambiado de idea, murmuró Jorge solamente.

Cuando los Du Roy llegaron, Mme Walter estaba sola en el pequeño *boudoir* Luis XVI adoptado por ella para sus recepciones íntimas. Vestida de negro y espolvoreados de blanco los cabellos, la señora del millonario resultaba encantadora. Vista de lejos tenía el aire de una vieja, si se la examinaba de cerca parecía una joven, y mirada con detenimiento tenía todas las apariencias de un hermoso artificio que deslumbrase los ojos.

— ¿Lleva Vd. luto? preguntó Mme Walter tristemente. No he sufrido la pérdida de ningún pariente, pero he llegado á la edad en que una comienza el luto de su vida. Hoy me lo he puesto para inaugurarlo y en lo sucesivo lo llevaré en el corazón.

— ¿Durará mucho este propósito? pensó Du Roy.

La comida estuvo un poco triste, sin que por eso lejase de recibir el periodista calurosas felicitaciones por su nombramiento. Susana fué quien más habló, charlando sin cesar durante la comida, mientras que su hermana Rosa, al parecer preocupada, apenas si despegó los labios.

Concluído que hubieron de comer, todos se levantaron para pasear un poco por los salones y por el invernadero. Du Roy iba un poco detrás con Mme Walter.

— Escuche, le dijo en voz muy baja y reteniéndole por el brazo. No le hablaré ya más de nada, jamás, pero venga á verme, Jorge. Ya ve como no le tuteo. Me es imposible vivir sin verle, es una tortura que nadie puede imaginarse. Le siento á Vd., le tengo siempre en mis ojos, en mi corazón y en mi carne, todo el día y toda la noche, lo mismo que si Vd. me hubiese hecho beber un veneno que me royera dentro. No puedo, no puedo. Bien quiero no ser para Vd. otra cosa que una vieja y por eso me he teñido el pelo de blanco, pero venga á verme, venga de cuando en cuando como un amigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La señora le había tomado la mano y se la estrechaba hasta magullársela hundiendo las uñas en su carne.

— Perfectamente, respondió Jorge con calma. Es inútil hablar de eso. Ya ve cómo he venido hoy en seguida al recibir su carta.

Walter que iba delante con sus dos hijas y Magdalena, esperó á Du Roy cerca del « Jesús caminando sobre las olas. »

— Figúrese Vd., le dijo riendo, que ayer encontré á mi mujer arrodillada al pie de este cuadro, como en una capilla, y haciendo sus devociones. Lo que he reído no puede Vd. figurárselo.

Mme Walter replicó con una voz firme en la que vibraba una exaltación secreta :

— Este Cristo es el que salvará mi alma. Todas las veces que le miro me presta valor y fuerza.

Y deteniéndose enfrente de Jesús de pie sobre el mar, murmuró :

— ¡Qué hermoso es y cómo esos hombres le temen y le aman! ¡Miren Vds. la cabeza y los ojos! ¡Qué sencillo y qué sobrenatural al mismo tiempo!

— Pero noto que se parece á Vd., Buen Mozo, gritó Susana. Estoy segura que se le parece. Como Vd. llevase barba ó él estuviese afeitado, serían Vds. completamente iguales. ¡Oh! ¡pero es singular, qué parecido!

La joven quiso que Jorge se colocara de pie al lado del cuadro y todo el mundo convino en que efectivamente las dos caras se parecían mucho.

Cada cual dijo su cosa. Walter encontraba aquello verdaderamente singular y Magdalena afirmó sonriendo que Jesús tenía un aspecto más viril.

Mme Walter, que permanecía inmóvil, contempló con mirada fija el rostro de su amante junto al del Cristo, y el suyo propio se volvió del mismo color que sus cabellos blancos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Todo el resto de aquel invierno los Du Roy visitaron con frecuencia á los Walter y muchas veces Jorge comía solo sin su mujer, pues Magdalena decía hallarse fatigada y prefería quedarse en casa.

El periodista había fijado el viernes para comer en la casa, y Mme Walter no invitaba para ese día á persona alguna queriendo reservarle únicamente para Jorge.

Después de la comida, se jugaba á las cartas, se daba de comer á los peces chinos, y se vivía completamente n familia.

Muchas veces, al encontrarse Mme Walter con Du Roy, ya fuese detrás de una puerta, ó de un macizo de la *serre*, ó en cualquier rincón oscuro, le había cogido bruscamente en los brazos y, estrechándole fuertemente contra su pecho, le había dicho :

— ¡Te amo... te amo... hasta morir por ti! pero Jorge la rechazaba siempre con despego y le respondía secamente :

— Si vuelve Vd. á comenzar, no vengo más.

Hacia fines de marzo se habló de pronto en París del próximo casamiento de las dos hermanas. Rosa debía casarse con el conde de Latour-Ivelin y Susana con el marqués de Cazolles. Aquellos dos hombres habían llegado á ser familiares de la casa, de esos amigos á quienes se acuerda favores especiales, prerrogativas apreciables.

Jorge y Susana vivían en una especie de intimidad fraternal y libre, charlaban horas y horas, se burlaban de todo el mundo y parecían complacerse mucho de estar juntos.

Jamás habían vuelto á tratar del posible casamiento de la joven ni de los pretendientes que se presentaban.

Una mañana que el director se había llevado desde el periódico á Du Roy para almorzar, se hallaban todos de sobremesa cuando llamaron á Mme Walter para que respondiese á uno de los abastecedores de la casa.

— Vamos á dar pan á los peces, dijo Jorge á Susana.

Cada cual tomó de la mesa un gran trozo de miga y se fueron al invernadero.

Á lo largo del pilón de mármol se dejaban siempre cojines por el suelo á fin de poder arrodillarse y tener más cerca á los peces.

Los jóvenes tomaron un cojín cada uno é, inclinados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacia el pequeño estanque, comenzaron á arrojar bolitas de pan amasadas entre los dedos. Apenas los peces los vieron, se acercaron agitando la cola, batiendo las aletas, moviendo sus ojos saltones, y dando vueltas sobre sí mismos se hundían para atrapar la presa que bajaba hasta el fondo y volvían á subir para pedir otra.

Con la boca efectuaban movimientos singulares, bruscos y rápidos, y tenían realmente maneras tan extrañas y originales que más que peces parecían pequeños monstruos. Al destacarse de la arena de oro que alfombraba el pequeño estanque, pasaban como llamas de un color rojo vivo á través de la onda transparente, y en seguida de detenerse mostraban el filete azul que bordaba sus escamas.

Jorge y Susana veían invertidos en el agua sus propios semblantes y sonreían al contemplar sus imágenes.

De repente habló Jorge en voz baja :

— Susana, no está bien tener para mí secretillos.

— ¿Por qué dice Vd. eso, Buen Mozo?

— ¿Usted no se acuerda de lo que aquí mismo me prometió el día de la fiesta?

— No, no me acuerdo, ¿qué fué?

— Pues consultarme todas las veces que alguien pidiera su mano.

— Bueno, ¿pero por qué me dice eso?

— Porque... ya la han pedido.

— ¿Quién?

— Demasiado lo sabe Vd.

— No, se lo juro.

— ¡Vaya si lo sabe! Ese fatuo de marqués de Cazolles.

— No es fatuo, lo primero.

— Es posible, pero es un estúpido, arruinado por el juego y gastado por los vicios. No cabe duda de que es un excelente partido para Vd., tan bonita, tan fresca y tan inteligente.

— ¿Peroqué es lo que tiene Vd. contra él? preguntó Susana sonriendo.

— ¿Yo? nada.

— Sí, sí, porque no es todo eso que Vd. dice.

— Como Vd. quiera, pero es un majadero y un intrigante.

Susana dejó de mirar al estanque y se volvió un poco hacia Du Roy.

— Pero veamos ¿qué es lo que Vd. tiene?

El periodista respondió con un tono particular como si se le hubiese arrancado un secreto del fondo del corazón :

— Tengo... tengo... que estoy celoso de él.

— ¿Usted?... repuso Susana sin exagerar la extrañeza.

— ¡Sí, yo!

— ¡Vaya! ¿y eso por qué?

— Porque estoy enamorado de Vd. y Vd. lo sabe bien, picarona.

La joven contestó entonces con tono severo :

— Pero Vd. está loco, Buen Mozo.

— Ya sé que lo estoy, repuso Du Roy. ¿Acaso debiera yo, un hombre casado, confesar esto á una señorita? Soy más que loco; soy culpable, casi un miserable si Vd. quiere. Pero no tengo esperanza posible y pierdo la razón al pensar en esto, y cuando oigo decir que va Vd. á casarse, tengo accesos tales de furor que mataría á alguien. Perdóneme Vd., Susana.

Y Jorge se quedó callado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como ya no se les echaba pan, todos los peces permanecían inmóviles, casi completamente alineados, parecidos á soldados ingleses, y mirando los inclinados semblantes de aquellas dos personas que no se ocupaban más de ellos.

— Es una lástima que esté Vd. casado, murmuró Susana, medio triste y medio sonriente. Pero ¿qué quiere Vd.? Contra eso no hay nada. No hay para qué hablar de ello.

Du Roy se volvió bruscamente hacia ella y le dijo cerca de su cara :

—¿Si yo me encontrase libre, se casaría Vd. conmigo?

La joven le respondió con acento sincero :

— Seguramente, Buen Mozo, que me casaría con Vd. porque me gusta Vd. mucho más que todos los demás.

El periodista se levantó y balbuceó :

— Gracias..., gracias..., la suplico que no diga á nadie que sí. Espere todavía un poco, se lo suplico. ¿Me lo promete Vd.?

— Se lo prometo, murmuró Susana algo turbada y sin comprender lo que él quería.

Du Roy arrojó el grueso pedazo de pan que todavía tenía en las manos y se escapó como si hubiera perdido el juicio sin decir adiós siquiera.

Todos los peces se arrojaron ávidamente sobre aquel trozo de miga que, como no había sido amasado entre los dedos, flotaba en el agua, y le despedazaron con sus bocas voraces. Le arrastraban hasta el otro extremo del pequeño estanque, se agitaban por debajo formando ahora una especie de racimo movedizo, algo como una flor animada y giratoria que hubiese caído invertida al agua.

Susana, que habíase quedado sorprendida é inquieta, se levantó y despacio regresó al hotel.

Jorge había partido.

Aquel día entró en su casa muy tranquilo y encontró á Magdalena escribiendo cartas.

— ¿Comerás el viernes en casa de los Walter Yo iré.

Después de vacilar un instante respondió Magdalena .

— No, estoy un poco delicada. Prefiero quedarme aquí.

— Como quieras. Nadie te obliga, respondió el periodista.

Luego tomó el sombrero y salió inmediatamente.

Desde hacía mucho tiempo venía espiándola, vigilándola, siguiéndola, y conocía todos los pasos que daba. Había llegado al fin el momento que Du Roy aguardaba, así es que no se sorprendió del tono con que ella respondió :

— Prefiero quedarme en casa.

Durante algunos días se manifestó con ella sumamente amable y aun alegre, hasta el punto de que Magdalena le dijo :

— Así me gusta, que vuelvas á ser bueno como antes.

El viernes se vistió con tiempo, á fin, decía, de hacer algunas diligencias antes de ir á casa del director, y hacia las seis de la tarde, después de besar á su mujer, salió de su casa y, en la parada de coches de Nuestra Señora de Loreto, tomó uno.

— Párese en frente del número 17 de la calle de Fontaine y hasta que no le dé orden de marchar no se mueva. Luego me conducirá Vd. en seguida al restaurant del Coq-Faisan á la calle de Lafayette.

El coche se puso en marcha al trote lento del caballo

y Du Roy bajó las cortinillas. Cuando el coche se paró enfrente de la puerta de su casa, ya no la perdió de vista, hasta que después de diez minutos de espera vió á Magdalena salir y subir hacia los bulevares exteriores.

Inmediatamente que ella estuvo lejos asomó la cabeza por la ventanilla y dijo :

— En marcha.

El cochero obedeció y le condujo al Coq-Faisan, un restaurant de gente rica muy conocido en el barrio. Jorge entró en la sala grande y comió despacio consultando de tiempo en tiempo su reloj para ver la hora. Á las siete y media, y ya que hubo tomado su café y bebido dos copas de *fine champagne* y fumado tranquilamente un buen cigarro, salió á la calle, detuvo otro carruaje que pasaba desocupado y se hizo conducir á la calle de La Rochefoucauld.

Ya que estuvo delante de la casa que había indicado al cochero, subió sin preguntar en la portería, y una vez que la criada abrió le puerta, preguntó :

— ¿El señor Guibert de Lorme se encuentra en casa?

— Sí, señor, respondió la criada al mismo tiempo que le hacía pasar al salón. Á los pocos instantes apareció un señor alto, condecorado, de marcial aspecto y joven todavía, siquiera su cabello comenzase á blanquéar.

Du Roy le saludó y le habló de esta suerte :

— Según yo había previsto, señor comisario de policía, mi mujer come en este momento con su amante en el cuarto que han alquilado en la calle de los Mártires.

— Estoy á disposición de Vd., dijo el comisario inclinándose.

— La jurisdicción de Vd. concluye á las nueve, ¿no es eso? volvió á decir Du Roy, ¿y una vez pasada esa hora, Vd. no puede penetrar en un domicilio particular para levantar acta de un adulterio?

— En efecto, caballero; hasta las siete en invierno y hasta las nueve á partir del treinta y uno de marzo. Como quiera que estamos á cinco de abril, tenemos tiempo por consiguiente hasta las nueve.

— Pues bien, señor comisario, tengo un coche abajo, podremos tomar los agentes que Vd. considere necesarios y después esperaremos un poco delante de la puerta. Cuanto más tarde lleguemos más probabilidades tenemos de sorprenderlos en flagrante delito.

— Como Vd. quiera, caballero.

El comisario salió y á los pocos instantes volvió vestido con un sobretodo que ocultaba su cinturón tricolor. Se hizo á un lado para dejar salir al periodista, pero Du Roy cuyo espíritu estaba preocupado rehusaba salir el primero y repetía :

— Pase Vd..., pase Vd.

El comisario dijo al fin :

— Pase, caballero, pase, yo estoy en mi casa.

Jorge franqueó inmediatamente la puerta saludando.

Primeramente se dirigieron á la comisaría donde abiar ya tres agentes vestidos de paisano que espehaban, pues Jorge había prevenido por el día que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sorpresa tendría lugar aquella noche. Uno de los agentes subió en el pescante al lado del cochero y los otros dos entraron en el coche que inmediatamente ganó la calle de los Mártires.

— Yo tengo el plano de la casa, decía Du Roy. Es en el segundo piso. Hay primero un pequeño vestíbulo, se entra después en el comedor y á lo último está la alcoba. Las tres piezas se dominan una á otra y no existe salida alguna que pueda facilitar la huída. Cerca hay un cerrajero que acudirá en seguida que Vd. le llame.

Cuando se encontraron delante de la casa en cuestión, sólo eran las ocho y cuarto y esperaron en silencio más de veinte minutos, pero viendo que iban á sonar los tres cuartos, dijo Du Roy :

— Subamos.

Todos, menos un agente que quedó á la puerta para vigilar la salida, subieron, sin ocuparse del portero, el cual por otra parte no se advirtió siquiera de que entraban.

Los cuatro hombres se detuvieron en el segundo piso, Du Roy aplicó primero el oído contra la puerta y luego miró por el agujero de la cerradura. Como no oyó ni vió nada sonó al timbre.

Al cabo de dos ó tres minutos Jorge sonó de nuevo al botón varias veces seguidas. Entonces percibieron ruido en el fondo de la habitación y un paso ligero que se aproximaba. Era alguien que venía á escuchar. El periodista golpeó entonces vivamente en un cuadro de de la puerta con el dedo plegado.

Una voz de mujer, pero que se trataba claramente desfigurar, preguntó :

— ¿Quién es?

— Abra Vd. en nombre de la ley, respondió el funcionario.

— ¿Quién es Vd.?

— Soy el comisario de policía. Abra ó hago descerrajar la puerta.

— ¿Qué quiere Vd.? preguntó todavía la voz.

— Soy yo, dijo Du Roy. Es inútil tratar de burlarnos.

El pasito ligero de antes, un paso de pies desnudos, se alejó y vino á los pocos segundos.

— Si no quieren Vds. abrir, insistió Jorge, forzaremos la puerta.

Y oprimió la empuñadura de cobre mientras que con un hombro empujaba lentamente, pero al ver que nadie respondía, dió de pronto una sacudida tan violenta y vigorosa que la vieja cerradura de aquella casa de citas cedió. Los tornillos salieron de la madera arrancados y en poco estuvo que el joven no cayese sobre Magdalena que vestida simplemente con la camisa y una falda se mantenía de pie en la antesala con una bujía en la mano, deshecho el peinado y las piernas á medio cubrir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Es ella! gritó Du Roy, ya los tenemos.

Y diciendo esto se internó en el cuarto. El comisario le siguió después de descubrirse, y la joven, completa-

mente asustada, se fué detrás de ellos alumbrándoles.

Atravesaron el comedor en el cual estaba todavía puesta la mesa con restos de la comida: dos botellas de Champagne vacías, una cazoleta de hígados de pato

abierta, un esqueleto de pollo y dos trozos de pan comenzados.

En dos platos que había encima del aparador veíanse pilas de ostras ya servidas.

La habitación parecía como si una lucha la hubiera dejado asolada. Una falda servía de sombrero á una silla mientras que un pantalón de hombre estaba á caballo sobre el brazo de una butaca. Dos pares de botinas, unas grandes y otras pequeñitas, pero todas tendidas de lado al caer, se arrastraban al pie de la cama.

En aquella alcoba amueblada para alquilar, flotaba ese olor odioso é insulso característico de las habitaciones de hotel, donde el mobiliario barato ó descuidado, las cortinas, los colchones, las paredes, los asientos, despiden las emanaciones de los cuerpos humanos que pasaron por allí, lo mismo si durmieron una noche que si habitaron seis meses consecutivos; un olor que confundiéndose todavía con otros olores más rancios y añejos, concluye por formar á la larga una atmósfera de un género indefinible que suavemente se introduce en el olfato, una hediondez intolerable que es la misma siempre en todos esos lugares.

Sobre la chimenea y embarazando á los demás objetos propios de la casa, veíase un plato con pastas diversas, una botella de Chartreuse, dos copitas ocupadas todavía hasta la mitad por el amarillo líquido y, por último, cubriendo la parte superior del reloj de sobremesa, un gran sombrero de hombre.

El comisario se volvió vivamente hacia Magdelena y, mirándola en los ojos, le dijo:

— ¿Realmente es Vd. Mme Clara Magdalena Du Roy, esposa legítima de Mr. Jorge Du Roy, publicista, aquí presente?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La joven articuló con voz ahogada :

— Sí, señor.

— ¿Qué hace Vd. aquí?

Magdalena no respondió.

— ¿Qué hace Vd. aquí? volvió á decir el comisario. La encuentro á Vd. fuera de su casa y casi desnuda en un apartamento de hotel. ¿Qué ha venido Vd. á hacer aquí?

El comisario esperó algunos instantes, pero como la joven guardaba siempre silencio, añadió :

— Desde el momento, señora, que Vd. no quiere confesarlo, me pone Vd. en el caso de hacerlo constar yo mismo.

En la cama veíase la forma de un cuerpo oculto bajo la sábana.

El comisario se acercó á la cama.

— ¡Caballero! dijo llamando al que se ocultaba.

El hombre no se movió siquiera y parecía estar vuelto de espaldas y con la cabeza hundida bajo uno de los almohadones.

El comisario le tocó en lo que suponía ser el hombro y repitió :

— No me obligue Vd., caballero, se lo ruego, á que tenga yo que descubrirle.

El cuerpo seguía siempre inmóvil como si estuviese muerto.

Entonces Du Roy, que se había adelantado, se apoderó vivamente de la cubierta, tiró con fuerza, hasta arrancar el almohadón de su sitio y, descubriendo el lívido semblante de Mr. Laroche-Mathieu, se inclinó hacia éste con deseo de cogerle por el cuello y extrangularle y, le dijo rechinando los dientes :

— Al menos tenga Vd. el valor de su infamia.

El comisario preguntó nuevamente :

— ¿Quién es Vd. ?

Y como el atolondrado amante continuase sin responder, el representante de la ley añadió :

— Soy el comisario de policía y requiero á Vd. para que me diga su nombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jorge estaba tembloroso de cólera, una cólera salvaje que le hizo gritar :

— Pero responda Vd., cobarde, ó le nombro yo si Vd. no lo hace.

El hombre acostado balbuceó entonces :

— Señor comisario, no debe Vd. consentir que este individuo me insulte. ¿Es con Vd. ó es con él con quien he de entenderme? ¿Es á Vd. ó es á él á quien debo contestar?

El amante de Magdalena parecía no tener ya saliva en la boca.

— Es á mí, caballero, sólo á mí respondió el funcionario. Le pregunto á Vd. que quién es.

El otro se calló todavía. La sábana la tenía sujeta contra su cuello y miraba con ojos espantados que se movían continuamente. Su pequeño bigote levantado hacia arriba parecía negro sobre el fondo de su cara lívida.

— ¿No quiere Vd. responder? insistió el comisario. Entonces me veré forzado á detenerle á Vd. De todos modos levántese y, una vez que esté vestido, le interrogaré.

El cuerpo se agitó en la cama, y la cabeza murmuró :

— Pero no puedo vestirme en presencia de Vd...

— ¿Por qué? dijo el comisario de policía.

— Porque... estoy... estoy... completamente desnudo, balbuceó el hombre de la cama.

Du Roy se echó á reir con malicia y, recogiendo del suelo una camisa que encontró tirada, la arrojó sobre la cama diciendo :

— Vamos... levántese... Toda vez que delante de mi mujer se ha desnudado Vd., ¿por qué no vestirse delante de mí?

Y dicho esto, le volvió la espalda y se acercó hacia la chimenea.

Magdalena que había recobrado su sangre fría al

ver todo perdido, resolvió desafiar la situación, y dispuesta á todo, con una audacia increíble que se veía centellear en su mirada, arrolló un trozo de papel que encontró á mano, encendió una por una, como para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una recepción, las diez bujías de dos candelabros feísimos que adornaban los ángulos de la chimenea y, reclinándose luego contra el mármol, aproximó al fuego uno de sus pies desnudos, que levantaba hacia atrás su falda interior, apenas sostenida sobre las caderas; tomó un cigarrillo de un estuche de papel rosa, le acercó á la llama de una bujía y se puso á fumar.

El comisario había vuelto hacia donde ella estaba, á fin de dar tiempo á que su cómplice estuviera de pie.

— ¿Ejerce Vd. con frecuencia este oficio, señor? preguntó Magdalena con insolencia.

— Lo menos posible, señora, respondió gravemente el comisario.

— Le felicito á Vd., porque no es nada decente, volvió á decir ella riéndose en sus barbas.

La mujer de Du Roy afectaba no mirar ni ver siquiera á su marido.

Pero el señor de la cama se estaba ya vistiendo, habíase puesto el pantalón y las botinas y, mientras hacía lo mismo con el chaleco, se acercó al grupo:

El oficial de policía se volvió hacia él:

— ¿Quiere Vd. ahora, caballero, decirme quién es?

El otro permanecía todavía mudo.

— Me veo en el caso, dijo el comisario, de detener á Vd.

El hombre entonces gritó bruscamente:

— No me toque Vd., soy inviolable.

Du Roy se lanzó hacia él como para acometerle y, acercándose hasta su misma cara, le dijo:

— Hay flagrante delito... y si yo quiero, puedo hacerle detener á Vd... sí, puedo hacerlo.

En seguida añadió con tono vibrante:

— Este hombre se llama Laroche-Mathieu, ministro de Negocios Extranjeros.

El comisario de policía retrocedió estupefacto y balbuceó:

— En realidad, caballero, ¿quién es Vd.? ¿quiere a fin decírmelo?

El hombre se decidió al fin y dijo con voz fuerte:

— Por una sola vez este miserable no ha mentido. Yo me llamo, en efecto, Laroche-Mathieu, ministro.

Y extendiendo el brazo hacia el pecho de Jorge en el que aparecía como un resplandor un pequeño punto rojo, agregó:

— Y este hombre vil que tiene Vd. delante, lleva sobre su frac la cruz de la Legión de honor que le he dado.

Du Roy habíase vuelto lívido de rabia. Con un rápido movimiento arrancó del ojal de su frac la roja cintita y la arrojó á la chimenea:

— Esto es lo que merece una condecoración recibida de puercos de la especie de Vd.

Ambos se hallaban frente á frente, casi juntándose los dientes del uno con los del otro, exasperados y amenazantes los dos, el uno delgado y con el bigote al viento, y grueso el otro con su bigotito insignificante en forma de garabato.

El comisario se interpuso vivamente entre los dos y los separó con las manos:

— Señores, Vds. se olvidan de sí mismos y de su propia dignidad.

Uno y otro se callaron y se volvieron la espalda. Magdalena seguía fumando, inmóvil y sonriente.

— Señor ministro, dijo el comisario de policía, he sorprendido á Vd. á solas con Mme Du Roy aquí presente, Vd. acostado y ella casi desnuda. Las ropas de ambos estaban tiradas en desorden por la habitación, esto constituye un flagrante delito de adulterio. No puede

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vd. negar la evidencia. ¿Qué tiene que responder á esto?

Laroche-Mathieu murmuró:

— No tengo nada que decir. Cumpla Vd. con su deber.

El comisario se dirigió á Magdalena:

— Señora, ¿confiesa Vd. que el señor es su amante?

— No lo niego, respondió con desenfado. Es mi amante.

— Basta con esto.

El oficial de policía tomó después algunas notas respecto al estado y disposición del local y cuando concluía ya de escribirlas, el ministro, que había terminado de vestirse y esperaba con el paletó sobre el brazo y el sombrero en la mano, preguntó.

— ¿Tiene Vd. todavía necesidad de mí, señor comisario? ¿Qué debo hacer? ¿Puedo retirarme?

Du Roy se volvió hacia él sonriendo con insolencia:

— ¿Por qué retirarse? Nosotros hemos concluído. Puede Vd. volverse á acostar, señor ministro, pues vamos á dejarlos solos.

— Señor comisario, añadió dirigiéndose á éste y posando un dedo sobre su brazo: Retirémonos, en este lugar no tenemos ya nada que hacer.

El oficial de policía le siguió un tanto sorprendido. Ya en el umbral de la puerta, Jorge se detuvo para dejarle pasar, y como el funcionario rehusaba por ceremonia, insistió Du Roy:

— Pase Vd., caballero.

— No, después de Vd.

El periodista saludó entonces y, con un aire de urbanidad irónica, volvió á insistir:

— Ahora le toca á Vd., señor comisario de policía. Yo estoy aquí casi en mi casa.

Luego cerró suavemente la puerta como si quisiera emplear la mayor discreción al hacerlo.

Una hora más tarde, Jorge Du Roy entraba en las oficinas de *La Vida Francesa*.

Mr. Walter se encontraba ya en la redacción, pues continuaba dirigiendo y vigilando con la mayor solicitud su periódico, el cual había adquirido una circulación enorme y favorecía notablemente las operaciones cada día mayores de su casa de banca.

Al ver entrar á Du Roy, el director levantó la cabeza:

— ¡Calla! ¿usted por aquí? Es Vd. original. ¿Cómo es que no ha ido á comer á casa? ¿De dónde sale Vd. ahora?

El joven, que estaba seguro de producir su efecto, respondió acentuando cada palabra:

— Vengo de echar abajo al ministro de Negocios Extranjeros.

Mr. Walter creyó que Jorge bromeaba.

— ¿De echar abajo... Cómo?

— Que voy á cambiar el gabinete. Eso es todo. Hace mucho tiempo que huele á cadáver y que debiera habérsele expulsado.

El viejo estaba estupefacto y llegó á creer que su cronista había bebido un poco.

— Vamos, vamos, Vd. desvaría.

— Ni mucho menos. Acabo de sorprender á Mr. Laroche-Mathieu en flagrante delito de adulterio con mi mujer. El comisario de policía ha levantado acta del hecho. El ministro está perdido.

El viejo Walter levantó entonces los anteojos sobre la frente y, como cortado, preguntó:

— ¿Pero es que no se ríe Vd. de mí?

— Le digo que no y que aquí mismo voy á escribir ahora un eco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero entonces ¿ qué pretende Vd. ?

— ¿Qué? Echar abajo á ese bribón, á ese miserable, á ese malhechor público.

Du Roy dejó sobre una butaca su sombrero y agregó :

— Que se guarden aquellos que traten de obstruirme el camino. Yo no perdono jamás.

El director se resistía aún á comprender :

— ¿Pero... y su mujer de Vd.? murmuró.

— Mañana mismo presento mi demanda de divorcio. La mando con el difunto Forestier.

— ¿Luego quiere Vd. divorciarse?

— ¡ Pardiez! Yo sabía que estaba en ridículo, pero necesitaba hacerme el tonto para sorprenderlos y lo he conseguido. Ahora soy dueño de la situación.

Mr. Walter no volvía de su asombro y miraba á Du Roy con ojos espantados.

— ¡Caracoles! es un mozo con quien no se puede jugar, decía para sí.

— Heme ya libre.... dijo todavía Du Roy. Tengo una cierta fortuna. En las elecciones de octubre me presentaré por mi país en donde soy muy conocido. Hasta ahora no podía exhibirme ni hacerme respetar con una mujer sospechosa para todo el mundo. Me había cogido como á un bobo y me tenía engatusado y prisionero. Pero después que he comprendido su juego, la he vigilado á la miserable.

Y echándose luego á reir, añadió :

— El pobre Forestier era un solemne cornudo... cornudo sin sospecharlo, confiado y tranquilo. Pero heme aquí desembarazado de la tiña que él me había dejado. Ya tengo las manos libres y ahora sí que iré hasta donde me proponga ir. Esto lo decía sentado á horcajadas sobre una silla y repetía siempre : Iré, iré lejos.

El viejo le miraba siempre con sus ojos descubiertos, pues los anteojos continuaban siempre sobre la frente :

— Sí, este tunantón irá donde se proponga, decía el viejo para sus adentros.

Jorge se levantó :

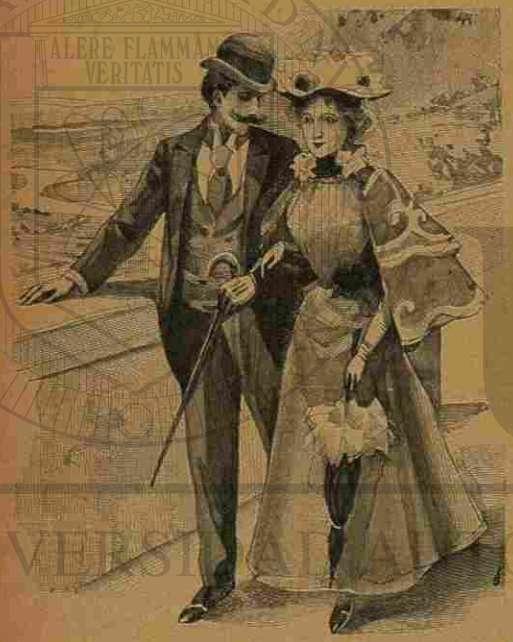
— Voy á redactar ahora mismo un eco, eso sí, con discreción, pero terrible para el ministro. Es hombre al agua, á quien nadie puede salvar, y *La Vida Francesa* no tiene ya porqué guardarle consideraciones.

El viejo vaciló unos instantes, pero después tomó su resolución :

— Haga lo que le parezca. Si no se metieran en esos enredos no les pasaría eso.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX



Habían transcurrido tres meses. El divorcio de Du Roy acababa de pronunciarse. Su mujer había tomado el nombre de Forestier y como los Walter debían partir el 15 de julio para Trouville, fué decidido que antes de separarse se pasaría un día de campo.

Se eligió un jueves y todos se pusieron en camino á las nueve de la mañana en un gran landó de viaje con seis asientos enganchado con cuatro caballos.

Debía almorzarse en San Germán en el pabellón de

Enrique IV. Buen Mozo había pedido ser el único hombre de la partida, porque no podía soportar la presencia ni la cara del marqués de Cazolles. Pero á última hora se acordó que el conde de Latour-Ivelin sería también de la gira, pues se le había ya prevenido la víspera.

El coche subió al gran trote la Avenida de los Campos Elíseos y después atravesó el bosque de Bolonia.

Hacía un tiempo admirable de estío, no muy caluroso. Las golondrinas trazaban en el cielo azul grandes líneas curvas que parecía como si se vieran todavía aún después que las aves habían pasado.

Las tres mujeres iban en el fondo del carruaje, la madre entre sus dos hijas y los tres hombres iban hacia atrás, Walter entre los dos invitados.

Se atravesó el Sena, se dió casi la vuelta al Monte-Valeriano y se ganó luego Bougival para bordear el río en seguida hasta Pecq.

El conde de Latour-Ivelin era un hombre un poco maduro, de patillas largas y claras, á las que el menor soplo de aire agitaba las puntas, lo cual hacía decir á Du Roy : « Este señor obtiene unos efectos deliciosos de viento con su barba. » Hacía un mes que era el prometido de Rosa y contemplaba á la joven con ternura.

Jorge estaba extremadamente pálido y miraba con frecuencia á Susana, que, pálida también, le miraba á su vez y al encontrarse los ojos de ambos parecían concertarse, comprenderse, cambiar secretamente un pensamiento. Después huían la mirada lo mismo él que ella. Mme Walter estaba tranquila y dichosa.

El almuerzo fué largo. Antes de regresar á París, Jorge propuso dar una vuelta por el terrado del pabellón. Todo el mundo celebró la admirable perspectiva que desde allí se descubre y, puestos en línea á lo

largo del muro, todos se extasiaron contemplando la extensión del horizonte. El Sena corría hacia Maisons-Laffitte, al pie de una larga colina, y parecía una inmensa serpiente acostada sobre verdura. Á la derecha, sobre la cumbre de la cuesta, el acueducto de Marly proyectaba en el cielo su enorme perfil de oruga de grandes patas, y el pueblo desaparecía por debajo en un espeso bosquecito de árboles.

Por la inmensa planicie que se extendía enfrente, veíanse de trecho en trecho pequeñas aldeas, y las lagunas del Vesinet formaban manchas netas y claras por entre la escasa verdura del pequeño bosque. Á la izquierda, muy lejos, descubríase en el aire el puntiagudo campanario de Sartrouville.

— En ninguna parte del mundo, declaró Walter, puede encontrarse un panorama semejante. Ni en Suiza hay uno que se le parezca.

Luego salieron todos á dar un paseo y gozar de aquella perspectiva.

Jorge y Susana se quedaron detrás. Apenas estuvieron separados por unos cuantos pasos, Du Roy dijo en voz baja :

— Susana, yo la adoro á Vd. y la quiero hasta la locura.

— Yo también, Buen Mozo, murmuró ella.

— Si no consigo hacerla mi esposa, abandonaré París y hasta me iré al extranjero.

— Ensaye Vd. de hablar á papá. Tal vez le parezca bien.

Jorge hizo un pequeño movimiento de impaciencia :

— No, se lo repito á Vd. por la décima vez, es inútil. Se me cerrará la puerta de su casa de Vd., se me expulsará del periódico y no podremos ya ni siquiera vernos. Este es el único resultado que estoy seguro de

alcanzar si hago la petición en regla. La tienen prometida á Vd. al marqués de Cazolles, se espera que Vd. concluirá por decir « Sí, » y confiados en eso dejan pasar tiempo.

— ¿Qué es preciso hacer entonces? preguntó la joven.

Du Roy vacilaba mirándola á hurtadillas :

— ¿Me ama Vd., le dijo, hasta cometer una locura?

— Sí, respondió la joven resueltamente.

— ¿Una gran locura?

— Sí.

— ¿La más grande de las locuras?

— Sí.

— ¿Tendrá Vd. valor bastante para no temer á su padre ni á su madre?

— Sí.

— ¿Pero de verdad?

— Sí.

— ¡Pues bien! ¡hay un medio, el único medio! Es necesario que la cosa salga de Vd., no de mí. Usted es la niña mimada, se la deja decir todo y nadie extrañará una audacia más de su parte. Escuche. Esta noche, así que lleguen á casa, va Vd. primero á ver á mamá, á mamá solamente, y le declara Vd. que quiere casarse conmigo.

Mamá experimentará una emoción extraordinaria y una gran cólera.

— ¡Oh! mamá aceptará seguramente, interrumpió Susana.

— No, dijo él vivamente. Usted no la conoce. Todavía se pondrá más incomodada y más furiosa que papá. Usted verá cómo rechaza nuestra unión, pero Vd. se mantiene firme sin ceder y repitiendo que sólo conmigo, nada más que conmigo se casará. ¿Lo hará Vd. así?

— Lo haré.

— Y una vez que haya dejado á mamá, le dice á papá lo mismo en tono muy serio y decidido.

— Sí, sí. ¿Y luego?

— Luego, y aquí está lo grave del asunto, si Vd. está bien resuelta, pero bien resuelta á ser mi esposa, entonces... mi querida niña, mi querida Susanita... yo... me la llevo á Vd.

La joven experimentó una gran sacudida de alegría y estuvo á punto de batir las palmas.

— ¡Oh! ¡qué felicidad! ¡Un rapto! ¿Cuándo, cuándo quiere Vd.?

Toda la vieja poesía de los raptos nocturnos, de las sillas de posta, de las posadas, todas las encantadoras aventuras de los libros pasaron entonces por su espíritu como un sueño presto á realizarse :

— ¿Cuándo, cuándo me arrebatará Vd.?

— Pues... esta noche... esta noche misma.

— ¿Y dónde iremos? preguntó estremecida de júbilo.

— Ese es mi secreto. Reflexione bien sobre ello y piense en que después de esta huída no puede Vd. ser ya sino mi mujer. Es el único medio, pero es... es muy peligroso..: para Vd.

— Estoy decidida. ¿Dónde he de encontrarle a Vd.?

— ¿Podrá Vd. salir del hotel sola?

— Sí, sé abrir la puerta pequeña.

— Pues bien, una vez que el portero esté acostador hacia media noche viene Vd. á unirse á mí á la plaza de la Concordia. Me encontrará Vd. dentro de un coche de plaza enfrente del ministerio de Marina.

— Iré.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Jorge le tomó la mano y se la estrechó :

— ¡Oh cuánto la amo á Vd.! ¡Qué buena y qué valiente! ¿Entonces, Vd. no quiere casarse con Mr. de Cazolles?

— ¡Oh, no!

— ¿Y se incomodó mucho papá cuando Vd. dijo « no »?

— ¡Ya lo creo! como que quería mandarme de nuevo al convento.

— Ya ve Vd. cómo es necesario ser enérgica.

— Lo seré.

Susana miraba el vasto horizonte con la imaginación exaltada por la idea del rapto.

Iría mucho más lejos de todos aquellos sitios que descubría... iría con él... ¡Sería arrebatada por su prometido!... Estaba orgullosa del rapto de que iba á ser objeto, sin pensar apenas en su reputación ni en lo que podía sucederle de infame. ¿Lo sabía ella acaso? ¿Lo sospechaba?

Mme Walter se volvió y gritó :

— Pero, niña, ven aquí. ¿Qué es lo que haces con Buen Mozo?

Los dos se acercaron á los otros, y se habló entonces de los baños de mar para donde en breve iban á partir. Á fin de no hacer el mismo camino se volvieron á París por Chatou.

Jorge no decía una palabra, soñando para sus adentros mientras los demás hablaban.

« ¡Como la chiquilla tuviera un poco de audacia, él iba á triunfar al fin! » Desde hacía tres meses que la enía envuelta en la irresistible red de sus ternuras, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seducía, la cautivaba, la conquistaba y se había hecho amar de ella del modo que él sabía hacerse amar de las mujeres. Sin esfuerzo se había apoderado de aquella alma ligera de muñeca. Primero había obtenido que rechazase á Mr. de Cazolles, y ahora acababa de obtener que se fugase con él, único medio de salir triunfante.

Sabía bien que Mme Walter no consentiría jamás en entregarle su hija, pues le amaba todavía y le amaría siempre con una violencia incurable.

Jorge la contenía con una frialdad calculada pero siempre la veía roída por una pasión impotente y voraz. Nunca podría doblegarla, jamás admitiría ella que él tomase á su hija. Pero una vez que tuviese lejos á Susana, ya trataría luego con el padre de potencia á potencia.

Pensando en todo esto, Du Roy contestaba con frases incompletas á cuanto se le decía, apenas si escuchaba, y sólo pareció que volvía en sí cuando entraron en París.

Susana soñaba también, y en su cabeza sonaban ya los cascabeles de los cuatro caballos que la conducían á lugares apartados, haciéndola ver carreteras interminables bajo los claros eternos de luna, y bosques sombríos que ella atravesaba, y hosterías al borde del camino, y con verdadero arrobamiento se imaginaba la precipitación con que los caleseros cambiarían de tiro, porque todo el mundo cree siempre, en casos análogos, que se le persigue.

Cuando el landó llegó al patio del hotel, Jorge fué todavía invitado á comer, pero rehusó y se fué á su casa, donde después de comer ligeramente se puso á ordenar sus papeles como si se dispusiese á hacer un gran viaje, quemó las cartas que le comprometían, ocultó otras y escribió á algunos amigos.

De tiempo en tiempo miraba al reloj de la chimenea y decía para sí :

— ¡Cómo estará ahora el hotel de Walter! Y una gran inquietud se apoderaba de su alma. ¡Si iría á fracasar! ¿Pero qué podía temer después de todo? Él saldría siempre del apuro.

Sin embargo, era una gran partida la que jugaba aquella noche.

Hacia las once salió de su casa, callejeó un poco tiempo y por último tomó un coche y se hizo conducir á la Plaza de la Concordia, ordenando al cochero que parara á lo largo de las arcadas del ministerio de Marina.

De tiempo en tiempo encendía una cerilla para mirar la hora en su reloj. Cuando vió que se acercaba media noche, su impaciencia comenzó á ser mayor hasta convertirse en fiebre. Á cada momento asomaba la cabeza á la ventanilla para mirar.

Un reloj lejano sonó doce campanadas, á continuación sonó otro más cerca, luego dos juntos y otro por último muy lejos. Cuando éste concluyó de dar la última campanada, Jorge pensó :

« Se acabó, ha fracasado la cosa, ya no viene. » Sin embargo, estaba resuelto á permanecer allí hasta que fuese de día. En esos casos es preciso tener calma.

« Oyó todavía sonar el cuarto, luego la media, después

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los tres cuartos, y todos los relojes repitieron la una de la noche como habían repetido antes las doce.

No esperaba ya y permanecía torturando su pensamiento para adivinar qué habría podido ocurrir. De pronto una cabeza de mujer pasó por la portezuela y preguntó :

— ¿Es Vd., Buen Mozo?

Jorge experimentó un sobresalto.

— ¿Es Vd., Susana?

— Sí, yo soy.

El periodista no acertaba á dar la vuelta á la empuñadura de la portezuela todo lo de prisa que deseaba, y repetía :

— ¡Ah!... es Vd.... es Vd.... entre.

La joven entró y se dejó caer contra Du Roy, que dió orden al cochero de marchar. El coche se puso en camino.

La joven jadeaba sin hablar.

— ¿Y bien? ¿qué ha pasado?

— ¡Oh! escenas terribles, sobre todo con mamá.

El periodista estaba inquieto y tembloroso.

— ¿La mamá? ¿Qué ha dicho? Cuénteme.

— ¡Oh! Ha sido una cosa horrible. Apenas entré en

su habitación y la recité mi discurso, que le llevaba bien estudiado, palideció y gritó : « ¡ Jamás, jamás! » He llorado, me he incomodado y al prometerla que sólo me casaría con Vd., he llegado á creer que me pegaba. Se ha puesto como loca y ha declarado que mañana mismo me llevaban al convento. Jamás la había visto así á mamá. Papá ha llegado al oirla decir tanto disparate. No se ha incomodado tanto como ella, pero ha declarado que Vd. no era un partido bastante ventajoso.

Como me habían puesto á mí también colérica, he gritado más fuerte que ellos. Papá me ha ordenado que saliera, por cierto con un tono dramático que no le cuadraba ni á cien leguas, y todo esto me ha decidido á huir con Vd. y aquí me tiene. ¿Dónde vamos?

Jorge había enlazado suavemente la cintura de la joven y la escuchaba con toda atención, al mismo tiempo que sentía despertarse en su alma un odio vengativo contra aquellas gentes. Pero la hija estaba en su poder. Ya verían ahora.

— Es ya demasiado tarde para tomar el tren, respondió Du Roy. Este coche nos conducirá á Sevres donde pasaremos la noche y mañana partiremos para la Roche Guyon. Es un viaje delicioso, á orillas del Sena entre Mantes y Bonnières.

— Pero el caso es que yo no tengo ropas, no he cogido nada.

— ¡Bah! respondió Jorge sonriendo y sin preocuparse de aquello : ya nos arreglaremos allí.

El coche rodaba, rodaba á lo largo de las calles. Jorge tomó una mano de la joven y se puso á besarla lentamente, con respeto. No se le ocurría nada que decirle, pues apenas si estaba habituado á ternuras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

platónicas, pero de pronto creyó que Susana lloraba.

— ¿Pero qué es lo que tiene? mi querida niña, preguntó Jorge con terror.

— Pienso, respondió ella con voz llorosa, en mi pobre mamá que no debe dormir ahora si se ha enterado de mi salida.

Su madre, en efecto, no dormía.

Inmediatamente que Susana salió de su habitación, Mme Walter se había quedado frente á frente de su marido.

Desatinada, aterrada, loca, preguntó :

— ¡Pero, Dios mío! ¿Qué quiere decir esto?

— Eso quiere decir, gritó Walter furioso, que ese intrigante la ha engatusado y que es él quien ha hecho que rehuse á Cazolles. ¡Pardiez! ¡encuentra buena la dote!

Y se puso á pasear con rabia á través del apartamento.

— Luego, prosiguió Walter, tú le traías aquí sin cesar, le lisonjeabas, le adulabas, y todos los mimos te parecían pocos para él. Buen Mozo por aquí, Buen Mozo por allá, desde por la noche hasta por la mañana. Ahí tienes el pago.

— ¡Cómo! ¡yo... le atraía! murmuró Mme Walter lívida..

El viejo la voceó en la cara :

— Sí, ¡tú misma! Todas estáis locas con él, la Marelle, Susana y las demás. ¡Como si yo no hubiera visto que ni dos días siquiera podías dejar pasar sin hacerle venir aquí!

La señora se irguió trágicamente.

— No le permitiré á Vd. que me hable así. Olvida sin duda que yo no he sido educada como Vd. en una tienda.

Walter permaneció primeramente inmóvil y estupefacto, y después soltó un « ¡ Voto á!... » y salió dando un portazo.

Así que la señora se encontró sola se acercó instintivamente al espejo para ver si su semblante había cambiado ¡tan imposible y monstruoso era para ella todo cuanto le ocurría! ¡Susana estaba enamorada de Buen Mozo! y ¡Buen Mozo quería casarse con Susana! No, aquello no era verdad, ella estaba equivocada. La chiquilla había sufrido un poco de encantamiento bien natural por aquel guapo muchacho, esperaba que se le darían por marido y había hecho la obstinada para conseguirlo. Pero él no podía ser cómplice de aquello...

Y turbada como ante las grandes catástrofes reflexionaba. No, Buen Mozo no debía saber nada de la locura de Susana.

Por bastante tiempo pensó en la perfidia y en la inocencia de aquel hombre. ¡Qué miserable si había preparado el golpe! ¿Qué sucedería? ¡Cuántos peligros y cuántos tormentos preveía!

Si Jorge no sabía nada, todo podía arreglarse. Se haría un viaje con Susana, un viaje de seis meses y todo concluiría. ¿ Pero y ella misma? ¿cómo podría volver á verle en seguida? Porque le amaba siempre del mismo modo. Aquella pasión había entrado en ella á la manera de esas puntas de flecha que no se pueden luego arrancar.

Vivir sin él le era imposible. Valía tanto morir.

Su pensamiento se extraviaba en aquellas angustias é incertidumbres, y comenzaba á sentir en la cabeza un dolor fino como un pinchazo. Sus ideas se le hacían penosas, la perturbaban, le hacían daño y la exasperaba el no saber nada. Mirando al reloj de la chimenea, vió que era la una pasada. « Yo no puedo permanecer

así, me vuelvo loca. Es preciso que sepa todo. Voy á despertar á Susana para preguntarla. »

Y se dirigió á la habitación de la joven, con una bujía en la mano y descalza para no hacer ruido. Abrió suavemente la puerta, entró y miró á la cama que no estaba deshecha. En el primer momento no comprendió y supuso que la chiquilla discutía aún con su padre. Pero inmediatamente la asaltó una sospecha horrible, y corrió apresuradamente á la habitación de su marido, el cual estaba acostado y leía todavía.

Walter preguntó azorado :

— ¿Qué es ello? ¿qué te ocurre?

— ¿Has visto á Susana? balbuceó su mujer.

— ¿Yo? No, ¿por qué?

— ¡Oh ha... partido ! No está en su habitación.

El viejo saltó de un brinco á la alfombra, calzó sus pantuflas y, sin calzoncillos, con la camisa al viento, se precipitó á su vez hacia el apartamento de su hija.

Así que lo vió, no conservó la menor duda. Había huído.

Walter se tiró en una butaca y puso el quinqué por el suelo, delante de él.

Su mujer se le acercó tartamudeando :

— ¿Y bien?

El banquero no tenía fuerzas para responder y ni siquiera sentía ya cólera.

— Está visto, gimió. Du Roy la tiene en su poder. Estamos perdidos.

— ¿Cómo perdidos? dijo ella sin comprender.

— Sí, ¡pardiez! perdidos. Ahora es preciso que se case con ella.

Madama Walter lanzó un grito de bestia :

—¡Él! ¡jamás! ¿Tú estás loco?

— No sirve de nada gritar, respondió el viejo tristemente. Él nos la ha robado y la ha deshonrado. Lo mejor es todavía dársela y procediendo con calma nadie sabrá la aventura.

La señora repitió sacudida por una emoción terrible :

— ¡Eso jamás! Jamás él tendrá á Susana. Jamás lo consentiré.

Walter murmuró abrumado :

— Pero el caso es que la tiene. Esto es un hecho y la guardará y la esconderá mientras nosotros no cedamos. Por lo tanto y á fin de evitar el escándalo, lo que conviene es ceder en seguida.

Mme Walter repetía desgarrada por un dolor inconfesable :

— No, no, jamás consentiré.

— Pero no hay ya para qué discutir, volvió á decir el viejo impacientándose. Es preciso. ¡Ah! ¡miserable! cómo nos ha burlado. Hay que convenir, sin embargo, en que es fuerte. Habríamos podido encontrar como posición algo mucho mejor pero no como inteligencia y como porvenir. Será diputado y ministro.

Mme Walter protestó con feroz energía.

— Jamás le dejaré casarse con Susana... ¿Lo oyes? Jamás.

Walter concluyó por incomodarse y tomar, como hombre práctico que era, la defensa de Buen Mozo.

— Pero cállate si quieres... Te repito que es necesario... absolutamente necesario ceder y ¡quién sabe! tal vez no tengamos por qué arrepentirnos. Con hombres de este temple no se sabe jamás lo que puede ocurrir. Ya has visto cómo ha echado abajo con tres artículos á ese majadero de Laroche-Mathieu y cómo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha hecho con dignidad, lo cual era enormemente difícil en su situación de marido. En fin ya veremos. Lo cierto es que estamos prisioneros y no podemos salir del trance sino cediendo.

La señora sentía ganas de gritar, de tirarse al suelo, de arrancarse los cabellos, y todavía agregó con voz exasperada :

— No, no la tendrá... Yo... no... quiero.

Walter se levantó, recogió su quinqué y repuso :

— Eres, como todas las mujeres, estúpida. Nunca obráis sino por pasión. No sabéis plegaros á las circunstancias... Sois enteramente estúpidas. Yo te digo que se casará... Es indispensable.

Y salió arrastrando sus pantuflas. Lo mismo que un fantasma de comedia en camisa de dormir, atravesó el ancho corredor del tranquilo y espacioso hotel y entró en su habitación sin ruido.

Mme Walter permanecía de pie desgarrada por un dolor intolerable. Todavía no se daba cuenta exacta de las cosas, lo único que hacía era sufrir. Después pensó en que no podía permanecer allí inmóvil hasta el día, sentía un deseo violento de escapar, de correr delante de sí, de huir en busca de socorro y de ser socorrida.

Daba vueltas en su imaginación pensando á quién se dirigiría, qué hombre podría ayudarla, y no lo encontraba. ¡Un sacerdote! ¡Sí, un sacerdote! Se arrojaría á sus pies, le diría todo, le confesaría su falta y su desesperación. El sacerdote comprendería que aquel miserable no podía casarse con Susana é impediría que el matrimonio se llevase á cabo.

Necesitaba un sacerdote y lo necesitaba en seguida. ¿Pero dónde encontrarle? ¿adónde ir? Sin embargo no podía permanecer así.

Entonces pasó delante de sus ojos, como pasa una visión, la imagen serena de Jesús caminando sobre las olas y le vió como le veía en el cuadro, y le parecía que la llamaba y le decía : « Ven á mí, ven á arrodillarte á mis pies. Yo te consolaré y te inspiraré acerca de lo que conviene hacer. »

Mme Walter tomó su bujía, salió de la estancia y bajó para dirigirse al invernadero. El Cristo estaba á lo último, en un pequeño salón que se cerraba por una puerta vidriera á fin de que la humedad de las tierras no deteriorase el lienzo.

Aquello resultaba una especie de capilla en un bosque de árboles singulares.

Cuando Mme Walter entró en el jardín de invierno, como no lo había visto sino lleno de luz, se sobrecogió en aquella oscuridad profunda. Las pesadas plantas de los países cálidos espesaban la atmósfera con su aliento, y como las puertas no se abrían ahora, el aire de aquel extraño bosque encerrado bajo una cúpula de vidrio entraba con dificultad en el pecho, y aturdía, embriagaba, causaba placer y daño y producía en la carne una sensación confusa de voluptuosidad debilitante y de muerte.

La pobre señora caminaba despacio, emocionada ante aquellas tinieblas de donde á la luz errante de su bujía se destacaban plantas extravagantes, con aspecto de monstruos, apariencias de seres, deformidades singulares y raras.

De repente divisó el Cristo y, abriendo la puerta que le separaba del cuadro, cayó de rodillas.

Primeramente oró desatinada y loca, balbuceando frases de amor, invocaciones apasionadas y desesperadas. Después y una vez calmado el ardor de su llama-

miento, levantó hacia Él los ojos y permaneció embargada de angustia. De tal manera encontraba entonces el parecido del Cristo con Buen Mozo, que á la temblorosa claridad de aquella única luz, que apenas si iluminaba la parte baja del cuadro, no era ya Dios sino su amante quien la miraba.

Eran sus mismos ojos, su frente, la expresión de su semblante, su aire frío y altivo.

La señora balbuceaba : « ¡Jesús ! — ¡ Jesús ! — ¡ Jesús ! » y el nombre Jorge asomaba á sus labios. De pronto pensó en que tal vez á aquella misma hora Jorge poseía á su hija, que estaba solo con ella en alguna parte, en una alcoba... ¡Él, él, con Susana!

Y repetía : « ¡ Jesús !... ¡ Jesús ! » pero pensando siempre en ellos... ¡en su hija y en su amante! Estaban solos en una habitación... y de noche... Ella los veía y los veía tan claramente que surgían ante sus ojos en lugar del cuadro que tenía delante. Se sonreían, se besaban, la habitación estaba sombría, la cama entreabierta... Mme Walter se levantó para ir hacia ellos, para tomar á su hija del pelo y arrancarla de aquel abrazo.

Y avanzando, avanzando, iba á coger á su hija por la garganta, á estrangular á la hija á quien odiaba, á la hija que se entregaba al hombre á quien ella amaba. Ya la tocaba... pero sus manos encontraron el lienzo y sus pies tropezaron con los pies del Cristo.

En aquel instante lanzó un grito y cayó de espaldas, y la bujía se apagó al invertirse en la caída.

¿Qué pasó en seguida? Largo tiempo soñó cosas extrañas, espantosas. Jorge y Susana pasaban siempre delante de sus ojos, enlazados con Jesucristo que bendecía su amor horrible. Sentía vagamente que no estaba en su casa, quería levantarse y huir, pero no po-

día. Habíala invadido un entorpecimiento grande que ligaba sus miembros y no la dejaba otra cosa libre que

su pensamiento, torturado por horribles imagenes, sin realidad, fantásticas, perdido en ese sueño malsano y extraño, mortal algunas veces, que las plantas aduladoras de los países calidos, esas plantas de formas ori-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginales y de perfumes espesos, hacen entrar en los cerebros humanos.

Al despuntar del día se recogió á Mme Walter tendida, sin conocimiento y casi asfixiada al pie de « Jesús caminando sobre las olas » y tan enferma estuvo que llegó á temerse por su vida.

No recobró el uso completo de su razón hasta el día siguiente y al recobrarlo cayó en profundo llanto.

La desaparición de Susana se les explicó á los criados diciéndoles que había tenido que ir al convento, y Mr. Walter respondió á una larga carta de Du Roy acordándole la mano de su hija.

Buen Mozo había depositado aquella carta en correos en el momento de dejar París, pues ya la tenía preparada de antemano, desde el día antes de su partida. En términos respetuosos le decía que desde mucho tiempo amaba á su hija, que jamás ningún acuerdo había existido entre ambos, pero que al verla venir á él en toda libertad para decirle : « Yo seré la mujer de Vd., » se juzgaba autorizado para guardarla, y hasta para esconderla hasta que hubiese obtenido una respuesta de sus padres cuya voluntad legal tenía para él menos valor que la voluntad de su prometida.

Pedía á Mr. Walter que le respondiese á la lista de correos, pues un amigo estaba encargado de hacer que la carta llegase á sus manos. Una vez que Du Roy obtuvo lo que deseaba, volvió con Susana á París y la envió á casa de sus padres, absteniéndose él de parecer por la casa antes de que transcurriese cierto tiempo.

Habían pasado seis días á orillas del Sena en La Roche-Guyon.

Jamás la hija del banquero se había divertido tanto, su vida era la vida de una pastorita. Como Du Roy la

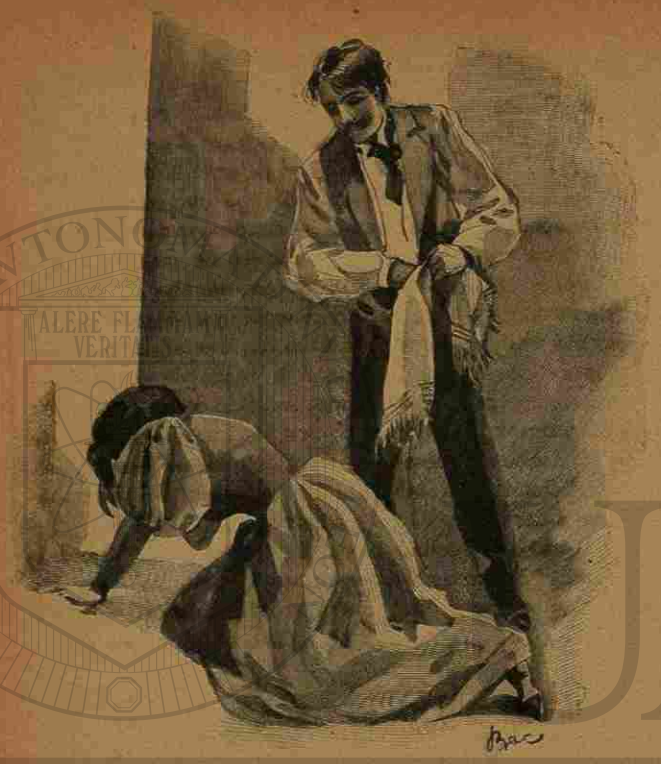
había hecho pasar por su hermana, vivían en una intimidad libre y casta, una especie de camaradería amorosa. Jorge juzgaba hábil respetarla. Al día siguiente de su llegada, la joven compró ropa blanca y vestidos de campesina y se entretenía pescando con caña, cubierta la cabeza con un enorme sombrero de paja adornado de flores campestres. Susana encontraba aquel país delicioso, y visitaba con frecuencia una vieja torre y un castillo antiguo donde existían tapicerías admirables.

Jorge paseaba á Susana á lo largo de los ribazos, unas veces á pie y otras en bote, vestido con una chaqueta que compró ya hecha en casa de un comerciante del país. Ambos se besaban á cada momento temblorosos de felicidad, ella inocente y él á punto de sucumbir. Pero el periodista sabía ser fuerte.

El día que recibió la carta de Walter y dijo á la joven : « Mañana nos volveremos á París, su padre Vd. accede á mi petición, » murmuró ella candorosamente :

— « ¿Ya? ¡Tanto como me divertía ser su mujer! »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



X

El cuarto de la calle de Constantinopla estaba empecatado y triste. Clotilde de Marelle y Jorge Du Roy se habían encontrado en la puerta, habían entrado bruscamente y antes de que el periodista pudiese siquiera abrir las persianas, le había dicho ella :

— ¿Conque te casas con Susana Walter?

Jorge lo declaró con afabilidad y agregó :

— ¿No lo sabías?

Furiosa é indignada y de pie delante de él repitió todavía Clotilde :

— ¡Conque te casas con Susana Walter! ¡Es el colmo! ¡es el colmo! ¡Y para esto me has venido halagando estos tres últimos meses, para ocultármelo! Todo el mundo lo sabe menos yo, y si no me lo dice mi marido, no lo sé tampoco.

Du Roy se echó á reir, aunque no de muy buena gana, pues la escena le tenía algún tanto turbado, y después que dejó el sombrero en un extremo de la chimenea, se sentó en una butaca.

De frente Clotilde le miraba y, viendo que él no decía nada, prosiguió en voz baja y con irritación en el acento:

— Desde que has abandonado á tu mujer, preparabas ya este golpe y me guardabas entretanto bonitamente como querida para ganar tiempo. ¡Qué miserable eres!

— ¿Por qué? preguntó Jorge. Tenía una mujer que me engañaba, la sorprendí con su amante, he obtenido el divorcio, y ahora me caso con otra. No veo cosa más sencilla.

— ¡Oh! qué taimado eres y qué peligroso, murmuró Clotilde estremeciéndose de ira.

El periodista volvió á sonreir.

— ¡Pardiez! dijo, los imbéciles y los tontos son fáciles de engañar siempre.

Pero Clotilde seguía con su idea.

— Yo debiera haberte conocido desde un principio, pero nunca podía imaginarme que fueras un crápula semejante.

Jorge tomó una actitud digna.

— Te ruego que moderes tu lenguaje

Mme de Marelle se sublevó entonces contra aquella indignación :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡Cómo! ¿pretendes ahora que me ponga guantes para hablarte? Te vienes conduciendo conmigo como un miserable desde que te conozco. ¿Y quieres que no te lo diga?... Tú engañas á todo el mundo, explotas á todo el mundo, en todas partes encuentras placer ó dinero de que apoderarte, ¿y quieres que te trate como á un hombre honrado?

Du Roy se levantó:

— Cállate ó te hago salir de aquí, le dijo temblándole los labios.

— ¿Salir de aquí?... ¿salir de aquí?... ¿Tú me harías salir de aquí? ¿tú?... ¿tú?...

Ya no podía hablar de tanto como la cólera la sofocaba, y bruscamente, lo mismo que si la puerta de su furor se hubiese roto, estalló:

— ¿Salir de aquí?... ¿Te olvidas sin duda de que soy yo quien desde el primer día he venido pagando esta casa? ¡Ah! ¡vamos! eso es porque de tiempo en tiempo lo has pagado por tu cuenta. ¿Pero quién lo alquiló?... Yo... ¿Quién lo ha retenido luego?... Yo... ¿Y quieres todavía hacerme salir de aquí? ¡Cállate, granuja! ¿Crees que no sé cómo has robado á Magdalena la mitad de la herencia de Vaudrec? ¿Crees que no sé del modo que te has valido para dormir con Susana y obligarla á que se case contigo?...

Du Roy la cogió por los hombros y la zarandeó con rabia.

— No hables de ella. Te lo prohibo.

— Sí, sí, gritó Clotilde, has dormido con ella.

Jorge hubiera aceptado todo menos aquella mentira que le exasperaba. Las verdades que su querida le había gritado en el rostro un momento antes, le habían hecho sentir en el corazón estremecimientos de cólera, pero aquella falsedad acerca de la joven que iba á ser su esposa, despertaba en la palma de su mano un deseo violento y furioso de herir.

— ¡Cállate... mucho cuidado... con lo que dices, cállate!...

Y agitaba la mano como cuando se agita una rama para hacer que caiga la fruta.

Despeinada y con los ojos saltones, Clotilde abrió entonces la boca cuanto grande era y aulló:

— Sí, sí, has dormido con ella.

El periodista dejó de sujetarla los hombros y la dió una bofetada tal en el rostro que la joven fué á caer contra la pared. Pero en seguida se volvió hacia él y, levantándose por encima de sus puños amenazadores, vociferó una vez más:

— Has dormido con ella, sí.

Du Roy se arrojó sobre su querida, la tiró al suelo y empezó á darle golpes como si fuera un hombre á quien golpease.

La joven se calló de repente y se puso á gemir. Había ocultado la cara en el ángulo que la pared formaba con el entarimado y, sin moverse ya, lanzaba gritos lastimeros.

Du Roy dejo de pegarla y se levantó. Luego dió por la estancia algunos pasos para recobrar su sangre fría y, asaltado por una idea, pasó á la alcoba, llenó de agua fría la palangana y sumergió en ella la cabeza. En seguida se lavó las manos y, mientras se las enjugaba con esmero, volvió hacia donde estaba Clotilde, para ver lo que hacía.

Mme de Marelle no había vuelto á respirar y permanecía tendida en tierra llorando dulcemente.

— ¿Concluyes ó no de lloriquear? dijo Du Roy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella no respondió. El periodista permaneció de pie un instante en medio de la pieza, cohibido y un poco avergonzado á la vista de aquel cuerpo tendido delante de él.

De pronto adoptó una resolución y tomó de encima de la chimenea su sombrero de copa :

— Buenas tardes. Entrega al portero la llave cuando te marches. Yo no voy á esperar aquí hasta que te dé la gana.

Al salir cerró la puerta y, entrando en la habitación del portero, le dijo :

— La señora está dentro y se irá de aquí á un rato. Diga Vd. al casero que yo dejo el cuarto el 1º de octubre; como estamos á 16 de agosto, me encuentro dentro de los límites marcados por la ley.

Y echó á andar de prisa, pues tenía algunas compras urgentes que hacer para la canastilla de boda.

El matrimonio estaba fijado para el 20 de octubre después de la reapertura de las Cámaras, y tendría lugar en la Magdalena.

Habíase hablado mucho sin saber de un modo exacto la verdad y circulaban historias diferentes. Se cuchicheaba que había habido rapto, pero nadie estaba seguro de ello.

Al decir de los criados, Mme Walter, que no hablaba ya á su futuro yerno, se había envenenado, desesperada de rabia, la noche misma en que la unión fué decidida, después de haber hecho conducir á su hija al convento á media noche. La señora había sido recogida casi muerta y seguramente no se repondría jamás. Ahora tenía el aire de una vieja con sus cabellos que blanqueaban ya casi completamente, había caído en la devoción y comulgaba todos los domingos.

En los primeros días de septiembre *La Vida Francesa* anunció que el barón Du Roy de Cantel pasaba á redactor en jefe del periódico, conservando siempre Mr. Walter su título de director.

Un verdadero batallón de cronistas conocidos, de redactores políticos, de críticos de arte y de teatros, que figuraban en los periódicos parisienses de más autoridad y renombre, entraron á formar parte de *La Vida Francesa*, conquistados á fuerza de dinero.

Los periodistas antiguos, otras veces respetables y graves, no se encogían ya de hombros como antes al hablar de *La Vida Francesa*. El éxito rápido y completo había destruído el desdén con que los escritores serios consideraban en sus comienzos á la publicación del judío Walter.

El matrimonio de su redactor en jefe fué lo que se llama un verdadero acontecimiento parisiense, pues lo mismo los Walter que Jorge Du Roy habían despertado gran curiosidad desde hacía algún tiempo. Todo ese mundo que se cita en los Ecos de los periódicos se prometió asistir.

El matrimonio se celebró en un claro día de otoño.

Desde las ocho de la mañana todo el personal de la Magdalena se ocupaba en cubrir con un ancho tapiz encarnado, las gradas de la alta escalinata de aquella iglesia, desde donde se domina la Calle Real, y el pueblo de París se detenía al pasar comprendiendo que iba á tener lugar una gran ceremonia.

Los empleados que se dirigían á sus oficinas, y lo mismo las obrerillas, los dependientes de comercio que pasaban, se detenían un momento y miraban pensando vagamente en las gentes ricas que gastaban tanto dinero para casarse.

Á eso de las diez los curiosos comenzaban ya á estacionar y permanecían unos cuantos minutos esperando que tal vez comenzara enseguida y se marchaban luego.

Una hora más tarde llegaron destacamentos de guardias municipales, los cuales empezaron casi inmediatamente á tomar medidas para que la gente circulase, pues á cada instante se formaban grupos que impedían el paso.

Pronto aparecieron los primeros invitados, aquellos que tenían interés en situarse bien para ver todo, y se los vió ocupar las sillas de los bordes á lo largo de la nave central.

Poco á poco fueron llegando otros, señoras que hacían un ruido enorme con sus trajes de seda, hombres severos, calvos casi todos, que andaban con una corrección elegante y resultaban todavía más graves en aquel sitio.

La iglesia se iba llenando lentamente. Por la inmensa puerta abierta de par en par penetraba una ola de sol que alumbraba las primeras filas de los invitados.

El altar mayor, cubierto completamente de cirios, proyectaba una claridad amarilla, humilde y pálida sobre el coro, el cual parecía algún tanto oscuro enfrente del enorme agujero de luz que penetraba por la gran puerta.

Los invitados se reconocían y se llamaban con un signo y se reunían por grupos. Los hombres de letras, menos respetuosos que los de la alta sociedad, hablaban á media voz, y el público miraba á las mujeres.

Noberto de Varenne, que buscaba con la vista un amigo, divisó á Jacobo Rival hacia la mitad de las líneas de sillas y se acercó.

— Está visto que el porvenir es de los hábiles, dijo.

Rival, que no era envidioso, respondió :

— Mejor para él. Ha hecho ya lo principal de su camino.

Y cuando uno ú otro descubrían caras conocidas, las designaban por su nombre.

— ¿ Usted sabe, preguntó Rival, qué se ha hecho de su mujer ?

— Sí y no, respondió el poeta sonriendo. Me han dicho que vive muy retirada en el barrio de Montmartre. Pero... (hay un pero)... desde hace algún tiempo leo en *La Pluma* algunos artículos políticos que se parecen á los de Forestier y á los de Du Roy de un modo terrible, y los firma un joven guapo é inteligente llamado Juan Le Dol, de la misma raza que nuestro amigo Jorge y que ha hecho conocimiento con la antigua mujer de éste. De lo cual yo he deducido que, como siempre, le siguen gustando los que empiezan. Esto aparte, Vd. sabe que ella es rica. No en balde han sido los asiduos de la casa Vaudrec y Laroche-Mathieu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— No está mala muchacha Magdalena, dijo Rival. Es muy fina y muy taimada y al descubierto debe ser una mujer encantadora. Pero dígame, ¿cómo se explica que Du Roy se case en la iglesia á pesar de ser un divorciado?

— Porque para la Iglesia no estaba la primera vez casado.

— No lo entiendo.

— Pues muy sencillo. Ya fuese por indiferencia, ya por economizarse gastos, Du Roy había juzgado suficiente la alcaldía al casarse con Magdalena Forestier. Por lo tanto había prescindido de la bendición eclesiástica, lo cual constituía para nuestra santa madre Iglesia un simple estado de concubinato, y al llegar hoy ante ella, como un soltero cualquiera, la Iglesia le presta todas sus pompas que por cierto deben costarle caras al viejo Walter.

El rumor de la gente, que se había hecho numerosa debajo de la bóveda, se agrandaba, y se oían algunas voces que hablaban casi alto. Los invitados mostrábanse unos á otros algunos hombres célebres que, contentos de ser vistos, se exhibían ufanos, guardando con esmero delante del público las maneras á que estaban acostumbrados ya en otras fiestas, de las cuales creían ser ornamentos indispensables, algo así como objetos de arte.

— Dígame, querido, volvió á decir Rival, Vd. que va con frecuencia á casa del amo, ¿es cierto que Mme Walter y Du Roy nunca se hablan?

— Jamás. Ella no quería entregarle la pequeña Susana, pero Du Roy tenía sujeto al padre por no sé qué escándalo de cadáveres descubiertos, cadáveres enterrados en Marruecos, y amenazó al viejo con revelaciones espantosas. Walter se acordó de lo que le ocurrió á

Laroche-Mathieu y cedió en seguida. Pero la madre, cabezuda como todas las mujeres, ha jurado que jamás dirigiría la palabra á su yerno, y en frente uno de otro resultan dos seres originales: ella tiene el aire de una estatua, la estatua de la venganza, y él por su parte se ve que también está violento, por más que, como sabe gobernarse perfectamente, lo disimula.

Algunos compañeros de periodismo se acercaron á saludarlos. Oíanse algunas frases cortadas de conversaciones políticas y vago, como el ruido de una mar lejana, entraba por la puerta juntamente con el sol el murmullo del pueblo allí agrupado delante de la iglesia y se elevaba luego bajo la bóveda por encima de la agitación más distinguida y discreta del escogido público aglomerado en el interior del templo.

De pronto el suizo de la Magdalena golpeó tres veces con su alabarda sobre el pavimento de madera. Toda la asistencia volvió la cabeza y se sintió un prolongado crujido de las sedas y un estrépito grande de las sillas. La joven apareció del brazo de su padre bajo la luz viva y brillante del frontispicio de la iglesia.

Susana tenía siempre el mismo aspecto de juguetito, de un juguetito delicioso y blanco cubierto por una corona de flores de azahar.

Algunos instantes permaneció en el vestíbulo y así que dió el primer paso hacia la nave los órganos lanzaron un grito poderoso y anunciaron con su gran voz de metal la entrada de la desposada.

Entraba con la cabeza baja, aunque sin aparecer por eso tímida, y parecía más bien una miniatura de desposada, encantadora y bonita, dulce y vagamente emocionada. Las mujeres la sonreían y murmuraban mirándola al pasar. Los hombres cuchicheaban:

« Exquisita, adorable. » Mr. Walter marchaba con una dignidad exagerada, un poco pálido y con los lentes caídos á plomo sobre la nariz.

Detrás de ellos seguían cuatro señoritas de honor, vestidas todas ellas de color rosa, y hermosas las cuatro, formando la corte de aquella alhaja de reina. Iban á continuación los caballeros de honor perfectamente elegidos por su analogía con el porte del desposado, y al verlos marchar con aquel paso regular y simétrico, diríase que un maestro de baile los había previamente aleccionado.

Mme Walter los seguía, dando el brazo al padre de su otro yerno, al marqués de Latour Ivelin, que era un señor de setenta y dos años. Más que andar diríase que la pobre señora se arrastraba presta á desvanecerse á cada uno de los movimientos que efectuaba hacia adelante.

Veíase que sus pies se pegaban al enlosado del templo, que sus piernas se negaban á avanzar, que su corazón le latía en el pecho como un animal que diese brincos para escaparse de allí.

Notábasela más delgada y sus blancos cabellos hacían aparecer más pálido todavía y más hueco su semblante.

Mme Walter miraba delante de ella, sin desviar un ápice la vista, tal vez á fin de no ver á nadie, para no pensar acaso sino en aquello que la torturaba.

Jorge Du Roy apareció luego dando el brazo á una señora vieja y desconocida. Llevaba levantada la cabeza y tampoco volvía sus ojos, fijos y duros, para mirar á nadie. Sus cejas aparecían ligeramente crespadas y también su bigote parecía irritado sobre el labio. Se le encontraba un muchacho arrogante y hermoso.

Entraba con fiero y orgulloso porte, y su fina cintura y lo recto y garboso de su paso realzaban la elegancia del frac, en el que se descubría, como una gota de sangre, la pequeña cinta roja de la Legión de Honor.

Aparecieron luego los parientes. Rosa, que estaba casada desde hacía seis semanas, daba el brazo al senador Rissolin, y el conde de Latour Ivelin acompañaba á la vizcondesa de Percemur.

Por último apareció una procesión de aliados ó amigos que Du Roy había presentado á su nueva familia, gentes conocidas, aunque poco apreciadas del gran mundo, de esas gentes que en seguida son los íntimos y en ocasiones hasta los parientes ó los primos lejanos de los advenedizos enriquecidos, hidalgos fuera de su rango, arruinados ó deshonrados, casados muchas veces que es lo peor. Entre ellos aparecieron Mr. de Belvigne, el marqués de Banjolin, el conde y la condesa de Ravenel, el duque de Ramorano, el príncipe de Kravalow y el caballero Valreali. Como invitados de Walter, el príncipe de Guerého, el duque y la duquesa de Ferraine y la hermosa marquesa de las Dunas. Algunos provincianos parientes de Walter, guardaban en medio de aquel brillante desfile un aire *comme il faut*.

Y los órganos cantaban siempre lanzando por el enorme monumento, cual si gritaran al cielo, las alegrías y los dolores de los hombres, sus rítmicos y roncos acentos, salidos de sus relucientes gargantas.

Así que se cerraron los dos grandes batientes de la entrada, el templo se quedó oscuro de pronto como si se acabase de poner al sol á la puerta.

Jorge estaba ahora arrodillado en el coro al pie de Susana, enfrente del altar iluminado. El nuevo obispo de Tánger, báculo en mano y cubierto con la mitra,

apareció por la puerta de la sacristía para unir á los dos jóvenes en nombre del Eterno, y después de hacer las preguntas de rúbrica, cambió los anillos, pronunció las palabras que ligan como cadenas y dirigió á los nuevos esposos una alocución cristiana, hablándoles de la fidelidad largamente y en términos pomposos. Era un hombre grueso y de gran estatura, uno de esos hermosos prelados en los que el vientre es una majestad.

Un ruido de sollozos hizo que volvieran la cabeza algunos de los invitados.

Mme Walter lloraba con el rostro entre sus manos.

¡Al fin había tenido que ceder! ¿Podía hacer otra cosa? Pero desde el día en que había expulsado de su gabinete á su hija, ya de regreso, rehusando besarla, desde el día en que en voz baja había dicho á Du Roy que la saludaba ceremoniosamente al reaparecer ante ella: « Es Vd. el ser más vil que conozco, no me hable jamás porque no le responderé, » sufría una tortura intolerable é imposible de calmar. Odiaba á Susana con un odio agudo formado de pasión exasperada y de celos desgarradores, celos extraños de querida y de madre, imposibles de confesar, feroces, urentes como una úlcera en carne viva.

¡Y he aquí que un obispo los casaba á su querido y á la hija, en una iglesia, á la vista de dos mil personas y delante de ella, sin que pudiese decir nada ni impedirlo! No podía gritar:

— Ese hombre es mío, es mi amante. La unión que bendecís es infame.

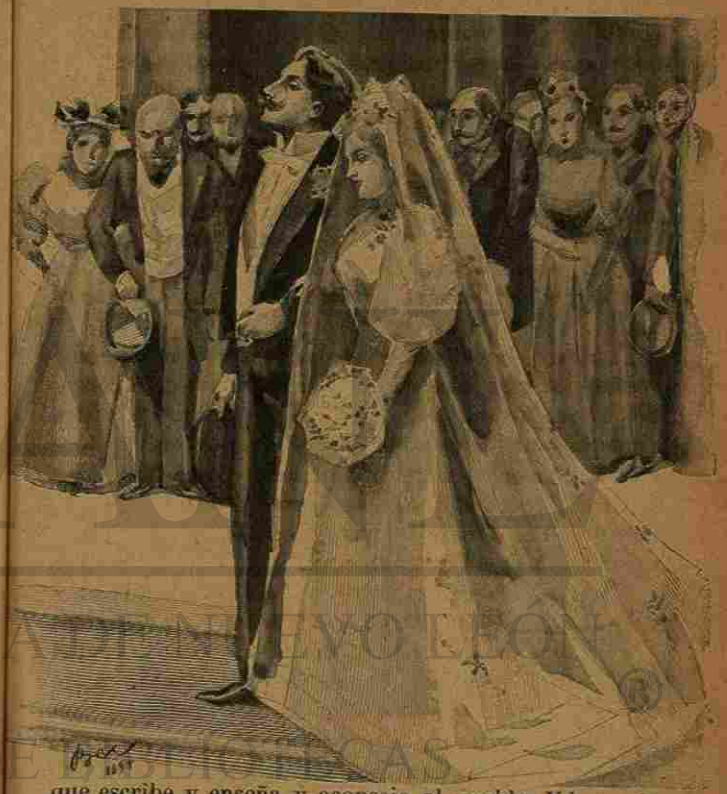
Muchas señoras murmuraron enternecidas:

— ¡Qué emocionada está la pobre madre!

El obispo seguía declamando:

— Pertenecen Vds. á los felices de la tierra, á los

más ricos y respetados. Usted, caballero, á quien su talento eleva por encima de los otros hombres, Vd.



que escribe y enseña y aconseja al pueblo, Vd. que le dirige, tiene una excelente misión que cumplir, un hermoso ejemplo que dar...

Du Roy escuchaba embriagado de orgullo. Un prelado

de la Iglesia romana le hablaba de aquella suerte, y detrás de sí sentía una multitud y una multitud ilustre que había ido allí por él. Parecíale como si una fuerza le empujase y le levantase, á él, al hijo de dos pobres campesinos de Canteleu que llegaba á ser uno de los señores de la tierra.

De pronto se le aparecieron ante su vista, allá en su humilde taberna, en lo alto de la cuesta y por encima del gran valle de Ruán su padre y su madre dando de beber á los lugareños del país. Cuando heredó del conde de Vaudrec les había mandado cinco mil francos, ahora iba á enviarles cincuenta mil con los que comprarían una pequeña hacienda y vivirían contentos y dichosos.

El obispo había terminado su arenga. Un sacerdote vestido de una estola dorada subía al altar, los órganos comenzaron de nuevo á celebrar la gloria de los dos esposos, y en seguida lanzaron al viento notas prolongadas, clamores enormes hinchados como olas y tan sonoros y potentes que parecía como si debiesen levantar aquellas bóvedas y volar los tèchos para luego esparcirse por el firmamento azul.

Aquellas notas vibrantes llenaban toda la iglesia y hacían estremecer la carne y las almas de los asistentes á la ceremonia, luego se calmaban de pronto y en el aire corrían notas finas y alertas que rozaban como ligeros soplos todos los oidos, cantos graciosos, menudos, retozones, que aleteaban como pájaros. De repente la coqueta música aumentaba de intensidad hasta hacerse espantosa de amplitud y de fuerza, lo mismo que si un grano de arena se metamorfosease de repente en un mundo.

Después se elevaron en el espacioso templo voces

humanas y pasaron por encima de las inclinadas cabezas. Vauri y Landeck de la ópera cantaban en aquella ceremonia. El incensario esparcía un fino olor de benjuí y en el altar se consumaba el divino sacrificio; el Hombre Dios descendía del cielo, al llamamiento de su sacerdote, para consagrar en la tierra el triunfo del barón Jorge Du Roy.

Buen Mozo, que seguía siempre de rodillas al lado de Susana, había besado la frente del crucificado, y en aquel momento sintióse casi creyente, casi religioso, lleno de reconocimiento hacia la divinidad que de aquella suerte le había favorecido y que le trataba con tantos miramientos.

Y sin saber de un modo exacto á quién se dirigía, le daba gracias por su éxito.

Una vez que los oficios fueron terminados, Du Roy se levantó y, dando á su mujer el brazo, pasó á la sacristía.

Entonces comenzó el desfile interminable de los asistentes. Jorge estaba loco de júbilo y se creía un rey á quien todo un pueblo se presentaba para aclamarle. Estrechaba las manos y balbuceaba frases que no significaban nada, saludaba y respondía á los cumplimientos diciendo : « Usted es muy amable. »

Cuando vió acercarse á Mme de Marelle, el recuerdo de todos los besos dados á aquella mujer y devueltos por ella, el recuerdo de todas sus caricias, y de sus gracias, el sonido de su voz y el gusto de sus labios despertó en su sangre un deseo brusco de poseerla de nuevo. Se presentaba hermosísima y resplandeciente de elegancia y Jorge contemplaba su gracioso aire de pilluela y sus ojos vivos y tunantes, mientras que para sus adentros decía :

— No hay que negar que como querida es una querida encantadora.

Ella se acercó un poco tímida, un poco inquieta y le tendió la mano que Jorge retuvo entre la suya. Entonces sintió el discreto llamamiento de aquellos dedos de mujer y la dulce presión que perdona y olvida, y Du Roy estrechó también aquella mano pequeñita como diciendo. « Yo te amo siempre, no soy más que tuyo. »

Su ojos se encontraron sonrientes y brillantes, llenos de amor. Clotilde murmuró con su voz graciosa :

— Hasta muy pronto, caballero.

— Hasta muy pronto, señora, respondió Du Roy alegremente.

Mme de Marelle se alejó.

Otras muchas personas se empujaban y la multitud iba pasando por delante de Du Roy cual si fuese un río de tranquila y mansa corriente. Al fin se aclaró la muchedumbre de invitados y se despidieron los últimos.

Jorge dió de nuevo el brazo á Susana para atravesar otra vez la iglesia que estaba todavía llena de gente, pues cada cual había ganado su plaza para ver pasar juntos á los novios. El barón marchaba lentamente con tranquilo paso, alta la cabeza y con los ojos fijos en la grande y soleada abertura de la entrada. Por su cuerpo sentía correr ligeros estremecimientos, esos estremecimientos fríos que las dichas inmensas producen.

Cuando llegó al frontispicio de la iglesia vió á la multitud allí reunida, que se agitaba bulliciosa por él, por Jorge Du Roy. El pueblo de París le contemplaba y le envidiaba.

Al levantar luego la vista y descubrir más allá, detrás de la plaza de la Concordia, la Cámara de diputados, le

pareció que iba á dar un salto desde el pórtico de la Magdalena al pórtico del Palacio de Borbón.

Lentamente descendió las gradas de la alta escalinata entre dos vallados de espectadores en quienes apenas si fijó la vista. Su pensamiento retrocedía entonces, sus ojos deslumbrados por aquel brillante sol de otoño vieron flotar la imagen de Mme de Marelle arreglándose frente al espejo los pequeños rizos de sus sienes, deshechos siempre al salir de la cama.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1034-04. — PARIS. IMPRENTA DE LA Vda DE C. BOURET. — 10-04.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS